
Alguien cercano
Una historia desgarradora de codicia y engaño
ELLIS JOYCE

Alguien cercano

Una historia desgarradora de codicia y engaño

Ellis Joyce

Capítulo 1: Nieve sobre Oakhaven

La nieve había comenzado a caer antes del anochecer.

Al principio eran copos pequeños que se deshacían al tocar los tejados, pero, conforme avanzaban las horas, la tormenta fue cubriendo Oakhaven con una gruesa capa blanca. Las calles desaparecieron poco a poco bajo la nieve, los automóviles quedaron

convertidos en siluetas redondeadas y las luces de las casas parecían más cálidas de lo habitual detrás de las ventanas empañadas.

En aquella pequeña ciudad de Maine, el invierno no era una sorpresa. La gente sabía cómo proteger las tuberías, almacenar leña y reconocer el sonido de una tormenta que podía durar toda la noche. Sin embargo, aquella nevada tenía algo diferente. El viento golpeaba las paredes con una fuerza irregular, como si alguien caminara alrededor de las casas buscando una entrada.

Oakhaven permanecía en silencio.

A las ocho y veinte, Marta Morales apagó la lámpara de su escritorio y observó por la ventana de la cocina. Apenas podía distinguir la casa del otro lado de la calle. Los copos giraban bajo la luz de los faroles y el camino que había limpiado esa misma tarde ya estaba cubierto otra vez.

Sobre la mesa había una taza de té que se había enfriado sin que ella la probara. Junto a la taza descansaba su teléfono.

Marta volvió a mirar la pantalla.

Ningún mensaje.

Había llamado a su hermana tres veces durante la última hora. Clara siempre respondía, incluso cuando estaba ocupada. Si no podía hablar, enviaba un mensaje breve para avisar que devolvería la llamada más tarde. Era una costumbre sencilla, pero constante. Clara decía que nunca se debía dejar preocupada a la familia, sobre todo después de haber perdido a tantas personas importantes.

Aquella noche, sin embargo, no había contestado.

Marta tomó el teléfono y marcó de nuevo.

Esperó mientras escuchaba los tonos.

Uno.

Dos.

Tres.

La llamada terminó en el buzón de voz.

—Clara, soy yo otra vez —dijo, intentando controlar la inquietud que comenzaba a crecerle en el pecho—. Solo quería saber si estás bien. La tormenta está empeorando. Llámame en cuanto escuches esto.

Colgó y dejó el teléfono sobre la mesa, aunque no apartó la mano de él.

Quizá Clara había subido al ático y no escuchaba el timbre. En los últimos días había estado revisando cajas antiguas que pertenecieron a sus padres. Quería organizar los documentos de la casa antes de que terminara el invierno. También había mencionado unas carpetas relacionadas con el negocio, pero no había explicado por qué estaban guardadas allí.

Marta había intentado convencerla de que esperara.

—El ático lleva años sin limpiarse —le había dicho aquella misma mañana—. Hay clavos sueltos, tablas viejas y una escalera que parece estar esperando una excusa para romperse.

Clara había sonreído.

—Entonces subiré con cuidado.

Así era ella. Tranquila, responsable y decidida. Desde la muerte de su esposo, había aprendido a resolver sola problemas que antes habrían asustado a cualquiera. Administraba la casa, cuidaba de Samuel y supervisaba su parte del negocio familiar sin pedir compasión ni favores.

Pero Marta conocía a su hermana mejor que nadie.

Sabía cuándo Clara ocultaba una preocupación.

Durante la última semana había estado más silenciosa. En varias ocasiones parecía a punto de contarle algo, pero siempre cambiaba de tema. Una tarde, mientras preparaban la cena, Clara dejó caer

una cuchara al escuchar una notificación en su teléfono. Otro día cerró apresuradamente una carpeta cuando Samuel entró en la habitación.

Cuando Marta le preguntó qué ocurría, Clara respondió que solo estaba cansada.

Marta no le creyó.

Una fuerte ráfaga sacudió la ventana de la cocina y la hizo retroceder.

Miró otra vez el teléfono.

Nada.

Clara vivía a solo diez minutos en automóvil, al otro lado del centro de Oakhaven. En condiciones normales, Marta habría llegado en menos tiempo. Aquella noche, las autoridades habían recomendado no salir debido a la tormenta.

Marta intentó razonar consigo misma.

Clara podía haberse quedado dormida. Tal vez su teléfono se había descargado. Quizá estaba ayudando a Samuel con alguna tarea o había bajado al sótano para revisar la calefacción.

Había muchas explicaciones posibles.

Pero ninguna conseguía tranquilizarla.

A las ocho y treinta y siete, Marta se puso el abrigo.

Guardó el teléfono en un bolsillo, tomó las llaves del automóvil y envolvió una bufanda alrededor de su cuello. Antes de salir, llamó una vez más.

El buzón de voz respondió de nuevo.

—Voy hacia tu casa —dijo—. No te enfades conmigo. Solo necesito comprobar que todo está bien.

El frío la golpeó en cuanto abrió la puerta.

Durante unos segundos, el viento le impidió respirar. La nieve le azotó el rostro mientras avanzaba hasta el automóvil, hundiendo las botas casi hasta los tobillos. Tuvo que limpiar el parabrisas dos veces antes de conseguir ver el camino.

El motor tardó en arrancar.

—Vamos —murmuró Marta, girando la llave otra vez—. Por favor.

El vehículo respondió con un sonido áspero y finalmente cobró vida.

Marta condujo despacio, sujetando el volante con ambas manos. Los limpiaparabrisas apenas podían apartar la nieve. Las casas del vecindario aparecían y desaparecían detrás de la tormenta, como recuerdos borrosos. No había peatones ni otros automóviles. Solo el viento, las luces amarillas de los faroles y el crujido de los neumáticos sobre el hielo.

Cuando atravesó el centro de Oakhaven, pasó frente a la pequeña iglesia de piedra. El reloj de la torre marcaba casi las nueve. Las escaleras estaban cubiertas de nieve y el cartel de madera se balanceaba con el viento.

Marta recordó entonces algo que Clara le había dicho unos días antes.

«A veces conocemos a una persona durante años y aun así no sabemos quién es realmente».

En aquel momento, Marta había pensado que hablaba de uno de sus clientes. Clara no quiso dar más detalles.

Ahora aquella frase regresaba con una fuerza inesperada.

Al llegar a la calle de Clara, Marta redujo aún más la velocidad. La casa se encontraba al final del camino, rodeada de pinos altos. Era una construcción antigua de dos plantas, con paredes gris claro y ventanas estrechas. Había pertenecido a sus abuelos y después a

sus padres. Clara decidió conservarla porque no soportaba la idea de vender el lugar donde ambas habían crecido.

Una lámpara estaba encendida en la planta baja.

Marta sintió un pequeño alivio.

Entonces vio la puerta principal.

Estaba entreabierta.

Detuvo el automóvil frente a la casa y permaneció inmóvil durante unos segundos. La nieve entraba por la abertura y formaba una línea blanca sobre el suelo del recibidor.

Clara nunca dejaba la puerta abierta.

Mucho menos durante una tormenta.

Marta salió apresuradamente del vehículo.

—¡Clara! —gritó mientras avanzaba por el sendero.

No hubo respuesta.

Subió los escalones del porche y empujó la puerta con cuidado. Las bisagras emitieron un gemido bajo. El interior de la casa estaba cálido, pero una corriente helada atravesaba el recibidor.

—¿Clara?

Solo escuchó el viento detrás de ella.

Cerró la puerta y observó el pasillo.

El abrigo de Clara colgaba de su lugar habitual. Sus botas estaban junto al mueble de la entrada. Sobre una pequeña bandeja descansaban las llaves de la casa. Todo indicaba que no había salido.

—Soy yo, Marta —anunció con voz más alta—. Me preocupé porque no respondías.

La sala estaba vacía.

En una mesa había una taza con una fina capa de té en el fondo. Una manta se encontraba cuidadosamente doblada sobre el sofá. Junto a ella descansaba un libro abierto, boca abajo, como si Clara hubiera pensado regresar enseguida.

Marta se acercó.

Tocó la taza.

Todavía estaba tibia.

—Clara…

La preocupación se convirtió en miedo.

Revisó la cocina. No había nadie. El grifo estaba cerrado, la estufa apagada y una olla permanecía cubierta sobre la encimera. Dos platos habían sido colocados junto al fregadero, uno grande y otro pequeño.

—¿Samuel?

El nombre salió de su boca casi sin voz.

Corrió hasta el pasillo y abrió la puerta de la habitación del niño. La cama estaba hecha. Sobre el escritorio había varios cuadernos, una lámpara apagada y una maqueta de madera a medio construir.

Samuel no estaba allí.

Marta sacó el teléfono y buscó rápidamente el número de Clara. Estaba a punto de llamar de nuevo cuando recordó que el niño debía pasar aquella noche en casa de un compañero de la escuela. Clara se lo había mencionado por la mañana.

El alivio duró apenas un instante.

Si Samuel no estaba en casa, Clara se encontraba completamente sola.

Marta subió las escaleras hacia el segundo piso.

—¡Clara! ¡Respóndeme!

Abrió la puerta del dormitorio principal. Vacío.

El baño. Vacío.

La habitación de invitados. Vacía.

Al regresar al pasillo, escuchó algo.

Un sonido débil.

Se quedó inmóvil.

Durante unos segundos solo oyó el viento golpeando el tejado. Después volvió a escucharlo: un golpe suave y desigual procedente del extremo del corredor.

Del ático.

La puerta estaba abierta.

Marta avanzó lentamente.

En el suelo, cerca de la entrada, había una caja volcada. Varias fotografías antiguas se encontraban esparcidas sobre la alfombra. Una mostraba a Clara y Marta cuando eran niñas, de pie junto a su padre frente al lago. Otra era una fotografía de la boda de Clara.

Marta se agachó para recogerlas, pero se detuvo.

Había algo más entre las fotografías.

Un pequeño botón oscuro.

No pertenecía a la ropa de Clara. Marta estaba segura de ello.

Levantó la mirada hacia la estrecha escalera que conducía al ático. La luz de arriba estaba encendida y proyectaba sombras irregulares sobre los escalones. Cerca del pasamanos había una marca larga, como si algo pesado hubiera rozado la madera.

—Clara —susurró.

El sonido se repitió.

Esta vez fue más claro.

Un gemido.

Marta subió el primer escalón.

La madera crujió bajo su peso. El olor a polvo y madera vieja se mezclaba con algo metálico que no supo reconocer al principio. Cuando llegó a la mitad de la escalera, vio varias carpetas abiertas en el suelo del ático.

Había papeles por todas partes.

Facturas.

Copias de contratos.

Extractos bancarios.

Algunos documentos estaban arrugados, como si dos personas hubieran intentado arrebatárselos una a la otra.

—¿Clara?

Marta llegó al último escalón y miró alrededor.

El ático estaba vacío.

Una ventana se encontraba ligeramente abierta, dejando entrar pequeños copos de nieve. Una silla había caído junto a un escritorio antiguo. Sobre él descansaba una lámpara encendida y una carpeta de color azul.

Marta se acercó a la ventana para cerrarla.

Entonces vio una mancha oscura sobre el borde del escritorio.

La tocó con la punta de los dedos.

Estaba húmeda.

Miró su mano y sintió que el aire desaparecía de sus pulmones.

Sangre.

—Dios mío…

Retrocedió y chocó contra la silla caída.

El ruido resonó por todo el ático.

Desde abajo llegó otro gemido.

Marta se volvió de inmediato.

No procedía del ático.

Procedía del espacio situado debajo de la escalera.

Bajó casi corriendo, sujetándose del pasamanos para no caer. Al llegar al pasillo, rodeó la pequeña estructura de madera y encontró una puerta baja que servía como espacio de almacenamiento.

Estaba abierta.

Al principio solo vio cajas rotas y mantas antiguas. Después distinguió una mano.

—¡Clara!

Marta cayó de rodillas.

Su hermana estaba tendida entre los restos de una caja, con el cuerpo torcido en una posición dolorosa. Su cabello estaba cubierto de polvo y había sangre junto a su cabeza. Tenía los ojos cerrados y respiraba con enorme dificultad.

—No, no, no…

Marta apartó los objetos que la rodeaban, pero no se atrevió a moverla. Le temblaban tanto las manos que casi dejó caer el teléfono cuando intentó marcar el número de emergencias.

—Emergencias de Oakhaven, ¿cuál es su situación?

—Mi hermana está herida —respondió Marta, sin reconocer su propia voz—. Está sangrando. Creo que cayó por las escaleras. No sé cuánto tiempo lleva aquí.

—¿Está consciente?

Marta apoyó una mano junto al rostro de Clara.

—Clara, ¿puedes oírme?

Los párpados de su hermana se movieron débilmente.

—Sí —dijo Marta—. Creo que sí. Está intentando abrir los ojos.

Dio la dirección mientras la operadora le indicaba que no moviera a Clara. La ambulancia estaba en camino, aunque la tormenta podía retrasarla.

Marta dejó el teléfono en el suelo, con la llamada todavía activa, y tomó con cuidado la mano de su hermana.

—Estoy aquí —le dijo—. No estás sola. La ayuda viene en camino.

Clara abrió los ojos.

Durante unos segundos pareció no reconocerla. Su mirada vagó por el pequeño espacio, confundida y aterrorizada, hasta detenerse en el rostro de Marta.

—Soy yo —susurró Marta—. Estás a salvo.

Pero incluso mientras pronunciaba aquellas palabras, supo que no eran ciertas.

La expresión de Clara no era la de alguien que hubiera sufrido un accidente. Había miedo en sus ojos. Un miedo profundo, desesperado, dirigido hacia algo que Marta no podía ver.

Clara intentó mover una mano.

—No te esfuerces —dijo Marta—. La ambulancia llegará pronto.

Los dedos de Clara se cerraron alrededor de su muñeca.

La fuerza de aquel gesto sorprendió a Marta.

—¿Qué ocurrió? —preguntó—. ¿Te caíste?

Clara negó apenas con la cabeza.

Una vez.

Muy despacio.

Marta sintió un escalofrío que no tenía relación con la tormenta.

—¿Había alguien aquí?

Los labios de Clara se separaron, pero al principio no salió ningún sonido.

Marta se inclinó hacia ella.

—¿Quién te hizo esto?

En la distancia comenzaron a escucharse las sirenas. Eran débiles, casi imperceptibles detrás del viento, pero se acercaban.

Clara respiró con dificultad.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Volvió a apretar la muñeca de Marta, como si aquella fuera su última oportunidad de transmitir algo importante.

Entonces movió los labios e intentó pronunciar una sola palabra.

Capítulo 2: La última palabra de Clara

Las sirenas se acercaban lentamente, ahogadas por el viento y la nieve.

Marta permanecía de rodillas junto a su hermana, sosteniéndole la mano con tanta fuerza como se atrevía. Clara intentaba respirar, pero cada bocanada parecía exigirle más energía de la que le quedaba.

—No hables —le suplicó Marta—. Guarda fuerzas. La ambulancia ya viene.

Clara no apartó la mirada de ella.

Sus ojos estaban llenos de miedo, pero también de urgencia. Parecía saber que el tiempo se estaba agotando. Sus dedos se cerraron con más fuerza alrededor de la muñeca de Marta.

—¿Quién te hizo esto? —preguntó Marta otra vez—. Clara, dime quién estaba aquí.

Los labios de Clara temblaron.

Marta acercó el oído a su boca.

Durante un momento, solo escuchó una respiración débil y quebrada. Después, entre el viento que golpeaba las paredes y la voz distante de la operadora que seguía hablando desde el teléfono, Clara consiguió pronunciar una palabra.

—Traicionada…

Fue apenas un susurro.

Marta levantó la cabeza.

—¿Qué dijiste?

Clara cerró los ojos durante un segundo. Parecía reunir las últimas fuerzas que le quedaban.

—Traicionada —repitió.

Esta vez Marta la entendió con claridad.

No había dicho "caí".

No había pedido ayuda.

No había pronunciado un nombre.

Había dicho "traicionada".

—¿Por quién? —preguntó Marta, sintiendo que el miedo le oprimía el pecho—. ¿Quién te traicionó?

Clara movió los labios, pero no salió ningún sonido.

—Clara, mírame.

Los ojos de su hermana volvieron a abrirse. Ya no enfocaban con la misma claridad. Miraron más allá de Marta, hacia el pasillo oscuro, como si esperaran que alguien apareciera en cualquier momento.

Marta se volvió rápidamente.

No había nadie.

La casa estaba en silencio, salvo por el ruido del viento y el débil crujido de la madera.

—¿Sigue aquí? —preguntó Marta.

Clara no respondió.

—¿La persona que te hizo esto sigue en la casa?

Los dedos de Clara se aflojaron poco a poco.

—No —dijo Marta, apretándole la mano—. Quédate conmigo. Por favor.

Al otro lado del teléfono, la operadora elevó la voz.

—Señora, necesito que me diga si su hermana continúa respirando.

Marta tomó el aparato del suelo sin soltar a Clara.

—Sí. Respira, pero cada vez más despacio.

—La ambulancia está llegando. No la mueva. Manténgala abrigada y compruebe que sus vías respiratorias estén libres.

Marta tomó una manta de una de las cajas rotas y cubrió cuidadosamente el cuerpo de Clara. La tela estaba vieja y olía a polvo, pero era lo único que tenía a su alcance.

—La ayuda ya está aquí —le dijo, aunque no estaba segura de que Clara pudiera escucharla—. Todo va a salir bien.

Era una mentira.

Marta lo sabía.

Lo veía en la palidez del rostro de su hermana y en la sangre que se extendía lentamente sobre el suelo. Lo sentía en la forma en que Clara la miraba, como si ya estuviera despidiéndose.

Un golpe fuerte resonó en la puerta principal.

—¡Servicios de emergencia! —gritó una voz desde abajo.

—¡Arriba! —respondió Marta—. ¡Está arriba!

Escuchó pasos apresurados en las escaleras. Segundos después, dos paramédicos aparecieron en el pasillo cargando equipos médicos. Detrás de ellos venía un tercer hombre con una camilla plegable.

—Necesitamos espacio —dijo uno de los paramédicos.

Marta se apartó, aunque su cuerpo parecía negarse a abandonar a Clara.

Los hombres se arrodillaron junto a ella. Uno comprobó su respiración y el pulso. Otro examinó la herida en la cabeza, mientras el tercero preparaba un collar cervical.

—¿Qué ocurrió? —preguntó el primero.

—No lo sé —respondió Marta—. La encontré así. Creo que cayó desde el ático, pero ella dijo que…

La voz se le quebró.

—¿Qué dijo?

Marta miró a Clara.

—Dijo que había sido traicionada.

El paramédico levantó la vista por un instante.

—¿Pronunció algún nombre?

—No.

—¿Estaba consciente cuando usted llegó?

—Apenas.

—¿La movió?

—No. Solo aparté unas cajas para llegar hasta ella.

El hombre asintió y regresó a su trabajo.

Marta retrocedió hasta apoyarse contra la pared. Tenía las manos manchadas de sangre. Las observó como si pertenecieran a otra persona.

Todo parecía ocurrir demasiado rápido y, al mismo tiempo, con una lentitud insoportable.

Los paramédicos colocaron a Clara sobre una tabla rígida. Cada movimiento era cuidadoso, pero aun así ella dejó escapar un gemido.

—Clara —dijo Marta, acercándose de nuevo—. Estoy aquí.

Uno de los paramédicos la detuvo suavemente.

—Necesitamos trasladarla ahora.

—Voy con ella.

—Puede seguirnos en su automóvil.

Marta miró por la ventana del pasillo. La tormenta era peor que antes. La nieve cubría casi por completo los cristales.

—No puedo conducir así.

El paramédico dudó.

—Puede viajar en la parte delantera, pero debe dejarnos trabajar.

Marta asintió de inmediato.

Mientras bajaban a Clara por las escaleras, dos agentes de policía entraron en la casa. Uno era un hombre alto de unos cincuenta años, con el rostro enrojecido por el frío. El otro era una mujer joven que llevaba nieve sobre los hombros del uniforme.

—¿Quién encontró a la víctima? —preguntó el agente.

—Yo —respondió Marta.

—Necesitaremos hablar con usted.

—Después —dijo ella sin detenerse—. Ahora voy al hospital.

El policía observó sus manos ensangrentadas y luego miró hacia la escalera del ático.

—Señora, ¿había alguien más en la casa cuando llegó?

Marta recordó la puerta entreabierta.

El botón oscuro entre las fotografías.

Los documentos esparcidos en el suelo.

La ventana abierta del ático.

—No vi a nadie —contestó—. Pero la puerta principal estaba abierta.

La expresión del agente cambió.

—¿Abierta por completo?

—Entreabierta.

—¿Tocó algo al entrar?

—La puerta. Las manijas. Algunas cosas del pasillo. No sabía que…

—Está bien. Hablaremos más tarde.

La agente joven subió las escaleras mientras su compañero hablaba por la radio.

—Aseguren la planta superior —ordenó—. Nadie entra ni sale hasta que revisemos la casa.

Marta siguió a los paramédicos hacia la ambulancia.

El aire helado golpeó su rostro. La nieve se arremolinaba alrededor de las luces rojas y azules, iluminando la calle con destellos inquietantes. Varias ventanas de las casas vecinas estaban encendidas. Algunas cortinas se movían.

Oakhaven comenzaba a despertar.

Aunque nadie se atrevía a salir, Marta sabía que los vecinos estaban observando.

Antes de que terminara la noche, todos tendrían una versión de lo ocurrido.

Los paramédicos introdujeron la camilla en la ambulancia. Marta subió al asiento delantero y se volvió para mirar a Clara a través de la pequeña abertura que separaba ambos compartimentos.

Uno de los hombres sostenía una mascarilla de oxígeno sobre su rostro. El otro vigilaba los monitores.

—Presión descendiendo —dijo una voz.

Las puertas se cerraron.

La ambulancia comenzó a avanzar.

El trayecto hacia el hospital normalmente duraba quince minutos, pero la carretera estaba casi intransitable. El vehículo se movía con lentitud, inclinándose ligeramente cada vez que las ruedas atravesaban una acumulación de nieve.

Marta sostenía su teléfono con ambas manos.

Tenía que llamar a alguien.

Tenía que avisar a Samuel.

Pero ¿cómo se le decía a un niño que su madre estaba gravemente herida?

Samuel tenía once años. Era inteligente y observador, como Clara. Notaría cualquier mentira en su voz.

Marta buscó el número de la madre del compañero con quien se encontraba.

Sus dedos temblaban tanto que tuvo que intentarlo dos veces.

—¿Hola? —respondió una mujer somnolienta.

—Laura, soy Marta.

—Marta, ¿ocurre algo? Es muy tarde.

—Necesito que Samuel se quede contigo esta noche.

Hubo una breve pausa.

—Por supuesto. ¿Clara está bien?

Marta miró hacia la parte trasera de la ambulancia.

—Ha tenido un accidente.

Las palabras le parecieron extrañas. Demasiado simples para explicar lo que acababa de ver.

—Dios mío. ¿Qué pasó?

—Todavía no lo sé. Vamos camino al hospital.

—No te preocupes por Samuel. Puede quedarse aquí todo el tiempo que sea necesario.

—No le digas nada todavía —pidió Marta—. Solo dile que la tormenta empeoró y que Clara prefirió que pasara la noche allí.

—De acuerdo.

—Y no lo dejes mirar las noticias ni hablar con otros niños de Oakhaven. No hasta que yo sepa qué está pasando.

—Te lo prometo.

Marta colgó.

El conductor mantenía la vista fija en la carretera. No decía nada, pero de vez en cuando miraba por el espejo retrovisor hacia la parte trasera.

Entonces el sonido de uno de los monitores cambió.

Una alarma breve y aguda atravesó la ambulancia.

—El pulso está cayendo —dijo un paramédico.

—Clara —susurró Marta.

Intentó levantarse, pero el conductor la detuvo.

—Debe permanecer sentada.

—Es mi hermana.

—Lo sé. Déjelos trabajar.

Marta apretó el cinturón entre los dedos.

A través de la abertura vio manos moviéndose rápidamente. Una bolsa intravenosa fue elevada. Alguien dijo algo que ella no alcanzó a entender.

—Clara, por favor —murmuró—. Aguanta un poco más.

Pensó en la última vez que habían cenado juntas.

Había sido dos noches antes, en la cocina de Clara. Samuel hablaba de un proyecto escolar mientras Clara cortaba pan y Marta preparaba una ensalada. Era una escena común, tan sencilla que nadie habría pensado en recordarla.

Clara había reído cuando Samuel derramó agua sobre la mesa.

Después, cuando el niño salió de la cocina, la sonrisa de Clara desapareció.

—Tengo que resolver algo —le había dicho a Marta.

—¿Qué cosa?

—Un problema del negocio.

—¿Es grave?

Clara miró hacia la puerta para comprobar que Samuel no estuviera escuchando.

—Todavía no lo sé.

—¿Tiene que ver con Mateo?

Clara había tardado demasiado en responder.

—No quiero acusar a nadie sin pruebas.

Marta se dio cuenta de que había olvidado aquella conversación hasta ese momento.

Mateo Álvarez.

El socio de Clara.

Su amigo desde hacía casi diez años.

Un hombre al que toda la familia consideraba digno de confianza.

Marta sintió un escalofrío.

No podía significar nada. Los problemas comerciales eran comunes. Clara revisaba cuentas, contratos y pagos constantemente.

Pero los papeles del ático no parecían formar parte de una revisión normal.

Estaban esparcidos como si hubiera habido una lucha.

Y Clara había dicho "traicionada".

No "atacada".

No "robada".

Traicionada.

La palabra implicaba confianza.

Solo podía traicionar quien antes había estado cerca.

La alarma del monitor se volvió más intensa.

—No encuentro pulso —dijo uno de los paramédicos.

Marta se giró bruscamente.

—¿Qué ocurre?

Nadie respondió.

—¡Clara!

Los paramédicos comenzaron a realizar maniobras de reanimación. Uno presionaba el pecho de Clara mientras el otro preparaba un desfibrilador.

—Detenga el vehículo —ordenó uno de ellos.

La ambulancia redujo la velocidad y se desplazó hacia un lado de la carretera.

El conductor activó las luces de emergencia y se volvió hacia Marta.

—Necesito que permanezca aquí.

—Quiero verla.

—Ahora no puede.

—¡Es mi hermana!

Marta intentó soltarse el cinturón, pero el conductor mantuvo una mano sobre el respaldo de su asiento.

—Señora, déjelos trabajar.

El desfibrilador emitió una señal.

El cuerpo de Clara se elevó ligeramente sobre la camilla.

Marta se llevó una mano a la boca.

—Otra vez —dijo uno de los paramédicos.

La nieve golpeaba el techo de la ambulancia como cientos de pequeñas piedras.

El mundo entero parecía reducido a aquel sonido, al pitido irregular del monitor y a las voces apresuradas de los hombres que intentaban salvar a su hermana.

Pasó un minuto.

Tal vez dos.

Para Marta fue una eternidad.

—Tenemos ritmo —anunció finalmente el paramédico.

Marta dejó escapar el aire que llevaba conteniendo.

La ambulancia volvió a ponerse en marcha.

—¿Está viva? —preguntó.

El conductor asintió con cautela.

—Sí. Pero su estado es muy grave.

Marta cerró los ojos.

No lloró.

Todavía no.

Sentía que si comenzaba a hacerlo, no podría detenerse.

Llegaron al Centro Médico de Oakhaven poco después de las diez. Dos enfermeros esperaban junto a las puertas de urgencias. Los paramédicos bajaron la camilla y entraron rápidamente.

Marta intentó seguirlos, pero una enfermera le bloqueó el paso.

—Necesitamos que espere aquí.

—Tengo que estar con ella.

—Los médicos deben estabilizarla primero.

—No puede estar sola.

La enfermera le tomó las manos y vio la sangre seca.

—Vamos a limpiarle esto.

—No es mía —dijo Marta.

La mujer la condujo hasta una pequeña sala de espera.

Las paredes eran de un blanco amarillento. Había seis sillas, una máquina de café y una televisión encendida sin sonido. En la pantalla aparecían imágenes de la tormenta, carreteras bloqueadas y advertencias meteorológicas.

Marta se sentó.

Una enfermera le entregó toallas húmedas y una manta. Ella comenzó a frotarse las manos, pero la sangre se había secado entre los dedos y debajo de las uñas.

Mientras limpiaba, recordó cuando Clara tenía nueve años y se había caído de una bicicleta. Marta, que entonces tenía trece, la había llevado a casa cargada sobre la espalda.

Clara no había llorado por la herida de la rodilla.

Había llorado porque pensaba que Marta se enfadaría con ella por haber roto la bicicleta.

Incluso de niña, Clara se preocupaba más por los demás que por sí misma.

La puerta de la sala se abrió.

Entró el agente de policía que había visto en la casa. Se había quitado el gorro, revelando un cabello gris y corto. Llevaba una libreta en la mano.

—Señora Morales.

Marta levantó la vista.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Encontramos su bolso en la casa. Soy el detective Gabriel Rivas.

—¿Detective?

—La patrulla solicitó mi presencia debido a las circunstancias.

Marta dejó de limpiarse las manos.

—¿Qué circunstancias?

Rivas tomó asiento frente a ella.

—La puerta abierta. La condición del ático. Las marcas en la escalera. Y lo que usted dijo que su hermana pronunció.

—Traicionada.

—Exacto.

—¿Cree que alguien la empujó?

El detective no respondió de inmediato.

—Todavía estamos reuniendo información.

—Eso no es una respuesta.

—No sería responsable llegar a una conclusión antes de revisar todas las pruebas.

Marta apretó la toalla entre las manos.

—Mi hermana negó con la cabeza cuando le pregunté si se había caído.

Rivas escribió algo en la libreta.

—Necesito que me cuente todo desde el principio.

Marta relató las llamadas sin respuesta, el trayecto hasta la casa y la puerta entreabierta. Habló de la taza todavía tibia, de las fotografías esparcidas, del botón oscuro y de los documentos en el ático.

Cuando mencionó la mancha de sangre sobre el escritorio, el detective dejó de escribir por un instante.

—¿Tocó esa sangre?

—Sí. No sabía lo que era.

—¿Vio huellas, zapatos mojados o alguna otra señal?

Marta intentó recordar.

La casa.

El recibidor.

El pasillo.

La escalera.

Todo aparecía en su mente como imágenes aisladas.

—Había nieve junto a la puerta —dijo—. Pero pensé que había entrado porque estaba abierta.

—¿La nieve formaba huellas?

—No lo sé.

—¿Faltaba algo en la casa?

—No revisé.

—¿Su hermana tenía enemigos?

La pregunta le pareció absurda.

—Clara no era esa clase de persona.

—Eso no significa que otra persona no tuviera problemas con ella.

Marta pensó en Don Ernesto Navarro y en la disputa por el terreno. Pensó en David, que había pedido dinero varias veces. Pensó en Mateo y en la conversación de la cocina.

—Había algunas personas con las que tenía desacuerdos —admitió.

—Necesito nombres.

Antes de que Marta pudiera responder, la puerta volvió a abrirse.

Un médico entró en la sala.

Era joven, pero su expresión parecía cansada. Se quitó la mascarilla y miró primero a Marta y después al detective.

—¿Es usted familiar de Clara Morales?

Marta se puso de pie.

—Soy su hermana.

El médico respiró hondo.

En ese momento, Marta comprendió que algo iba mal.

No porque él hubiera hablado.

Sino porque no se acercó con prisa.

Porque no llevaba esperanza en el rostro.

—La señora Morales sufrió un traumatismo craneal grave —dijo—. También presentaba lesiones internas y una pérdida considerable de sangre.

—Pero estaba viva cuando llegamos.

—Sí.

—Entonces ayúdela.

—El equipo hizo todo lo posible.

Marta negó con la cabeza.

—No.

—Su corazón volvió a detenerse poco después de entrar en urgencias.

—No.

—Intentamos reanimarla durante varios minutos, pero las lesiones eran demasiado graves.

El detective bajó la mirada.

El médico continuó hablando, pero Marta ya no entendía las palabras.

Escuchó “hora del fallecimiento”.

Escuchó “diez y veintisiete”.

Escuchó “lo siento mucho”.

Pero aquellas frases parecían llegar desde el extremo de un pasillo interminable.

—Quiero verla —dijo Marta.

—Podemos llevarla cuando esté preparada.

—Ahora.

El médico asintió.

Marta dio un paso y sintió que las piernas le fallaban. Rivas se levantó para sostenerla, pero ella apartó su mano.

No quería consuelo.

No quería una explicación.

Quería regresar una hora atrás.

Quería quedarse en la cocina y llamar una vez más.

Quería llegar antes.

Quería que Clara volviera a abrir los ojos.

La condujeron a una sala pequeña.

Clara estaba acostada sobre una cama, cubierta hasta el pecho con una sábana blanca. Alguien había limpiado la sangre de su rostro. Parecía dormida, aunque demasiado quieta.

Marta se acercó.

Le tocó el cabello.

—Lo siento —susurró.

Las lágrimas llegaron por fin.

No fueron silenciosas ni contenidas.

Marta se inclinó sobre su hermana y lloró como no lo había hecho desde la muerte de sus padres. Lloró por Clara, por Samuel y por la vida que había terminado en el suelo de una casa donde ambas habían crecido.

Después de varios minutos, levantó la cabeza.

Miró el rostro inmóvil de su hermana y recordó su última palabra.

Traicionada.

Ya no sonaba como un susurro.

Sonaba como una acusación.

Como un encargo.

Como la única pista que Clara había conseguido dejar atrás.

Marta tomó la mano fría de su hermana.

—Voy a descubrir quién te hizo esto —prometió—. No importa cuánto tarde.

Detrás de ella, el detective Rivas permanecía junto a la puerta.

—Señora Morales —dijo con voz baja—, encontramos algo en el ático.

Marta se volvió lentamente.

El detective sostenía una bolsa transparente para pruebas. Dentro había una hoja arrugada, manchada de sangre.

En la parte superior podía leerse el nombre del negocio de Clara.

Debajo aparecía una lista de transferencias bancarias.

Todas habían sido autorizadas con la firma de su hermana.

Pero Clara había escrito una palabra en tinta roja junto a cada una.

Falsa.

—¿Sabe quién tenía acceso a estas cuentas? —preguntó Rivas.

Marta observó la hoja.

Solo dos personas tenían autorización completa sobre el dinero de la empresa.

Clara.

Y su socio.

Mateo Álvarez.

Capítulo 3: Una caída imposible

Marta permaneció mirando la hoja dentro de la bolsa transparente.

Las letras rojas escritas por Clara parecían más intensas bajo la luz blanca del hospital.

Falsa.

La palabra aparecía junto a cada transferencia, repetida una y otra vez con la letra firme de su hermana. No eran anotaciones hechas con prisa. Clara había revisado los movimientos con cuidado, había comparado cifras y había llegado a una conclusión.

Alguien estaba robando dinero.

—¿Está segura de que Mateo tenía acceso completo a las cuentas? —preguntó el detective Rivas.

Marta apartó la vista del documento.

—Sí. Él y Clara administraban el negocio juntos.

—¿Había algún otro empleado autorizado para realizar transferencias?

—La contadora podía preparar pagos, pero necesitaba la aprobación de uno de ellos. Las transferencias importantes requerían una firma digital.

—¿Y la contraseña?

—No lo sé.

El detective guardó la bolsa dentro de una carpeta.

—Necesitaremos revisar los registros bancarios y los equipos de la empresa.

Marta miró hacia la puerta de la habitación donde se encontraba Clara.

Todavía le parecía imposible pensar en ella como una víctima de homicidio. Una parte de su mente continuaba esperando que alguien apareciera para decirle que todo había sido un error. Que Clara estaba inconsciente, pero viva. Que el médico había confundido los expedientes.

Sin embargo, el silencio del pasillo no dejaba espacio para ninguna esperanza.

—Mateo no pudo haber hecho esto —dijo Marta.

Rivas no mostró sorpresa.

—¿Por qué lo cree?

—Porque era amigo de Clara. La ayudó después de que murió su esposo. Estuvo presente cuando Samuel enfermó. Venía a cenar con la familia. Clara confiaba en él.

—La confianza no descarta a una persona.

La frase cayó entre ambos con una dureza que Marta no pudo ignorar.

—No lo estoy defendiendo —respondió—. Solo intento entenderlo.

—Eso es lo que todos intentamos hacer.

Rivas cerró su libreta.

—Voy a necesitar que venga a la comisaría cuando se sienta capaz. No tiene que ser esta noche.

—¿Qué pasará ahora con Clara?

—El cuerpo será examinado por el médico forense.

Marta sintió una punzada de dolor al escuchar la palabra cuerpo.

—¿Es necesario?

—Sí. Debemos determinar la causa exacta de la muerte y reconstruir la caída.

—Ya sabemos que cayó por las escaleras.

—Sabemos dónde la encontró. No sabemos cómo llegó allí.

Marta recordó la marca sobre el pasamanos y las carpetas esparcidas por el ático.

—Ella negó que se hubiera caído.

—Lo sé.

—Entonces alguien la empujó.

Rivas sostuvo su mirada.

—Esa es una posibilidad seria.

Marta bajó la voz.

—No una posibilidad. Clara intentó decírmelo.

El detective no discutió.

—Volveré a hablar con usted mañana. Por ahora, debe descansar.

—No puedo descansar.

—Entiendo.

—No, no entiende.

La respuesta salió con más dureza de la que había pretendido. Marta cerró los ojos y respiró profundamente.

—Lo siento.

—No tiene que disculparse.

Rivas se preparó para marcharse, pero Marta lo detuvo.

—Detective.

Él se volvió.

—No le diga a nadie lo de Mateo todavía.

—No compartimos detalles de una investigación sin motivo.

—Oakhaven es pequeño. Las noticias se extienden antes de que la policía termine de escribirlas.

Rivas guardó silencio durante un momento.

—Tenga cuidado con lo que usted también dice. Si alguien hizo esto para ocultar un fraude, probablemente querrá saber cuánto descubrió Clara.

La advertencia dejó a Marta inmóvil.

—¿Cree que yo podría estar en peligro?

—No lo sé. Pero no quiero que suponga que todo terminó con la muerte de su hermana.

Rivas se alejó por el pasillo.

Marta observó cómo desaparecía detrás de las puertas dobles de urgencias.

Hasta ese momento, había pensado que el peligro pertenecía a la casa de Clara, al ático y a aquella escalera oscura. Ahora comprendía que podía seguir moviéndose por Oakhaven, escondido detrás de un rostro conocido.

Miró el reloj de la pared.

Eran casi las once y media.

Samuel seguía en casa de su amigo.

En algún momento tendría que contarle la verdad.

La idea le hizo sentir un peso insoportable en el pecho.

Se sentó de nuevo y tomó el teléfono. Tenía siete llamadas perdidas y más de veinte mensajes. Algunos eran de vecinos. Otros, de antiguos conocidos de Clara. La noticia ya había comenzado a circular.

Uno de los mensajes era de David Morales, hermano del difunto esposo de Clara.

"Me dijeron que hubo una ambulancia en casa de Clara. Llámame de inmediato."

Otro era de Mateo.

"Marta, acabo de enterarme de que Clara está en el hospital. ¿Qué ocurrió? Voy para allá."

Marta leyó el mensaje dos veces.

Había sido enviado veintidós minutos antes.

Levantó la mirada hacia la entrada del hospital.

Como si el pensamiento lo hubiera invocado, Mateo apareció detrás de las puertas de cristal.

Llevaba un abrigo oscuro cubierto de nieve. Su cabello estaba húmedo y respiraba con dificultad, como si hubiera corrido desde el estacionamiento. Miró alrededor hasta encontrarla.

—¡Marta!

Se acercó rápidamente.

—¿Dónde está Clara? Nadie quiere decirme nada.

Marta se puso de pie.

Por un instante no supo qué responder.

Había conocido a Mateo durante años. Había compartido comidas con él, celebrado cumpleaños y hablado de problemas familiares. Siempre parecía tranquilo, respetuoso y dispuesto a ayudar.

Aquella noche, sin embargo, Marta lo observó de otra manera.

Miró sus manos.

Miró los botones de su abrigo.

Todos estaban en su sitio.

—Marta —repitió él—. ¿Qué pasó?

La preocupación de su rostro parecía auténtica.

Eso era lo más inquietante.

—Clara murió —dijo ella.

Mateo quedó inmóvil.

La expresión se borró de su cara.

—No.

Marta no respondió.

—No puede ser —continuó—. Hablé con ella esta tarde.

—¿A qué hora?

La pregunta salió demasiado rápido.

Mateo la miró con sorpresa.

—Cerca de las cinco. Tal vez un poco después.

—¿Por teléfono?

—Sí.

—¿De qué hablaron?

—Del negocio.

—¿Qué parte del negocio?

Mateo frunció ligeramente el ceño.

—¿Por qué me preguntas eso ahora?

—Porque dijo que estaba revisando unas cuentas.

Él apartó la mirada por un segundo.

Fue un movimiento pequeño, casi imperceptible.

—Clara siempre revisaba las cuentas.

—Esta vez había encontrado algo.

—¿Qué cosa?

Marta recordó la advertencia de Rivas.

No debía revelar cuánto sabía.

—No estoy segura.

Mateo respiró profundamente y se pasó una mano por el rostro.

—Dios mío. Samuel…

Su voz se quebró al pronunciar el nombre del niño.

—¿Él lo sabe?

—Todavía no.

—¿Dónde está?

—En un lugar seguro.

Mateo asintió lentamente.

—¿Cómo ocurrió?

—La encontré bajo las escaleras del ático.

—¿Se cayó?

Marta observó su reacción.

—Eso creen.

No era completamente cierto, pero quería escuchar su respuesta.

Mateo bajó la mirada y negó con la cabeza.

—Le dije muchas veces que arreglara esa escalera.

Marta sintió que algo se tensaba dentro de ella.

—¿Sabías que iba a subir al ático esta noche?

Mateo levantó la cabeza.

—No.

—Acabas de decir que le habías advertido sobre la escalera.

—Porque la casa es vieja. Todos lo sabíamos.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste allí?

Mateo la miró en silencio.

—Marta, estás en shock.

—Contesta.

—La semana pasada. Fui a dejar unos contratos.

—¿Entraste al ático?

—No.

La respuesta fue inmediata.

Demasiado inmediata.

Antes de que Marta pudiera preguntar algo más, una enfermera se acercó.

—Señora Morales, necesitamos que firme algunos documentos.

Mateo dio un paso hacia ella.

—Puedo hacerlo yo.

—No —respondió Marta.

—Solo intento ayudarte.

—Yo soy su hermana.

Mateo retrocedió.

La herida en su expresión pareció sincera, pero Marta ya no sabía qué creer.

—Por supuesto —dijo él—. Lo siento.

La enfermera condujo a Marta hasta un escritorio. Mientras firmaba, sentía la mirada de Mateo sobre ella.

Cuando terminó y regresó a la sala, él seguía allí.

—Voy a esperar contigo —dijo.

—No es necesario.

—Clara también era mi familia.

Marta sintió ganas de gritarle que no tenía derecho a decir eso. Pero todavía no tenía pruebas. Solo sospechas, una hoja de transferencias falsas y la última palabra de su hermana.

Traicionada.

—Ve a casa —dijo—. La policía querrá hablar contigo mañana.

La expresión de Mateo cambió apenas.

—¿La policía?

—Están investigando.

—¿Investigando qué?

—La muerte de Clara.

—Pero fue un accidente.

Marta sostuvo su mirada.

—Todavía no lo saben.

El silencio entre ellos fue breve, pero pesado.

Mateo se acomodó el cuello del abrigo.

—Claro. Tienen que revisar todo.

—Sí.

—Marta, pase lo que pase, cuenta conmigo.

Ella no respondió.

Mateo pareció esperar algo más. Al no recibirlo, se despidió y caminó hacia la salida.

Marta lo siguió con la mirada.

Justo antes de atravesar las puertas, Mateo sacó el teléfono de su bolsillo. Se detuvo junto a una columna y escribió un mensaje.

Luego miró hacia atrás.

Marta apartó la vista demasiado tarde.

Él sabía que lo estaba observando.

Mateo guardó el teléfono y salió a la tormenta.

La nieve continuó cayendo durante toda la noche.

A las dos de la madrugada, Marta llegó a su casa. Una patrulla la acompañó por recomendación del detective Rivas. El agente revisó las habitaciones antes de marcharse y le indicó que mantuviera las puertas cerradas.

La casa parecía extrañamente vacía.

Marta dejó el abrigo sobre una silla y se dirigió a la cocina. La taza de té que había preparado antes de salir seguía sobre la mesa.

Todo estaba exactamente igual.

Eso le resultó insoportable.

La vida de Clara había terminado, pero las cosas continuaban ocupando su lugar. El reloj seguía avanzando. La calefacción seguía funcionando. La nieve seguía cubriendo los árboles.

Marta tomó la taza y la arrojó al fregadero.

La cerámica se rompió con un golpe seco.

Apoyó ambas manos sobre la encimera y cerró los ojos.

No podía permitirse derrumbarse.

Samuel la necesitaría.

Aun así, cuando imaginó su rostro al recibir la noticia, las piernas dejaron de sostenerla. Se sentó en el suelo de la cocina y apoyó la espalda contra un armario.

Lloró en silencio.

No sabía cuánto tiempo pasó allí.

El sonido del teléfono la obligó a levantarse.

Era un número desconocido.

—¿Diga?

—Señora Morales, soy el doctor Adrián Vega, del Instituto Forense del condado. Lamento llamarla a esta hora.

Marta miró el reloj.

Eran las tres y diecisiete.

—¿Ocurre algo?

—Acabamos de completar el examen preliminar de su hermana.

—Pensé que tardarían más.

—El detective solicitó prioridad.

Marta se sujetó del borde de la mesa.

—¿Qué encontraron?

El médico guardó silencio un instante.

—Las lesiones de la señora Morales no son consistentes con una caída accidental.

Marta sintió que el corazón le golpeaba con fuerza.

—¿Qué significa eso?

—Presenta una fractura en la parte posterior del cráneo y lesiones en el hombro y la espalda. Sin embargo, también encontramos hematomas recientes en ambos brazos.

—¿Hematomas?

—Marcas de presión. Alguien la sujetó con fuerza antes de la caída.

Marta cerró los ojos.

—Entonces tenía razón.

—Además, la trayectoria de las lesiones sugiere que no perdió el equilibrio en el primer escalón.

—No entiendo.

—Parece que cayó con un impulso considerable. Más del que produciría un simple tropiezo.

—La empujaron.

—Esa será una conclusión que deberá establecer la policía, pero médicamente hay indicios claros de intervención externa.

Marta se sentó.

Aunque ya sospechaba la verdad, escucharla de manera tan directa hizo que todo pareciera más real.

—¿Sufrió mucho?

La pregunta salió antes de que pudiera detenerla.

El médico respondió con una voz más suave.

—Probablemente perdió la conciencia poco después de caer.

Marta supo que intentaba consolarla.

No funcionó.

Clara había recuperado la conciencia.

Había sentido miedo.

Había sabido que estaba muriendo.

—Gracias por llamar —dijo Marta.

—El detective Rivas se pondrá en contacto con usted por la mañana.

La llamada terminó.

Marta permaneció sentada en la oscuridad.

Ya no había duda.

Clara no se había caído.

Alguien la había sujetado.

Alguien había luchado con ella.

Alguien la había empujado desde el ático.

A las siete de la mañana, el detective Rivas regresó a la casa de Clara.

La tormenta había disminuido, pero las carreteras seguían cubiertas de nieve. Dos vehículos policiales permanecían estacionados frente a la propiedad. Una cinta amarilla bloqueaba el porche.

Dentro, el equipo forense examinaba cada habitación.

Rivas subió al segundo piso, donde la agente Lucía Torres fotografiaba la escalera del ático.

—El forense llamó —dijo ella.

—También me envió el informe preliminar.

Lucía señaló el pasamanos.

—Encontramos fibras de lana azul aquí. No pertenecen a la ropa de Clara.

—¿Guantes?

—Tal vez un abrigo o una bufanda.

Rivas se agachó junto a la parte superior de la escalera. Había una pequeña mancha de sangre sobre el borde de madera y marcas de zapatos en el polvo.

—Dos tipos de huellas —explicó Lucía—. Una coincide con las botas de Clara. La otra es más grande.

—¿Talla masculina?

—Probablemente.

—¿El dibujo de la suela está completo?

—Solo tenemos fragmentos. Alguien intentó limpiar una parte.

Rivas observó el suelo.

—Eso indica conciencia.

—Y tiempo.

—No necesariamente mucho. La puerta quedó abierta. El responsable pudo salir con prisa después de intentar borrar lo más evidente.

Lucía levantó una pequeña bolsa de pruebas.

Dentro estaba el botón oscuro que Marta había visto.

—Plástico negro. De abrigo o chaqueta.

—¿Hemos revisado la ropa de los posibles visitantes?

—Todavía no.

Rivas se acercó al escritorio del ático.

Los documentos financieros estaban organizados ahora en bolsas numeradas. Había facturas falsas, transferencias bancarias y copias de firmas digitales. Una carpeta azul permanecía abierta bajo la luz.

—Clara estaba construyendo un caso —dijo Lucía.

—Sí.

—¿Contra Mateo Álvarez?

Rivas revisó uno de los documentos.

—Su nombre aparece en varias autorizaciones.

—Eso no significa que él realizara las transferencias.

—No. Pero significa que tenía la oportunidad.

Lucía señaló una página rota.

—Encontramos la mitad superior de una carta. Parece que Clara había comenzado a escribir una denuncia.

Rivas leyó las líneas visibles.

"Durante los últimos seis meses he identificado movimientos no autorizados en las cuentas de la empresa. He reunido documentos que demuestran…"

El resto de la página había sido arrancado.

—¿Encontraron la otra mitad? —preguntó.

—No.

—Entonces alguien se la llevó.

Lucía asintió.

—También falta el portátil de Clara.

Rivas la miró.

—¿Están seguros de que tenía uno aquí?

—Encontramos el cargador conectado y una marca rectangular limpia sobre el polvo del escritorio.

—¿Otros objetos de valor?

—Hay joyas en el dormitorio. Dinero en un cajón de la cocina. Nada parece haber sido robado.

—Excepto el ordenador y una parte de la denuncia.

—Exacto.

Rivas caminó hasta la ventana abierta.

La nieve había entrado y cubierto una parte del suelo. En el marco exterior había una mancha oscura.

—¿Qué es eso?

Lucía se acercó.

—Parece barro mezclado con sal para carreteras.

—¿Alguien salió por la ventana?

—Es poco probable. El tejado es inclinado y está cubierto de hielo.

Rivas examinó el pestillo.

—Quizá la abrieron para alterar la escena. Hacer pensar que entró un desconocido.

—O para eliminar un olor.

—¿Qué clase de olor?

Lucía señaló una esquina.

—Encontramos restos de papel quemado dentro de una bandeja metálica.

Rivas se acercó.

Entre las cenizas había pequeños fragmentos que aún conservaban tinta.

—¿Pueden recuperarlos?

—El laboratorio lo intentará.

El detective observó nuevamente la habitación.

Clara había descubierto el fraude. Había reunido pruebas y preparado una denuncia. La persona responsable había ido a la casa, probablemente para convencerla de que guardara silencio.

La conversación se convirtió en discusión.

Después, en lucha.

Y finalmente, en asesinato.

Pero había algo que no encajaba.

—¿Por qué esconderla bajo las escaleras? —preguntó Rivas.

Lucía miró hacia el pasillo.

—Tal vez pensó que estaba muerta y quiso ganar tiempo.

—Entonces habría cerrado la puerta principal.

—Quizá escuchó algo y huyó.

Rivas descendió lentamente.

En la planta baja, uno de los técnicos examinaba el recibidor.

—Detective —lo llamó—. Tiene que ver esto.

El hombre iluminó el suelo cerca de la puerta principal.

A simple vista solo había agua derretida y suciedad. Bajo una luz especial aparecían varias marcas.

—Son huellas parcialmente limpiadas —dijo el técnico—. La persona entró con nieve en los zapatos y luego intentó borrar el rastro.

—¿Coinciden con las del ático?

—El tamaño parece similar.

—¿Entró o salió?

—Ambas cosas.

Rivas siguió la dirección de las huellas.

Comenzaban en la puerta, atravesaban el pasillo y subían hacia el ático. Después regresaban.

—Así que no fue una visita inesperada —dijo.

—¿Por qué?

—Clara dejó entrar a esa persona.

El técnico señaló el sistema de seguridad junto a la puerta.

—Hay otra cosa. La alarma fue desactivada a las siete y cuarenta y dos.

—¿Con qué código?

—Con el código personal de Clara.

Rivas frunció el ceño.

—¿Pudo desactivarla ella misma?

—Sí. O alguien que conociera el código.

—¿A qué hora volvió a activarse?

—No volvió a activarse.

Rivas miró la puerta entreabierta.

La escena hablaba de confianza.

Clara no había sido sorprendida por un extraño. Había permitido que aquella persona entrara. Tal vez incluso había preparado té para ambos.

Entonces la discusión comenzó.

—Busquen una segunda taza —ordenó.

El equipo revisó la cocina.

Pocos minutos después, encontraron una taza dentro del lavavajillas. Estaba sola y había sido colocada apresuradamente entre platos limpios.

—Alguien intentó lavarla —dijo Lucía.

—¿Huellas?

—El calor y el agua pudieron destruirlas, pero quizá quede ADN.

Rivas observó la taza.

El asesino no solo conocía a Clara.

Había estado sentado con ella en su cocina.

Había bebido algo caliente mientras la nieve caía afuera.

Después había subido con ella al ático.

A las nueve de la mañana, Marta llegó a casa de Laura para buscar a Samuel.

El niño abrió la puerta antes de que ella pudiera llamar.

Llevaba un suéter gris y el cabello desordenado. Al verla, sonrió al principio, pero la expresión desapareció cuando notó su rostro.

—Tía Marta, ¿dónde está mamá?

Marta sintió que todas las palabras preparadas durante el trayecto se borraban de su mente.

Laura apareció detrás del niño.

—Samuel, ven a sentarte.

—¿Qué pasó?

Marta se arrodilló para quedar a su altura.

Durante un segundo volvió a verlo como un bebé en brazos de Clara. Recordó la primera vez que su hermana se lo había entregado, orgullosa y aterrada al mismo tiempo.

—Samuel —dijo con voz temblorosa—, anoche tu mamá tuvo un accidente muy grave.

El niño la miró sin parpadear.

—¿Está en el hospital?

Marta tomó sus manos.

—Los médicos intentaron ayudarla.

Samuel comenzó a negar con la cabeza antes de que ella terminara.

—No.

—Lo siento mucho.

—No.

—Tu mamá murió anoche.

El niño retiró las manos.

—Estás mintiendo.

—Ojalá estuviera mintiendo.

—Hablé con ella antes de cenar.

—Lo sé.

—Dijo que vendría a buscarme por la mañana.

La voz de Samuel se quebró.

—Lo sé, cariño.

—Entonces vendrá.

Marta intentó abrazarlo, pero él retrocedió.

—¡Dijiste que tuvo un accidente! —gritó—. ¡La gente no muere solo porque se cae!

Laura se cubrió la boca para contener el llanto.

Marta no supo qué decir.

Samuel miró de una mujer a la otra.

—Quiero verla.

—Ahora no puedes.

—Quiero ir a casa.

—La policía está allí.

El niño se quedó quieto.

—¿Por qué está la policía?

Marta sintió que la pregunta la atravesaba.

No quería mentirle, pero tampoco podía contarle todo.

—Están intentando entender qué ocurrió.

Samuel la observó con los mismos ojos de Clara.

—Alguien le hizo daño.

No era una pregunta.

Marta respiró lentamente.

—Todavía no sabemos todos los detalles.

—Pero tú crees que sí.

El niño bajó la mirada.

Después comenzó a llorar.

No lo hizo con gritos. Solo se cubrió el rostro con ambas manos, como si quisiera esconderse del mundo.

Marta lo abrazó.

Esta vez no se apartó.

—No estás solo —le susurró—. Voy a cuidar de ti.

Samuel se aferró a su abrigo.

—Quiero a mi mamá.

—Lo sé.

—Quiero que vuelva.

—Yo también.

Permanecieron así durante varios minutos.

Cuando finalmente levantó la cabeza, Samuel tenía los ojos enrojecidos.

—Ayer estaba preocupada —dijo.

Marta se tensó.

—¿Tu mamá?

Samuel asintió.

—Cuando fue a dejarme, recibió una llamada.

—¿Escuchaste quién era?

—No. Pero discutió con alguien.

—¿Qué dijo?

El niño intentó recordar.

—Dijo: "No vuelvas a usar mi firma". Después dijo que tenía todas las pruebas.

Marta sintió frío en las manos.

—¿Mencionó algún nombre?

Samuel negó con la cabeza.

—Cuando colgó, le pregunté qué pasaba. Dijo que era un problema de adultos.

—¿Algo más?

—Me dijo que no confiara en alguien solo porque fuera amable conmigo.

Marta apretó los labios.

—¿Te dijo de quién hablaba?

—No.

Samuel guardó silencio unos segundos.

—Pero antes de irnos de casa, Mateo estaba allí.

El corazón de Marta se detuvo por un instante.

—¿Mateo fue a verlos ayer?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Antes de que mamá me llevara con Daniel.

—¿Entró a la casa?

—Sí. Estuvieron hablando en la cocina.

—¿Parecían enfadados?

Samuel miró hacia el suelo.

—Mamá le dijo que se marchara.

Marta sintió un nudo en la garganta.

Mateo le había dicho en el hospital que la última vez que estuvo en casa de Clara fue la semana anterior.

Había mentido.

—Samuel, necesito que pienses con cuidado. ¿Viste qué ropa llevaba Mateo?

—Un abrigo azul oscuro.

—¿Tenía botones?

El niño pareció confundido.

—Creo que sí.

—¿Faltaba alguno?

Samuel cerró los ojos, intentando recordar.

—No lo sé.

Marta se levantó y sacó el teléfono.

Marcó el número del detective Rivas.

Él respondió casi de inmediato.

—Señora Morales.

—Mateo mintió.

Hubo una breve pausa.

—¿Sobre qué?

—Dijo que no había estado en casa de Clara desde la semana pasada. Samuel acaba de decirme que estuvo allí ayer por la tarde.

La voz del detective cambió.

—¿Samuel lo vio personalmente?

—Sí.

—No le haga más preguntas por ahora. Necesitamos entrevistar al niño de manera adecuada.

—Hay algo más. Mateo llevaba un abrigo azul oscuro.

Rivas miró las fibras azules encontradas en el pasamanos, aunque Marta no podía verlo.

—Señora Morales, permanezca con Samuel. No contacte con Mateo.

—¿Va a detenerlo?

—Primero vamos a hablar con él.

—Podría escapar.

—Ya hay agentes vigilando su domicilio.

Marta cerró los ojos.

—Detective, él estuvo conmigo en el hospital anoche.

—Lo sé. Las cámaras lo registraron.

—Me preguntó qué sabía la policía.

—Y usted no se lo dijo.

—No.

—Hizo bien.

Antes de terminar la llamada, Marta recordó algo.

—Mateo dijo que habló con Clara por teléfono cerca de las cinco.

—Revisaremos los registros.

—Pero Samuel dice que estaba en la casa.

—Eso no significa necesariamente que mintiera sobre la llamada. Pudo haber hablado con ella antes de visitarla.

—Mintió sobre haber estado allí.

—Sí —respondió Rivas—. Y ahora tenemos que descubrir por qué.

A las diez y veinte, dos agentes llamaron a la puerta de Mateo Álvarez.

Nadie respondió.

Su automóvil estaba estacionado frente a la casa, cubierto por una fina capa de nieve. Las luces interiores estaban apagadas.

Los agentes rodearon la propiedad.

La puerta trasera no estaba cerrada con llave.

Dentro, la casa parecía ordenada.

Demasiado ordenada.

No había platos en el fregadero ni ropa fuera de lugar. Sobre la mesa del comedor descansaban varias carpetas abiertas. Los cajones de un archivador estaban vacíos.

En el dormitorio encontraron un armario entreabierto.

Faltaban varias prendas.

También faltaba una maleta.

Uno de los agentes llamó al detective.

—Rivas, no está aquí.

—¿Alguna señal de salida apresurada?

—Parece que hizo las maletas.

—¿El automóvil?

—Sigue frente a la casa.

Rivas miró por la ventana del ático de Clara hacia la carretera cubierta de nieve.

—Entonces utilizó otro vehículo.

—Hay huellas recientes en el callejón trasero.

—Cierren las carreteras principales y avisen a las estaciones de autobús.

—¿Ya es sospechoso formal?

Rivas observó la mitad de la denuncia de Clara.

El portátil desaparecido.

Las transferencias falsas.

Las fibras azules.

La mentira sobre la visita.

—Ahora sí —respondió.

Colgó y se volvió hacia Lucía.

—Mateo se ha ido.

—Eso no demuestra que sea el asesino.

—No.

Rivas miró la nieve que comenzaba a caer de nuevo.

—Pero demuestra que tiene algo que ocultar.

Capítulo 4: Rostros conocidos, secretos ocultos

A media mañana, la tormenta había perdido fuerza, pero Oakhaven seguía enterrada bajo la nieve.

Las máquinas municipales avanzaban lentamente por las calles principales, apartando montones blancos hacia las aceras. Los negocios permanecían cerrados y pocas personas se atrevían a salir. Sin embargo, detrás de las ventanas iluminadas, los teléfonos no dejaban de sonar.

La noticia de la muerte de Clara Morales ya se había extendido por toda la ciudad.

Algunos decían que había resbalado mientras ordenaba el ático. Otros aseguraban que un ladrón había entrado durante la tormenta. En una versión más absurda, Clara había sorprendido a un desconocido escondido dentro de la casa.

Nadie mencionaba las transferencias bancarias.

Nadie hablaba de las marcas encontradas en sus brazos.

Y la policía todavía no había anunciado públicamente que buscaba a Mateo Álvarez.

Aun así, Oakhaven parecía saber que la muerte de Clara no había sido un accidente.

En casa de Laura, Marta permanecía sentada junto a la ventana de la sala mientras Samuel dormía en el sofá. El niño había llorado hasta quedarse sin fuerzas. Una manta le cubría el cuerpo y tenía una mano cerrada alrededor de la bufanda de su madre, que Marta había encontrado dentro de su mochila.

Laura estaba en la cocina preparando una sopa que nadie parecía dispuesto a comer.

—Deberías descansar un poco —dijo en voz baja.

Marta no apartó la mirada de la calle.

—No tengo sueño.

—No has dormido en toda la noche.

—Cada vez que cierro los ojos la veo debajo de las escaleras.

Laura dejó la cuchara sobre la encimera.

—No deberías quedarte sola con eso.

Marta miró a Samuel.

—No estoy sola.

—Sabes a qué me refiero.

Sí lo sabía.

Pero hablar no cambiaría lo ocurrido. No haría que Clara regresara ni borraría la sangre de sus manos. Tampoco explicaría por qué Mateo había mentido o dónde se encontraba ahora.

El teléfono de Marta vibró.

Era el detective Rivas.

Se levantó con cuidado para no despertar a Samuel y salió al pequeño recibidor.

—¿Lo encontraron?

—Todavía no —respondió Rivas—. Pero tenemos información nueva.

—¿Qué clase de información?

—Mateo utilizó una tarjeta en una gasolinera al norte de Oakhaven, poco antes de las seis de esta mañana.

—Entonces se fue.

—Eso parece.

—¿Hacia dónde?

—La gasolinera está cerca de la carretera que conduce a Canadá, pero también conecta con varias rutas locales. No podemos asegurar cuál tomó.

Marta cerró los ojos.

—Sabía que la policía iba a descubrirlo.

—No saque conclusiones todavía.

—Hizo una maleta, vació sus archivos y salió de la ciudad después de mentirme. ¿Qué otra conclusión debería sacar?

Rivas dejó pasar unos segundos.

—Huir puede indicar culpabilidad, pero no necesariamente culpabilidad por asesinato.

—¿Está diciendo que tal vez solo robó el dinero?

—Estoy diciendo que necesitamos pruebas.

La calma del detective comenzaba a irritarla.

—Clara está muerta mientras él conduce quién sabe hacia dónde. ¿Cuántas pruebas necesitan?

—Las suficientes para que no quede libre por un error nuestro.

Marta apoyó la frente contra la pared.

Sabía que Rivas tenía razón, pero aquello no disminuía su rabia.

—¿Para qué llamó?

—Necesito que venga a la comisaría.

—No puedo dejar a Samuel.

—Puede traerlo. La agente Torres está organizando una entrevista con una especialista infantil. También necesitamos hablar con usted sobre otras personas relacionadas con Clara.

—¿Otras personas?

—Mateo no era el único que tenía conflictos con ella.

Marta miró hacia la sala. Samuel continuaba dormido.

—Estaremos allí en una hora.

La comisaría de Oakhaven era un edificio pequeño de ladrillos oscuros, situado frente a la oficina de correos. Marta había entrado allí una sola vez, muchos años atrás, cuando alguien robó la bicicleta de Clara frente a la biblioteca.

En aquella ocasión, ambas habían estado más preocupadas por la reacción de su padre que por la bicicleta.

Ahora, al cruzar las puertas, Marta sintió que estaba entrando en un lugar completamente distinto.

Varias personas trabajaban detrás de escritorios abarrotados. Sonaban teléfonos, radios y teclados. En una pared había un mapa de Oakhaven con fotografías y notas sujetas alrededor de la casa de Clara.

Samuel caminaba junto a Marta sin levantar la cabeza.

Una mujer de cabello blanco y rostro amable se acercó a ellos.

—Samuel, me llamo Isabel. Trabajo con niños que han vivido momentos difíciles.

El niño no respondió.

—No eres policía —dijo finalmente.

—No.

—¿Vas a interrogarme?

Isabel se agachó un poco para quedar a su altura.

—Solo quiero conversar contigo. Puedes descansar cuando quieras y no tienes que responder nada que no recuerdes.

Samuel miró a Marta.

—Estaré cerca —le aseguró ella.

—¿Puedo llevar la bufanda de mamá?

—Claro.

Samuel siguió a Isabel hacia una sala contigua. Antes de entrar, se volvió una vez para comprobar que Marta continuaba allí.

Ella le dedicó una sonrisa débil.

La puerta se cerró.

El detective Rivas apareció desde el fondo del pasillo. Llevaba la misma camisa del día anterior y tenía sombras oscuras bajo los ojos.

—Gracias por venir.

—¿Ha dormido algo? —preguntó Marta.

—Probablemente tanto como usted.

La condujo a una sala de entrevistas. No era como las habitaciones que aparecían en las películas. Había una mesa rectangular, cuatro sillas y una ventana estrecha que dejaba entrar la luz gris del invierno.

La agente Lucía Torres ya estaba allí. Junto a ella había varias carpetas.

—Señora Morales —saludó—. Lamento mucho lo de su hermana.

Marta tomó asiento.

Rivas colocó una grabadora sobre la mesa.

—Necesitamos hacerle algunas preguntas sobre las relaciones personales y profesionales de Clara.

—Ya les conté todo lo que sabía.

—Nos contó lo sucedido en la casa. Ahora necesitamos conocer mejor a las personas que formaban parte de su vida.

Lucía abrió una carpeta.

La primera fotografía mostraba a David Morales, el hermano del difunto esposo de Clara.

David tenía cuarenta y dos años, aunque en la imagen parecía mayor. Sus mejillas estaban hundidas y su cabello comenzaba a aclararse en la parte superior.

—¿Cuándo fue la última vez que Clara habló con David? —preguntó Lucía.

—No lo sé con exactitud.

—Él afirma que fue hace dos semanas.

Marta dudó.

—Eso no es verdad.

Rivas apoyó los brazos sobre la mesa.

—¿Por qué está segura?

—Clara habló con él hace tres días. Yo estaba en su cocina.

—¿Escuchó la conversación?

—Solo una parte. David le pedía dinero.

—¿Cuánto?

—No lo sé.

—¿Era habitual que le pidiera préstamos?

Marta suspiró.

—Después de que murió Daniel, David comenzó a visitar a Clara con más frecuencia. Al principio pensé que quería ayudarla con Samuel. Luego comprendí que casi siempre necesitaba algo.

—¿Clara le daba dinero?

—Algunas veces.

—¿Tuvieron alguna discusión reciente?

—Clara le dijo que no podía seguir prestándole.

Lucía tomó nota.

—¿Cómo reaccionó David?

—No lo sé. Clara salió de la cocina para hablar. Cuando regresó, estaba enfadada.

—¿Dijo algo?

Marta intentó recordar.

—Dijo que algunas personas confundían la bondad con la debilidad.

Rivas y Lucía intercambiaron una mirada.

—¿David tenía llaves de la casa? —preguntó el detective.

—Daniel tenía una copia cuando estaba vivo. No sé si David se quedó con ella.

—¿Conocía el código de la alarma?

—Tal vez. Visitaba la casa con frecuencia cuando Daniel vivía.

Lucía giró una página.

—David tiene problemas financieros importantes. Debe varios pagos de su vivienda y ha recibido avisos de cobro.

—Eso no significa que matara a Clara.

—No —respondió Rivas—. Pero podría darle un motivo para presionarla.

Marta observó la fotografía.

David nunca le había agradado demasiado. No porque fuera cruel, sino porque siempre parecía perseguido por sus propias decisiones. Cuando las cosas salían mal, encontraba a alguien a quien culpar.

Aun así, le costaba imaginarlo atacando a Clara.

—¿Dónde estaba anoche? —preguntó.

—Según él, en su casa.

—¿Alguien puede confirmarlo?

Rivas cerró la carpeta.

—Todavía estamos verificándolo.

Lucía colocó una segunda fotografía sobre la mesa.

Don Ernesto Navarro aparecía de pie frente a su vivienda, con los brazos cruzados y una expresión de permanente disgusto. Vivía junto a la propiedad de Clara desde hacía más de quince años.

—Su hermana mantenía una disputa con este hombre —dijo Lucía.

—Por una parte del terreno.

—Explíquelo.

—El abuelo de Clara y mío construyó una cerca entre las propiedades. Hace unos meses, Don Ernesto aseguró que la cerca estaba dentro de su terreno y que Clara se había apropiado de varios metros.

—¿Tenía razón?

—No lo sé. Clara contrató a un agrimensor. Según el informe, la cerca estaba bien colocada.

—Don Ernesto presentó una demanda.

—Sí.

—Y perdió una audiencia preliminar la semana pasada.

Marta asintió.

—Se enfadó mucho.

—¿Amenazó a Clara?

—Decía cosas. Siempre estaba gritando desde el jardín.

—¿Qué clase de cosas?

Marta se removió en la silla.

—Que ella se arrepentiría. Que nadie le robaba a Ernesto Navarro. Pero así hablaba con todo el mundo.

—Dos vecinos aseguran que el lunes lo escucharon decir que Clara no llegaría a disfrutar de aquella casa por mucho tiempo.

Marta levantó la mirada.

—No sabía eso.

—¿Cree que pudo entrar en la casa durante la tormenta?

—Su propiedad está al lado. Podría llegar caminando sin utilizar la carretera.

—¿Clara lo habría dejado entrar?

Marta pensó en la alarma desactivada y en la segunda taza.

—No voluntariamente.

Rivas anotó algo.

—A menos que él dijera que quería terminar la disputa.

—Don Ernesto nunca quería terminar una disputa. Quería ganarla.

La tercera fotografía era de Mateo.

Estaba tomada durante un evento benéfico del negocio. Llevaba una camisa blanca y sonreía junto a Clara. Ella parecía relajada. Confiada.

Marta apartó la vista.

—Ya saben lo que pienso de él.

—Queremos separar lo que piensa ahora de lo que pensaba antes —explicó Rivas—. ¿Clara confiaba completamente en Mateo?

—Sí.

—¿Alguna vez discutían?

—Todos los socios discuten.

—¿Por dinero?

—A veces por decisiones del negocio. Clara era muy cuidadosa. Mateo prefería asumir más riesgos.

—¿Qué tipo de riesgos?

—Nuevos proveedores, préstamos para ampliar el almacén, contratos con empresas que Clara no conocía bien.

—¿Clara llegó a desconfiar de él?

Marta recordó la conversación de la cocina.

—Durante los últimos días, sí.

—¿Se lo dijo directamente?

—Solo dijo que había encontrado algo extraño en las cuentas.

—¿Sabía que Mateo tenía una deuda personal considerable?

Marta lo miró.

—No.

Lucía abrió otra carpeta.

—Hace ocho meses solicitó un préstamo utilizando una propiedad comercial como garantía. El negocio comenzó a perder clientes poco después. También hizo varias inversiones que no salieron bien.

—¿Clara lo sabía?

—Todavía no estamos seguros.

—¿Cuánto dinero desapareció?

—Hasta ahora hemos identificado casi doscientos mil dólares en transferencias sospechosas.

Marta se quedó inmóvil.

Había esperado una cifra grave, pero no aquella.

—Eso no puede ser.

—Las transferencias se realizaron durante diez meses —dijo Rivas—. Fueron divididas en cantidades menores y enviadas a distintas empresas.

—¿Empresas de quién?

—Algunas no existen. Otras están registradas a nombre de personas que dicen no conocer a Mateo ni a Clara.

Marta miró la fotografía nuevamente.

El hombre de la imagen había ayudado a Samuel a construir una caseta en el jardín. Había llevado comida cuando Clara estuvo enferma. Había hablado durante el funeral de Daniel sobre la importancia de cuidar a la familia.

¿Cómo podía esa misma persona haber robado durante meses?

—Clara no se habría dado cuenta tan tarde —dijo Marta—. Revisaba cada cuenta.

—Alguien manipuló los informes que ella recibía.

—Mateo.

—Es posible.

—Y cuando Clara descubrió la verdad, él la mató.

Rivas apoyó una mano sobre la carpeta.

—Todavía falta una parte importante.

—¿Cuál?

—La hora.

El detective colocó una hoja frente a ella.

—Según la cámara de una tienda, Mateo compró medicamentos a las ocho y cinco de la noche. El establecimiento está a treinta y cinco minutos de la casa de Clara en condiciones normales.

—Pero las carreteras estaban cubiertas de nieve.

—Exacto.

—Podría haber llegado antes del crimen.

—Sí. O después.

—¿Saben a qué hora cayó Clara?

—El médico forense sitúa las lesiones entre las siete y cuarenta y cinco y las ocho y treinta.

Marta observó la hora de la compra.

—Entonces todavía pudo hacerlo.

—Pudo. Pero la ventana es estrecha.

Lucía habló por primera vez en varios minutos.

—Además, la cámara muestra que llevaba una chaqueta acolchada negra.

Marta recordó las fibras de lana azul mencionadas por Samuel.

—¿Y su abrigo azul?

—No aparece en las imágenes.

—Tal vez se cambió.

—Tal vez —dijo Rivas—. Por eso no podemos ignorar a las otras personas que tuvieron motivos y oportunidades.

Marta se recostó en la silla.

Cada respuesta abría nuevas preguntas. Cada recuerdo que parecía conducir hacia alguien terminaba desviándose en otra dirección.

—¿Quién más? —preguntó.

Lucía colocó una última fotografía sobre la mesa.

Era una mujer de unos treinta y cinco años, con cabello castaño y gafas de montura fina.

Marta la reconoció.

—Elena Ruiz.

—¿La conoce?

—Es periodista. Escribe para el periódico del condado.

—También era amiga de Clara.

—No diría que fueran amigas cercanas. Se conocían desde la escuela.

—Elena visitó a Clara dos veces durante la última semana.

Marta frunció el ceño.

—Clara no me lo mencionó.

—Según Elena, estaban trabajando en una investigación.

—¿Qué investigación?

—No quiso decirlo.

—¿Una periodista se niega a hablar con la policía?

—Asegura que prometió proteger una fuente.

Marta sintió que la frustración regresaba.

—Clara está muerta. ¿Qué más necesita para romper esa promesa?

—Elena dice que la información no estaba relacionada con la muerte.

—¿Y ustedes le creen?

Rivas cerró la carpeta.

—No creemos ni descartamos nada todavía.

Mientras Marta hablaba con los detectives, Elena Ruiz esperaba en una cafetería situada a dos calles de la comisaría.

El local estaba casi vacío. En condiciones normales, a aquella hora habría empleados municipales, maestros y comerciantes ocupando las mesas. Aquella mañana solo había dos trabajadores retirando nieve de la entrada y una anciana leyendo junto a la ventana.

Elena tenía una taza de café frente a ella, pero apenas la había probado.

Sobre la mesa descansaba una libreta cerrada.

Dentro llevaba anotaciones que no había mostrado a la policía.

Clara la había llamado seis días antes.

No era raro recibir llamadas de personas que querían denunciar problemas del ayuntamiento, disputas con vecinos o decisiones injustas de alguna empresa. Pero Clara no era una mujer que buscara atención.

Su voz había sonado seria.

"Necesito que revises algo", le había dicho.

Elena preguntó si se trataba de una historia para el periódico.

"No todavía. Primero necesito saber si lo que encontré es real."

Se habían reunido al día siguiente en la casa de Clara. Ella le mostró copias de facturas, nombres de empresas y varias transferencias.

Elena reconoció una de las compañías.

Había aparecido en una investigación anterior sobre contratos municipales.

La empresa se llamaba Northpine Consulting.

En los registros públicos figuraba como una compañía de asesoría empresarial. No tenía empleados, oficina ni página oficial. Sin embargo, había recibido pagos de varias empresas pequeñas de Oakhaven.

Entre ellas, la de Clara y Mateo.

Elena había prometido investigar discretamente.

Dos días después, descubrió que la dirección registrada de Northpine pertenecía a un edificio abandonado.

Cuando llamó a Clara para contárselo, ella guardó silencio durante varios segundos.

"Entonces Mateo me ha estado mintiendo", dijo finalmente.

Elena le pidió que no lo confrontara sola.

Clara aseguró que no lo haría.

Pero Clara no sabía fingir que nada ocurría.

Y Mateo la conocía demasiado bien.

Elena sacó la libreta y la abrió por una página marcada.

Había escrito tres nombres:

Mateo Álvarez.

David Morales.

Ernesto Navarro.

Debajo había un cuarto nombre que no había mencionado a la policía.

Tomás Vidal.

Era el contable externo que revisaba cada año los libros de la empresa. Según Clara, Tomás había certificado que las cuentas estaban en orden apenas dos meses antes.

Si el fraude era tan grande como parecía, debía haberlo visto.

A menos que formara parte de él.

Una sombra cayó sobre la mesa.

Elena cerró rápidamente la libreta.

Un hombre alto, con una chaqueta marrón y gorro de lana, se encontraba frente a ella.

—No deberías escribir sobre cosas que no entiendes —dijo.

Elena lo reconoció de inmediato.

Tomás Vidal.

—¿Me estabas siguiendo?

—Oakhaven es pequeño. No hace falta seguir a nadie.

—Entonces siéntate.

—No he venido a conversar.

Tomás miró alrededor. La anciana de la ventana continuaba leyendo. El empleado detrás del mostrador limpiaba unas tazas sin prestarles atención.

—Clara cometió un error —dijo.

Elena sintió que la espalda se le tensaba.

—¿Qué error?

—Empezó a señalar a personas sin comprender cómo funcionaban sus propias cuentas.

—¿Estás diciendo que las transferencias eran legítimas?

Tomás apretó la mandíbula.

—Estoy diciendo que no sabes toda la historia.

—Entonces cuéntamela.

—No es asunto tuyo.

—Clara me lo convirtió en asunto mío.

Tomás se inclinó un poco sobre la mesa.

—Clara está muerta. Tú todavía no.

Elena sostuvo su mirada.

—¿Eso es una amenaza?

El hombre pareció darse cuenta demasiado tarde de lo que acababa de decir.

—Es un consejo.

—No sonó como uno.

Tomás retrocedió.

—Aléjate de las cuentas de Northpine.

—¿Por qué?

—Porque hay personas que perderán mucho si sigues haciendo preguntas.

—¿Mateo?

Tomás no respondió.

—¿Sabes dónde está?

—No.

—Estás mintiendo.

Él se volvió hacia la puerta.

—Tomás.

El hombre se detuvo.

—La policía va a encontrarlo —continuó Elena—. Y cuando lo haga, revisará todos los informes que firmaste.

Tomás giró lentamente la cabeza.

—Ten cuidado, Elena. Las personas respetables de esta ciudad no siempre son lo que parecen.

—Eso ya lo sabía.

Tomás salió de la cafetería.

Elena esperó hasta que desapareció detrás de la nieve. Después tomó el teléfono y fotografió la matrícula de su automóvil mientras se alejaba.

No estaba segura de si debía llamar a la policía.

Todavía no confiaba en que todos los secretos de Clara pertenecieran a la investigación oficial. Los periódicos pequeños sobrevivían porque algunas personas se atrevían a hablar con la condición de no ser identificadas.

Pero Clara ya no podía protegerse.

Elena abrió de nuevo la libreta.

Junto al nombre de Tomás escribió una frase:

Sabe más de lo que admite.

En la comisaría, Samuel terminó su entrevista poco antes del mediodía.

Cuando salió de la sala, tenía los ojos cansados. Marta se levantó para recibirlo.

—¿Estás bien?

El niño se encogió de hombros.

Isabel se acercó al detective Rivas y le entregó unas notas.

—Samuel recordó algo importante —dijo.

Rivas se agachó frente al niño.

—¿Te parece bien contárselo otra vez a tu tía?

Samuel asintió.

—Ayer, cuando Mateo estaba en casa, escuché que mamá le dijo que tenía hasta la mañana siguiente.

Marta contuvo la respiración.

—¿Hasta la mañana siguiente para qué?

—No lo sé. Mateo dijo que podía explicarlo. Mamá respondió que ya era demasiado tarde.

—¿Escuchaste algo más?

Samuel jugueteó con el borde de la bufanda.

—Él dijo que, si llamaba a la policía, muchas personas resultarían perjudicadas.

Rivas tomó nota.

—¿Tu madre parecía tener miedo?

El niño pensó unos segundos.

—Parecía enfadada.

—¿Viste a Mateo marcharse?

—Sí.

—¿Por la puerta principal?

—Sí.

—¿A qué hora?

—No sé.

—¿Ya estaba nevando?

Samuel miró hacia arriba, intentando reconstruir el momento.

—Un poco. Pero todavía se veía el camino.

—¿Volvió después?

—No lo sé. Yo me fui con mamá.

Rivas cerró la libreta.

—Lo has hecho muy bien, Samuel.

—¿Mateo mató a mi mamá?

La pregunta dejó la sala en silencio.

Rivas no respondió de inmediato.

—Estamos buscando a la persona que lo hizo.

—Eso no fue lo que pregunté.

Marta puso una mano sobre el hombro del niño.

—Samuel…

—Quiero saberlo.

Rivas sostuvo su mirada con seriedad.

—Mateo es una persona con quien necesitamos hablar. Pero no puedo decirte que fue él hasta que tengamos pruebas suficientes.

Samuel bajó la cabeza.

—Mamá confiaba en él.

Nadie supo qué responder.

A la una de la tarde, David Morales entró en la comisaría.

No había sido arrestado. Había aceptado acudir voluntariamente, aunque su expresión indicaba que no estaba contento.

Llevaba un abrigo demasiado fino para el invierno y tenía los ojos enrojecidos. Al ver a Marta en el pasillo, abrió los brazos como si esperara recibirla con un abrazo.

Ella no se movió.

—Marta —dijo—. No puedo creerlo.

—¿Por qué dijiste que no hablabas con Clara desde hacía dos semanas?

David dejó caer los brazos.

—¿Qué?

—Hablaste con ella hace tres días.

Miró hacia los policías cercanos.

—No creo que este sea el lugar para hablar de asuntos familiares.

—Clara está muerta. Ya no existen asuntos familiares privados.

—No quería que la policía malinterpretara la conversación.

—Le pediste dinero.

—Era un préstamo.

—Ella te dijo que no.

David apretó los labios.

—No sabes todo lo que ocurrió.

—Entonces explícalo.

—Necesitaba pagar unas deudas.

—Siempre necesitas pagar alguna deuda.

—No tienes derecho a juzgarme.

—¿Y tú tenías derecho a presionar a una viuda para que te mantuviera?

El rostro de David se endureció.

—Clara tenía dinero.

—Era para Samuel.

—Daniel también era mi hermano.

—Eso no te convertía en dueño de lo que dejó.

David miró hacia otro lado.

—Yo no le hice daño.

—¿Dónde estuviste anoche?

—En casa.

—Solo.

Él tardó en responder.

—Sí.

—¿Todavía tienes una llave de la casa de Clara?

David volvió a mirarla.

—No.

—¿Estás seguro?

—La devolví hace años.

—¿Y el código de la alarma?

—No lo recuerdo.

El detective Rivas apareció en el pasillo.

—Señor Morales, estamos preparados para hablar con usted.

David dirigió una última mirada a Marta.

—No soy el enemigo.

—Clara también pensaba eso de otras personas.

El detective condujo a David a la sala de entrevistas.

Marta permaneció junto a la puerta, sintiendo una mezcla de rabia y cansancio. Ya no sabía qué parte de la conversación había nacido de su dolor y cuál de una sospecha verdadera.

Samuel se sentó en una silla cercana.

—No me gusta el tío David —dijo.

Marta se volvió hacia él.

—No deberías decidir que alguien es culpable porque no te agrada.

—Tú tampoco confías en él.

—Ahora mismo no sé en quién confiar.

Samuel apretó la bufanda contra su pecho.

—Yo confío en ti.

Aquellas palabras estuvieron a punto de romperla.

Marta se sentó junto a él y lo abrazó.

—Y yo en ti.

El interrogatorio de David duró más de una hora.

Al principio negó haber discutido con Clara. Después admitió que le había pedido treinta mil dólares. Aseguró que el dinero era para evitar la pérdida de su vivienda.

Los detectives ya sabían que no era cierto.

Parte de sus deudas procedían de un negocio fallido de reparación de vehículos. Otra parte correspondía a préstamos personales que llevaba meses sin pagar.

—Clara tenía la obligación de ayudarme —dijo David.

Rivas permaneció inmóvil al otro lado de la mesa.

—¿Por qué?

—Porque Daniel la dejó en una situación cómoda.

—También le dejó un hijo que mantener.

—Samuel nunca pasará necesidades.

—Eso no convierte el dinero de Clara en suyo.

David golpeó suavemente la mesa con la palma.

—No dije que fuera mío. Solo necesitaba ayuda temporal.

Lucía abrió una carpeta.

—Según los registros telefónicos, llamó a Clara seis veces el día de su muerte.

—No respondió a las primeras llamadas.

—La última duró once minutos.

—Estábamos intentando llegar a un acuerdo.

—Un vecino asegura haberlo visto cerca de su calle poco después de las siete.

David se quedó quieto.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Porque estaba en casa.

—No hay nadie que pueda confirmar su presencia.

—No significa que saliera.

Lucía colocó una fotografía frente a él. Mostraba una camioneta estacionada cerca de la casa de Clara.

—Esta imagen fue captada por la cámara exterior de una vivienda cercana. Parece su vehículo.

David observó la fotografía.

—Hay cientos de camionetas como esa.

—La luz trasera derecha está rota. Igual que la suya.

El color desapareció de su rostro.

Rivas se inclinó ligeramente hacia delante.

—Estuvo allí.

David respiró por la nariz.

—No entré en la casa.

—¿Qué hizo?

—Esperé fuera.

—¿Por qué?

—Quería hablar con Clara.

—Acababan de conversar durante once minutos por teléfono.

—Ella colgó.

—¿Así que condujo hasta su casa durante una tormenta?

—Todavía no era una tormenta.

—¿La vio?

David bajó la mirada.

—Salió al porche.

—¿Discutieron?

—Sí.

—¿La amenazó?

—No.

—¿Le dijo que se arrepentiría?

David levantó la cabeza.

—Estaba enfadado. La gente dice cosas cuando está enfadada.

—¿Qué dijo exactamente?

—No lo recuerdo.

—Inténtelo.

David respiró profundamente.

—Le dije que Daniel se avergonzaría de ella.

—¿Algo más?

—Que algún día necesitaría ayuda y nadie estaría allí para dársela.

—¿Entró en la casa?

—No.

—¿A qué hora se marchó?

—Cerca de las siete y media.

Lucía revisó sus notas.

—La alarma se desactivó a las siete y cuarenta y dos.

—Yo ya no estaba allí.

—¿Vio llegar a alguien?

David guardó silencio.

Rivas lo observó con atención.

—Vio a alguien.

—No estoy seguro.

—¿A quién?

—Un automóvil pasó junto a mí cuando salía de la calle.

—¿Reconoció el vehículo?

—Tal vez.

—Señor Morales.

David se frotó las manos.

—Era el automóvil de Don Ernesto.

Los agentes encontraron a Ernesto Navarro en su casa poco después de las dos.

No abrió la puerta hasta que amenazaron con solicitar una orden. Cuando finalmente apareció, llevaba un suéter grueso y sostenía un bastón que utilizaba solo cuando le convenía.

—Esto es una persecución —declaró antes de que nadie le hiciera una pregunta—. Esa mujer llevaba meses intentando quedarse con mi propiedad y ahora quieren culparme de su accidente.

La agente Lucía lo miró.

—Todavía no hemos explicado por qué estamos aquí.

Ernesto parpadeó.

—Toda la ciudad sabe lo ocurrido.

—La ciudad sabe que Clara murió. No que dejó de considerarse un accidente.

El anciano apretó la mano alrededor del bastón.

—No tengo nada que decir.

—Su automóvil fue visto cerca de la casa.

—Vivo al lado.

—Fue visto entrando en la calle desde la carretera principal.

—Salí a comprar medicinas.

—La farmacia cerró a las seis debido a la tormenta.

Ernesto frunció el ceño.

—No recuerdo la hora.

—¿Visitó a Clara?

—No.

Lucía observó el recibidor de la casa.

Junto a la puerta había un par de botas grandes, todavía manchadas con restos de barro y sal.

—Necesitaremos llevarnos esas botas.

Ernesto dio un paso para bloquearle el camino.

—No tocarán mis cosas.

—Entonces conseguiremos una orden.

—No tienen pruebas.

—Tenemos huellas de calzado en la casa de Clara.

Por primera vez, Ernesto pareció preocupado.

—Muchas personas visitaban esa casa.

—¿Incluido usted?

—No anoche.

—¿Posee un abrigo de lana azul?

El hombre miró hacia el perchero.

Había varios abrigos colgados.

Uno de ellos era azul oscuro.

Le faltaba un botón.

Cuando Rivas recibió la llamada de Lucía, Marta seguía en la comisaría.

El detective escuchó el informe sin apartar la mirada de la pared. Después colgó y se sentó frente a ella.

—Encontramos un abrigo azul en casa de Don Ernesto. Le falta un botón.

Marta sintió un vacío en el estómago.

—¿Coincide con el que estaba en casa de Clara?

—A simple vista, sí. El laboratorio tendrá que confirmarlo.

—Entonces fue él.

—También encontramos botas que podrían coincidir con las huellas.

—¿Por qué habría subido al ático?

—Eso es lo que intentamos averiguar.

—Tal vez quería destruir los documentos de la propiedad.

—Es posible.

Samuel levantó la cabeza desde la silla contigua.

—Don Ernesto odiaba a mamá.

Marta miró al detective.

—Todo el mundo sabía que la amenazaba.

Rivas asintió lentamente.

—Pero todavía tenemos un problema.

—¿Cuál?

—Los documentos financieros.

—Podría haberlos utilizado para desviar la investigación.

—O podrían no estar relacionados directamente con el asesinato.

Marta sintió que la habitación comenzaba a girar alrededor de demasiadas posibilidades.

Mateo había robado dinero y desaparecido.

David había mentido sobre su presencia en la calle.

Ernesto tenía un abrigo al que le faltaba un botón.

Y una periodista escondía información sobre una empresa desconocida.

Todos habían mentido.

Todos tenían algo que perder.

Rivas recogió una de las carpetas.

—En los casos como este, las personas rara vez ocultan una sola cosa. Algunas mienten porque cometieron un crimen. Otras mienten porque temen que salga a la luz un secreto diferente.

—¿Cómo se distingue una mentira de la otra?

—Siguiendo las pruebas hasta que una versión ya no pueda sostenerse.

El teléfono del detective sonó.

Respondió y escuchó durante varios segundos.

—Repita eso.

Marta observó cómo su expresión cambiaba.

—¿Dónde?

Tomó un bolígrafo y escribió rápidamente.

—No se acerquen. Mantengan la zona cerrada hasta que lleguemos.

Colgó.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Marta.

Rivas se puso el abrigo.

—Encontraron el automóvil que Mateo utilizó para salir de Oakhaven.

—¿Dónde está él?

—No estaba dentro.

—¿Encontraron algo?

El detective dudó.

—El portátil de Clara estaba en el asiento trasero.

Marta se levantó.

—Eso demuestra que fue él.

—Demuestra que tenía el ordenador.

—¿Qué más necesitan?

Rivas se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo antes de salir.

—También había sangre en el volante.

—¿De Clara?

—Todavía no lo sabemos.

—¿Y Mateo?

El detective sostuvo su mirada.

—Hay huellas que se alejan del automóvil hacia el bosque.

—¿Caminó hasta allí?

—Solo hay un grupo de huellas.

—Entonces búsquenlo.

—Eso estamos haciendo.

—¿Cree que está herido?

Rivas no respondió directamente.

—Quédese aquí con Samuel.

—Detective.

Él se volvió.

—¿Mateo sigue siendo sospechoso o ahora es otra víctima?

Rivas abrió la puerta.

—Hasta que encontremos a Mateo, puede ser cualquiera de las dos cosas.

Capítulo 5: La disputa de Don Ernesto

El bosque al norte de Oakhaven parecía tragarse todos los sonidos.

La nieve cubría el suelo con una capa tan profunda que cada paso exigía un esfuerzo. Las ramas de los pinos se inclinaban bajo el peso del hielo y, de vez en cuando, una de ellas se quebraba con un crujido seco que hacía levantar la cabeza a los agentes.

El automóvil abandonado estaba detenido junto a una carretera secundaria, a menos de diez kilómetros de la frontera con Canadá. No pertenecía a Mateo Álvarez. Había sido denunciado como robado esa misma mañana por un residente de Oakhaven.

Las puertas estaban cerradas, pero no con llave.

En el asiento trasero, dentro de una bolsa de tela, se encontraba el portátil de Clara Morales.

En el volante había varias manchas de sangre.

El detective Gabriel Rivas permanecía junto al vehículo mientras un técnico recogía muestras. Lucía Torres seguía las huellas que conducían desde la carretera hasta el bosque.

—Solo una persona salió del automóvil —dijo ella al regresar—. Las pisadas llegan hasta los árboles y después se vuelven difíciles de distinguir.

—¿Por la nieve?

—Por una zona de piedras. Puede haber cambiado de dirección.

Rivas observó el camino blanco que desaparecía entre los pinos.

—¿Encontraron sangre fuera del vehículo?

—Dos gotas junto a la puerta del conductor. Nada más.

—Podría ser una herida pequeña.

—O alguien pudo dejar la sangre para hacernos creer que estaba herido.

El detective miró el interior del automóvil.

Mateo había salido de Oakhaven con una maleta y documentos del negocio. Eso parecía claro. Pero no sabían si se había llevado el portátil de Clara inmediatamente después del crimen o si otra persona se lo había entregado.

Tampoco sabían de quién era la sangre.

—¿Hay teléfono? —preguntó.

Lucía negó con la cabeza.

—Ni cartera, ni documentos, ni abrigo.

—¿Abrigo?

—Encontramos una chaqueta negra en el maletero. Parece la misma que llevaba en la cámara de la tienda.

Rivas frunció el ceño.

La temperatura estaba muy por debajo de cero. Nadie se internaría voluntariamente en aquel bosque sin ropa adecuada.

—Entonces pudo cambiarse antes de entrar.

—O alguien se llevó su abrigo.

Uno de los agentes se acercó desde la carretera.

—Detective, los perros están listos.

—Utilicen el asiento del conductor y la chaqueta. Quiero saber si el rastro pertenece a la misma persona.

—Sí, señor.

Rivas se volvió hacia Lucía.

—Regresa a Oakhaven.

—¿Por Don Ernesto?

—Por el abrigo, las botas y ese botón. Si todo coincide, tendremos que detenerlo.

—¿Y Mateo?

—Yo me quedaré con la búsqueda.

Lucía guardó las manos en los bolsillos.

—Es extraño.

—¿Qué cosa?

—Si Mateo mató a Clara, tomó el ordenador y escapó, ¿por qué abandonó el automóvil tan cerca de la frontera?

—Tal vez pensó que lo encontrarían en un puesto de control.

—Podría haber dado la vuelta.

—O alguien lo estaba esperando aquí.

Lucía miró hacia el bosque.

—¿Crees que está muerto?

Rivas no respondió enseguida.

—Creo que alguien quiere que nos hagamos esa pregunta.

La casa de Don Ernesto Navarro estaba separada de la propiedad de Clara por una cerca de madera y una franja estrecha de terreno cubierto de nieve.

Desde el dormitorio del segundo piso, Ernesto podía ver el tejado del antiguo hogar de los Morales. También podía ver la cinta policial alrededor del porche y a los técnicos que todavía entraban y salían.

Aquella mañana había mantenido las cortinas cerradas.

Ahora se encontraba sentado en la sala, frente a la agente Torres, con los brazos cruzados y el bastón apoyado contra la mesa.

El abrigo azul había sido guardado en una bolsa para pruebas. Las botas también.

—No tenía derecho a llevárselos —dijo Ernesto.

—Usted dio su consentimiento.

—Porque dos policías se presentaron en mi puerta y empezaron a hablar de una orden.

—Podía haberse negado.

—Y entonces todos habrían pensado que ocultaba algo.

Lucía lo observó sin mostrar emoción.

—¿Oculta algo?

Ernesto soltó una risa breve.

—En esta ciudad, todos ocultan algo.

—Hablemos del botón.

—Ya dije que se cayó hace semanas.

—¿Dónde?

—No lo sé.

—El botón encontrado en casa de Clara parece pertenecer a su abrigo.

—"Parece" no significa nada.

—También encontramos fibras azules en el pasamanos.

Ernesto movió la mandíbula, pero no respondió.

—Y sus botas podrían coincidir con las huellas del ático —continuó Lucía—. Si el laboratorio confirma esas tres pruebas, será muy difícil explicar su presencia allí.

—Nunca subí a ese ático.

—¿Entró en la casa?

—No.

—¿La noche en que murió Clara?

—No.

—¿Alguna vez?

El anciano miró hacia la ventana cerrada.

—Hace años. Cuando vivían sus padres.

—No le pregunté por hace años.

Ernesto golpeó suavemente el suelo con la punta del bastón.

—Ya contesté.

Lucía abrió su libreta.

—Su automóvil fue visto cerca de la casa poco antes de las ocho.

—Mi casa está al lado.

—David Morales asegura que lo vio entrar en la calle desde la carretera principal.

—David Morales necesita dinero. Diría cualquier cosa para alejar la atención de sí mismo.

—¿Salió durante la tormenta?

—Fui a dar una vuelta.

—¿Por qué?

—No podía dormir.

—Eran las siete y media.

—Duermo cuando quiero.

—¿Adónde fue?

—Por el vecindario.

—¿Se acercó a la casa de Clara?

Ernesto no respondió.

Lucía dejó el bolígrafo sobre la libreta.

—Señor Navarro, una mujer murió. Si estuvo allí por un motivo que no tiene relación con el asesinato, este es el momento de decirlo.

—No tuve nada que ver con su muerte.

—Entonces ayúdeme a demostrarlo.

—La policía no quiere demostrar mi inocencia. Quiere encontrar a alguien a quien culpar.

—Eso no es cierto.

—Clara era querida. Yo discutía con ella. Para la gente de Oakhaven, eso es suficiente.

Lucía se inclinó ligeramente hacia delante.

—No estamos hablando de rumores. Estamos hablando de pruebas físicas.

Por primera vez, la expresión de Ernesto perdió parte de su desafío.

—Ese botón no demuestra que yo estuviera allí anoche.

—¿Cuándo estuvo?

El anciano la miró fijamente.

La pregunta había sido una apuesta. Lucía lo supo por la forma en que él dejó de respirar durante un segundo.

—Nunca —respondió al final.

Pero ya era demasiado tarde.

—Acaba de pensar en una fecha.

—No sé de qué habla.

—Sí lo sabe.

Ernesto se levantó lentamente.

—La entrevista terminó.

—No mientras exista una investigación abierta.

—No está arrestándome.

—Todavía no.

La palabra quedó suspendida en la sala.

Ernesto tomó el bastón.

—Fuera de mi casa.

Lucía se puso de pie, pero no guardó la libreta.

—Regresaré cuando tengamos los resultados del laboratorio.

—Traiga una orden la próxima vez.

La agente caminó hacia la puerta. Antes de salir, miró el perchero vacío donde había estado el abrigo azul.

—Por cierto —dijo—, el botón encontrado en casa de Clara tenía polvo antiguo en una de las ranuras.

Ernesto no reaccionó.

—Eso podría significar que llevaba tiempo allí.

Los ojos del anciano se movieron apenas.

Lucía abrió la puerta.

—O podría significar que cayó en el ático la noche del asesinato. El laboratorio nos dirá cuál de las dos cosas es cierta.

Salió sin esperar respuesta.

Desde el porche, se volvió hacia la ventana.

Ernesto seguía de pie en la sala.

Ya no parecía enfadado.

Parecía asustado.

Marta llevó a Samuel a su propia casa poco después del mediodía.

El niño no quería volver a la casa de Clara. Tampoco quería quedarse con Laura. Deseaba estar en un lugar que conociera, pero que no estuviera lleno de recuerdos de su madre.

Marta preparó la habitación de invitados para él.

Colocó una lámpara junto a la cama, dejó un vaso de agua sobre la mesa y abrió las cortinas para que entrara algo de luz. Samuel permaneció en la puerta, todavía con la bufanda de Clara entre las manos.

—Puedes cambiar lo que quieras —dijo Marta—. Si prefieres dormir en la sala, también está bien.

—Aquí está bien.

—Puedo quedarme contigo.

—No soy un bebé.

Marta reconoció la frase. Clara la decía cuando era niña y quería demostrar que no tenía miedo.

—Nunca dije que lo fueras.

Samuel dejó la mochila sobre el suelo.

—¿Encontraron a Mateo?

—Todavía no.

—¿Crees que está muerto?

La pregunta la sorprendió.

—¿Por qué dices eso?

—Escuché a un policía hablar del bosque.

Marta suspiró.

—No deberías escuchar conversaciones privadas.

—No eran privadas. Estaban hablando en el pasillo.

—No sabemos qué le ocurrió.

Samuel se sentó en la cama.

—Si está muerto, no podrá decir la verdad.

—La policía encontrará otras pruebas.

—¿Y si todos están mintiendo?

Marta se sentó a su lado.

—No todos mienten por la misma razón.

—Eso dijo el detective.

—Tiene razón.

Samuel miró la bufanda.

—Mamá nunca me mentía.

Marta quiso decirle que todos los padres ocultaban cosas para proteger a sus hijos, pero no era el momento.

—Tu mamá intentaba ser honesta contigo.

—Entonces ¿por qué no me contó lo del dinero?

—Porque quería resolverlo antes de preocuparte.

—Tal vez, si me lo hubiera contado, yo habría podido ayudar.

—Samuel, esto no era tu responsabilidad.

—Pero estaba en casa cuando Mateo fue.

La culpa en su voz hizo que Marta se volviera hacia él.

—Mírame.

El niño levantó los ojos.

—Nada de esto ocurrió por algo que hiciste o dejaste de hacer. Tu madre te llevó a casa de Daniel porque quería que estuvieras seguro y pasaras una buena noche.

—Pero ella regresó sola.

—No podías saber lo que pasaría.

—Tú tampoco.

Marta sintió el golpe de aquellas palabras, aunque sabía que el niño no pretendía hacerle daño.

—No —admitió—. Yo tampoco.

Samuel apretó la bufanda.

—¿Por qué alguien empujaría a una persona por unas cuentas?

—A veces la gente permite que el miedo y la codicia la lleven a hacer cosas terribles.

—¿Mateo era una mala persona?

Marta pensó en las cenas familiares, en las risas, en las veces que Mateo había ayudado sin que nadie se lo pidiera.

—Tal vez hizo cosas malas —respondió—. Pero todavía no sabemos toda la verdad.

—No contestaste.

—Porque no sé la respuesta.

El teléfono de Marta sonó en el bolsillo.

Era Elena Ruiz.

Durante unos segundos consideró no responder. No quería hablar con periodistas, especialmente después de saber que Elena había ocultado información a la policía.

Sin embargo, Clara había confiado en ella.

—¿Sí?

—Marta, soy Elena.

—Lo sé.

—Necesito hablar contigo.

—Ya hablaste con la policía.

—No les conté todo.

Marta se levantó y salió de la habitación, cerrando la puerta parcialmente.

—Entonces llámalos y cuéntaselo.

—No puedo hacerlo por teléfono.

—Mi hermana está muerta, Elena. No estoy interesada en tus reglas periodísticas.

—No se trata de proteger una historia.

—¿Entonces de qué se trata?

Elena bajó la voz.

—Alguien me amenazó esta mañana.

Marta guardó silencio.

—¿Quién?

—Tomás Vidal, el contador externo del negocio.

—¿Qué dijo?

—Que me alejara de las cuentas de Northpine. Dijo que había personas respetables que podían perder mucho.

—¿Northpine?

—Es una empresa falsa que recibió pagos del negocio de Clara.

Marta apoyó una mano sobre la pared.

—¿Mateo la controlaba?

—No he podido demostrarlo.

—¿Por qué me llamas a mí?

—Porque Clara me entregó una copia de algunos documentos.

—Dáselos a la policía.

—Eso pensaba hacer, pero falta uno.

—¿Qué documento?

—Una lista de pagos. Clara me la mostró la última vez que nos vimos. Había nombres de personas de Oakhaven.

—¿Qué personas?

—No alcancé a leerlos todos. Pero vi uno que reconocí.

Marta esperó.

—Ernesto Navarro.

El nombre le produjo un escalofrío.

—¿Don Ernesto recibía dinero del negocio?

—No directamente. Su nombre aparecía junto a un pago de Northpine.

—¿Por cuánto?

—Quince mil dólares.

—¿Para qué?

—Eso es lo que necesito averiguar.

—Elena, la policía encontró un botón de su abrigo en el ático. Sus botas pueden coincidir con las huellas.

Hubo silencio al otro lado.

—¿Estás segura?

—Eso dijo el detective.

—Entonces Ernesto estuvo en casa de Clara.

—Probablemente.

—Pero quince mil dólares no tienen sentido en una disputa por una cerca.

—Tal vez la disputa nunca fue realmente por la cerca.

Elena respiró lentamente.

—Voy a hablar con él.

—No.

—Clara investigaba ese pago antes de morir.

—Precisamente por eso no deberías acercarte sola.

—No voy a acusarlo. Solo quiero hacer preguntas.

—Elena, una persona está muerta y otra desaparecida.

—Lo sé.

—Entonces deja de actuar como si esto fuera una noticia difícil. Es peligroso.

La voz de Elena se suavizó.

—Para mí tampoco es solo una noticia.

Marta cerró los ojos.

Recordó que Elena había conocido a Clara desde la adolescencia. No eran amigas cercanas, pero compartían recuerdos que existían mucho antes de aquella investigación.

—Dime dónde están los documentos —pidió Marta.

—En un lugar seguro.

—Eso no es suficiente.

—Los entregaré al detective Rivas esta tarde.

—Todos.

—Todos los que tengo.

—¿Y la libreta?

Elena tardó en responder.

—También.

—No ocultes nada más.

—De acuerdo.

Marta colgó.

Cuando volvió a la habitación, Samuel estaba junto a la ventana.

—¿Quién era?

—Elena.

—La periodista.

—Sí.

—Mamá decía que hacía demasiadas preguntas.

—Es parte de su trabajo.

—También decía que era valiente.

Marta se acercó a él.

—A veces hay poca distancia entre ser valiente y ponerse en peligro.

Samuel miró la calle cubierta de nieve.

—Mamá era valiente.

—Sí.

—Y también se puso en peligro.

Marta no supo cómo responder.

A las dos y cuarto de la tarde, el laboratorio del condado envió los primeros resultados.

Lucía los leyó en su vehículo, estacionada frente a la comisaría.

El botón pertenecía al mismo modelo y fabricante que los del abrigo de Ernesto. La fibra azul encontrada en el pasamanos también coincidía con la lana de la prenda.

Sin embargo, el polvo alojado en el botón contenía partículas de madera y aislamiento antiguo. Había estado en el ático durante al

menos varias semanas, quizá meses.

Eso significaba que Ernesto había entrado antes.

No demostraba que hubiera estado allí la noche del asesinato.

Las botas ofrecían una respuesta menos clara. La talla coincidía con las huellas, pero el dibujo de la suela no era idéntico. Las marcas de la casa pertenecían a un modelo diferente.

Lucía llamó de inmediato al detective Rivas.

—El botón es suyo —dijo—, pero no cayó anoche.

—¿Y las fibras?

—También son del abrigo.

—Entonces estuvo en el ático en algún momento.

—Eso parece. Pero las botas no coinciden.

Rivas miró hacia el bosque, donde los agentes seguían buscando.

—¿Tienes una teoría?

—Ernesto entró antes, perdió el botón y rozó el pasamanos. La noche del crimen, otra persona dejó las huellas.

—¿Por qué mentiría sobre una visita anterior?

—Porque estaba haciendo algo que no quiere admitir.

—O porque esa visita está relacionada con el fraude.

Lucía recordó la reacción de Ernesto cuando mencionó el polvo.

—Voy a volver a hablar con él.

—Espera. Elena Ruiz acaba de llamar. Está camino de la comisaría con documentos sobre Northpine.

—¿Aparece Ernesto?

—Según ella, sí.

—¿Por qué una empresa fantasma le pagaría quince mil dólares?

—Descúbrelo.

Ernesto no estaba en casa cuando Lucía regresó.

Su automóvil tampoco estaba.

La agente llamó dos veces y observó el interior a través de la ventana. La sala parecía igual que antes, pero el bastón había desaparecido.

Un vecino que retiraba nieve del camino levantó la vista.

—¿Busca a Ernesto?

—¿Lo vio salir?

—Hace unos veinte minutos.

—¿Sabe adónde fue?

El hombre apoyó la pala contra una cerca.

—No. Pero llevaba una caja en el asiento trasero.

—¿Qué clase de caja?

—De madera. Pequeña.

Lucía regresó a su vehículo y solicitó por radio que localizaran el automóvil de Ernesto.

Después miró hacia la casa de Clara.

Había un camino estrecho entre ambas propiedades. La nieve lo había cubierto, pero debajo todavía se distinguía una línea hundida, como si alguien lo hubiera utilizado muchas veces.

Lucía caminó hasta la cerca.

Una parte de la madera estaba suelta.

La empujó y descubrió una abertura suficientemente grande para que pasara una persona.

Desde allí podía llegar a la puerta trasera de Clara en menos de un minuto.

La agente cruzó.

La cinta policial rodeaba la casa, pero el equipo forense le permitió entrar. Se dirigió a la cocina y observó la puerta trasera.

No había señales de entrada forzada.

Junto al marco encontró un pequeño teclado antiguo.

—¿La alarma también controlaba esta puerta? —preguntó a un técnico.

—Sí.

—¿Se puede abrir con una llave aunque la alarma esté activa?

—Se puede abrir, pero sonaría.

—A menos que alguien conozca el código.

Lucía pensó en Ernesto. Había vivido junto a la familia durante años. Tal vez conocía el sistema desde la época de los padres de Clara.

Subió al ático.

La habitación estaba casi vacía ahora. Los documentos habían sido retirados, pero los contornos de las cajas permanecían marcados sobre el polvo.

Lucía examinó el lugar donde se había encontrado el botón.

Estaba lejos del escritorio y cerca de un armario empotrado.

Abrió las puertas.

Dentro había mantas, libros y dos cajas viejas. Una de ellas estaba cerrada con un pequeño candado oxidado.

—¿Esto ya fue revisado? —preguntó.

El técnico consultó su lista.

—No pudimos abrirla sin dañarla. Esperábamos autorización de la familia.

Lucía llamó a Marta.

—Necesito permiso para abrir una caja del ático.

—¿Qué caja?

—De madera, con un candado antiguo.

—No sé qué contiene.

—¿Era de sus padres?

—Probablemente. Clara guardaba allí documentos familiares.

—Tenemos razones para creer que Don Ernesto pudo intentar acceder a ella.

Marta guardó silencio.

—Ábranla.

El técnico cortó el candado.

Dentro no había dinero ni objetos de valor.

Había carpetas con escrituras de propiedad, mapas antiguos del terreno y varias cartas enviadas entre el padre de Clara y Ernesto hacía más de veinte años.

Lucía tomó una de ellas.

El contenido no hablaba de una cerca.

Hablaba de un préstamo.

El padre de Clara había prestado dinero a Ernesto cuando este estuvo a punto de perder su casa. A cambio, Ernesto había firmado un acuerdo temporal sobre una pequeña parte del terreno que separaba ambas propiedades.

El préstamo nunca fue pagado completamente.

Pero también había otro documento.

Una carta reciente escrita por Clara.

"Señor Navarro:

He encontrado la copia del acuerdo firmado con mi padre. No deseo quedarme con ninguna parte de su propiedad. Estoy dispuesta a cancelar la deuda pendiente y corregir los registros, siempre que retire la demanda y deje de amenazar a mi familia."

Lucía leyó la carta dos veces.

Clara había intentado terminar el conflicto sin exigir dinero.

Entonces ¿por qué Ernesto continuaba atacándola públicamente?

En el fondo de la caja había un sobre abierto.

Dentro estaba la copia de un cheque por quince mil dólares emitido por Northpine Consulting a nombre de Ernesto Navarro.

La fecha era de tres meses antes.

En el espacio del concepto solo aparecía una palabra:

Asesoría.

—Detective —dijo Lucía por teléfono—. Encontré el pago.

—¿Sabemos por qué lo recibió?

—Todavía no. Pero Clara también lo encontró.

—Entonces Ernesto tenía un motivo para entrar en el ático.

—Quería recuperar las pruebas.

—Localízalo.

Lucía salió de la casa y escuchó un mensaje de radio.

El automóvil de Ernesto había sido visto cerca del antiguo cementerio de Oakhaven.

El cementerio estaba situado sobre una colina, junto a una pequeña capilla de piedra que ya no se utilizaba durante el invierno.

Cuando Lucía llegó, encontró el automóvil estacionado frente a la entrada. Las huellas de Ernesto conducían entre las lápidas.

Lo vio al final del camino, frente a una tumba cubierta de nieve.

La caja de madera descansaba a sus pies.

Ernesto sostenía una pala pequeña.

—¡Señor Navarro!

El anciano se volvió.

No intentó huir.

Parecía cansado.

—Sabía que vendrían —dijo.

Lucía se acercó con cuidado.

—Aléjese de la caja.

—No contiene un arma.

—Aun así, aléjese.

Ernesto obedeció.

Lucía abrió la caja.

Dentro había varios sobres, recibos y un cuaderno.

—¿Qué es esto?

—Mi vergüenza.

—Necesito una respuesta clara.

El anciano miró la tumba.

El nombre grabado en la piedra era Ana Navarro, su esposa, fallecida hacía seis años.

—Perdí casi todos nuestros ahorros antes de que Ana muriera —dijo —. Nunca se lo conté.

—¿Cómo?

—Invertí en un proyecto que prometía renovar propiedades antiguas. Era una mentira. Cuando quise recuperar el dinero, ya no quedaba nada.

Lucía recordó las prohibiciones financieras y el pago de Northpine.

—¿Qué relación tiene eso con Clara?

—Ninguna al principio.

—¿Y después?

Ernesto cerró los ojos.

—Mateo se enteró de mis problemas.

—¿Cómo?

—La ciudad es pequeña. Los bancos hablan más de lo que deberían.

—¿Qué le ofreció?

—Quince mil dólares.

—¿A cambio de qué?

Ernesto señaló la caja.

—De continuar la disputa por el terreno.

Lucía lo miró fijamente.

—¿Mateo le pagó para demandar a Clara?

—Dijo que necesitaba mantenerla ocupada. Quería que gastara tiempo y dinero en abogados. Que dejara de revisar tan de cerca las cuentas del negocio.

—¿Sabía que estaba robando?

—No al principio.

—¿Cuándo lo comprendió?

—Cuando Clara encontró el cheque.

—¿Cómo supo que lo había encontrado?

—Me llamó hace tres semanas. Dijo que quería hablar conmigo en privado.

—¿Fue a su casa?

Ernesto asintió.

—Subimos al ático. Me mostró la copia del cheque y las cartas de su padre.

—¿Llevaba el abrigo azul?

—Sí.

—Allí perdió el botón.

—Probablemente.

—¿Qué le dijo Clara?

El rostro de Ernesto se contrajo.

—Que sabía que yo no tenía derecho sobre el terreno. Que todo había sido un engaño.

—¿Admitió que Mateo le pagó?

—Sí.

—¿Qué hizo ella?

—No gritó. Eso fue peor.

Lucía esperó.

—Clara dijo que cancelaría la deuda que yo todavía tenía con su familia. No quería mi casa. Solo quería que dijera la verdad sobre Mateo.

—¿Aceptó?

Ernesto miró el cuaderno dentro de la caja.

—Le prometí que sí.

—Pero no lo hizo.

—Tuve miedo.

—¿De Mateo?

—De perder mi reputación. De que todos supieran que llevaba meses humillando a una viuda por dinero.

—¿Visitó a Clara la noche de su muerte?

—No entré.

—Pero estuvo cerca.

Ernesto asintió lentamente.

—Conduje hasta su casa.

—¿Por qué?

—Quería decirle que hablaría con la policía.

—¿A qué hora?

—Cerca de las siete y cuarenta.

—¿Vio a alguien?

—Había una camioneta saliendo. La de David.

—¿Y después?

—Vi luz en la cocina. Me quedé dentro del automóvil.

—¿Por qué no entró?

—Porque apareció otro vehículo.

Lucía dio un paso hacia él.

—¿De quién?

—No lo reconocí de inmediato. Era oscuro y la nieve empezaba a caer con fuerza.

—¿Vio al conductor?

—Vi a un hombre caminar hacia la puerta.

—¿Era Mateo?

Ernesto negó con la cabeza.

—Era más bajo.

—¿Está seguro?

—Sí.

—¿Quién era?

El anciano miró hacia las tumbas, como si esperara encontrar allí el valor que no había tenido antes.

—Tomás Vidal.

El nombre del contador confirmó una parte de las sospechas de Elena.

—¿Vio a Tomás entrar en la casa?

—Clara abrió la puerta y lo dejó pasar.

—¿Qué hizo usted?

—Me marché.

—¿A qué hora?

—Antes de las ocho.

—¿Por qué no dijo nada a la policía?

Ernesto apretó los labios.

—Porque si contaba que estaba allí, tendría que explicar el pago. Pensé que culparían a Mateo. Todo apuntaba hacia él.

—Y después encontraron el botón de su abrigo.

—Sí.

—¿Qué hay en el cuaderno?

—Cada conversación que tuve con Mateo. Fechas, cantidades, instrucciones.

—¿Por qué lo guardó?

—Porque aprendí demasiado tarde que un hombre que compra tu silencio también puede utilizarlo contra ti.

Lucía tomó la caja.

—Tendrá que acompañarme.

—¿Estoy arrestado?

—Por ahora, quedará detenido mientras verificamos su declaración. También puede enfrentar cargos por fraude, extorsión o conspiración.

Ernesto bajó la cabeza.

—Lo merezco.

—¿Mató a Clara?

El anciano levantó la mirada. Había lágrimas en sus ojos, aunque su voz no tembló.

—No.

—¿La amenazó?

—Sí.

—¿La humilló públicamente?

—Sí.

—¿Aceptó dinero para engañarla?

—Sí.

Ernesto observó la tumba de su esposa.

—Pero Clara fue la única persona que pudo destruirme y decidió perdonarme. Yo fui demasiado cobarde para ayudarla cuando todavía estaba viva.

Lucía guardó silencio.

No sentía compasión por lo que había hecho. Pero reconocía la diferencia entre la culpa de un hombre corrupto y la culpa de un asesino.

—Vamos —dijo.

Ernesto dejó la pala junto a la tumba y caminó hacia el automóvil policial.

Cuando Marta llegó a la comisaría, Don Ernesto estaba sentado en una sala de entrevistas.

A través del cristal podía verlo con las manos apoyadas sobre la mesa. Parecía haber envejecido diez años desde la mañana.

El detective Rivas había regresado de la búsqueda sin noticias de Mateo.

—¿Entonces Ernesto no la mató? —preguntó Marta.

—Todavía no podemos descartarlo por completo —respondió Rivas —. Pero las huellas del ático no coinciden con sus botas y el botón llevaba semanas allí.

—¿Por qué le pagaron?

—Mateo lo utilizó para distraer a Clara con la disputa legal.

Marta miró hacia la sala.

—Y Ernesto aceptó.

—Sí.

—Ella estaba dispuesta a perdonarlo.

—Eso parece.

Marta sintió una rabia amarga.

—Clara siempre daba otra oportunidad a las personas.

—A veces, la bondad también deja pruebas —dijo Rivas—. La carta que escribió demuestra que conocía el acuerdo.

—¿Qué ocurre con Tomás?

—Estamos buscándolo.

—Elena dijo que la amenazó.

—Ya tenemos su declaración.

—¿Tomás fue la última persona que vio a Clara viva?

—Podría serlo.

—Entonces ¿por qué seguimos buscando a Mateo?

Rivas sacó una hoja de una carpeta.

—Porque la sangre del automóvil abandonado ya tiene una identificación preliminar.

Marta contuvo la respiración.

—¿Es de Clara?

—No.

—¿De Mateo?

—Sí.

—Entonces está herido.

—Probablemente.

—¿Tomás pudo atacarlo?

—Es una posibilidad.

—¿Y después tomó el portátil?

—El portátil estaba en el automóvil que utilizó Mateo. Todavía no sabemos cuándo lo consiguió ni quién lo colocó allí.

Marta observó el tablero de la investigación. Ahora había fotografías de Mateo, Ernesto, Tomás y David unidas por líneas y notas.

—Todo está conectado —dijo.

—Sí.

—Pero no de la forma que pensábamos.

—Los secretos rara vez aparecen en orden.

Samuel estaba sentado cerca, dibujando en una hoja que le había entregado una agente. Levantó la cabeza al escuchar el nombre de David.

—¿Qué pasa con el tío David?

Rivas miró a Marta antes de responder.

—Necesitamos hablar con él otra vez.

—¿Por qué?

El detective colocó otro documento sobre la mesa.

Era un registro bancario.

—Clara le transfirió diez mil dólares hace dos meses.

Marta frunció el ceño.

—Ella me dijo que había dejado de prestarle dinero.

—Eso no fue un préstamo.

—¿Entonces qué fue?

—El pago llegó a una cuenta que David había cerrado poco después. Al día siguiente, casi todo el dinero fue enviado a Northpine Consulting.

—¿David también participaba en el fraude?

—Eso vamos a preguntarle.

Samuel dejó el lápiz.

—Él dijo que mamá no quiso ayudarlo.

Rivas asintió.

—Y mintió sobre la última vez que la vio. También mintió sobre su presencia en la calle.

Marta sintió que el cansancio desaparecía, reemplazado por una nueva inquietud.

—¿Dónde está ahora?

La puerta de la comisaría se abrió.

Un agente entró con el rostro serio y se acercó al detective.

—Fuimos a buscar a David a su casa.

—¿Estaba allí?

—No.

—¿Su vehículo?

—Tampoco.

Rivas miró el reloj.

—Emitan una alerta.

El agente no se movió.

—Hay algo más.

—¿Qué?

—Encontramos sangre en el garaje.

Marta se llevó una mano al pecho.

—¿De quién?

—Todavía no lo sabemos.

El agente entregó una fotografía a Rivas.

En ella aparecía el suelo del garaje de David. Junto a la mancha de sangre había un teléfono móvil roto.

Rivas lo reconoció.

Pertenecía a Mateo Álvarez.

Marta miró la imagen.

La sospecha que había comenzado con el dinero de Clara acababa de convertirse en algo mucho más oscuro.

Mateo había desaparecido.

Su sangre estaba en un automóvil abandonado.

Su teléfono estaba en el garaje de David.

Y David también había huido.

Por primera vez, Marta comprendió que quizá el hombre al que todos habían considerado el principal asesino no estaba escapando de la justicia.

Tal vez estaba escapando de alguien que quería silenciarlo.

O tal vez ya era demasiado tarde.

Capítulo 6: Las deudas de David

El garaje de David olía a aceite, metal húmedo y madera vieja.

Dos lámparas portátiles iluminaban el suelo de cemento mientras los técnicos forenses trabajaban alrededor de la mancha de sangre. No era grande, pero alguien había intentado limpiarla. Cerca del desagüe quedaban restos diluidos, apenas visibles bajo la luz especial.

El teléfono roto de Mateo permanecía dentro de una bolsa transparente.

La pantalla estaba destrozada y la carcasa tenía una grieta profunda en uno de los bordes. Parecía haber sido golpeado contra el suelo o una superficie dura.

El detective Gabriel Rivas observaba desde la entrada.

—¿Cuánta sangre? —preguntó.

Uno de los técnicos se levantó lentamente.

—No la suficiente para pensar en una herida mortal. Al menos, no aquí.

—¿Han confirmado a quién pertenece?

—El laboratorio está comparando la muestra con la del automóvil. A simple vista, podría ser la misma persona.

Lucía Torres examinaba una mesa de trabajo situada al fondo del garaje. Había herramientas organizadas en paneles, latas de pintura cerradas y varias cajas de piezas para automóviles. Todo parecía cuidadosamente ordenado, salvo un espacio vacío junto a la pared.

—Aquí había algo —dijo.

Rivas se acercó.

Sobre el polvo del suelo se distinguía una forma rectangular.

—¿Una caja?

—O una pequeña caja fuerte.

Lucía señaló varias marcas recientes.

—La arrastraron hacia la puerta.

—¿Encontraron dinero?

—Nada.

—¿Documentos?

—Solo facturas del taller y avisos de cobro.

Rivas miró hacia la casa. La puerta que comunicaba con la cocina estaba abierta. Un agente revisaba los armarios mientras otro

fotografiaba un montón de cartas acumuladas sobre la mesa.

—David salió con prisa —dijo Lucía—. Dejó comida en el refrigerador, ropa en la lavadora y la calefacción encendida.

—Pero se llevó el vehículo y la caja.

—También falta su pasaporte.

Rivas apretó la mandíbula.

—Entonces no fue una salida improvisada.

—Tal vez llevaba tiempo preparándose.

Uno de los agentes apareció desde el interior de la casa con una carpeta gris.

—Detective, encontramos esto detrás del horno.

Rivas tomó la carpeta.

En su interior había recibos bancarios, copias de transferencias y varios contratos impresos. En la parte superior de cada documento aparecía el nombre de Northpine Consulting.

Lucía se acercó.

—¿Qué clase de contratos?

Rivas pasó las páginas con cuidado.

—Servicios de transporte, almacenamiento temporal y mantenimiento de vehículos.

—David tenía un taller.

—Uno que casi no funcionaba.

Las cifras eran demasiado altas para trabajos menores. Había pagos de cinco mil, ocho mil y doce mil dólares. Algunos aparecían como ingresos por servicios prestados. Otros eran devoluciones realizadas por David a Northpine pocos días después.

—Estaban moviendo dinero a través de su cuenta —dijo Lucía.

—Y haciendo que pareciera actividad comercial legítima.

—¿David sabía que era dinero robado?

Rivas observó una firma al final de uno de los contratos.

—Firmó cada documento.

Lucía negó con la cabeza.

—Eso demuestra participación, no conocimiento.

—Entonces tendremos que encontrarlo y preguntarle.

Un técnico levantó la voz desde el suelo.

—Detective, encontramos algo debajo de la mesa.

Sacó una pequeña pieza de plástico negro.

Era la tapa de una memoria USB.

Rivas se agachó.

—¿La memoria?

—No está aquí.

Lucía miró hacia el espacio vacío de la pared.

—Podría estar dentro de la caja que se llevó.

Rivas guardó silencio.

Mateo tenía el portátil de Clara.

David podía tener una memoria con información financiera.

Ambos habían desaparecido.

Y alguien parecía estar siguiendo el rastro de las mismas pruebas.

Marta esperaba en la comisaría con una taza de café que no había probado.

Samuel dormía en una pequeña sala contigua, acostado sobre dos sillas unidas. Había pasado la mayor parte de la tarde haciendo preguntas que nadie podía responder.

¿Dónde estaba Mateo?

¿Por qué David había mentido?

¿Quién había estado realmente con Clara aquella noche?

Marta deseaba protegerlo de cada nueva revelación, pero Oakhaven era demasiado pequeño para mantener secretos durante mucho tiempo. Incluso los adultos hablaban sin cuidado delante de los niños.

En la televisión de la recepción aparecía una fotografía de David.

La presentadora informaba que la policía deseaba localizarlo para hacerle preguntas relacionadas con la muerte de Clara Morales y la desaparición de Mateo Álvarez. No utilizaba la palabra sospechoso, pero el significado resultaba evidente.

Marta cambió de canal.

La puerta principal se abrió y Elena Ruiz entró con una bolsa de tela colgada del hombro. Tenía el cabello húmedo por la nieve y sostenía una caja de documentos contra el pecho.

—Traje todo —dijo.

Marta la miró con cansancio.

—Espero que esta vez sea verdad.

Elena aceptó el reproche sin defenderse.

—La libreta también está dentro.

—¿Ya hablaste con Rivas?

—Está en casa de David. Lucía me pidió que esperara.

Elena se sentó frente a ella.

Durante unos segundos, ninguna de las dos habló.

—¿Cómo está Samuel? —preguntó finalmente.

—Durmiendo.

—Lo siento mucho.

Marta observó la caja.

—Todos dicen eso.

—No sé qué más decir.

—No tienes que decir nada.

Elena bajó la mirada.

—Clara me llamó la noche antes de morir.

Marta se tensó.

—No lo mencionaste.

—Porque pensé que era una conversación privada.

—Ya no existen conversaciones privadas relacionadas con mi hermana.

—Lo sé.

—¿Qué te dijo?

Elena dejó la caja sobre la mesa.

—Estaba asustada.

—Clara no se asustaba fácilmente.

—Por eso me preocupó.

Marta esperó.

—Dijo que el fraude era mayor de lo que había pensado. Ya no se trataba solo de Mateo. Había varias personas utilizando Northpine para mover dinero.

—¿Mencionó a David?

—No directamente.

—Entonces ¿por qué crees que estaba involucrado?

Elena abrió la caja y extrajo una copia de los registros de la empresa.

—Porque encontré pagos entre Northpine y un taller registrado a su nombre.

Marta tomó las páginas.

Reconoció la dirección de David.

—Él dijo que su negocio había cerrado.

—Legalmente, nunca lo cerró. Dejó de atender clientes, pero mantuvo activa la empresa.

—¿Para recibir dinero?

—Eso parece.

—¿Cuánto?

—Más de sesenta mil dólares durante el último año.

Marta levantó la cabeza.

—David le pidió treinta mil a Clara hace tres días.

—Tal vez ya no podía acceder al dinero de Northpine.

—O quería más.

Elena señaló una serie de movimientos.

—Mira las fechas. Recibía una transferencia y uno o dos días después enviaba casi todo a otra cuenta.

—¿Se quedaba con una parte?

—Entre quinientos y dos mil dólares cada vez.

Marta sintió un sabor amargo en la boca.

—Le pagaban por prestar su nombre.

—Probablemente.

—Y después se presentaba ante Clara diciendo que no podía pagar la casa.

Elena guardó silencio.

—¿Sabes qué era lo peor? —continuó Marta—. Ella se sentía culpable cada vez que le decía que no. Pensaba en Daniel. Pensaba que tenía la obligación de ayudar a su hermano.

—Clara veía lo bueno en la gente.

—Incluso cuando no estaba allí.

Elena juntó las manos.

—Eso no significa que David la matara.

—Pero sí significa que tenía una razón para impedir que hablara.

—También tenía una razón para temer a Mateo y a Tomás.

Marta la miró.

—¿Crees que Mateo atacó a David?

—No lo sé.

—El teléfono de Mateo estaba en su garaje.

—Eso puede significar que se encontraron. No sabemos quién llevó a quién hasta allí.

—Y David desapareció después.

—Sí.

La puerta de la sala contigua se abrió.

Samuel apareció con la bufanda de Clara alrededor del cuello. Miró primero a Marta y después a Elena.

—Escuché el nombre del tío David.

Marta se puso de pie.

—Deberías seguir descansando.

—No tengo sueño.

—Samuel…

—¿Él robó el dinero de mamá?

Elena apartó la mirada.

Marta se acercó al niño.

—La policía está investigando algunas transferencias.

—Eso significa que sí.

—Significa que todavía están reuniendo pruebas.

Samuel apretó los labios.

—Los adultos siempre dicen eso cuando no quieren responder.

—No quiero darte una respuesta incorrecta.

—¿El tío David le hizo daño?

Marta sintió la misma impotencia que había sentido cuando él preguntó por Mateo.

—No lo sabemos.

Samuel observó las páginas que llevaba en la mano.

—Mamá decía que él tenía problemas.

—Sí.

—Pero también decía que los problemas no te daban derecho a hacer daño a otras personas.

Marta se agachó frente a él.

—Tu madre tenía razón.

—Entonces ¿por qué todos hicieron cosas malas a su alrededor?

La pregunta quedó suspendida entre ellos.

Marta buscó una respuesta que no destruyera aún más la confianza del niño.

—Porque tu mamá era una persona generosa y algunas personas se aprovecharon de eso.

—¿Ser bueno es peligroso?

—No.

—A mamá le pasó algo por confiar.

Marta tomó sus manos.

—Ser bueno no significa ignorar el mal. Tu madre descubrió lo que estaba ocurriendo y decidió enfrentarlo. Eso fue valiente.

—Y murió.

Elena cerró los ojos.

Marta sintió que la garganta se le cerraba, pero mantuvo la voz firme.

—Lo que le ocurrió fue culpa de la persona que la atacó. No fue culpa de su bondad.

Samuel miró hacia el suelo.

—No quiero ser como ella si eso significa que todos pueden engañarme.

Marta lo abrazó.

—No tienes que decidir ahora qué clase de persona serás. Solo tienes que pasar este día.

El niño permaneció inmóvil al principio. Después apoyó la frente en el hombro de Marta.

—Quiero irme a casa.

Marta sabía a qué casa se refería.

No a la suya.

A la de Clara.

—Todavía no podemos.

—Quiero mis cosas.

—La policía terminará pronto.

—También quiero buscar algo.

Marta se apartó un poco para mirarlo.

—¿Qué cosa?

Samuel dudó.

—Mamá me dio una llave.

Elena y Marta intercambiaron una mirada.

—¿Qué llave? —preguntó Marta.

Samuel metió la mano bajo su suéter y sacó una cadena fina. De ella colgaba una pequeña llave plateada.

—Me la dio la semana pasada.

—¿Te dijo qué abría?

—No. Dijo que debía guardarla y no contárselo a nadie.

Marta sintió un escalofrío.

—¿Por qué no la mencionaste antes?

—Porque prometí no hacerlo.

—Samuel, tu madre murió. La policía necesita saber todo lo que pueda ayudar.

El niño cerró la mano sobre la llave.

—¿Y si ella no quería que la policía la tuviera?

—Tu madre no sabía lo que iba a ocurrir.

—Tal vez sí.

Marta lo miró en silencio.

—¿Por qué piensas eso?

Samuel tardó varios segundos en contestar.

—Porque cuando me dio la llave dijo que, si algo salía mal, debía confiar en ti.

Marta sintió que la habitación perdía temperatura.

—¿Usó exactamente esas palabras?

El niño asintió.

—Dijo: “Si algo sale mal, busca a la tía Marta”.

Elena se levantó.

—Tenemos que llamar al detective.

David conducía por una carretera estrecha al oeste de Oakhaven.

El limpiaparabrisas se movía con dificultad, apartando la nieve húmeda del cristal. El cielo había comenzado a oscurecer otra vez, aunque apenas pasaban de las cuatro de la tarde.

Llevaba las dos manos sobre el volante.

Una venda improvisada cubría un corte en su palma derecha. La sangre se había secado en la manga de su camisa.

En el asiento del acompañante descansaba una caja metálica.

No era grande, pero contenía todo lo que podía mantenerlo fuera de prisión.

O enviarlo directamente allí.

David miró el espejo retrovisor.

No había vehículos detrás.

Aun así, no conseguía respirar con normalidad.

Había apagado el teléfono y retirado la tarjeta de ubicación del automóvil. Había elegido carreteras secundarias, evitando gasolineras y zonas con cámaras. Conocía aquellos caminos desde su juventud, cuando Daniel y él conducían durante horas sin un destino concreto.

Pensar en su hermano le produjo una punzada de culpa.

Daniel siempre había sido el responsable.

El que encontraba empleo estable.

El que pagaba sus cuentas a tiempo.

El que formó una familia y compró una casa.

David, en cambio, había pasado años comenzando proyectos que nunca terminaban. Un taller. Un servicio de reparación a domicilio.

Una pequeña empresa de transporte. Cada fracaso lo convencía de que solo necesitaba una oportunidad más.

Cuando Daniel murió, David prometió ayudar a Clara y a Samuel.

Durante unos meses lo intentó.

Luego comenzaron las deudas.

Primero pidió pequeñas cantidades. Quinientos dólares para una reparación. Mil para pagar una factura atrasada. Clara siempre preguntaba cuándo podría devolverlo, pero nunca lo presionaba.

Después apareció Mateo.

Habían coincidido en el taller una tarde. Mateo llevó una furgoneta del negocio para revisar los frenos y encontró a David discutiendo por teléfono con un acreedor.

—Puedo ayudarte —le dijo.

David debió desconfiar.

En lugar de hacerlo, escuchó.

Mateo necesitaba una empresa registrada que pudiera emitir facturas por servicios logísticos. David solo tendría que recibir pagos, conservar una pequeña comisión y transferir el resto a otras cuentas.

—No es ilegal —aseguró Mateo—. Solo estamos reorganizando gastos entre varias compañías.

David sabía que no era completamente cierto.

Pero necesitaba el dinero.

La primera vez recibió mil dólares.

La segunda, mil quinientos.

Después dejó de hacer preguntas.

Hasta que Clara descubrió las transferencias.

David golpeó el volante con la palma vendada.

La última conversación con ella seguía repitiéndose en su cabeza.

—¿Cuánto tiempo llevas participando? —le había preguntado Clara.

Estaban frente a la casa, bajo una nieve ligera. Ella no gritaba. Su decepción era peor que cualquier insulto.

—No sabes cómo funciona —respondió David.

—Sé que utilizaste tu empresa para ocultar dinero.

—Yo no robé nada.

—Ayudaste a moverlo.

—Mateo dijo que eran pagos legítimos.

Clara lo miró con tristeza.

—No me mientas, David.

—Necesitaba pagar mis deudas.

—Entonces podrías habérmelo pedido.

—¡Te lo pedí!

—Y te ayudé más veces de las que puedo contar.

Aquello lo había enfurecido porque era verdad.

—Nunca quisiste ayudarme de verdad —dijo—. Solo querías sentirte generosa.

La expresión de Clara cambió.

David quiso retirar las palabras, pero el orgullo se lo impidió.

—Daniel se avergonzaría de ti —continuó—. Guardando todo para ti mientras su hermano pierde la casa.

—Ese dinero es de Samuel.

—Siempre dices lo mismo.

—Porque es la verdad.

Clara dio un paso hacia él.

—Tienes hasta mañana para entregar a la policía todos los registros de tus cuentas. Si no lo haces, los entregaré yo.

—No puedes hacerme eso.

—Puedo impedir que sigas ayudando a robar.

David sintió miedo.

No por la prisión.

Por la humillación.

Por la posibilidad de que todos descubrieran que había utilizado el nombre de su hermano muerto para pedir ayuda mientras participaba en un fraude.

—Clara, espera.

Ella abrió la puerta de la casa.

—Mañana, David.

—Si haces esto, muchas personas terminarán perjudicadas.

—Entonces debieron pensarlo antes.

Cerró la puerta.

David permaneció en el porche durante varios segundos.

Después volvió a la camioneta.

Al alejarse, vio el automóvil de Ernesto entrar en la calle.

No vio a Tomás.

Tampoco vio a Mateo.

Y no volvió a ver a Clara con vida.

David parpadeó y regresó al presente.

La caja metálica vibró ligeramente cuando el automóvil pasó sobre un bache.

Dentro había una memoria USB.

También había copias de las transferencias de Northpine, mensajes impresos y grabaciones de varias conversaciones con Mateo.

David había comenzado a guardar pruebas cuando comprendió que el fraude era mayor de lo que le habían contado. No pensaba entregarlas a la policía. Las conservaba como protección.

Si Mateo intentaba culparlo, David podría demostrar que solo seguía instrucciones.

Al menos, eso era lo que se repetía.

La verdad era menos cómoda.

Había seguido participando incluso después de comprender que el dinero no era legítimo.

Una luz apareció en el espejo retrovisor.

Un vehículo se acercaba.

David aceleró.

La luz también.

Tomó una curva demasiado rápido y las ruedas traseras resbalaron sobre el hielo. Consiguió recuperar el control, pero el corazón comenzó a golpearle con fuerza.

El vehículo de atrás encendió las luces largas.

David reconoció la forma del automóvil.

—No —susurró.

Pisó el acelerador.

Rivas regresó a la comisaría cuando ya había oscurecido.

Marta le mostró la llave que Clara había entregado a Samuel. El detective la examinó con guantes.

Era pequeña y tenía un número grabado: 214.

—Parece la llave de una caja de seguridad —dijo.

—¿De un banco?

—O de una empresa de almacenamiento.

Elena abrió su libreta.

—Hay una oficina privada de cajas de seguridad junto a la estación de tren. No pertenece a ningún banco.

—¿Cómo se llama? —preguntó Lucía.

—Haven Vaults.

Rivas buscó el número en su teléfono.

El establecimiento había cerrado a las cinco, pero consiguió localizar al propietario. Tras explicar que investigaban un homicidio, acordaron reunirse allí.

—¿Samuel tiene que ir? —preguntó Marta.

—La caja podría estar registrada a su nombre —respondió Rivas—. Pero preferiría que no estuviera presente cuando la abramos.

Samuel cruzó los brazos.

—Mamá me dio la llave.

—Y gracias a ti la encontramos —dijo el detective—. Pero no sabemos qué contiene.

—Quiero verlo.

Marta se acercó.

—Samuel, podríamos encontrar documentos difíciles de entender o cosas que te hagan sentir peor.

—Todo me hace sentir peor.

La sinceridad de la respuesta dejó a los adultos en silencio.

Rivas se agachó frente a él.

—Te prometo que tu tía te contará lo que podamos compartir. Pero mi trabajo también es protegerte.

Samuel miró a Marta.

—¿Tú vas a ir?

—Sí.

—Entonces llévate la bufanda de mamá.

Se la quitó lentamente y se la entregó.

Marta la recibió con cuidado.

—¿Por qué?

—Para que ella esté contigo.

Marta cerró los dedos alrededor de la tela.

—Volveré pronto.

Haven Vaults ocupaba la planta baja de un edificio antiguo junto a las vías del tren.

El propietario, Joaquín Ferrer, era un hombre delgado de cabello blanco que parecía más preocupado por sus registros que por la presencia de la policía. Abrió la puerta y encendió las luces del vestíbulo.

—Nunca entrego información de los clientes —dijo mientras conducía al grupo hacia una oficina—. La privacidad es la razón por la que existe este negocio.

—Una clienta fue asesinada —respondió Rivas—. Tenemos su llave y el consentimiento de su familiar más cercano.

Joaquín miró a Marta.

—¿Es usted hermana de Clara Morales?

—Sí.

El hombre bajó la voz.

—Lo siento. Era una mujer muy educada.

—¿Venía con frecuencia?

—Alquiló la caja hace dos semanas. Solo vino una vez después.

—¿Estaba sola?

Joaquín abrió un registro.

—La primera vez, sí. La segunda…

Pasó el dedo por una línea.

—Vino acompañada.

Rivas se acercó.

—¿De quién?

—No pedimos identificación a los acompañantes si no acceden solos a la bóveda.

—¿Lo recuerda?

—Era un hombre.

—¿Puede describirlo?

Joaquín pensó.

—De estatura media. Cabello oscuro. Llevaba gafas.

—¿Tomás Vidal? —preguntó Elena.

El propietario negó lentamente.

—No estoy seguro.

Lucía mostró fotografías de Mateo, David, Ernesto y Tomás.

Joaquín examinó cada una.

—Este —dijo finalmente, señalando a Tomás—. Creo que era él.

Marta sintió que la bufanda de Clara se tensaba entre sus manos.

—¿Entró con ella?

—Hasta el pasillo. Clara fue sola a la caja.

—¿Discutían? —preguntó Rivas.

—No. Pero cuando salieron, ella parecía molesta.

—¿Tiene cámaras?

—En el vestíbulo. No dentro de la bóveda.

—Necesitamos las grabaciones.

Joaquín asintió con evidente incomodidad.

Después los condujo por una puerta metálica.

Las cajas estaban organizadas en largas filas. Cada una tenía un número pequeño grabado en el frente.

La 214 se encontraba a la altura de los ojos.

Joaquín introdujo su llave maestra. Marta utilizó la llave que Clara había entregado a Samuel.

La cerradura emitió un clic.

Dentro había una caja alargada.

Rivas la colocó sobre una mesa y abrió la tapa.

No contenía dinero.

Había una carpeta, una grabadora digital y un sobre con el nombre de Marta.

Ella se quedó inmóvil.

—Es para mí.

Rivas observó el sobre.

—Puede abrirlo.

Marta sintió que las manos comenzaban a temblarle.

Reconocía la letra de Clara.

Se sentó y rompió el borde cuidadosamente.

Dentro había una carta.

"Marta:

Espero que nunca tengas que leer esto. Si lo estás haciendo, significa que la situación se volvió más peligrosa de lo que imaginaba."

Marta tuvo que detenerse.

Elena apartó la mirada para darle algo de privacidad, pero nadie abandonó la habitación.

Marta continuó.

“He descubierto que alguien está utilizando nuestra empresa para desviar dinero mediante Northpine Consulting. Al principio pensé que Mateo actuaba solo. Ahora sé que otras personas lo ayudaron, algunas por necesidad y otras por codicia.

No sé hasta dónde están dispuestas a llegar.

Le entregué esta llave a Samuel porque confío en que sabrá buscarte si yo no puedo hacerlo. Perdóname por involucrarlo. Intenté mantenerlo lejos de todo esto.”

Las palabras comenzaron a desdibujarse bajo las lágrimas.

Marta respiró profundamente y siguió leyendo.

“David participó en varias transferencias. Creo que Mateo se aprovechó de sus deudas, pero David continuó incluso después de saber que algo estaba mal. No estoy segura de si me dirá la verdad.

Tomás certificó cuentas falsas. Lo confronté y aseguró que solo obedecía instrucciones. Cuando le pedí nombres, se negó.

Ernesto aceptó dinero para mantener abierta la disputa por el terreno. Ha prometido confesar, aunque no sé si tendrá el valor.

Mateo insiste en que puede explicarlo todo. Ya no confío en él.

Hay algo más que todavía no comprendo. Algunas transferencias aparecen autorizadas en momentos en que Mateo no tenía acceso al sistema. Alguien más utilizó nuestras credenciales.”

Marta levantó la mirada.

—¿Otra persona?

Rivas tomó nota.

—Siga leyendo.

“El archivo completo está en la memoria que acompaña esta carta. También guardé grabaciones de mis conversaciones con Mateo,

Tomás y David. Si me ocurre algo, entrega todo a la policía.

No permitas que Samuel piense que lo abandoné. Todo lo que hice fue para proteger su futuro.

Te quiero.

Clara.”

Marta apoyó la carta sobre la mesa.

Durante varios segundos, solo se escuchó el zumbido de las luces.

—¿Dónde está la memoria? —preguntó Lucía.

Revisaron la carpeta.

No había ninguna.

Rivas inspeccionó el interior de la caja.

—Alguien la retiró.

—Pero estaba cerrada —dijo Marta.

Joaquín palideció.

—Se necesitan dos llaves.

—¿Existe una copia de la llave de Clara? —preguntó el detective.

—No debería.

—¿Debería?

—Las llaves se entregan selladas. Nunca conservamos copias.

Elena señaló la grabadora.

—Tal vez las grabaciones sigan ahí.

Rivas la encendió.

La pantalla mostró doce archivos.

El último había sido grabado el día de la muerte de Clara.

A las seis y cuarenta y ocho de la tarde.

El detective conectó unos auriculares, escuchó unos segundos y luego activó el altavoz.

Primero se oyó la voz de Clara.

—No vuelvas a utilizar mi firma.

Después, la voz de un hombre.

Mateo.

—Puedo devolver el dinero.

—No se trata solo del dinero.

—No entiendes lo que ocurrirá si denuncias esto.

—Entiendo que llevas meses mintiéndome.

—Clara, escúchame. David aceptó participar. Ernesto también. Tomás firmó los informes. Yo no fui el único.

—Tú lo organizaste.

—Al principio.

Hubo un silencio breve.

—¿Qué significa "al principio"? —preguntó Clara.

La respiración de Mateo se escuchó cerca del micrófono.

—Alguien tomó el control de Northpine.

—¿Quién?

—No puedo decírtelo.

—Entonces iré a la policía.

—Si haces eso, no solo me destruirás a mí.

—Te destruiste solo.

Se oyó una silla moviéndose.

Después Mateo habló con una voz más baja.

—Hay una cuenta que no reconoces porque nunca apareció en los informes internos. Está vinculada a alguien de tu familia.

Marta dejó de respirar.

Clara también guardó silencio en la grabación.

—¿A quién? —preguntó finalmente.

Mateo respondió, pero un ruido fuerte cubrió el nombre. Parecía una puerta cerrándose o un objeto cayendo.

El archivo terminó.

—¿Eso es todo? —preguntó Elena.

Rivas revisó la pantalla.

—La grabación fue cortada.

—¿Por Clara?

—O por quien retiró la memoria.

Marta miró el sobre.

Alguien había entrado en aquella caja antes que ellos.

Alguien sabía que Clara guardaba pruebas allí.

—David tenía una memoria USB —dijo Lucía—. Encontramos la tapa en su garaje.

Rivas guardó la grabadora en una bolsa de pruebas.

—Podría ser la que falta.

—Entonces David vino aquí —dijo Marta.

Joaquín negó con la cabeza.

—Yo lo habría reconocido.

—Podría haber utilizado a otra persona.

El teléfono de Rivas sonó.

Respondió y escuchó en silencio.

—¿Cuándo?

Su expresión se endureció.

—Envíeme la ubicación.

Colgó.

—Encontraron el vehículo de David.

—¿Está dentro? —preguntó Marta.

—No.

—¿Hay sangre?

—No lo saben todavía.

—¿Dónde apareció?

—En una carretera forestal, a unos cuarenta kilómetros de aquí.

Lucía tomó su abrigo.

—Voy contigo.

Rivas negó con la cabeza.

—Necesito que te quedes y revises las grabaciones.

—Gabriel…

—La llamada no vino de una patrulla.

—¿Entonces de quién?

El detective miró a Marta.

—De David.

—¿Él llamó?

—Desde un teléfono público.

—¿Qué dijo?

—Que alguien intentó sacarlo de la carretera. Abandonó el vehículo y se escondió en una cabaña.

—¿Está herido?

—Dice que no de gravedad.

—¿Y la caja?

—La tiene con él.

Marta dio un paso hacia el detective.

—¿Admitió haber atacado a Mateo?

—Dijo que Mateo apareció anoche en su garaje.

—¿Para qué?

—Para recuperar una memoria USB.

—¿Pelearon?

—Sí.

—¿David lo hirió?

—Según él, Mateo llegó herido.

—¿De dónde venía?

Rivas se puso los guantes.

—Eso es lo que voy a averiguar.

La cabaña se encontraba al final de un camino cubierto por nieve virgen.

Rivas llegó acompañado de dos agentes. Mantuvieron las luces apagadas durante los últimos metros y avanzaron a pie entre los árboles.

Había humo saliendo de la chimenea.

—David Morales —gritó Rivas desde una distancia segura—. Soy el detective Gabriel Rivas. Salga con las manos visibles.

Durante varios segundos no hubo respuesta.

Después, la puerta se abrió.

David apareció lentamente.

Tenía la camisa manchada, el cabello desordenado y una venda sucia alrededor de una mano. Levantó ambos brazos.

—Estoy desarmado.

Los agentes se acercaron y lo registraron.

Rivas entró en la cabaña.

La caja metálica estaba sobre una mesa.

—¿Qué contiene?

—Pruebas.

—¿La memoria de Clara?

David bajó la mirada.

—Sí.

—¿Cómo la consiguió?

—Mateo me la dio.

—¿Cuándo?

—Anoche.

Rivas señaló una silla.

—Siéntese y empiece desde el principio.

David obedeció.

—Mateo llegó a mi casa cerca de la medianoche.

—¿Después de visitar el hospital?

—No lo sabía.

—¿Estaba herido?

—Tenía un corte en la cabeza y sangre en una mano.

—¿Qué dijo que había ocurrido?

—Que alguien había entrado en su casa.

—¿Quién?

—No quiso decirlo.

—¿Por qué fue a verlo?

—Necesitaba un vehículo y dinero.

—¿Para huir?

—Dijo que querían culparlo por la muerte de Clara.

—Tenía el portátil de ella.

David asintió.

—Lo llevaba en una bolsa.

—¿Cómo lo consiguió?

—Dijo que Tomás se lo entregó.

Rivas permaneció en silencio.

—¿Por qué Tomás tenía el portátil?

—No lo sé.

—Continúe.

—Mateo me pidió la memoria USB. Sabía que yo había copiado mensajes y transferencias.

—¿Se la dio?

—No.

—¿Por qué?

—Era mi única protección.

—¿Entonces pelearon?

—Intentó quitarme la caja.

David miró su mano vendada.

—Le golpeé con una herramienta.

—¿Dónde?

—En el brazo. Tal vez en la cabeza. Todo ocurrió muy rápido.

—¿La sangre del garaje es suya?

—De Mateo.

—¿Por qué estaba allí su teléfono?

—Cayó durante la pelea.

—¿Y después?

—Mateo escapó por la puerta trasera. Yo recogí la caja y me fui.

Rivas lo observó.

—¿Lo siguió?

—No.

—Su teléfono apareció roto, su sangre en el suelo y usted huyó. ¿Esperaba que creyéramos que no intentó matarlo?

—No intenté matarlo.

—Abandonó la escena y ocultó pruebas.

—Tenía miedo.

—Clara también tenía miedo y aun así reunió pruebas.

David apretó la mandíbula.

—No soy Clara.

—Eso está claro.

El comentario lo golpeó con más fuerza de la que Rivas esperaba.

David bajó la cabeza.

—¿Dónde está Mateo? —preguntó el detective.

—No lo sé.

—Su sangre apareció en un automóvil abandonado.

—No fui yo.

—¿Quién intentó sacarlo de la carretera hoy?

David miró hacia la ventana.

—Tomás.

—¿Lo vio?

—Sí.

—¿Está seguro?

—Conozco su automóvil. Me siguió durante varios kilómetros. Intentó golpearme por un costado.

—¿Por qué?

—Quiere esta caja.

Rivas señaló el objeto metálico.

—Ábrala.

David sacó una llave de su bolsillo.

Dentro había dinero en efectivo, documentos, una grabadora pequeña y una memoria USB plateada.

—¿Esta pertenece a Clara?

—Sí.

—¿Cómo llegó a manos de Mateo?

—Él tenía una copia de la llave de la caja de seguridad.

Rivas se inclinó hacia delante.

—Joaquín aseguró que no existían copias.

—Mateo no necesitaba una copia oficial. Tomás consiguió una impresión de la llave cuando acompañó a Clara. Después hicieron otra.

—¿Cómo sabe eso?

—Mateo me lo contó anoche.

—¿Por qué confiaría en usted?

David soltó una risa amarga.

—No confiaba. Estaba desesperado.

Rivas guardó la memoria en una bolsa.

—¿Mateo mató a Clara?

David levantó la vista.

—Dijo que no.

—¿Le creyó?

—No al principio.

—¿Y ahora?

David miró hacia el fuego.

—Dijo que llegó a casa de Clara después de recibir una llamada de Tomás. Cuando entró, Clara ya estaba herida.

—¿A qué hora?

—No lo sé.

—La cámara de la tienda lo registró a las ocho y cinco.

—Pudo ir después.

—¿Qué hizo al verla?

—Entró en pánico. Encontró el portátil en el ático y se lo llevó.

—Eso lo hace parecer culpable.

—Lo sé.

—¿Por qué no llamó a emergencias?

—Dijo que escuchó un automóvil fuera y pensó que Tomás regresaba.

—¿Vio a Clara con vida?

David cerró los ojos.

—Dijo que sí.

—¿Habló con ella?

—No quiso decírmelo.

—¿Y después fue a comprar medicamentos?

—Para sus heridas.

Rivas se levantó.

—¿Por qué le contó todo esto?

—Porque necesitaba que lo ayudara a salir de la ciudad.

—Y usted lo atacó.

—Intentó quitarme lo único que podía evitar que todos me culparan.

—¿Dónde consiguió el automóvil robado?

—Yo se lo di.

—¿Robó el vehículo?

David guardó silencio.

—Pertenecía a un antiguo cliente —admitió—. Todavía conservaba una llave.

—¿Lo condujo hasta la carretera del norte?

—No. Se fue solo.

—¿Entonces cómo llegó su sangre al volante?

—Ya estaba herido.

—¿Quién conducía el automóvil que lo seguía?

David respiró profundamente.

—Tomás.

Rivas se dirigió hacia la puerta.

—Queda arrestado por obstrucción, fraude financiero, ocultamiento de pruebas y robo de vehículo. Los otros cargos dependerán de lo que encontremos en la memoria.

David no protestó.

Los agentes se acercaron para esposarlo.

—Detective —dijo antes de levantarse.

Rivas se volvió.

—Hay una grabación en esa memoria que debe escuchar primero.

—¿Cuál?

—La carpeta se llama "Última reunión".

—¿Con Mateo?

David negó lentamente.

—Con Tomás.

En la comisaría, Lucía conectó la memoria a un ordenador aislado.

Marta permanecía detrás de ella. Samuel había regresado a casa de Laura, aunque solo después de que Marta prometiera llamarlo en cuanto supiera algo importante.

La memoria contenía cientos de archivos.

Extractos bancarios.

Copias de correos electrónicos.

Contratos falsos.

Grabaciones.

Lucía abrió la carpeta llamada "Última reunión".

Había un solo archivo de audio, registrado la tarde de la muerte de Clara.

Primero se oyó el ruido de una puerta.

Después, la voz de Tomás.

—No deberías haber guardado copias fuera de la oficina.

Clara respondió con calma.

—No deberías haber firmado informes falsos.

—No entiendes la situación.

—Todos dicen lo mismo.

—Mateo comenzó esto, pero ya no lo controla.

—¿Quién lo controla?

—No puedo decírtelo.

—Entonces lo explicarás ante la policía.

Tomás soltó el aire con fuerza.

—Escúchame. Borra los archivos y deja que yo corrija las cuentas.

—¿Devolviendo doscientos mil dólares?

—La cantidad es mayor.

Hubo un silencio.

—¿Cuánto mayor? —preguntó Clara.

—Casi medio millón.

Marta sintió que el estómago se le cerraba.

—¿De dónde salió ese dinero? —continuó Clara en la grabación.

—De varias empresas.

—¿Quién utilizó mis credenciales?

Tomás no respondió.

—Fuiste tú —dijo Clara.

—Algunas veces.

—¿Y las demás?

Se escuchó el roce de una silla.

—Hay una persona que conoce todos tus datos —dijo Tomás—. Tus contraseñas antiguas, las preguntas de seguridad, incluso la firma de Daniel.

Clara guardó silencio.

—No —dijo finalmente.

—Lo siento.

—Estás mintiendo.

—Revisa la cuenta principal de Northpine. El beneficiario real aparece en los documentos originales.

—Dime el nombre.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque ya sabe que has descubierto el fraude.

La grabación se interrumpió durante unos segundos.

Después regresó con un sonido diferente. El micrófono parecía estar dentro de un bolsillo.

Clara habló otra vez.

—Sal de mi casa.

—No he venido a amenazarte.

—Entonces vete.

—Clara, espera.

—Mañana entregaré todo.

Una puerta se cerró.

Después se escucharon pasos.

Clara parecía estar sola.

Durante casi un minuto solo se oyó su respiración y el ruido de papeles.

Entonces sonó el timbre de la casa.

La grabación captó los pasos de Clara bajando.

Una puerta se abrió.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

La persona que estaba al otro lado respondió.

Era una voz masculina.

Familiar.

—Tenemos que hablar antes de que cometas un error.

Marta se acercó al altavoz.

Reconoció la voz.

No era la de Mateo.

No era Tomás.

Tampoco Ernesto.

Era David.

En la grabación, Clara respondió con cansancio.

—Ya hablamos.

—No sobre esto.

—Tienes hasta mañana.

—No puedo esperar hasta mañana.

—David, vete.

—La memoria. Sé que guardaste una copia.

Marta dejó de respirar.

La voz de Clara cambió.

—¿Quién te lo dijo?

—Entrégamela y podremos arreglarlo.

—¿Arreglar qué? ¿El robo? ¿Las mentiras?

—No sabes lo que me harán si hablas.

—Tú elegiste participar.

—No tuve elección.

—Siempre hay una elección.

Se escuchó un movimiento brusco.

—No me toques —dijo Clara.

—Solo quiero la llave.

—Suéltame.

Después llegó el sonido de algo cayendo.

La grabación terminó.

Nadie habló.

Lucía miró la pantalla.

Marta permaneció inmóvil, con una mano sobre la boca.

David había dicho que se marchó a las siete y media.

Había asegurado que nunca entró en la casa.

Pero la voz de la grabación demostraba que regresó.

Y Clara había pronunciado sus últimas palabras mientras luchaba con él.

Cuando Rivas entró en la comisaría acompañado por David, Marta ya estaba esperando frente a la puerta.

David levantó la cabeza al verla.

Las esposas brillaban bajo la luz.

—Marta…

Ella caminó hacia él.

—Volviste a la casa.

David palideció.

—Puedo explicarlo.

—Clara grabó la conversación.

Él dejó de moverse.

—Te pidió que la soltaras.

—No la empujé.

—Mentiste desde el principio.

—Porque sabía cómo parecería.

—¿Cómo debería parecer, David?

Los agentes permanecieron cerca, preparados para intervenir, pero Marta no intentó golpearlo. Su voz era baja y firme.

—Fuiste a buscar la memoria. La sujetaste. Después apareció muerta bajo las escaleras.

—Me fui antes.

—Eso dijiste sobre la primera visita.

—Esta vez es verdad.

—¿Quién llegó después de ti?

David miró a Rivas.

—No lo vi.

—Entonces ¿cómo sabes que alguien llegó?

—Porque Clara seguía viva cuando me fui.

Marta sintió que las lágrimas le llenaban los ojos.

—También estaba viva cuando la encontré. Eso no te hace inocente.

—No la empujé.

—¿La dejaste herida?

—No.

—¿La amenazaste?

—Solo quería que me entregara la llave.

—La sujetaste.

David cerró los ojos.

—Sí.

—¿La lastimaste?

—Le apreté los brazos. Nada más.

Las marcas encontradas por el forense.

Marta sintió que la rabia le quemaba el pecho.

—Tú dejaste esos hematomas.

—Pero no la maté.

—¿Por qué debería creerte?

David levantó la mirada. Ya no había desafío en su rostro, solo miedo.

—Porque cuando salí de la casa vi a alguien esperando al final del camino.

Rivas dio un paso hacia él.

—¿A quién?

David respiró lentamente.

—No reconocí el automóvil, pero vi a la persona cuando bajó.

—Diga el nombre.

David miró a Marta.

—Era alguien que Clara habría dejado entrar sin hacer preguntas.

—¿Quién?

La voz de David apenas fue un susurro.

—Mateo.

Capítulo 7: El socio perfecto

Mateo Álvarez llevaba casi veinte horas desaparecido.

Durante ese tiempo, la policía había revisado carreteras, estaciones, refugios y varias propiedades abandonadas en los alrededores de Oakhaven. Los agentes habían seguido sus huellas hasta el bosque, pero el rastro terminaba junto a un arroyo parcialmente congelado.

No encontraron un cuerpo.

Tampoco encontraron señales claras de que hubiera cruzado la frontera.

A las seis y doce de la mañana, cuando la comisaría comenzaba a despertar después de otra noche sin descanso, sonó el teléfono de emergencias.

La llamada duró menos de un minuto.

Un conductor que repartía suministros había visto a un hombre caminando junto a la carretera estatal. Estaba desorientado, tenía sangre seca en el rostro y apenas llevaba protección contra el frío.

El hombre había dicho llamarse Mateo Álvarez.

Marta estaba en la cocina de su casa cuando recibió la llamada del detective Rivas.

No había dormido. Había pasado la noche sentada junto a la habitación de Samuel, escuchando su respiración y observando la luz débil que entraba bajo la puerta.

Cada vez que cerraba los ojos, oía la grabación.

La voz de David.

«Solo quiero la llave».

La voz de Clara.

«Suéltame».

Y después, el silencio.

Marta había intentado convencerse de que David era el responsable. Todo parecía señalarlo. Había mentido, había sujetado a Clara y había regresado a la casa para buscar la memoria.

Sin embargo, seguía existiendo una parte de la noche que nadie podía explicar.

Mateo había llegado después.

Había entrado en la casa.

Había encontrado a Clara todavía con vida.

Y había salido con su ordenador.

Cuando el teléfono vibró sobre la mesa, Marta respondió antes del segundo tono.

—¿Lo encontraron?

—Sí —dijo Rivas—. Está vivo.

Marta cerró los ojos.

No supo si lo que sintió fue alivio o miedo.

—¿Dónde?

—En el hospital del condado.

—¿Está herido?

—Tiene hipotermia leve, un corte en la cabeza y una lesión en el brazo. Los médicos dicen que podrá declarar.

—¿Lo arrestaron?

—Está bajo custodia.

—Quiero hablar con él.

—No.

La respuesta fue inmediata.

—Detective, él estuvo en casa de mi hermana la noche que murió.

—Precisamente por eso no puede acercarse.

—También estuvo conmigo en el hospital y me mintió.

—Lo sé.

—Quiero mirarlo a la cara cuando explique por qué dejó a Clara allí.

Rivas guardó silencio unos segundos.

—Primero tenemos que escuchar su versión sin ninguna interferencia.

—¿Interferencia?

—Si la ve, podría adaptar su historia a su reacción.

Marta apretó el teléfono.

—Ya ha tenido tiempo suficiente para preparar una historia.

—Por eso necesitamos ser cuidadosos.

Desde el pasillo llegó el ruido de una puerta.

Samuel apareció en la cocina.

Tenía el cabello desordenado y los ojos hinchados. Se detuvo al ver el teléfono en la mano de Marta.

—¿Encontraron a Mateo?

Ella no respondió de inmediato.

Samuel comprendió por su expresión.

—Está vivo.

—Sí.

—¿Dijo quién mató a mamá?

Marta miró hacia la ventana.

La nieve seguía cubriendo la ciudad, pero el cielo estaba despejado por primera vez desde la muerte de Clara. La luz de la mañana se reflejaba sobre los tejados con una claridad casi dolorosa.

—Todavía no ha hablado con la policía.

—Quiero ir.

—No puedes.

—Él me conoce.

—Precisamente.

Samuel se acercó a la mesa.

—Tal vez me diga la verdad.

—Los adultos no siempre dicen la verdad cuando tienen miedo.

—Tú dijiste que mamá confiaba en él.

Marta bajó el teléfono.

—Tu madre confiaba en muchas personas.

—Y todas le mintieron.

No había acusación en su voz. Solo tristeza.

Eso hizo que las palabras dolieran más.

Marta se acercó y le colocó una mano sobre el hombro.

—No todos participaron de la misma manera.

—Pero nadie la ayudó.

Marta pensó en Ernesto, que se marchó sin entrar. En David, que la sujetó y luego huyó. En Tomás, que conocía el fraude y guardó silencio. En Mateo, que encontró a Clara herida y decidió llevarse un ordenador en lugar de llamar a emergencias.

Samuel tenía razón.

Clara había estado rodeada de personas que pensaron primero en protegerse a sí mismas.

—Esta vez la policía conseguirá respuestas —dijo Marta.

—Eso dijeron ayer.

El niño se apartó y abrió el refrigerador, aunque no tomó nada.

—Samuel.

—No tengo hambre.

—Necesitas comer algo.

—Mamá también decía eso.

Cerró la puerta y volvió a su habitación.

Marta permaneció en medio de la cocina, sintiendo que cada conversación con él terminaba abriendo una herida nueva.

En el teléfono, Rivas seguía esperando.

—¿Señora Morales?

—Estoy aquí.

—La llamaré cuando terminemos el interrogatorio.

—No me oculte nada.

—Le contaré lo que podamos compartir.

Marta miró hacia el pasillo.

—Eso ya no es suficiente.

Colgó antes de que el detective respondiera.

Mateo estaba acostado en una habitación vigilada del hospital.

Una venda le cubría el lado izquierdo de la frente. Tenía los labios agrietados, el rostro pálido y una vía intravenosa conectada al brazo. Su mano derecha estaba inmovilizada por una lesión en la muñeca.

Dos agentes permanecían fuera de la puerta.

Dentro, el detective Rivas y Lucía Torres se sentaron frente a la cama.

Una pequeña grabadora descansaba sobre la mesa.

—La entrevista está siendo registrada —dijo Rivas—. ¿Comprende?

Mateo asintió.

—¿Desea que un abogado esté presente?

—No.

—Podemos esperar.

—No quiero esperar más.

Lucía abrió una carpeta.

—Ha estado desaparecido desde la madrugada de ayer. Su vehículo apareció abandonado junto a la carretera del norte. Había sangre en el volante.

—Mía.

—También encontramos el portátil de Clara en el asiento trasero.

Mateo cerró los ojos.

—Lo sé.

—¿Cómo llegó allí?

—Yo lo puse.

Rivas se inclinó ligeramente hacia delante.

—Empiece por la tarde en que Clara murió.

Mateo respiró profundamente.

—Fui a verla antes de que llevara a Samuel a casa de su amigo.

—¿A qué hora?

—Poco después de las cuatro.

—Le dijo a Marta que la última vez que estuvo en esa casa fue una semana antes.

—Mentí.

—¿Por qué?

—Porque Clara y yo discutimos.

—¿Sobre el fraude?

Mateo miró hacia la ventana.

—Sí.

—¿Usted robó dinero de la empresa?

Tardó varios segundos en responder.

—Sí.

Lucía no cambió de expresión, pero dejó de escribir por un instante.

—¿Cuánto?

—Al principio, cuarenta mil dólares.

—Los movimientos sospechosos superan los cuatrocientos mil.

—Yo no moví todo ese dinero.

—Explíquelo.

Mateo cerró la mano sana sobre la sábana.

—El negocio estaba perdiendo clientes. Teníamos deudas y dos contratos importantes se habían cancelado. Clara no quería solicitar otro préstamo.

—¿Así que decidió robarle?

—Pensé que sería temporal.

—El dinero robado siempre parece temporal para quien lo toma —dijo Rivas.

Mateo aceptó el golpe sin responder.

—Creé Northpine para enviar pagos falsos —continuó—. Utilicé facturas por servicios que nunca existieron. Mi intención era devolverlo cuando el negocio mejorara.

—¿Y mejoró?

—No.

—Entonces involucró a David.

—Necesitaba cuentas intermedias.

—¿Y a Ernesto?

—Necesitaba que Clara dejara de revisar cada movimiento.

Lucía levantó la mirada.

—Le pagó para mantener abierta la disputa por el terreno.

—Sí.

—¿Y Tomás?

—Él descubrió irregularidades durante una revisión.

—¿Lo sobornó?

Mateo apretó la mandíbula.

—Le pagué para corregir algunos informes.

—¿Corregir?

—Para ocultar movimientos.

—Eso se llama falsificar —dijo Lucía.

Mateo bajó la mirada.

—Sí.

Rivas colocó una fotografía de Clara sobre la mesa.

No era una imagen de la escena del crimen. Mostraba a Clara en un evento del negocio, de pie junto a Mateo. Ambos sonreían.

—Ella confiaba en usted.

Mateo miró la fotografía durante demasiado tiempo.

—Lo sé.

—Lo consideraba parte de su familia.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué siguió robando?

Mateo levantó la cabeza. Sus ojos estaban enrojecidos.

—Porque cada vez que tomaba dinero pensaba que sería la última. Después necesitaba más para cubrir lo anterior. Luego otras personas comenzaron a utilizar Northpine.

—¿Qué personas?

—Tomás tomó el control de algunas cuentas.

—Él dice que obedecía instrucciones.

—Está mintiendo.

—Todos dicen que alguien más tenía el control —respondió Rivas—. Necesitamos nombres, no excusas.

Mateo respiró con dificultad.

—Tomás descubrió que Northpine podía utilizarse para recibir dinero de otras empresas. No solo de la nuestra. Comenzó a ofrecer el sistema a personas que querían ocultar pagos o evitar impuestos.

—¿Usted participó?

—Al principio no lo sabía.

Lucía cerró la libreta.

—¿Cuándo se enteró?

—Hace cuatro meses.

—¿Y denunció el fraude?

Mateo no respondió.

—Continuó utilizando la empresa —dijo ella—. Eso lo convierte en participante.

—Tomás tenía documentos que podían enviarme a prisión.

—Documentos verdaderos.

Mateo miró hacia la fotografía de Clara.

—Sí.

Rivas retiró la imagen.

—Volvamos a la noche del asesinato. ¿Qué ocurrió durante la primera visita?

—Clara me mostró varias transferencias. Me dijo que sabía lo de Northpine y que iría a la policía.

—¿La amenazó?

—No.

—Hay una grabación.

Mateo palideció.

—¿Qué grabación?

—Clara registró la conversación.

El monitor junto a la cama emitió un pitido regular. Mateo miró hacia la puerta, como si considerara dejar de hablar.

—Le dije que muchas personas resultarían perjudicadas —admitió—. Pero no la amenacé.

—¿Le pidió que destruyera las pruebas?

—Le pedí tiempo.

—¿Para devolver el dinero?

—Para descubrir cuánto había hecho Tomás.

—¿Clara aceptó?

—No.

—¿Cómo terminó la conversación?

—Me dijo que me marchara.

—¿Se marchó?

—Sí.

—Samuel lo vio salir.

—Lo sé.

—Después, según las cámaras, estuvo en una tienda a las ocho y cinco.

—Sí.

—¿Por qué compró medicamentos?

Mateo miró la venda de su mano.

—Me había cortado antes, en el almacén.

Lucía consultó una nota.

—El empleado de la tienda dijo que parecía nervioso.

—Mi vida estaba a punto de terminar.

—La de Clara terminó esa misma noche.

Mateo cerró los ojos.

Rivas dejó pasar unos segundos antes de continuar.

—¿Cuándo regresó a la casa?

—Poco después de las ocho y media.

—¿Por qué?

—Tomás me llamó.

—¿Qué dijo?

—Que Clara había encontrado los documentos originales de Northpine. Dijo que iría a hablar con ella.

—¿Le pidió que fuera?

—Dijo que necesitábamos convencerla juntos.

—¿Por qué no fue directamente desde la tienda?

—Intenté llamar a Clara. No respondió. Llamé a Tomás. Tampoco.

—¿A qué hora llegó?

—No miré el reloj.

—Necesitamos precisión.

Mateo pensó.

—Tal vez a las ocho cuarenta.

Lucía escribió algo.

—Marta encontró a Clara poco antes de las nueve.

—Entonces debió de ser antes.

—¿Qué vio al llegar?

La respiración de Mateo se volvió más rápida.

—La puerta estaba abierta.

—¿Entró?

—Sí.

—¿Llamó a Clara?

—Varias veces.

—¿Dónde la encontró?

—En el piso de arriba.

Rivas mantuvo la voz neutral.

—¿En el ático?

Mateo dudó.

—Cerca de la escalera.

—Marta la encontró debajo de la estructura de la escalera, en un espacio de almacenamiento.

—Alguien debió moverla.

Lucía levantó la mirada.

—¿No fue usted?

—No.

—¿Estaba consciente?

—Sí.

—¿Qué dijo?

Mateo apretó los labios.

—No pude entenderla.

—David asegura que usted le contó que Clara estaba viva.

—Lo estaba.

—¿La tocó?

—Comprobé si respiraba.

—¿Por qué había sangre suya en el ático?

Mateo miró a Rivas.

—No sabía que habían encontrado eso.

—No he dicho que la encontráramos.

El silencio fue inmediato.

Lucía dejó el bolígrafo sobre la mesa.

Mateo comprendió el error.

—Había sangre en mi mano —dijo rápidamente—. Pude dejarla al tocar el suelo o el escritorio.

—Hace un momento dijo que se había cortado en el almacén —respondió Rivas—. Ahora asegura que pudo sangrar en el ático.

—La herida volvió a abrirse.

—¿Dónde exactamente tocó?

—No lo recuerdo.

—Inténtelo.

—El escritorio. La escalera. No lo sé.

Rivas se recostó en la silla.

—¿Por qué no llamó a emergencias?

—Escuché un automóvil afuera.

—¿De quién?

—Pensé que era Tomás.

—¿Lo vio?

—No.

—¿Por qué le asustaba que regresara?

—Porque Clara estaba herida y él había dicho que iría a verla.

—¿Pensó que Tomás la había empujado?

—Sí.

—Entonces ¿por qué no pidió ayuda?

Mateo miró hacia sus manos.

—Entré en pánico.

—Se llevó el portátil.

—Sí.

—Una mujer estaba muriendo y su prioridad fue robar pruebas.

—Pensé que el ordenador contenía todo lo de Northpine.

—¿Quería entregarlo a la policía?

Mateo no respondió.

—Quería destruirlo —dijo Lucía.

—Al principio, sí.

—¿Y después?

—Cuando vi a Clara comprendí lo que habíamos causado. Pensé que podía utilizar el ordenador para descubrir quién había estado allí.

Rivas negó lentamente.

—No revisó el ordenador. Lo dejó dentro de una bolsa en un automóvil robado.

—No tuve tiempo.

—¿Qué hizo después de salir de la casa?

—Conduje hasta el hospital.

Lucía frunció el ceño.

—Llegó al hospital a las diez y cuarenta y cinco.

—Estuve conduciendo.

—El hospital está a quince minutos.

Mateo tragó saliva.

—No sabía qué hacer.

—¿Dónde estuvo durante casi dos horas?

—En el estacionamiento de una iglesia.

—¿Qué iglesia?

—La de San Marcos.

—Verificaremos las cámaras.

—No creo que tengan.

—¿Llamó a alguien?

—A Tomás.

—¿Respondió?

—Una vez.

—¿Qué dijo?

—Que no volviera a llamarlo.

—¿Le preguntó qué había hecho con Clara?

—Sí.

—¿Y?

—Dijo que, cuando salió de la casa, ella estaba bien.

—¿Le creyó?

Mateo miró al detective.

—No.

—¿Qué hizo después?

—Fui al hospital. Quería saber si Clara estaba viva.

—Allí se acercó a Marta.

—Sí.

—Le preguntó qué sabía la policía.

—Quería saber qué había ocurrido.

—También mintió sobre su visita a la casa.

—Tenía miedo de que me culparan.

Lucía cerró la carpeta.

—Y tenía razón.

—No la maté.

Rivas guardó silencio.

Mateo volvió a mirar la fotografía de Clara.

—Cuando salí del hospital, fui a casa. Alguien había entrado.

—¿Faltaba algo?

—Documentos. Dinero. Un disco duro.

—¿Llamó a la policía?

—No.

—Otra vez.

—Sabía que no me creerían.

—¿Quién lo atacó?

—No vi su rostro. Entró por detrás mientras revisaba el despacho.

—¿Cómo escapó?

—Lo golpeé con una lámpara. Después tomé una maleta y salí.

—¿Con el portátil de Clara?

—Sí.

—¿Por qué fue a casa de David?

—Necesitaba dinero, un automóvil y la memoria que él guardaba.

—¿Para qué quería la memoria?

—Contenía registros de Tomás.

—¿O pruebas contra usted?

—Ambas cosas.

—¿Qué ocurrió en el garaje?

Mateo movió con cuidado el brazo lesionado.

—David se negó a entregarla. Discutimos. Me golpeó con una herramienta.

—¿Intentó quitarle la caja?

—Sí.

—Después robó un automóvil.

—David me dio las llaves.

—¿Se dirigió a Canadá?

—No.

—La carretera conducía hacia la frontera.

—Era una distracción.

Rivas levantó una ceja.

—Explíquelo.

—Sabía que la policía buscaría mi vehículo. Dejé el mío en casa y utilicé otro. Conduje hacia el norte para que pensaran que intentaba salir del país.

—¿A dónde quería ir realmente?

—A una cabaña que Mateo…

Se detuvo.

Lucía lo miró con atención.

—¿Una cabaña que quién?

Mateo cerró los ojos.

—Que Tomás utiliza cerca del lago.

—¿Por qué iría allí?

—Para encontrar los documentos que me habían robado.

—¿Cómo sabía que estaban allí?

—Había visto la cabaña en un recibo.

Rivas anotó la ubicación que Mateo proporcionó.

—¿Qué ocurrió en la carretera?

—Un automóvil empezó a seguirme.

—¿Tomás?

—No estoy seguro.

—David afirma que Tomás también lo persiguió.

—Entonces probablemente era él.

—¿Intentó sacarlo de la carretera?

—Sí. Golpeó la parte trasera del automóvil. Perdí el control y terminé junto a los árboles.

—¿La sangre del volante provino del accidente?

—Sí.

—¿Y las huellas hacia el bosque?

—Escuché al otro vehículo detenerse. Tomé el portátil y corrí.

—El portátil quedó en el asiento trasero.

Mateo se quedó inmóvil.

—No.

—Lo encontramos allí.

—Lo llevaba conmigo.

—¿Está seguro?

—Sí.

Rivas y Lucía intercambiaron una mirada.

—Entonces alguien lo devolvió al automóvil —dijo Lucía.

Mateo respiró con dificultad.

—Tal vez lo perdí cuando salí.

—Estaba dentro de una bolsa cerrada.

—No lo sé.

—¿Qué recuerda después de entrar al bosque? —preguntó Rivas.

—Corrí. Caí cerca del arroyo. Alguien me alcanzó.

—¿Lo atacó?

—Me golpeó en la cabeza.

—¿Vio su rostro?

—No.

—¿Cómo escapó?

—Desperté solo.

—¿Cuánto tiempo después?

—No lo sé. Ya era de noche.

—Permaneció en el bosque hasta esta mañana.

—Encontré un cobertizo abandonado. Me protegí allí.

Rivas se levantó.

—Vamos a verificar cada parte de su declaración.

—Detective.

—¿Sí?

Mateo miró directamente a Lucía y después a él.

—Tomás no actuaba solo.

—Ya nos lo dijo.

—No me refiero a David ni a Ernesto.

—Entonces ¿a quién?

—A alguien que podía acceder a la casa de Clara sin despertar sospechas.

—¿Quién?

Mateo respiró lentamente.

—No sé el nombre. Tomás nunca lo decía. Solo lo llamaba "el beneficiario".

—¿Qué significa eso?

—La persona que recibía la mayor parte del dinero.

Lucía abrió de nuevo la libreta.

—Clara escribió que algunas transferencias se autorizaban cuando usted no tenía acceso al sistema.

—Porque el beneficiario tenía sus datos.

—¿Cómo los consiguió?

—Conocía a Daniel.

Marta había escuchado algo similar en la grabación.

Alguien conocía las contraseñas antiguas de Clara, las preguntas de seguridad y hasta la firma de su esposo fallecido.

—¿David? —preguntó Rivas.

Mateo negó con la cabeza.

—David sabía cosas de Daniel, pero no tenía acceso a los archivos originales del negocio.

—¿Tomás?

—Sabía de contabilidad, pero no conocía a Daniel lo suficiente.

—Entonces ¿quién?

Mateo miró hacia la fotografía de Clara.

—Alguien que estuvo cerca de la familia desde antes de que Daniel muriera.

Rivas recogió la fotografía y la guardó.

—Necesitamos algo más concreto.

—Hay un registro de beneficiarios reales de Northpine.

—Clara lo mencionó.

—Estaba en el portátil.

—El portátil está bajo custodia.

Mateo negó lentamente.

—No encontrarán el archivo.

—¿Por qué?

—Porque estaba protegido con una contraseña.

—¿La conoce?

—No.

—¿Quién la conoce?

—Clara.

—Clara está muerta.

Mateo sostuvo la mirada del detective.

—Y Samuel.

A las diez de la mañana, Marta llegó a la comisaría.

Había dejado a Samuel con Laura después de prometerle que regresaría antes del almuerzo. No le contó que Mateo había mencionado su nombre.

Cuando entró en la sala de reuniones, Rivas y Lucía ya estaban allí. Sobre la mesa había varias fotografías, mapas y una copia impresa de la declaración de Mateo.

—Quiero verlo —dijo Marta.

—Todavía está en el hospital —respondió Rivas.

—Entonces quiero escuchar la grabación del interrogatorio.

—Hay partes que no podemos compartir.

—Él estuvo con mi hermana antes de que muriera.

—Sí.

—Se llevó sus pruebas.

—Sí.

—Huyó.

—Sí.

Marta cruzó los brazos.

—Entonces deje de hablarme como si fuera una persona ajena a esto.

Lucía le acercó una silla.

—Mateo admitió el fraude.

Marta tomó asiento.

—¿Admitió matar a Clara?

—No.

—¿Qué dijo?

Rivas le explicó la primera visita, la llamada de Tomás y el regreso a la casa. Le contó que Mateo aseguró haber encontrado a Clara herida y que se llevó el portátil.

Marta lo escuchó sin interrumpir.

Cuando terminó, permaneció en silencio durante varios segundos.

—Está mintiendo.

—¿Sobre qué parte? —preguntó Lucía.

—Sobre casi todo.

—Algunas cosas han podido verificarse. Estuvo en la tienda. La llamada de Tomás aparece en su registro. También existe una interrupción de casi dos horas antes de que llegara al hospital.

—Eso no demuestra dónde estaba.

—No.

—David dijo que vio a Mateo llegar a la casa.

—Sí.

—Y Mateo admite que entró.

—Sí.

—Entonces tuvo la oportunidad.

Rivas se sentó frente a ella.

—También la tuvieron David y Tomás.

—David dejó las marcas en los brazos de Clara.

—Probablemente.

—Tomás había salido antes.

—Según él.

Marta apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Mi hermana dijo "traicionada". Mateo era la persona en quien más confiaba.

—Eso lo convierte en un sospechoso importante. No en el único.

—¿Qué dijo sobre Samuel?

Rivas y Lucía intercambiaron una mirada.

Marta lo notó.

—¿Por qué mencionó a Samuel?

Lucía habló con calma.

—Mateo asegura que un archivo importante del portátil está protegido con una contraseña que Samuel podría conocer.

—Samuel tiene once años.

—Tal vez sea una palabra o una fecha familiar.

—¿Mateo quiere que interroguen a un niño que acaba de perder a su madre?

—No utilizó esas palabras.

—Pero eso es lo que pretende.

Rivas colocó el portátil de Clara sobre la mesa, dentro de una funda transparente.

—El equipo digital encontró una carpeta cifrada. Se llama "Daniel".

Marta sintió una presión en el pecho.

—El nombre del esposo de Clara.

—Sí.

—¿Intentaron abrirla?

—Todavía no. No queremos bloquear o dañar los archivos.

—¿Qué tiene que ver Samuel?

—Mateo dice que Clara utilizaba una frase que Samuel conocía.

Marta recordó algo.

Una tarde, varios meses atrás, Clara había pedido a Samuel que la ayudara a recordar la contraseña de una cuenta familiar. El niño había reído y le había dicho que utilizaba siempre las mismas palabras.

—Podría saberla —admitió.

—Necesitamos preguntarle.

—No quiero que participe más.

—Puede haber información que identifique al asesino.

Marta miró el portátil.

Todo parecía conducir siempre hacia Samuel. Clara le había entregado la llave. Ahora otra parte de las pruebas dependía de él.

—Hablaré con él —dijo—. Sin policías.

—Marta…

—No voy a obligarlo.

Rivas asintió.

—Está bien.

Antes de levantarse, ella señaló las fotografías de la mesa.

—¿Encontraron a Tomás?

—No está en su casa ni en su oficina.

—¿Su automóvil?

—Abandonado cerca de una estación de autobuses.

—Entonces también huyó.

—O quiere que pensemos eso.

Marta miró una fotografía de Mateo tomada en el hospital. Parecía débil, casi indefenso.

Pero ella recordaba cómo había llegado la noche de la muerte de Clara. Su preocupación parecía perfecta. Su dolor, convincente. Sus preguntas, cuidadosas.

El socio perfecto.

El amigo perfecto.

El hombre que siempre sabía qué decir.

—Mateo sabía que Clara estaba muerta antes de que yo se lo dijera —dijo de repente.

Rivas levantó la vista.

—¿Por qué piensa eso?

—Cuando llegó al hospital me preguntó dónde estaba Clara. Le dije que había muerto. Pareció sorprendido.

—Eso coincide con su declaración.

—No. Antes de eso, dijo que había hablado con ella por la tarde. Después preguntó si había sido una caída.

—La gente de la ciudad ya hablaba del accidente.

—Todavía no. Él llegó pocos minutos después de que la policía entrara en la casa.

Lucía tomó la libreta.

—¿Qué dijo exactamente?

Marta cerró los ojos, intentando reconstruir la conversación.

—Preguntó: "¿Se cayó?"

—Usted pudo haber mencionado que la encontró bajo las escaleras.

—No. Solo le dije que Clara había muerto.

Rivas anotó la frase.

—Tal vez alguien lo llamó.

—Entonces debería decir quién.

—Revisaremos otra vez sus comunicaciones.

Marta observó la imagen.

—Además, cuando dijo que había advertido a Clara sobre la escalera, yo le pregunté si sabía que ella iba a subir al ático. Negó saberlo.

—Podría haber hablado de la escalera en otra ocasión.

—O sabía exactamente dónde la habían encontrado.

El detective guardó la fotografía.

—Es un detalle importante.

—No es un detalle. Es una mentira.

Samuel estaba sentado en el suelo de la sala de Laura, construyendo una torre con pequeñas piezas de madera.

Cuando Marta regresó, él no levantó la cabeza.

—Dijiste que volverías antes del almuerzo.

—Lo siento.

—Siempre dices eso ahora.

Marta dejó el abrigo sobre una silla.

—Necesito preguntarte algo.

Samuel colocó otra pieza sobre la torre.

—¿Sobre Mateo?

—Sí.

La pieza quedó suspendida entre sus dedos.

—¿Confesó?

—No.

—Entonces mintió.

—Dijo algunas cosas que la policía está verificando.

—¿Qué dijo de mí?

Marta se detuvo.

—¿Por qué piensas que habló de ti?

—Porque todos me miran de una forma extraña cuando saben algo que no quieren contarme.

El niño dejó la pieza en el suelo.

—Samuel, encontraron una carpeta protegida en el ordenador de tu mamá.

—¿Y?

—Se llama “Daniel”.

El rostro del niño cambió al escuchar el nombre de su padre.

—¿Necesitan una contraseña?

—Sí.

Samuel bajó la mirada.

—La conozco.

Marta se sentó junto a él.

—¿Estás seguro?

—Mamá me la dijo hace mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Porque dijo que algunas cosas de papá también me pertenecían.

—¿Cuál es?

Samuel cerró los ojos.

—"La luz vuelve a casa".

Marta sintió un nudo en la garganta.

—¿Qué significa?

—Papá se lo decía cuando había tormentas.

Clara había tenido miedo a la oscuridad cuando era niña. Daniel solía encender la luz del porche antes de que ella regresara del trabajo y le decía que, mientras aquella luz estuviera encendida, siempre tendría un hogar al que volver.

Marta tomó la mano de Samuel.

—La policía necesita abrir la carpeta.

—¿Encontrarán al asesino?

—Tal vez.

—Entonces dales la contraseña.

—¿Estás seguro?

Samuel miró la torre incompleta.

—Mamá quería que la encontráramos.

La carpeta se abrió a las dos y dieciséis de la tarde.

Rivas, Lucía, un especialista digital y Marta permanecían frente al monitor. Samuel estaba en una sala cercana con Isabel. Había pedido no mirar los archivos, pero quería estar en la comisaría.

Dentro de la carpeta había documentos antiguos del negocio, contratos firmados por Daniel y copias de cuentas bancarias. También había fotografías familiares y varios mensajes que Clara había guardado después de la muerte de su esposo.

Al principio no parecía haber nada relacionado con Northpine.

El especialista abrió una subcarpeta oculta.

Aparecieron tres archivos.

El primero era una hoja de cálculo con transferencias y nombres codificados.

El segundo, una copia del registro original de Northpine Consulting.

El tercero era un video.

—Abra el registro —ordenó Rivas.

El documento había sido emitido cinco años antes.

Northpine no era una empresa creada recientemente por Mateo.

Había existido cuando Daniel todavía estaba vivo.

Marta se acercó a la pantalla.

—Eso no tiene sentido.

Lucía leyó los nombres.

Mateo figuraba como administrador secundario.

Tomás, como agente financiero.

Pero el propietario original era Daniel Morales.

El difunto esposo de Clara.

Marta sintió que la habitación se inclinaba.

—Daniel no habría hecho esto.

—El documento podría estar falsificado —dijo el especialista.

—Revise la firma.

Amplió la imagen.

Marta reconoció la letra de Daniel.

Aun así, algo parecía extraño.

—La fecha —dijo Lucía—. Fue registrada seis meses antes de su muerte.

Rivas abrió la hoja de cálculo.

Algunas transferencias antiguas iban desde Northpine hacia el negocio familiar. No parecían robos. Eran préstamos internos utilizados para mantener la empresa en funcionamiento.

—Mateo no creó Northpine —dijo Marta.

—Tal vez la reactivó —respondió Rivas—. Después de la muerte de Daniel.

—¿Clara sabía que existía?

—Por su reacción en las grabaciones, no.

Lucía señaló el tercer archivo.

—Abra el video.

La imagen apareció borrosa durante unos segundos.

Después se vio a Daniel sentado en el antiguo despacho de la empresa. Estaba más delgado de lo que Marta recordaba. Parecía cansado.

Miró directamente a la cámara.

—Clara, si estás viendo esto, significa que no tuve la oportunidad de explicarte algunas decisiones.

Marta se cubrió la boca.

La voz de Daniel llenó la sala.

—Northpine fue creada para proteger el negocio durante una crisis. Mateo y yo utilizamos la empresa para conseguir financiación sin poner en riesgo la casa. Todo se hizo legalmente al principio.

La frase "al principio" hizo que Rivas y Lucía intercambiaran una mirada.

Daniel continuó.

—Tomás administró los documentos. Confié en él porque pensé que estaba ayudándonos. Después descubrí que había cambiado algunos registros y utilizado la empresa para recibir pagos que no pertenecían al negocio.

Daniel bajó la mirada.

—Quise denunciarlo, pero Tomás amenazó con acusar a Mateo y a mí de fraude. Mateo sabía parte de lo que ocurría, aunque no todo.

Marta sintió que una verdad antigua comenzaba a mezclarse con la tragedia actual.

—Si algo me ocurre —dijo Daniel—, no confíes únicamente en los documentos. Algunas firmas fueron copiadas. Algunas cuentas fueron abiertas sin mi permiso.

Hizo una pausa.

—Hay una persona más involucrada.

Rivas se acercó al monitor.

—Tomás no trabaja solo. Alguien cercano a nuestra familia le proporciona información. Contraseñas, documentos y datos personales.

Daniel miró hacia la puerta del despacho, como si temiera que alguien estuviera escuchando.

—Todavía no tengo pruebas suficientes. Mateo cree que sé quién es. No es cierto.

El video sufrió una breve interrupción.

Cuando regresó, Daniel parecía más nervioso.

—He escondido los registros originales en la casa. No en la oficina. Si Clara encuentra este mensaje, debe entregarlos directamente a la policía.

El sonido de una puerta interrumpió la grabación.

Daniel volvió la cabeza.

Alguien entró en la habitación.

No apareció en cámara.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Daniel.

Una voz masculina respondió.

Era suave y calmada.

—Vine a asegurarme de que no cometas un error.

La misma frase que una persona había dicho a Clara la noche de su muerte.

«Tenemos que hablar antes de que cometas un error».

Marta sintió que se le erizaba la piel.

El video terminó.

—¿Reconoce la voz? —preguntó Lucía.

Marta cerró los ojos.

La había escuchado muchas veces.

En reuniones familiares.

En cenas.

Durante el funeral de Daniel.

La voz pertenecía a Mateo.

Rivas permaneció inmóvil frente al monitor.

—Mateo dijo que Daniel nunca descubrió quién controlaba Northpine.

—Pero estuvo aquí —dijo Marta—. Él sabía que Daniel estaba grabando.

—Tal vez intentó detenerlo para protegerlo.

—O para protegerse.

Lucía abrió nuevamente la declaración de Mateo.

—Dijo que creó Northpine después de que el negocio empezó a perder dinero.

—La empresa ya existía —respondió Rivas—. Mintió sobre el origen completo del fraude.

Marta miró la pantalla negra.

Había algo todavía más inquietante.

Mateo había utilizado exactamente la misma frase con Daniel y con Clara.

Dos personas que habían descubierto irregularidades.

Dos personas a quienes pidió que no cometieran un error.

Daniel había muerto años antes en un accidente de automóvil.

Todos lo habían considerado una tragedia causada por el hielo.

—¿Quién investigó la muerte de Daniel? —preguntó Marta.

Rivas la miró.

—Fue un accidente de tránsito.

—Eso dijeron.

—¿Qué está pensando?

Marta señaló la pantalla.

—Daniel grabó a Mateo poco antes de morir. Estaba investigando Northpine. Después sufrió un accidente en una carretera despejada.

Lucía buscó rápidamente el expediente en el sistema.

—El informe menciona hielo en una curva.

—Había nevado la semana anterior —dijo Marta—. No esa noche.

—Los accidentes ocurren.

—También las caídas por escaleras.

Nadie respondió.

El especialista digital revisó los datos del video.

—Hay algo más —dijo.

—¿Qué? —preguntó Rivas.

—El archivo fue abierto hace tres días.

—¿Por Clara?

—Probablemente. Se utilizó su cuenta.

—Eso significa que vio el video antes de morir —dijo Marta.

—Sí.

Clara no solo había descubierto que Mateo estaba robando.

Había descubierto que también había mentido sobre Daniel.

Tal vez incluso sospechó que la muerte de su esposo no había sido un accidente.

Marta sintió que la última palabra de Clara adquiría un significado todavía más profundo.

Traicionada.

No hablaba únicamente del dinero.

Hablaba de años de confianza.

De un amigo que había estado junto a ella en sus peores momentos.

De un hombre que había consolado a Samuel por la muerte de su padre mientras ocultaba la verdad.

Rivas cerró el portátil.

—Necesitamos registrar todas las propiedades de Mateo.

—También la cabaña —dijo Lucía.

—Y reabrir el expediente de Daniel Morales.

Marta permaneció frente a la pantalla.

Por primera vez desde la muerte de Clara, sintió que el centro del misterio comenzaba a tomar forma.

Mateo siempre había estado presente.

Cerca del negocio.

Cerca de Daniel.

Cerca de Clara.

Cerca de Samuel.

Nunca demasiado visible.

Nunca completamente ausente.

El socio perfecto.

El amigo perfecto.

Y quizá, precisamente por eso, el hombre al que nadie había pensado mirar hasta que ya era demasiado tarde.

Capítulo 8: El diario escondido

La casa de Clara permanecía cerrada y silenciosa.

La cinta policial seguía colocada alrededor del porche, aunque la mayor parte del equipo forense ya había terminado su trabajo. Bajo la luz gris de la mañana, la vivienda parecía más antigua que antes. La nieve acumulada sobre el tejado comenzaba a derretirse y pequeñas gotas caían de los aleros con un ritmo constante.

Marta permaneció frente a la puerta sin atreverse a entrar.

Habían pasado menos de tres días desde que encontró a su hermana bajo las escaleras, pero sentía que había envejecido varios años. Cada ventana, cada tabla del porche y cada marca en la pintura le devolvían una imagen distinta de Clara.

Clara plantando flores junto a la entrada.

Clara recibiendo a Samuel después de la escuela.

Clara riéndose mientras intentaba quitar nieve del camino con una pala demasiado pequeña.

Y Clara, herida, intentando pronunciar una última palabra.

—No tenemos que hacerlo hoy —dijo Lucía Torres.

La agente esperaba junto a ella con una carpeta bajo el brazo. Había acompañado a Marta para recoger ropa y objetos personales de Samuel. La policía había autorizado una visita breve, siempre que ninguna de las dos tocara las zonas todavía marcadas como parte de la investigación.

Marta introdujo la llave en la cerradura.

—Samuel necesita sus cosas.

—Podemos pedirle a un agente que las busque.

—No sabrá cuáles quiere.

Lucía observó su mano.

La llave temblaba entre sus dedos.

—Marta.

—Estoy bien.

—No tiene que demostrarlo.

Marta mantuvo la vista en la puerta.

—No intento demostrar nada.

Pero no era verdad.

Desde la muerte de Clara, todos parecían esperar que se derrumbara. Laura la observaba cada vez que sostenía una taza caliente, como si temiera que Marta la dejara caer. Samuel intentaba esconder sus lágrimas para no preocuparla. Incluso el detective Rivas bajaba la voz cuando hablaba con ella.

Marta estaba cansada de parecer frágil.

Abrió la puerta.

El aire del interior era frío. La calefacción había sido reducida y la casa olía a polvo, madera y productos utilizados por los técnicos forenses.

La sala seguía casi igual que aquella noche. La manta estaba doblada sobre el sofá. El libro de Clara permanecía dentro de una bolsa transparente, sobre una mesa lateral. La taza que había estado tibia cuando Marta llegó ya no estaba.

La habían recogido como prueba.

Marta se quitó el abrigo lentamente.

—Solo tomaremos lo necesario —dijo Lucía—. Después nos marcharemos.

Marta asintió.

No quería mirar hacia las escaleras.

Aun así, lo hizo.

La estructura que conducía al ático estaba vacía. Habían retirado las cajas rotas y limpiado la sangre, pero sobre el suelo quedaba una diferencia de color. Una sombra irregular que ninguna limpieza podría borrar por completo.

Marta apartó la vista.

—La habitación de Samuel está arriba.

Subieron sin hablar.

Cada escalón crujía bajo sus pies. Marta recordaba haber corrido por aquella misma escalera cuando era niña, perseguida por Clara, que siempre terminaba riéndose antes de alcanzarla.

El recuerdo resultaba tan vivo que por un instante esperó escuchar aquella risa.

Solo oyó el viento contra las ventanas.

La puerta de la habitación de Samuel estaba entreabierta.

En el escritorio seguía la maqueta de madera que el niño construía para la escuela. Había formado una pequeña ciudad con casas, una biblioteca y una iglesia. Una de las paredes aún no estaba terminada.

Marta tomó una mochila del armario y comenzó a guardar ropa.

—Dos suéteres —murmuró—. Pantalones, calcetines…

Lucía permaneció cerca de la puerta, dándole espacio.

—¿Cuánto tiempo cree que estará conmigo? —preguntó Marta.

—Eso dependerá de usted, de Samuel y de los servicios familiares.

—Soy su única familia cercana que puede cuidarlo.

—Nadie está cuestionando eso.

Marta dobló una camisa.

—David es familia.

—David está detenido.

—Lo sé.

Había dicho su nombre sin pensar.

Todavía le costaba aceptar todo lo que había descubierto sobre él. David había mentido, ocultado pruebas y participado en las transferencias. También había sujetado a Clara aquella noche.

Sin embargo, insistía en que se marchó mientras ella seguía viva.

La grabación terminaba antes de demostrar lo contrario.

Marta no sabía qué deseaba más: que David fuera el responsable y la búsqueda terminara, o que dijera la verdad y el asesino siguiera libre.

Lucía se acercó al escritorio.

—Es una maqueta muy detallada.

—Samuel la hacía con Clara.

Había pequeñas figuras junto a la biblioteca. Una representaba a una mujer con un abrigo rojo. Otra, a un niño con una mochila.

Marta tocó la figura de la mujer.

—Él le pidió que construyera su casa aquí.

—¿Está?

—Todavía no. Clara dijo que tenían que terminar primero los edificios importantes.

Lucía sonrió con tristeza.

—Parece algo que ella diría.

Marta guardó la figura dentro de un cajón para evitar que se perdiera.

Al cerrarlo, escuchó un pequeño golpe detrás del escritorio.

—¿Qué fue eso?

Se agachó y miró entre el mueble y la pared.

Había un cuaderno delgado en el suelo.

Marta introdujo la mano y consiguió sacarlo. La cubierta era azul oscuro, sin título ni nombre. Estaba cubierta de polvo, excepto en una esquina, donde alguien la había sujetado recientemente.

Lucía se acercó.

—No lo abra todavía.

—¿Por qué?

—Podría ser relevante.

—Es un cuaderno de Samuel.

Marta lo giró.

En la primera página había una frase escrita con la letra de Clara.

"Hay verdades que solo pueden escribirse cuando todavía no se tiene valor para pronunciarlas."

Marta dejó de respirar durante un instante.

—Es de ella.

Lucía sacó el teléfono y llamó al detective Rivas.

—Encontramos un posible diario en la habitación de Samuel.

Marta abrió la siguiente página.

—Le dije que no lo tocara.

—Es mi hermana.

—También es una investigación de homicidio.

—No voy a llevármelo.

Lucía terminó la llamada.

—Rivas viene en camino. Hasta entonces, debemos dejarlo donde estaba.

—No.

—Marta.

—Clara lo escondió en la habitación de su hijo. No en una caja de seguridad ni en el ático. Aquí.

—Tal vez porque creyó que nadie buscaría entre las cosas de Samuel.

Marta sostuvo el diario contra su pecho.

—O porque quería que él lo encontrara algún día.

Lucía mantuvo la voz tranquila.

—Comprendo que quiera saber qué escribió, pero si hay huellas o pruebas físicas, podríamos perderlas.

Marta miró la cubierta.

Después se la entregó.

—Quiero estar presente cuando lo lean.

—Se lo diré al detective.

—No. Quiero que me lo prometa.

Lucía tomó el cuaderno con cuidado.

—Se lo prometo.

Samuel esperaba en casa de Laura.

Estaba sentado en la mesa de la cocina, mirando un plato de sopa que se había enfriado. Laura intentaba convencerlo de que comiera, pero él apenas movía la cuchara.

Cuando Marta llegó, levantó la cabeza de inmediato.

—¿Trajiste mi maqueta?

—No cabía sin romperla. La traeremos cuando podamos ir con más tiempo.

—¿Y mi suéter verde?

—Está en la mochila.

Samuel se levantó y revisó las cosas.

Marta observó su rostro mientras sacaba la ropa. Cada prenda parecía recordarle algo. Tocó una camiseta que Clara le había comprado durante un viaje escolar y la dobló cuidadosamente antes de volver a guardarla.

—Encontré algo detrás de tu escritorio —dijo Marta.

Samuel dejó de moverse.

—¿Qué?

—Un cuaderno azul.

El niño la miró.

—¿Lo abriste?

—Solo la primera página.

—Era de mamá.

—¿Sabías que estaba allí?

Samuel bajó la vista.

—La vi escribiendo una vez.

Marta se acercó.

—¿Cuándo?

—Hace mucho.

—¿Cuánto?

—No sé. Antes del verano.

—¿Te dijo qué era?

—Dijo que escribía cosas que no quería olvidar.

—¿Te pidió que lo guardaras?

Samuel negó con la cabeza.

—Lo puso detrás del escritorio cuando escuchó a alguien entrar.

—¿Quién?

—Mateo.

La respuesta hizo que Marta sintiera un peso en el estómago.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Entró en tu habitación?

—No. Mamá salió y cerró la puerta.

—¿Escuchaste de qué hablaron?

—No mucho.

Samuel miró hacia Laura, que fingía ordenar unos platos para darles privacidad.

—Mateo le preguntó si todavía pensaba en lo que le había pasado a papá.

Marta se sentó frente al niño.

—¿Qué respondió tu madre?

—Dijo que pensaba en él todos los días.

—¿Algo más?

Samuel frunció el ceño, intentando recordar.

—Mateo dijo que no era bueno seguir buscando explicaciones.

—¿Explicaciones sobre qué?

—No lo sé.

—Samuel, esto es importante.

—Ya te dije que no lo sé.

El niño elevó la voz y después apretó los labios, como si temiera haber hecho algo malo.

Marta extendió una mano.

—No estoy enfadada contigo.

—Todos me preguntan cosas que no recuerdo.

—Lo siento.

—La policía me pregunta por Mateo. Tú me preguntas por mamá. Isabel me pregunta cómo me siento.

—Solo intentamos entender.

—Yo tampoco entiendo.

Samuel empujó el plato.

—Mamá estaba bien. Después todos empezaron a mentir y ahora ella está muerta.

Se levantó y tomó la mochila.

—Voy a mi habitación.

—Samuel…

El niño se detuvo junto a la puerta.

—¿Van a leer el diario?

—Sí.

—Tal vez escribió por qué no confió en ti.

La frase golpeó a Marta con una fuerza inesperada.

Samuel pareció arrepentirse de inmediato, pero no se disculpó. Subió las escaleras y cerró la puerta.

Laura se sentó junto a Marta.

—Está sufriendo.

—Yo era su hermana.

—Lo sé.

—Clara debió contarme lo que estaba ocurriendo.

—Quizá intentaba protegerte.

—Eso no la protegió a ella.

Marta miró la sopa intacta.

—Samuel tiene razón. No confió en mí.

Laura le tomó una mano.

—Te entregó la responsabilidad de cuidar a su hijo. Te dejó la carta. Le dijo a Samuel que te buscara si algo salía mal.

—Pero no me dijo la verdad cuando todavía podía ayudarla.

—Tal vez ella misma no comprendía toda la verdad.

Marta recordó la frase de la primera página.

Verdades que no tenía valor para pronunciar.

—El diario podría explicarlo.

—O podría darte más preguntas.

—Ya no sé cuál de las dos cosas es peor.

El detective Rivas llevó el diario a la comisaría y pidió que fuera examinado antes de leerlo.

No encontraron huellas desconocidas en la cubierta. Solo las de Clara, Samuel y, en una esquina, una impresión parcial que no podía identificarse. No había sangre ni fibras relacionadas con la noche del asesinato.

A las cuatro de la tarde, Marta se sentó en la sala de reuniones junto a Rivas y Lucía.

El diario estaba colocado sobre la mesa.

—Algunas partes pueden contener información personal que no tenga relación con el caso —dijo Rivas—. Intentaremos respetar la privacidad de su hermana.

Marta miró el cuaderno.

—Clara está muerta. Lo único que puedo hacer por ella es descubrir la verdad.

El detective abrió la primera página.

Las anotaciones no tenían una frecuencia regular. Algunas estaban separadas por semanas. Otras habían sido escritas en días consecutivos.

La primera entrada era de casi cuatro años antes, unos meses después de la muerte de Daniel.

Rivas comenzó a leer en silencio.

Marta extendió la mano.

—Quiero leerla yo.

El detective le entregó el diario.

La letra de Clara era firme, aunque algunas palabras parecían escritas con demasiada presión.

"Hoy Mateo vino a ayudarme con las cuentas. No se lo pedí, pero dijo que Daniel habría querido que el negocio siguiera funcionando.

Samuel preguntó otra vez por qué su padre conducía aquella noche. Le dije que iba a revisar unos documentos del almacén. Eso fue lo que me contó Mateo.

Sin embargo, hoy encontré el calendario de Daniel. No tenía ninguna reunión anotada."

Marta levantó la mirada.

—Mateo dijo que Daniel iba al almacén.

—¿Eso fue parte de la investigación del accidente? —preguntó Lucía.

—No lo sé. En aquel momento nadie pensó que fuera importante.

Rivas tomó nota.

Marta continuó.

"Pregunté a Mateo si estaba seguro. Se enfadó. No gritó, pero dijo que revolver el pasado solo haría daño a Samuel.

Quizá tenga razón.

Pero Daniel nunca conducía sin avisarme."

La siguiente entrada era de tres días después.

"Encontré una llamada de Mateo en el teléfono de Daniel. Fue realizada veinte minutos antes del accidente.

Mateo dijo que no la recordaba."

Marta cerró los ojos.

Daniel había muerto en una carretera a las afueras de Oakhaven. Su automóvil salió de una curva y chocó contra un árbol. No había testigos. El informe concluyó que perdió el control sobre una zona con hielo.

Mateo había llegado al hospital antes que casi todos.

Había sido él quien abrazó a Clara cuando el médico anunció la muerte.

—¿Por qué Clara nunca dijo nada? —preguntó Lucía.

—Porque estaba destruida —respondió Marta—. Samuel tenía siete años. El negocio estaba en crisis. Mateo se convirtió en la persona que resolvía todo.

La siguiente entrada confirmaba sus palabras.

"No quiero sospechar de Mateo. Ha estado aquí todos los días. Ayudó con el funeral, las cuentas y los papeles del seguro. Samuel confía en él.

Yo también quiero confiar.

Pero cuando mencioné la última llamada de Daniel, Mateo me pidió que borrara el registro.

Dijo que mirar aquella hora una y otra vez no cambiaría nada."

Marta apretó el borde de la página.

—Siempre tenía una explicación —dijo.

—Las explicaciones pueden parecer convincentes cuando vienen de alguien cercano —respondió Rivas.

El diario continuaba con anotaciones sobre el duelo, Samuel y las dificultades para mantener el negocio. Durante varios meses, Clara apenas mencionó a Mateo. Cuando lo hacía, era para agradecer su ayuda.

Después, casi dos años más tarde, su tono volvió a cambiar.

"Hoy encontré una caja de Daniel en el almacén. Mateo intentó llevársela antes de que pudiera revisarla. Dijo que contenía documentos viejos sin valor.

¿Por qué tenía tanta prisa?"

La siguiente página había sido arrancada.

Lucía examinó el borde.

—No es reciente. El papel fue retirado hace bastante tiempo.

—¿Por Clara? —preguntó Marta.

—O por alguien que encontró el diario antes.

Marta recordó a Samuel diciendo que Clara lo había ocultado cuando llegó Mateo.

—Él sabía que escribía.

—Tal vez —dijo Rivas—. Continúe.

La siguiente anotación era de hacía siete meses.

"Las cuentas no coinciden.

Mateo dice que el nuevo sistema está duplicando pagos, pero las transferencias son reales. Algunas van a Northpine Consulting.

El nombre me resulta familiar."

Dos días después, Clara escribió:

"Northpine aparece en los papeles de Daniel.

La empresa existía antes de su muerte.

Mateo me mintió."

Marta respiró profundamente antes de continuar.

"Lo confronté. Dijo que Daniel creó Northpine para proteger el negocio. Según él, todo era legal y no me lo contaron porque yo estaba cuidando a Samuel y atravesando una etapa difícil.

Utilizó la palabra 'proteger'.

Empiezo a odiar esa palabra.

Las personas la usan cuando deciden que no mereces conocer la verdad.”

Lucía miró a Marta, pero no dijo nada.

La siguiente entrada estaba fechada tres semanas antes de la muerte.

“Encontré el video de Daniel.

Mateo aparece solo como una voz, pero sé que es él.

‘Vine a asegurarme de que no cometas un error.’

No puedo dejar de escuchar esa frase.

La noche en que Daniel murió, Mateo dijo que no había hablado con él durante varios días. El registro telefónico demuestra lo contrario.

¿Fue una mentira por miedo?

¿O porque tenía algo que ocultar?”

Marta se detuvo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero siguió leyendo.

“Quise llamar a Marta.

No lo hice.

Ella amaba a Daniel como a un hermano. Si mis sospechas están equivocadas, le abriré una herida innecesaria. Si son ciertas, no sé cómo decirle que el hombre que estuvo a nuestro lado durante el funeral pudo saber más de lo que contó.”

Marta apoyó el diario sobre la mesa.

—Intentaba protegerme.

Rivas esperó.

Ella se secó las lágrimas.

—Laura tenía razón.

—Puede detenerse —dijo Lucía.

—No.

Volvió a tomar el cuaderno.

"Hoy pregunté a Mateo directamente si vio a Daniel la noche del accidente.

Dijo que no.

Entonces le mostré la grabación.

Su rostro cambió.

No parecía sorprendido de que existiera. Parecía sorprendido de que yo la hubiera encontrado.

Dijo que fue a hablar con Daniel porque quería impedir que denunciara a Tomás antes de reunir pruebas suficientes.

Le pregunté por qué había mentido durante cuatro años.

No respondió."

Debajo de aquella entrada había una frase escrita con tinta diferente.

"Mateo no tiene miedo de Tomás.

Tomás tiene miedo de Mateo."

Rivas tomó nota inmediatamente.

—Eso contradice la versión que Mateo nos dio.

—Él aseguró que Tomás tomó el control de Northpine —dijo Lucía.

—Clara pensaba lo contrario.

Las entradas siguientes relataban cómo Clara contactó con Elena y comenzó a copiar documentos. También mencionaban las

transferencias realizadas a David y el pago entregado a Ernesto.

Una semana antes del asesinato, escribió:

"Todos señalan a alguien más.

David culpa a sus deudas.

Ernesto culpa a Mateo.

Tomás dice que solo firmaba lo que recibía.

Mateo afirma que Tomás lo controlaba.

La verdad es que todos eligieron participar.

Pero solo uno de ellos estaba presente desde el principio."

Marta sintió que sabía cuál era el nombre antes de leerlo.

"Mateo."

La página siguiente contenía una lista.

Northpine creada con Daniel.

Documentos originales alterados.

Credenciales de Clara utilizadas.

Llamada antes del accidente.

Mentira sobre la reunión con Daniel.

Presión para abandonar la investigación.

Acceso completo a la casa.

Acceso al código de seguridad.

Marta señaló la última línea.

—Mateo conocía el código.

—Él dijo que Clara le abrió la puerta durante su primera visita —respondió Rivas.

—Podía entrar sin que ella lo ayudara.

Lucía revisó los registros de la alarma.

—El código utilizado a las siete y cuarenta y dos era el personal de Clara.

—¿Mateo lo conocía?

—Podría haberlo visto muchas veces.

Marta volvió al diario.

La penúltima entrada estaba fechada el día anterior a la muerte de Clara.

"Mañana entregaré las pruebas.

Mateo vino esta tarde. Le dije que todo había terminado. Por primera vez, no intentó parecer arrepentido.

Dijo que no comprendía lo que estaba a punto de destruir.

Le respondí que él lo había destruido cuando decidió robarnos.

Entonces mencionó a Samuel.

Dijo que el escándalo podría quitarle el negocio, la casa y el futuro.

No sé si intentaba asustarme o si era una amenaza.

Le pedí que nunca volviera a utilizar el nombre de mi hijo para protegerse."

La última entrada había sido escrita el día del asesinato.

La letra era menos uniforme. Algunas palabras se inclinaban hacia abajo, como si Clara hubiera escrito deprisa.

"Esta noche hablaré con todos por última vez.

David debe entregar sus registros.

Ernesto prometió confesar.

Tomás vendrá para explicar las cuentas que firmó.

Mateo dice que puede demostrar que alguien más utilizó Northpine.

No confío en ninguno de ellos.

He guardado la copia principal fuera de la casa. La memoria que todos buscan no contiene los documentos completos. Es una copia incompleta.

Solo Marta podrá encontrar la verdadera.”

Marta levantó la cabeza.

—¿Yo?

—¿Sabe a qué se refiere? —preguntó Rivas.

—No.

Continuó leyendo.

“Si algo ocurre, debe recordar el lugar donde Clara dejó de tener miedo.”

La frase estaba escrita en tercera persona.

Como un mensaje preparado exclusivamente para Marta.

Debajo aparecía una fecha.

El 14 de febrero de hacía treinta y dos años.

Marta la reconoció inmediatamente.

—Era el día en que Clara cayó al lago.

Lucía frunció el ceño.

—¿Qué lago?

—El lago Merritt. Éramos niñas. El hielo se rompió y ella cayó al agua.

—¿Cómo salió?

—Yo la saqué.

Marta volvió a mirar la frase.

El lugar donde Clara dejó de tener miedo.

—Después del accidente, no quería acercarse al lago —continuó—. Nuestro padre nos llevó allí cada semana durante meses. Le enseñó a caminar sobre la orilla, a reconocer el hielo seguro y a no dejar que un momento terrible controlara toda su vida.

—¿Hay alguna propiedad de su familia allí? —preguntó Rivas.

—Una pequeña cabaña. No la usamos desde que murieron nuestros padres.

Lucía se puso de pie.

—Mateo mencionó una cabaña cerca de un lago.

—Dijo que pertenecía a Tomás —recordó Rivas.

—Tal vez mintió.

Marta cerró el diario.

—Clara escondió allí los documentos originales.

—Es posible.

—Tenemos que ir.

Rivas miró por la ventana. El cielo empezaba a oscurecer y se esperaba otra nevada durante la noche.

—Primero enviaremos una patrulla.

—Yo voy con ustedes.

—No.

—La pista está dirigida a mí.

—Y eso podría significar que solo usted sabe dónde buscar. Pero también podría ser una trampa.

—Clara confiaba en mí.

—Entonces permita que la protejamos mientras seguimos su pista.

Marta sostuvo el diario.

—Esperé demasiado para ayudarla una vez.

Rivas comprendió que no conseguiría hacerla cambiar de opinión.

—Salimos en veinte minutos.

El camino hacia el lago Merritt estaba parcialmente cubierto.

Rivas conducía el primer vehículo. Lucía viajaba a su lado. Marta iba en la parte trasera, sosteniendo el diario de Clara dentro de una bolsa protectora.

Otros dos agentes los seguían.

A medida que se alejaban de Oakhaven, las casas desaparecieron. Los árboles se cerraron alrededor de la carretera y la señal telefónica comenzó a fallar.

—¿Cuándo estuvo aquí por última vez? —preguntó Lucía.

—En el funeral de mi padre —respondió Marta—. Clara y yo vinimos a recoger algunos objetos.

—¿Mateo conocía la cabaña?

—Sí. Daniel también.

—¿Y Tomás?

—No lo sé.

El vehículo pasó junto a un cartel de madera casi oculto por la nieve.

Lago Merritt, 3 kilómetros.

Marta recordó aquel día de su infancia.

Clara tenía ocho años. Había insistido en caminar sobre una parte congelada cerca de la orilla. El hielo se quebró antes de que Marta pudiera detenerla.

Su hermana desapareció bajo el agua.

Marta se lanzó al suelo, sujetó una rama y consiguió agarrarla por el abrigo. Durante años, Clara decía que la mano de Marta había sido la primera cosa que vio cuando volvió a abrir los ojos.

Después de aquel día, había confiado en ella para todo.

Hasta que decidió enfrentarse sola a Mateo.

—Debí saberlo —murmuró Marta.

—¿Qué cosa? —preguntó Lucía.

—Que el mensaje hablaba de este lugar.

—Ha recibido demasiada información en muy poco tiempo.

—Eso no cambia nada.

—La culpa tampoco.

Marta miró por la ventana.

—Todos me dicen que no me culpe. Samuel, Laura, usted… Pero Clara necesitaba ayuda y yo no vi lo que ocurría.

—Su hermana ocultó deliberadamente el peligro.

—Porque pensó que podía controlarlo.

—Porque quería proteger a su familia.

—Y ahora Samuel no tiene madre.

Lucía guardó silencio durante un momento.

—Mi hermano murió cuando yo tenía diecinueve años —dijo finalmente.

Marta la miró.

Era la primera vez que la agente compartía algo personal.

—Sufrió una enfermedad durante varios meses. Me pidió que no le contara a nuestra madre cuánto había empeorado.

—¿Le hizo caso?

—Sí.

—¿Se arrepiente?

—Todos los días.

Lucía mantuvo la vista en la carretera.

—Después de su muerte, comprendí que había pasado meses intentando respetar su decisión mientras él intentaba protegernos. Ninguno consiguió decir lo que realmente sentía.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Porque el amor no siempre nos vuelve más sabios. A veces nos hace guardar silencio cuando deberíamos hablar.

Marta observó el perfil de la agente.

—Clara debió contármelo.

—Sí.

La respuesta sincera la sorprendió.

—Y usted debió preguntar más cuando notó que algo le preocupaba —continuó Lucía—. Pero ninguna de esas cosas convierte a las dos

en responsables del crimen.

Marta apretó la bolsa que contenía el diario.

—Solo la persona que la empujó es responsable.

—Exactamente.

La cabaña apareció entre los árboles poco antes de las seis.

Era una construcción pequeña, de madera oscura, situada a pocos metros de la orilla congelada. Parte del tejado estaba cubierta por nieve y una contraventana colgaba de una bisagra.

Rivas detuvo el vehículo a cierta distancia.

—Nadie baja todavía.

Los agentes comprobaron el exterior con linternas. No había luz en las ventanas ni humo en la chimenea.

Uno de ellos regresó.

—Hay huellas recientes.

—¿Cuántas personas? —preguntó Rivas.

—No está claro. La nieve las cubrió parcialmente.

—¿Vehículos?

—Marcas de neumáticos detrás de la cabaña.

Rivas miró a Marta.

—Se queda en el automóvil hasta que aseguremos el lugar.

Esta vez ella no discutió.

Los agentes avanzaron hacia la entrada. Rivas abrió la puerta con la llave que Marta le había entregado.

El interior estaba oscuro.

Durante varios minutos, Marta solo vio luces moviéndose detrás de las ventanas.

Finalmente, Lucía regresó.

—Está vacío.

Marta bajó del vehículo.

El aire junto al lago era más frío. La superficie helada se extendía bajo la luz del atardecer, rodeada de pinos y montañas bajas.

La cabaña olía a madera húmeda.

Los muebles estaban cubiertos con sábanas. Había una vieja estufa, una mesa y dos habitaciones pequeñas. En las paredes colgaban fotografías de la infancia de Marta y Clara.

Marta se acercó a una imagen tomada después del accidente del lago.

Clara aparecía envuelta en una manta, sentada junto a su padre. Tenía los ojos hinchados, pero sonreía.

En el reverso, escrito con la letra de su padre, aparecía una frase:

"El miedo pierde fuerza cuando dejamos de huir."

—Eso es —dijo Marta.

—¿La pista? —preguntó Rivas.

—El lugar donde dejó de tener miedo.

Retiró la fotografía de la pared.

Detrás había una pequeña cavidad en la madera.

Vacía.

—Alguien llegó antes —dijo Lucía.

Marta tocó el borde.

Había marcas recientes alrededor del compartimento.

—Clara escondió algo aquí.

Uno de los agentes llamó desde la parte trasera.

—Detective, encontramos papeles quemados.

En una pequeña fogata improvisada había cenizas, restos de carpetas y fragmentos de plástico derretido.

Rivas se agachó.

—Alguien destruyó los documentos.

Marta sintió que todo el viaje perdía sentido.

—Llegamos tarde.

Lucía examinó el suelo alrededor de la fogata.

—No destruyeron todo.

Entre las cenizas encontró una esquina de papel protegida por una piedra. Solo podía leerse una parte de una frase.

"…Álvarez como beneficiario principal…"

Mateo.

Marta cerró los ojos.

No era una sorpresa, pero aquella pequeña prueba confirmaba que Clara había tenido razón.

—¿Hay algo más? —preguntó Rivas.

El agente señaló unas huellas que conducían hacia el lago.

—La persona salió por detrás y caminó hasta la orilla.

Las siguieron con las linternas.

A pocos metros del hielo encontraron una caja metálica abierta. Estaba vacía.

Junto a ella había un guante de cuero negro.

Lucía lo recogió con cuidado.

—¿Lo reconoce?

Marta negó con la cabeza.

Rivas examinó las huellas.

—Alguien llegó en un vehículo, entró en la cabaña, quemó los documentos y caminó hacia el lago.

—¿Por qué? —preguntó Marta.

El detective iluminó la superficie congelada.

Las pisadas continuaban varios metros sobre el hielo.

Después desaparecían.

—Tal vez arrojó algo al agua.

—El lago está congelado.

—Hay una abertura más adelante.

Avanzaron por la orilla hasta encontrar un agujero irregular en el hielo. Parecía haber sido abierto con una herramienta.

Lucía iluminó el agua negra.

—Pudo arrojar una memoria, un teléfono o cualquier otro objeto pequeño.

—¿Podrán recuperarlo? —preguntó Marta.

—Necesitaremos un equipo especializado.

Rivas se volvió hacia la cabaña.

—Quien hizo esto conocía el escondite exacto.

—Mateo vio el diario —dijo Marta.

—No sabemos si leyó la última entrada.

—Samuel dijo que Clara lo escondió cuando él llegó.

—Eso significa que ella no quería que lo viera. No que él nunca lo encontrara.

Lucía levantó el guante.

—Buscaremos ADN.

Marta miró el lago.

Treinta y dos años atrás, había sacado a Clara de aquellas aguas.

Ahora, el mismo lugar guardaba las pruebas que su hermana había intentado dejarle.

—Mateo estuvo aquí —dijo.

Rivas no la contradijo.

Cuando regresaron a Oakhaven, ya había comenzado a nevar.

El teléfono de Rivas recuperó la señal cerca de la carretera principal. Recibió varias llamadas seguidas.

Escuchó la primera en silencio.

Después miró a Lucía.

—Mateo salió del hospital.

—¿Con autorización?

—No.

—¿Cómo?

—Un agente encontró la puerta de su habitación abierta. El otro estaba inconsciente en el pasillo.

—¿Lo atacaron?

—Alguien le dio un sedante.

Marta se inclinó hacia delante.

—¿Mateo escapó?

—Eso parece.

—¿Hay cámaras?

—Una persona con uniforme médico entró en la habitación. El rostro estaba cubierto con una mascarilla.

—Tomás —dijo Lucía.

—Tal vez.

Rivas respondió otra llamada.

—Rivas.

Escuchó durante varios segundos.

—¿Está seguro?

Su expresión cambió.

—Cierren la zona. No toquen nada hasta que lleguemos.

Colgó.

—¿Qué encontraron? —preguntó Marta.

El detective tardó un momento en responder.

—Un trabajador municipal vio un vehículo abandonado cerca del antiguo almacén del negocio.

—¿De quién?

—De Tomás.

—¿Está dentro?

—No.

—¿Entonces qué hay?

Rivas miró hacia la carretera.

—Sangre en el asiento del acompañante.

—¿De Mateo?

—Todavía no lo sabemos.

Marta apretó los dedos alrededor del diario.

Mateo había desaparecido otra vez.

Tomás tampoco aparecía.

Y alguien había destruido las pruebas que Clara dejó en la cabaña.

—Mateo sabía que íbamos a encontrar el diario —dijo Marta.

—No podía saber cuándo.

—Pero sabía lo que contenía.

—Es posible.

—Por eso escapó.

Rivas guardó el teléfono.

—O alguien lo sacó del hospital porque teme lo que pueda decir.

Marta recordó la advertencia escrita por Clara.

Todos señalaban a otra persona.

Todos culpaban al miedo, a las deudas o a las órdenes recibidas.

Pero solo uno había estado presente desde el principio.

Mateo.

La nieve caía cada vez con más fuerza mientras regresaban a Oakhaven.

Dentro de la bolsa, el diario de Clara permanecía cerrado sobre las rodillas de Marta.

Su hermana ya no podía hablar.

Pero página tras página, había dejado una voz que se negaba a desaparecer.

Y esa voz conducía siempre al mismo hombre.

Capítulo 9: Cuentas que no cuadran

La transferencia se realizó a las tres y cuarenta y ocho de la madrugada.

Clara llevaba muerta más de dos días.

Sin embargo, alguien había entrado en la cuenta principal del negocio utilizando sus credenciales, había aprobado un pago de dieciocho mil quinientos dólares y lo había enviado a una empresa llamada Grey Harbor Services.

La operación no quedó pendiente.

No activó ninguna alerta.

El sistema la reconoció como legítima.

Cuando el especialista financiero mostró el registro en la pantalla, nadie habló durante varios segundos.

Marta permanecía de pie detrás de Lucía Torres, con una mano apoyada sobre el respaldo de una silla. Había llegado a la comisaría antes del amanecer, después de recibir una llamada del detective Rivas.

El diario de Clara seguía guardado como prueba.

Mateo y Tomás continuaban desaparecidos.

Y ahora alguien estaba utilizando la identidad de su hermana como si todavía estuviera viva.

—No puede ser Clara —dijo Marta, aunque la respuesta era evidente.

—No —contestó el especialista—. La transferencia se realizó desde una ubicación externa.

—¿Dónde?

El hombre amplió una parte del informe.

—El sistema registra una dirección de internet, pero fue ocultada a través de varias conexiones. Podemos seguir el recorrido, aunque llevará tiempo.

Marta observó la firma digital que aparecía bajo la transferencia.

Era idéntica a la de Clara.

No parecida.

Idéntica.

—¿Cómo consiguieron hacer eso?

—La firma digital puede copiarse si alguien tiene acceso al certificado de seguridad y a la contraseña.

—¿Cuántas personas podían tenerlos?

—Oficialmente, Clara y Mateo.

Lucía miró hacia Rivas.

—Mateo está fuera del hospital.

—Eso no significa que haya realizado esta transferencia —respondió el detective.

—Pero conocía el sistema.

—También Tomás.

El especialista señaló otra columna.

—Hay algo extraño. La operación fue preparada hace seis días.

—¿Antes de la muerte de Clara? —preguntó Marta.

—Sí. Pero quedó programada para ejecutarse esta madrugada.

—Entonces alguien sabía que no podría detenerla.

Rivas se acercó a la pantalla.

—O esperaba que, para entonces, ya no estuviera revisando las cuentas.

La frase hizo que Marta sintiera frío en la espalda.

—¿Está diciendo que planearon la transferencia antes de matarla?

—Estoy diciendo que la fecha pudo elegirse con anticipación.

Lucía abrió una carpeta.

—¿Qué sabemos de Grey Harbor Services?

—Fue registrada hace nueve meses —respondió el especialista—. No tiene empleados, oficinas ni actividad comercial visible.

—Otra empresa fantasma.

—Probablemente.

—¿Quién figura como propietario?

El hombre abrió el registro.

En la pantalla apareció el nombre de una mujer.

Sofía Vega.

Marta no lo reconoció.

—¿Quién es? —preguntó.

—Estamos comprobándolo.

Rivas anotó el nombre.

—¿La transferencia puede detenerse?

—El dinero ya salió de la cuenta. Pero todavía podemos solicitar al banco receptor que lo retenga si no ha sido movido.

—Hágalo ahora.

El especialista comenzó a escribir.

Marta continuó observando la pantalla.

En los últimos días había visto demasiados números. Cuarenta mil. Doscientos mil. Medio millón. Las cifras se habían vuelto tan grandes que resultaba difícil relacionarlas con la vida real.

Pero Clara sí lo habría hecho.

Habría pensado en salarios, facturas, comida, estudios y hogares. Habría visto cada dólar como algo que pertenecía a personas que confiaban en ella.

Eso era lo que Mateo y los demás habían robado realmente.

No solo dinero.

Habían robado seguridad.

Elena Ruiz llegó a la comisaría poco después de las siete.

Traía dos cafés, una carpeta llena de notas y el rostro de alguien que tampoco había dormido.

Entregó uno de los vasos a Marta.

—No sabía cómo lo tomabas.

—No importa.

Elena se sentó a su lado.

—Lucía me contó lo de la transferencia.

—Alguien sigue utilizando la cuenta de Clara.

—Eso podría ayudarnos.

Marta la miró.

—¿Cómo puede ayudarnos?

—La persona cree que todavía tiene el control. Cada movimiento nuevo deja un rastro.

—También se está llevando más dinero.

—Sí.

Elena bajó la voz.

—Pero las personas que se sienten seguras cometen errores.

Marta sostuvo el vaso sin beber.

—Mateo se sentía seguro durante años.

—Porque nadie estaba mirando.

—Clara miró.

—Y encontró demasiado.

Marta no respondió.

Elena abrió la carpeta.

—He reconstruido parte del recorrido del dinero.

—¿La policía te pidió que lo hicieras?

—No.

—Entonces ¿por qué?

—Porque Clara me lo pidió.

La respuesta fue sencilla y sincera.

Marta observó las páginas.

Había nombres de empresas, fechas, cantidades y flechas que conectaban unas cuentas con otras.

—Explícamelo sin palabras de contabilidad.

Elena giró la carpeta hacia ella.

—Northpine recibía dinero del negocio de Clara mediante facturas falsas. Después enviaba ese dinero a varias empresas intermedias.

Señaló tres nombres.

Grey Harbor Services.

Pine Crest Logistics.

Vega Consulting Group.

—Cada empresa retenía una pequeña cantidad y enviaba el resto a otra cuenta.

—¿Para ocultar el origen?

—Sí. Cuantos más movimientos, más difícil resulta seguir el dinero.

—¿Y al final?

Elena señaló un círculo rojo.

—La mayoría terminaba en una cuenta privada.

—¿De quién?

—Eso es lo que no sabemos. El banco está fuera de Maine y la cuenta aparece protegida por una empresa fiduciaria.

—Otra capa.

—Exacto.

Marta pasó la vista por los nombres.

—¿Qué relación tiene Sofía Vega?

—Grey Harbor está registrada a su nombre. Vega Consulting también.

—Entonces controla dos empresas.

—Legalmente, sí.

—¿Y nadie la ha visto?

—Encontré una antigua dirección en Bangor.

—¿La policía ya fue?

—Rivas envió agentes.

Marta levantó la mirada.

—¿Crees que es real?

Elena dudó.

—Creo que Sofía Vega existió.

—¿Existió?

—Murió hace tres años.

Marta dejó el café sobre la mesa.

—¿Estás segura?

Elena sacó una copia de un obituario.

Sofía Vega había fallecido a los sesenta y ocho años después de una enfermedad. Había trabajado durante décadas como administrativa en una empresa de seguros.

—Entonces alguien utilizó su identidad.

—Sí.

—¿Tenía familia?

—Una hija.

Elena señaló un nombre en el recorte.

Isabel Vega.

Marta frunció el ceño.

—¿La mujer que habló con Samuel?

Elena se quedó inmóvil.

La especialista infantil de la comisaría se llamaba Isabel.

—No sabemos si es la misma persona —dijo rápidamente.

Marta ya se había levantado.

—¿Dónde está Samuel?

—Con Laura.

—¿Isabel sabe dónde vive Laura?

—Participó en su entrevista. Pudo ver los datos de contacto.

Marta sacó el teléfono.

Llamó a Laura.

Nadie respondió.

Marcó otra vez.

La llamada pasó al buzón de voz.

—Detective —gritó Elena.

Rivas salió de una oficina.

—¿Qué ocurre?

Marta le mostró el obituario.

—Sofía Vega era la madre de Isabel.

Rivas tomó el documento.

—¿Qué Isabel?

—La especialista que entrevistó a Samuel.

El rostro del detective cambió.

—Lucía.

La agente apareció desde el pasillo.

—Localiza a Isabel. Ahora.

—¿Qué pasó?

—Grey Harbor está registrada a nombre de su madre fallecida.

Lucía tomó el teléfono.

Marta ya caminaba hacia la salida.

—Voy por Samuel.

Rivas le bloqueó el paso.

—No irá sola.

—Laura no responde.

—Enviaremos una patrulla.

—Es mi sobrino.

—Precisamente por eso necesita dejar que hagamos nuestro trabajo.

—Su trabajo permitió que una persona vinculada al fraude entrevistara a Samuel.

La acusación golpeó al detective.

Rivas no se defendió.

—Tiene razón —dijo—. Pero ahora necesitamos actuar con cuidado.

Marta lo miró, respirando con dificultad.

—No me pida calma.

—No se la estoy pidiendo. Le estoy pidiendo que no corra hacia una situación que todavía no entendemos.

Lucía regresó.

—El teléfono de Isabel está apagado. No se presentó esta mañana en la oficina.

—¿Dirección?

—Tiene un apartamento en el centro.

—Envía agentes.

Rivas tomó las llaves de un vehículo.

—Nosotros iremos a casa de Laura.

Laura vivía a menos de diez minutos de la comisaría.

La patrulla llegó primero.

La puerta principal estaba cerrada. No había señales de entrada forzada. El automóvil de Laura seguía estacionado frente a la casa.

Marta bajó del vehículo antes de que Rivas pudiera detenerla.

Golpeó la puerta.

—¡Laura!

Nadie respondió.

Uno de los agentes probó la manija.

Cerrada.

—Rodeen la casa —ordenó Rivas.

Marta caminó hacia una ventana lateral.

Las cortinas estaban abiertas.

La sala estaba vacía.

Sobre la mesa había una taza volcada y un plato roto en el suelo.

—Entren —dijo Marta.

Rivas vio los mismos objetos.

El agente forzó la puerta.

La casa estaba demasiado silenciosa.

—¡Policía! —gritó Rivas—. ¡Identifíquense!

Avanzaron por la sala.

Marta vio la mochila de Samuel junto al sofá.

La bufanda de Clara no estaba.

—Samuel —llamó.

Desde la cocina llegó un sonido débil.

Encontraron a Laura sentada en el suelo, apoyada contra un armario. Tenía las manos temblorosas y una pequeña herida en la frente.

Marta cayó de rodillas junto a ella.

—¿Dónde está Samuel?

Laura la miró sin comprender durante un instante.

—Se lo llevó.

—¿Quién?

—Isabel.

Rivas se agachó.

—¿Qué ocurrió?

Laura intentó respirar con normalidad.

—Llegó hace una hora. Dijo que necesitaba hablar con Samuel sobre algo que había recordado.

—¿La dejó entrar?

—Trabajaba con la policía.

Marta sintió rabia, pero no contra Laura.

Isabel había sido elegida precisamente porque parecía segura.

—¿Qué pasó después? —preguntó Rivas.

—Samuel no quería hablar con ella. Dijo que estaba cansado de responder preguntas.

Laura se llevó una mano a la cabeza.

—Isabel empezó a preguntarle por la contraseña del ordenador de Clara.

Marta cerró los ojos.

—¿Qué le dijo Samuel?

—Nada. Dijo que ya se la había dado a la policía.

—¿Y después?

—Ella se enfadó. No gritó. Eso fue peor. Cerró la puerta de la cocina y me dijo que solo necesitaba llevarlo a la comisaría.

—¿La creyó?

Laura comenzó a llorar.

—Al principio.

—Esto no es culpa suya —dijo Marta, aunque las palabras le costaron.

—Cuando intenté llamar, me golpeó con algo.

—¿Vio un arma?

—No.

—¿Qué vehículo utilizó?

—Un automóvil gris.

—¿Matrícula?

Laura negó con la cabeza.

—Samuel gritó mi nombre cuando lo sacó.

Marta se levantó.

El mundo parecía haberse reducido a una sola necesidad.

Encontrarlo.

—¿Cuánto tiempo pasó?

—Quizá veinte minutos.

Rivas habló por radio.

—Alerta inmediata. Menor secuestrado. Samuel Morales, once años. Sospechosa Isabel Vega. Vehículo gris, modelo desconocido.

Marta miró hacia la mesa.

Había una hoja doblada junto al plato roto.

No estaba allí por accidente.

La tomó.

Era una nota escrita a mano.

"Dejen de buscar las cuentas y Samuel volverá a casa."

Debajo aparecía una instrucción.

"Entreguen el portátil de Clara y la memoria USB antes del anochecer."

Marta apretó la hoja.

—Quiere las pruebas.

Rivas la guardó en una bolsa.

—Y sabe que tenemos la memoria.

—David pudo decírselo.

—O Mateo.

—¿Isabel trabajaba con ellos?

—Todavía no lo sabemos.

Laura levantó la cabeza.

—Samuel llevaba la bufanda de Clara.

Marta se volvió.

—¿Por qué?

—Dijo que le hacía sentir que su madre estaba cerca.

Marta cerró los ojos por un segundo.

Clara había intentado proteger a su hijo de todo aquello.

Y ahora el fraude había llegado directamente hasta él.

El apartamento de Isabel Vega estaba vacío.

No había ropa en los armarios ni comida reciente en la cocina. Los cajones habían sido limpiados y el disco duro del ordenador había sido retirado.

Sin embargo, los agentes encontraron algo detrás de una fotografía familiar.

Una llave magnética con el logotipo de Haven Vaults.

La misma empresa donde Clara había alquilado la caja 214.

Joaquín Ferrer fue llevado a la comisaría para responder preguntas.

El anciano parecía profundamente alterado.

—Nunca la había visto —insistió al observar una fotografía de Isabel.

—Tenía una llave de acceso a su edificio —dijo Lucía.

—Esas tarjetas solo se entregan a empleados.

—¿Cuántos empleados tiene?

—Tres.

—¿Alguno se llama Isabel Vega?

—No.

Rivas colocó la tarjeta sobre la mesa.

—Entonces alguien se la proporcionó.

Joaquín miró la llave.

—Podría ser una tarjeta antigua.

—¿Quién trabajaba allí hace tres años?

El hombre pensó.

—Una mujer llamada Sofía ayudaba con los registros durante algunas tardes.

Lucía se inclinó hacia delante.

—¿Sofía Vega?

—Sí.

—Murió hace tres años.

—Lo sé. Era una buena mujer.

—¿Su hija visitaba el lugar?

—A veces venía a buscarla.

Rivas mostró otra vez la fotografía.

Joaquín palideció.

—Sí. Es ella.

—Entonces la había visto.

—Era más joven. No la reconocí.

—¿Pudo conseguir una llave maestra?

—Sofía tenía acceso a las tarjetas antiguas y a algunos moldes de seguridad.

—¿Podía abrir la caja de Clara?

—No sin la llave del cliente.

—Tomás consiguió una impresión de esa llave —dijo Lucía.

Joaquín se llevó una mano a la frente.

—No sabía nada.

Rivas no respondió.

Todos parecían decir lo mismo.

No sabían.

No entendían.

Solo ayudaron una vez.

Solo guardaron silencio.

Y después Clara murió.

Samuel estaba sentado en la parte trasera del automóvil gris.

Tenía las muñecas atadas con una cinta de tela, pero no estaba herido. Isabel conducía sin mirarlo. Había dejado Oakhaven por una carretera secundaria y se dirigía hacia el sur.

La bufanda de Clara cubría el cuello del niño.

Samuel intentaba controlar la respiración.

Su madre le había enseñado qué hacer cuando sentía miedo.

Contar cinco cosas que podía ver.

El respaldo del asiento.

La nieve detrás del cristal.

Una botella de agua.

La chaqueta negra de Isabel.

Una mancha en la alfombra.

Cuatro cosas que podía tocar.

La bufanda.

El asiento.

La cinta alrededor de sus muñecas.

El suelo bajo sus zapatos.

Tres cosas que podía escuchar.

El motor.

Los limpiaparabrisas.

La respiración de Isabel.

No consiguió continuar.

—Mi tía te encontrará —dijo.

Isabel no respondió.

—La policía también.

—La policía está buscando a Mateo y Tomás.

—Ahora te buscan a ti.

Isabel apretó las manos sobre el volante.

—No quería llevarte.

—Entonces déjame bajar.

—No puedo.

—Sí puedes.

La mujer lo miró por el espejo.

—No entiendes lo que está en juego.

Samuel pensó en las grabaciones de su madre, aunque nunca las había escuchado completas.

Todos utilizaban frases parecidas.

No entiendes.

Intentamos protegerte.

No tuvimos elección.

—Mi mamá decía que siempre hay una elección.

La expresión de Isabel cambió.

—Tu madre no sabía lo que decía.

—Sí sabía.

—Clara destruyó muchas vidas.

Samuel sintió rabia.

—Tú la llamas Clara como si la conocieras.

Isabel miró otra vez la carretera.

—La conocía.

—¿Cómo?

No respondió.

—¿Tú la mataste?

El automóvil se movió ligeramente hacia el borde antes de regresar al carril.

—No.

—Entonces ¿quién?

—Cállate.

—Mateo.

Isabel no habló.

—Fue Mateo —continuó Samuel—. Todos creen que fue él.

—Todos creen lo que les muestran.

—¿Qué significa eso?

Isabel respiró profundamente.

—Significa que tu madre encontró una parte de la verdad y pensó que era suficiente.

—¿Qué parte no encontró?

La mujer lo observó por el espejo.

—La razón por la que empezó todo.

En la comisaría, Elena buscaba conexiones entre Isabel y las empresas falsas.

Había encontrado que Sofía Vega trabajó durante años en una aseguradora que administraba pólizas comerciales. Entre sus clientes estaban la empresa de Daniel y Clara y varias compañías vinculadas a Tomás.

Después de la muerte de Sofía, su identidad comenzó a aparecer en los registros de Grey Harbor Services.

Pero Isabel tenía algo todavía más importante que un nombre utilizable.

Tenía acceso a expedientes antiguos.

Firmas.

Números de identificación.

Preguntas de seguridad.

Información familiar.

—Ella era la fuente de los datos —dijo Elena.

Lucía observó la pantalla.

—Daniel dijo que alguien cercano a la familia proporcionaba contraseñas y documentos.

—Isabel no era cercana a la familia.

—Su madre sí tenía acceso profesional.

Elena abrió otro archivo.

—Isabel trabajó en la misma aseguradora durante cuatro años.

—¿Cuándo?

—Hasta seis meses después de la muerte de Daniel.

Rivas se acercó.

—¿Por qué se marchó?

—Fue despedida por acceder a expedientes sin autorización.

Marta permanecía junto a la ventana, escuchando.

—¿Clara sabía quién era?

—Probablemente no —respondió Elena—. Isabel empezó a trabajar como orientadora infantil años después.

—¿Cómo pasó de seguros a trabajar con niños?

—Estudió psicología comunitaria. Tenía las acreditaciones necesarias.

Marta se volvió.

—Eligió esa profesión para parecer confiable.

—No podemos saber por qué la eligió —dijo Rivas.

—Pero utilizó esa confianza para llevarse a Samuel.

El detective no discutió.

El teléfono de Lucía sonó.

Respondió y activó el altavoz.

—Torres.

—Encontramos el vehículo de Isabel en una cámara de tráfico —informó un agente—. Tomó la carretera hacia Portland.

—¿A qué hora?

—Hace treinta y cinco minutos.

—Envíen la imagen.

Unos segundos después, apareció una fotografía borrosa.

El automóvil era gris.

En la parte trasera podía distinguirse la silueta de Samuel.

Marta se apoyó en la mesa.

Estaba vivo.

—Amplíen la matrícula —ordenó Rivas.

—Está cubierta con nieve. Solo vemos los dos últimos caracteres.

Elena miró el mapa.

—Grey Harbor tiene una dirección registrada cerca de Portland.

—Pensé que no tenía oficinas —dijo Lucía.

—La dirección corresponde a un almacén cerrado.

Rivas tomó su abrigo.

—Envíen unidades estatales. Nosotros iremos también.

Marta caminó detrás de él.

—Voy con ustedes.

—No.

—Es Samuel.

—Y la sospechosa lo utiliza para conseguir pruebas. Verla puede alterar la situación.

—No me quedaré aquí.

—Marta, si Isabel llama, necesitaremos que esté disponible.

—Tengo teléfono.

Rivas se detuvo.

—No puedo detenerla físicamente sin perder tiempo. Pero se quedará dentro del vehículo hasta que digamos lo contrario.

—De acuerdo.

Ninguno de los dos creyó completamente aquella promesa.

El almacén de Grey Harbor estaba situado cerca de un antiguo muelle.

Era un edificio largo de metal, rodeado por cercas oxidadas y contenedores vacíos. La nieve se había convertido en lluvia fría cerca de la costa.

El automóvil gris estaba estacionado detrás.

Las puertas delanteras se encontraban cerradas.

Rivas observó el edificio desde el interior de un vehículo sin identificación. Varias unidades estatales habían bloqueado discretamente las salidas.

—Hay cámaras exteriores —dijo Lucía—. Probablemente ya sabe que estamos aquí.

—No podemos entrar sin saber dónde está Samuel.

Marta sostenía el teléfono con ambas manos.

La llamada llegó a las cinco y veintisiete.

Número oculto.

Rivas activó la grabación antes de indicarle que respondiera.

—¿Samuel?

—Está bien —dijo Isabel.

Marta cerró los ojos al escuchar la voz de la mujer.

—Quiero hablar con él.

—Primero quiero saber si trajeron el portátil y la memoria.

—Sí.

Rivas negó con la cabeza, indicándole que no proporcionara más detalles.

—Déjame escuchar a Samuel.

Hubo un ruido.

Después, la voz del niño.

—Tía Marta.

—Estoy aquí.

—No le des nada.

La llamada se movió bruscamente.

—Samuel —dijo Isabel—, basta.

—¿Te hizo daño? —preguntó Marta.

—No.

—Voy a sacarte de ahí.

—Lo sé.

La conexión volvió a cambiar.

—Tiene diez minutos —dijo Isabel—. Una persona entrará sola por la puerta lateral con las pruebas.

—Voy yo.

Rivas escribió rápidamente en una libreta: No.

Marta lo ignoró.

—No —respondió Isabel—. Quiero al detective Rivas.

El detective tomó el teléfono.

—Estoy escuchando.

—Traiga el portátil y la memoria. Sin armas.

—Primero libere al niño.

—Cuando compruebe que los archivos están completos.

—No puedo permitir que revise pruebas de un homicidio.

—Entonces Samuel no saldrá.

Rivas mantuvo la voz firme.

—Isabel, todavía puede terminar esto sin que nadie resulte herido.

La mujer soltó una risa sin alegría.

—Eso debieron decirle a mi madre.

—¿Qué le ocurrió a Sofía?

Hubo silencio.

—Mateo la utilizó —dijo Isabel—. Después la dejó asumir la culpa.

—¿La culpa de qué?

—De crear las primeras cuentas falsas.

Elena, que escuchaba desde otro vehículo, comenzó a escribir.

—Daniel descubrió el fraude —continuó Isabel—. Amenazó con denunciar a mi madre.

—¿Sofía trabajaba con Mateo?

—Mateo le pidió documentos para salvar el negocio. Firmas, números de póliza, identidades de clientes fallecidos. Dijo que sería temporal.

Las mismas palabras que Mateo había utilizado sobre el dinero.

Temporal.

—¿Su madre sabía para qué se usarían? —preguntó Rivas.

—Al principio no.

—¿Y después?

—Intentó salir.

—¿Mateo la amenazó?

—Le dijo que enviaría todos los documentos a la policía y que ella iría a prisión.

Rivas miró a Lucía.

—¿Qué tiene que ver esto con la muerte de Daniel?

La voz de Isabel bajó.

—Daniel iba a reunirse con mi madre la noche del accidente.

Marta dejó de respirar.

—¿Para qué?

—Ella quería entregarle pruebas.

—¿Llegó a verlo?

—No.

—¿Por qué?

—Mateo la detuvo.

—¿Cómo?

—Le dijo que Daniel había cambiado de opinión. Después salió a buscarlo.

Rivas guardó silencio.

—¿Está diciendo que Mateo provocó el accidente?

—Mi madre siempre lo creyó.

—¿Tenía pruebas?

—Una pieza del vehículo de Mateo.

—Explíquelo.

—Encontró parte de una luz trasera rota en el lugar del accidente. Mateo reparó su automóvil al día siguiente.

Lucía anotó rápidamente.

—¿Dónde está esa pieza?

—Mi madre la guardó.

—¿Usted la tiene?

—Sí.

—Entréguela y podemos investigar.

—No confío en ustedes.

—Secuestró a un niño.

—Porque nadie escucha sin tener algo que perder.

Marta tomó el teléfono de manos de Rivas.

—Mi hermana murió por buscar la verdad sobre tu madre.

—Tu hermana murió porque no sabía cuándo detenerse.

—No vuelvas a culparla.

—Clara creyó que podía amenazar a Mateo y salir caminando.

—¿Viste lo que ocurrió?

Isabel guardó silencio.

—Estuviste en la casa —dijo Marta.

—No.

—Entonces ¿cómo sabes lo que pensaba Clara?

La respiración de Isabel se escuchó al otro lado.

—Mateo me llamó después.

—¿Después de empujarla?

—Él dijo que fue un accidente.

Marta cerró los ojos.

—¿Te pidió ayuda?

—Me pidió que limpiara el dinero y sacara los archivos de la ciudad.

—¿Fuiste al bosque?

—Sí.

—¿Lo ayudaste a escapar del automóvil?

—Lo saqué antes de que llegara la policía.

Rivas escribió: Confirma cómplice.

—¿Por qué dejó el portátil en el vehículo? —preguntó Marta.

—Porque ya había copiado lo que necesitaba.

—¿Y Tomás?

—Tomás quiso negociar con la policía. Mateo lo detuvo.

—¿Dónde está?

Isabel no respondió.

—¿Está vivo?

—Traigan las pruebas.

La llamada terminó.

Dentro del almacén, Samuel había escuchado cada palabra.

Isabel lo había sentado junto a una oficina de cristal. Sobre una mesa cercana había un ordenador, varias carpetas y una pequeña caja de metal.

La mujer caminaba de un lado a otro.

Parecía menos segura que antes.

—Mateo mató a mi mamá —dijo Samuel.

—No sabes eso.

—Acabas de decirlo.

—Dije que él afirmó que fue un accidente.

—Empujar a alguien no es un accidente.

Isabel se volvió hacia él.

—No estuviste allí.

—Tú tampoco.

La mujer abrió la boca, pero no respondió.

Samuel miró la caja de metal.

—¿Ahí está la pieza del automóvil?

Isabel siguió su mirada.

—No es asunto tuyo.

—Mi papá murió en ese automóvil.

—Tu padre tomó decisiones que pusieron a muchas personas en peligro.

—Intentó decir la verdad.

—Quería salvarse a sí mismo.

—Eso es lo que hacen ustedes.

La frase la golpeó.

Samuel continuó.

—Todos dicen que tenían miedo. David, Ernesto, Tomás, tú. Pero mi mamá también tenía miedo y no secuestró a nadie.

Isabel se acercó.

—Eres demasiado joven para entender.

—Y tú eres demasiado adulta para seguir diciendo que no fue tu elección.

La mujer lo miró durante varios segundos.

Después apartó la vista.

Samuel notó algo.

La mano de Isabel temblaba.

No era una persona completamente tranquila.

Estaba asustada.

—Mateo va a culparte —dijo el niño.

—Cállate.

—Culpó a mi papá. Culpó a Tomás. Culpó a tu mamá.

—Cállate.

—También te culpará por secuestrarme.

Isabel golpeó la mesa con la palma.

—¡Dije que te calles!

Samuel se estremeció, pero no lloró.

La bufanda de Clara seguía alrededor de su cuello.

—Mi mamá escribió todo —dijo.

Isabel se quedó quieta.

—¿Qué escribió?

—Que Mateo estaba detrás de Northpine.

—Eso ya lo sabemos.

—También escribió dónde estaba la prueba real.

La mujer se acercó más.

—Los documentos fueron quemados.

—No todos.

Isabel lo observó.

Samuel no sabía si era verdad.

Pero había aprendido algo escuchando a los adultos.

Las personas culpables temían más lo que no conocían que lo que ya había sido encontrado.

—¿Dónde están? —preguntó ella.

Samuel bajó la mirada.

—Solo mi tía lo sabe.

Isabel tomó el teléfono.

Aquello era lo que él esperaba.

Mientras marcaba, Samuel movió lentamente las manos.

La cinta de tela estaba floja en una muñeca. Había trabajado sobre ella durante todo el trayecto, utilizando el borde metálico del asiento.

La mano derecha quedó libre.

La ocultó detrás de su espalda.

Rivas se preparó para entrar.

La policía había creado una copia del portátil y de la memoria USB. Los originales permanecían protegidos. El dispositivo que llevaría parecía auténtico, pero contenía un sistema de rastreo y bloqueo remoto.

—Entraré por la puerta lateral —dijo.

—Isabel espera una sola persona —respondió Lucía—. Tendremos equipos en ambos extremos.

Marta seguía dentro del vehículo.

—Quiero hablar con Samuel otra vez.

—No sabemos si llamará.

El teléfono sonó.

Isabel.

Marta respondió.

—¿Sí?

—Samuel dice que existen más documentos.

Marta comprendió de inmediato que el niño estaba intentando ganar tiempo.

—Es verdad.

Rivas la miró con sorpresa.

—¿Dónde? —preguntó Isabel.

—Suelta a Samuel.

—Primero dime dónde están.

—Clara dejó una segunda copia.

—Mientes.

—Tú misma dijiste que no encontró toda la verdad.

Marta miró al detective y comprendió que él también había entendido.

—Mi hermana desconfiaba de todos —continuó—. No habría dejado una sola copia en la cabaña.

—¿Dónde está la otra?

—Samuel sale primero.

Hubo silencio.

Después se oyó un golpe al otro lado.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Marta.

Una alarma comenzó a sonar dentro del almacén.

Samuel había presionado un botón rojo junto a la oficina.

—¡Corre! —gritó Isabel.

La llamada se cortó.

—Entren —ordenó Rivas.

Los agentes avanzaron hacia las puertas.

Marta salió del vehículo.

Lucía intentó detenerla.

—Quédese aquí.

Entonces una puerta lateral del almacén se abrió.

Samuel apareció bajo la lluvia.

Corría con las manos todavía parcialmente atadas y la bufanda de Clara volando detrás de él.

—¡Samuel!

Marta corrió hacia el niño.

Un agente lo alcanzó primero y lo protegió detrás de un vehículo. Marta se arrodilló y lo abrazó con tanta fuerza que apenas podía respirar.

—Estoy bien —dijo Samuel.

—¿Te hizo daño?

—No.

—Gracias a Dios.

El niño enterró el rostro en su hombro.

Dentro del almacén se escucharon gritos.

Después, un disparo.

Marta cubrió la cabeza de Samuel.

—¿Tiene un arma? —preguntó.

—No vi ninguna.

Pasaron varios segundos.

Rivas apareció en la puerta.

—La tenemos.

Marta cerró los ojos.

—¿Está herida?

—No. El disparo fue de advertencia cuando intentó escapar por la parte trasera.

Samuel levantó la cabeza.

—Hay una caja metálica en la oficina.

—La encontramos —respondió Rivas—. También documentos y varios discos duros.

—Dijo que tenía una pieza del auto de papá.

—La recuperaremos.

Samuel miró a Marta.

—Mateo mató a mamá.

Ella le sostuvo el rostro entre las manos.

—La policía va a demostrarlo.

—No. Ella dijo algo más cuando pensó que yo dormía.

Rivas se acercó.

—¿Qué escuchaste?

—Hablaba con Mateo por teléfono.

—¿Cuándo?

—En el automóvil.

—¿Qué dijo?

Samuel cerró los ojos para recordar.

—Mateo le preguntó si la transferencia había salido bien.

—La de esta madrugada —dijo Lucía.

—¿Algo más?

—Ella dijo que Tomás seguía vivo y que no podrían ocultarlo por mucho tiempo.

Rivas se tensó.

—¿Mencionó dónde estaba?

Samuel asintió.

—En el antiguo almacén del negocio.

Todos miraron hacia el edificio de Grey Harbor.

No hablaba de aquel almacén.

Hablaba del almacén de Clara y Mateo en Oakhaven.

La policía llegó al antiguo almacén poco después de las siete.

Encontraron a Tomás Vidal en una habitación cerrada bajo el suelo de la oficina. Tenía las manos atadas, una herida en la cabeza y signos de deshidratación, pero estaba vivo.

Había permanecido allí desde la noche posterior a la muerte de Clara.

Cuando los paramédicos lo sacaron, Tomás pidió hablar con Rivas.

—Mateo va a huir —dijo con voz débil.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—Isabel lo ayudó a salir del hospital.

—Ella siempre lo ayudaba.

—¿Mateo mató a Clara?

Tomás cerró los ojos.

—Sí.

—¿Lo vio?

—No.

—Entonces ¿cómo lo sabe?

—Me llamó después.

La misma confesión que había mencionado Isabel.

—¿Qué dijo exactamente?

Tomás respiró con dificultad.

—Dijo que Clara había caído y que todo se había salido de control.

—¿Le pidió ayuda?

—Me ordenó que fuera a la casa y buscara los documentos.

—¿Fue?

—No.

—Ernesto lo vio entrar.

Tomás abrió los ojos.

—Fui antes.

—¿Antes de la muerte?

—Sí. Clara me echó de la casa. Después llamó Mateo.

—¿Regresó?

—No. Tenía miedo.

—¿Dónde estaba cuando Clara cayó?

—En mi oficina.

—¿Puede demostrarlo?

—Las cámaras del edificio.

Rivas había comprobado que las grabaciones habían sido eliminadas.

—Ya no existen.

Tomás soltó una risa dolorosa.

—Mateo.

—¿Por qué lo encerró aquí?

—Porque le dije que hablaría con la policía.

—¿Qué sabe sobre la muerte de Daniel?

El rostro de Tomás cambió.

—Más de lo que debería.

—Empiece a hablar.

Tomás miró hacia los paramédicos.

—Mateo golpeó el automóvil de Daniel para obligarlo a detenerse. No quería matarlo.

—¿Cómo lo sabe?

—Mateo llegó a mi casa después. Tenía la luz trasera rota y sangre en la camisa.

—¿De Daniel?

—No. Se cortó cuando intentó sacar documentos del vehículo.

—¿Daniel seguía vivo?

Tomás bajó la mirada.

—Sí.

—¿Mateo llamó a emergencias?

—No.

—¿Qué hizo?

—Dejó el automóvil en la curva y se marchó.

Rivas sintió que la rabia le tensaba la mandíbula.

—¿Daniel murió porque Mateo lo dejó allí?

—Eso creo.

—Y cuatro años después hizo lo mismo con Clara.

Tomás no respondió.

No era necesario.

Mateo había encontrado a dos personas heridas.

Dos personas que conocían la verdad.

En ambas ocasiones había elegido protegerse.

Pero con Clara había ido más lejos.

La había empujado.

Después había tomado las pruebas y la había dejado morir.

La caja metálica de Isabel contenía la pieza de una luz trasera, fotografías del automóvil de Mateo después de la reparación y varias

cartas escritas por Sofía Vega.

También contenía el registro completo de Grey Harbor.

El propietario real de la empresa era Mateo Álvarez.

Las cuentas finalmente cuadraban.

Cada empresa, cada pago y cada identidad falsa conducían hacia él.

Isabel había ayudado a mover dinero después de la muerte de su madre, convencida de que así protegería su nombre y recuperaría parte de lo que Mateo le había prometido. Tomás había falsificado registros. David había prestado sus cuentas. Ernesto había creado una distracción.

Pero Mateo había diseñado el sistema.

Él había elegido a las personas más vulnerables.

Había encontrado sus deudas, sus miedos y sus secretos.

Después los había convertido en herramientas.

A las nueve de la noche, el banco informó que la transferencia realizada esa madrugada había sido congelada.

La cuenta receptora también proporcionó una ubicación reciente.

Alguien había intentado acceder desde una casa de alquiler cerca de la costa.

Rivas envió unidades inmediatamente.

La vivienda estaba vacía.

Sobre la mesa encontraron mapas, dinero en efectivo y documentos de viaje.

También había una fotografía de Marta y Samuel saliendo de la comisaría.

Mateo los estaba observando.

En la parte posterior de la imagen había escrito una sola frase:

"Ella no sabía cuándo detenerse."

Marta leyó la nota desde el pasillo de la comisaría.

No sintió miedo.

Sintió claridad.

Mateo había pasado años creyendo que podía controlar a todos mediante la culpa y el silencio. Había hecho pensar a cada persona que el verdadero culpable estaba en otra parte.

Pero ya no quedaba nadie a quien señalar.

Las cuentas coincidían.

Las grabaciones coincidían.

Las mentiras coincidían.

Y todas terminaban en él.

Marta miró a Samuel, que dormía envuelto en una manta dentro de la oficina de Lucía. La bufanda de Clara seguía alrededor de su cuello.

—Va a intentar escapar —dijo.

Rivas guardó la fotografía en una bolsa.

—Sí.

—¿Adónde puede ir?

El detective observó el mapa recuperado de la casa.

Había tres lugares marcados.

La frontera canadiense.

El puerto de Portland.

Y la antigua casa de Clara.

—No quiere marcharse sin destruir lo último que queda —dijo.

—¿Qué queda en la casa?

Rivas miró a Marta.

—Eso es lo que él cree que usted sabe.

Marta recordó la entrada final del diario.

La copia principal.

La verdadera.

Clara había escrito que solo ella podría encontrarla.

Las pruebas de la cabaña habían sido destruidas.

Pero quizá no eran las originales.

Quizá Clara había preparado otra pista.

Y Mateo pensaba lo mismo.

La casa donde todo había comenzado permanecía vacía bajo la nieve.

O, al menos, eso suponían.

Entonces sonó la alarma silenciosa instalada por la policía.

Alguien acababa de entrar.

Capítulo 10: La sombra del ático

La alarma silenciosa se activó a las nueve y diecisiete de la noche.

En la pantalla de la comisaría apareció primero una luz roja. Un segundo después, el sistema envió la dirección y el punto exacto de entrada.

Casa de Clara Morales.

Puerta trasera.

El detective Gabriel Rivas se levantó de inmediato.

—Nadie llama a la vivienda —ordenó—. No quiero que sepa que lo detectamos.

Lucía Torres tomó su abrigo y habló por radio con las unidades que vigilaban las carreteras cercanas. Dos patrullas se encontraban a menos de cinco minutos.

Marta seguía de pie junto al escritorio.

—Es Mateo.

Rivas no respondió.

No necesitaba hacerlo.

Elena permanecía junto al mapa recuperado en la casa de alquiler. En él, Mateo había marcado tres posibles rutas de escape y la antigua vivienda de Clara.

—Podría haber dejado a otra persona dentro —dijo Elena.

—Isabel está detenida, Tomás está en el hospital y David sigue bajo custodia —respondió Lucía—. No le quedan muchos aliados.

—Las personas como Mateo siempre guardan uno más —dijo Marta.

Rivas tomó las llaves de un vehículo.

—Usted se queda aquí con Samuel.

—No.

—No es una discusión.

—La última prueba está en esa casa y la pista de Clara estaba dirigida a mí.

—También hay un sospechoso de homicidio dentro.

—Precisamente por eso no puedo quedarme.

Rivas se acercó a ella.

—Mateo la ha estado observando. Tiene una fotografía suya y de Samuel. Regresar a la casa puede ser una forma de atraerla.

—Entonces ya consiguió lo que quería. Sé que está allí.

—Saberlo no significa que tenga que entrar.

Marta miró hacia la oficina donde Samuel dormía.

Había pasado horas sentado junto a él después del rescate. El niño se había resistido al sueño hasta que el cansancio venció al miedo. Incluso dormido, mantenía una mano cerrada sobre la bufanda de Clara.

—No voy a entrar mientras Mateo siga dentro —dijo Marta—. Pero voy con ustedes.

Rivas negó con la cabeza.

—Quédese con su sobrino.

—Él está rodeado de agentes. Por primera vez desde que empezó todo, este es el lugar más seguro para Samuel.

El detective parecía preparado para negarse de nuevo.

Marta dio un paso hacia él.

—Clara me dejó una pista que ustedes no comprenden. Podrían registrar la casa durante días sin encontrar nada.

—Y usted podría morir antes de explicarla.

—Entonces escuche ahora.

Rivas guardó silencio.

Marta intentó ordenar sus pensamientos.

La copia principal.

Solo Marta podrá encontrarla.

El lugar donde Clara dejó de tener miedo.

La cabaña del lago había sido una parte de la respuesta, pero los documentos quemados no eran las pruebas completas. Clara lo había escrito claramente. La memoria que todos buscaban contenía una copia incompleta.

—La cabaña no era el final de la pista —dijo Marta—. Era el principio.

Elena se acercó.

—¿Qué significa?

—Clara escribió que solo yo podría encontrar la verdadera copia. Sin embargo, la escondió en un lugar relacionado con nuestro pasado.

—¿La casa? —preguntó Lucía.

—Crecimos allí. Hay cientos de recuerdos que solo nosotras conocíamos.

Rivas miró el reloj.

—Las unidades ya están llegando. Usted vendrá en un vehículo aparte y permanecerá a distancia hasta que aseguremos la vivienda.

Marta asintió.

Era lo máximo que conseguiría.

Antes de salir, se acercó a la oficina de Lucía.

Samuel continuaba dormido en el sofá. Isabel, la especialista infantil que había ganado su confianza, lo había secuestrado. Mateo había

utilizado su nombre, sus recuerdos y el dolor por la muerte de sus padres.

Aun así, Samuel se había salvado a sí mismo.

Marta se inclinó y le apartó un mechón de cabello de la frente.

—Voy a traer la verdad a casa —susurró.

El niño no abrió los ojos.

Pero su mano se cerró con más fuerza alrededor de la bufanda.

La nieve había comenzado a caer otra vez sobre Oakhaven.

No era una tormenta como la de la noche en que Clara murió. Los copos descendían lentamente, casi en silencio, y cubrían las marcas de los vehículos sobre la calle.

Las patrullas se detuvieron a cierta distancia de la casa.

Todas las luces estaban apagadas.

Desde el exterior, no había ninguna señal de movimiento. La vivienda parecía vacía, abandonada a la oscuridad y al frío.

Rivas observó la propiedad desde el interior de su vehículo.

—La puerta trasera fue abierta a las nueve y dieciséis —informó Lucía—. El sistema no registra salida.

—¿Ventanas?

—Todas cerradas. El sensor del ático detectó movimiento hace cuatro minutos.

Marta escuchaba desde el asiento trasero.

—Está buscando la copia.

—O colocando algo —dijo Rivas.

—¿Un incendio?

—Es una posibilidad.

Un agente se acercó a la ventanilla.

—No hay vehículo en la calle ni en el camino lateral.

—¿Huellas?

—Encontramos pisadas desde la propiedad de Don Ernesto.

Lucía miró hacia la casa vecina.

Ernesto continuaba detenido. La vivienda estaba vacía.

—Utilizó la abertura de la cerca —dijo—. Dejó el automóvil en otra calle y llegó caminando.

—Conoce la vigilancia —respondió Rivas—. Está intentando evitar las cámaras.

Marta miró la ventana del ático.

Por un instante creyó ver una sombra detrás del cristal.

Después desapareció.

Rivas se volvió hacia ella.

—Permanezca aquí.

—Lo haré.

—No abra la puerta, aunque escuche disparos.

Marta no respondió.

El detective sostuvo su mirada.

—Necesito que me lo prometa.

—Lo prometo.

Rivas y Lucía bajaron del vehículo.

Los agentes se dividieron en dos grupos. Uno avanzó hacia la entrada principal. El otro rodeó la propiedad para cubrir la parte trasera.

La nieve amortiguaba sus pasos.

Marta observó cómo Rivas subía al porche y probaba la puerta. Estaba cerrada.

Lucía se colocó junto a una ventana mientras otro agente preparaba una herramienta para forzar la cerradura.

Entonces se encendió una luz en el segundo piso.

No la del ático.

La del dormitorio de Samuel.

Marta se inclinó hacia delante.

Una figura apareció detrás de la cortina.

Mateo.

No podía distinguir su rostro, pero reconoció la forma de sus hombros. Se quedó inmóvil unos segundos, mirando hacia la calle.

Después levantó una mano.

Sostenía algo pequeño y rectangular.

Un teléfono.

La pantalla se iluminó dentro del vehículo de Marta.

Número oculto.

Marta observó a Rivas, que continuaba junto a la puerta principal. Él no podía ver la llamada.

El teléfono dejó de sonar.

Un segundo después volvió a hacerlo.

Marta respondió.

—¿Qué quieres?

Hubo silencio al otro lado.

Después escuchó la voz de Mateo.

—Sabía que vendrías.

Marta miró hacia la ventana.

La figura seguía allí.

—La casa está rodeada.

—Lo sé.

—Entonces sal.

Mateo soltó una respiración lenta.

—No puedo hacerlo hasta encontrar lo que Clara escondió.

—Lo destruiste en la cabaña.

—Eso era una copia.

Marta no respondió.

—Tú también lo sabes —continuó él—. Por eso estás aquí.

—Estoy aquí porque asesinaste a mi hermana.

La figura desapareció de la ventana.

—No quería matarla.

—La empujaste.

—Fue una discusión.

—Una discusión no arroja a una persona por unas escaleras.

—Clara intentó quitarme el teléfono. Perdió el equilibrio.

—Mientes.

Hubo una pausa.

—No viste lo que ocurrió.

—Escuché sus grabaciones. Leí su diario. Vi lo que hiciste durante años.

—El diario solo contiene lo que Clara creía.

—También contiene tus mentiras.

—Todo lo que hice fue para salvar el negocio.

—Robaste casi medio millón de dólares.

—Northpine existía antes.

—Y tú la convertiste en una red de fraude.

Mateo guardó silencio.

Desde el porche, Rivas hizo una señal. Los agentes estaban a punto de entrar.

—Diles que se detengan —pidió Mateo.

—No.

—Hay gasolina en el ático.

Marta sintió que el frío la atravesaba.

—Estás mintiendo otra vez.

—Puedo encenderla antes de que lleguen a la escalera.

Marta miró hacia Rivas y abrió la puerta del vehículo.

El detective se volvió inmediatamente.

Ella levantó el teléfono.

—¡Gasolina en el ático!

Rivas ordenó a los agentes que retrocedieran.

Marta había roto su promesa, pero no avanzó hacia la vivienda.

—Escúchame —dijo Mateo—. Solo quiero los documentos.

—Para quemarlos.

—Para proteger a personas que no tienen nada que ver con la muerte de Clara.

—Ya no queda nadie a quien proteger. Isabel fue arrestada. Tomás está hablando. David entregó la memoria. Ernesto confesó.

La respiración de Mateo cambió.

No parecía sorprendido por todos los nombres.

Solo por uno.

—¿Tomás está vivo?

—Sí.

—Eso no es posible.

Marta miró a Rivas. Él se acercó lo suficiente para escuchar la conversación a través del altavoz.

—¿Por qué no debería estarlo? —preguntó ella.

—Isabel dijo que se ocuparía de él.

La respuesta llegó demasiado rápido.

Mateo guardó silencio al comprender lo que acababa de admitir.

Rivas tomó nota.

—Tú sabías que estaba encerrado —continuó Marta.

—No sabes lo que hizo Tomás.

—Sé lo que hiciste tú.

—Tomás utilizó Northpine para sus propios clientes. Desvió más dinero del que yo había tomado. Cuando intenté detenerlo, amenazó con culparme por todo.

—Porque tú lo empezaste.

—Daniel la creó.

—Daniel descubrió el fraude e intentó denunciarte.

—Daniel no comprendía el peligro.

—Dijiste exactamente lo mismo de Clara.

Mateo respiró con fuerza.

—Daniel quería destruir el negocio por un error que todavía podía corregirse.

—¿También perdió el equilibrio?

El silencio fue largo.

La nieve se acumulaba sobre el cabello de Rivas y los hombros de los agentes. Nadie se movía.

—No maté a Daniel —dijo Mateo finalmente.

—Lo sacaste de la carretera.

—Quería obligarlo a detenerse.

—Y lo dejaste herido.

—Pensé que alguien lo encontraría.

—Tú lo encontraste. Y decidiste marcharte.

—No sabes cómo fue.

—Sé que cuatro años después tomaste la misma decisión. Clara estaba herida y tú elegiste llevarte el portátil.

—Ya estaba herida cuando regresé.

Marta cerró los ojos.

—Acabas de decir que perdió el equilibrio durante una discusión contigo.

Mateo no respondió.

Rivas la miró.

La contradicción había quedado grabada.

—¿Cuál de tus historias es la verdadera? —preguntó Marta—. ¿La encontraste herida o estabas allí cuando cayó?

La llamada quedó en silencio.

Por un momento Marta creyó que había colgado.

Después oyó un sonido débil.

El chasquido de un encendedor.

—Mateo —dijo—. No hagas esto.

—Diles que se marchen.

—Quemar la casa no cambiará las grabaciones.

—Las grabaciones no demuestran que la empujara.

—Entonces sal y cuenta tu versión.

—Ya han decidido que soy culpable.

—Tú decidiste eso cuando huiste.

—Hui porque sabía lo que pensarían.

—No. Huiste porque sabías lo que encontrarían.

Rivas hizo una señal a Lucía.

La agente se alejó hacia un lateral de la propiedad. Otro equipo comenzó a acercarse desde la casa de Ernesto, fuera de la vista de las ventanas principales.

Marta debía mantener a Mateo hablando.

—¿Por qué regresaste? —preguntó—. Podías haber cruzado la frontera.

—Necesitaba los documentos originales.

—¿Qué contienen que no esté en las otras pruebas?

—Nombres.

—Ya tenemos los nombres.

—No todos.

Marta sintió que aquella respuesta podía ser otra distracción.

—¿Quién falta?

—No importa.

—Entonces no arriesgarías tu libertad por esos documentos.

—No lo entiendes.

—Explícamelo.

Mateo soltó una risa breve y cansada.

—Siempre fuiste como Clara. Creías que todo podía dividirse entre personas buenas y malas.

—No. Clara creyó durante años que eras bueno. Ese fue su error.

La respiración de Mateo volvió a acelerarse.

—Yo cuidé de ella.

—La engañaste.

—Mantuve abierto el negocio después de que Daniel murió.

—Con dinero robado.

—Pagué empleados. Protegí la casa. Ayudé a Samuel.

—Y utilizaste todo eso para hacerte indispensable.

—Clara me necesitaba.

—Confiaba en ti. No es lo mismo.

Mateo permaneció callado.

Marta recordó la última palabra de su hermana.

Traicionada.

No había dicho "Mateo" porque quizá ya no tenía fuerza.

Pero había elegido una palabra que explicaba más que un nombre.

Solo podía traicionar alguien a quien se había permitido acercarse.

—Ella te consideraba familia —dijo Marta.

—Yo era su familia.

—No. Eras un hombre al que dejó entrar.

La llamada terminó.

Dentro de la casa, Mateo bajó el teléfono.

Estaba de pie en la habitación de Samuel.

Había abierto los cajones, retirado los libros de los estantes y volcado la maqueta sobre el suelo. Las pequeñas casas de madera estaban rotas bajo sus zapatos.

Durante años, había entrado en aquella habitación sin llamar.

Había ayudado a Samuel con tareas escolares y reparado una lámpara junto a la cama. Había llevado regalos en cumpleaños y se había sentado en el suelo para construir la maqueta.

Ahora cada objeto parecía acusarlo.

Mateo salió al pasillo.

En una mano sostenía un encendedor. En la otra, una pequeña botella de combustible que había encontrado en el cobertizo.

No había llenado el ático de gasolina.

Era otra mentira.

Había rociado una parte de la escalera y varios documentos sin importancia. Suficiente para crear humo. Suficiente para obligar a la policía a mantenerse lejos.

Subió.

El ático estaba vacío, salvo por unas cajas que la policía había devuelto después de examinarlas. Habían retirado los documentos financieros, pero el escritorio antiguo seguía en su lugar.

Mateo abrió un cajón.

Nada.

Golpeó la madera con frustración.

Clara había escondido las pruebas en alguna parte de la casa. Estaba seguro. Las copias encontradas en la cabaña eran demasiado evidentes. Ella había querido que él creyera que todo estaba allí.

Pero Clara siempre había tenido una segunda intención.

Durante años, Mateo había confundido su bondad con ingenuidad.

Solo comprendió su error cuando ella le mostró las transferencias y dijo que iría a la policía.

Aquella noche había intentado convencerla.

Después había intentado asustarla.

Finalmente, había intentado quitarle los documentos.

No había planeado empujarla.

Al menos, eso era lo que se repetía.

Mateo miró hacia la parte superior de la escalera.

Volvió a verla allí.

Clara sostenía la carpeta azul contra su pecho. Tenía los ojos llenos de decepción, no de miedo.

—Pensé que eras diferente —le había dicho.

Aquellas palabras le dolieron más que la amenaza de la policía.

—Puedo arreglarlo.

—No puedes devolver cuatro años de mentiras.

—Daniel también participó.

—Daniel intentó detenerte.

—Daniel iba a destruir todo lo que construimos.

—No digas "construimos". Tú tomaste lo que era nuestro.

Mateo había intentado arrebatarle la carpeta.

Clara retrocedió.

Él le sujetó un brazo.

Ella lo golpeó con el borde de los documentos y corrió hacia la escalera.

Mateo la alcanzó.

Después todo ocurrió demasiado rápido.

Una mano sobre su hombro.

Un grito.

El cuerpo de Clara cayendo contra los escalones.

El golpe final.

Y el silencio.

Mateo cerró los ojos.

No la había empujado con intención de matarla.

Pero tampoco había llamado a emergencias.

Había bajado, comprobado que respiraba y escuchado el automóvil de Marta acercándose. Entonces arrastró a Clara hacia el espacio bajo la escalera para ganar tiempo.

Después regresó al ático por el portátil.

Aquella parte no podía llamarla accidente.

Había elegido.

Como eligió abandonar a Daniel.

Como eligió utilizar las cuentas de Sofía.

Como eligió pagar a Ernesto, manipular a David y amenazar a Tomás.

Siempre parecía existir una explicación.

Hasta que las explicaciones se convirtieron en una vida entera.

Mateo encendió el mechero.

La pequeña llama tembló frente a su rostro.

—No te acercaste tanto para detenerte ahora.

La voz llegó desde la entrada del ático.

Mateo se volvió.

Lucía Torres apuntaba hacia él.

Había subido por la escalera trasera que conectaba con un antiguo cuarto de almacenamiento. La entrada estaba oculta detrás de un panel de madera. Marta la había mencionado antes de que el equipo entrara.

—Suelte el encendedor —ordenó Lucía.

Mateo levantó la botella.

—Un paso más y lo dejo caer.

—No hay suficiente combustible para quemar toda la casa.

Él la miró.

—No necesita quemarse toda.

—Solo las pruebas.

—Exacto.

—Entonces todavía no las encontró.

La agente observó las cajas abiertas y el escritorio.

Mateo se dio cuenta de que ella tenía razón.

—Marta sabe dónde están —dijo.

—Marta no entrará.

—Entrará si cree que puedo destruir la casa.

—Clara murió aquí. ¿De verdad piensa que Marta le permitirá utilizar ese dolor otra vez?

Mateo sonrió sin alegría.

—Todos entran cuando se utiliza a la persona correcta.

—Así controló a Isabel.

—No sabe nada de ella.

—Sé que secuestró a un niño por usted.

—Lo hizo por su madre.

—Usted utilizó la culpa que sentía por Sofía.

—Yo no obligué a nadie.

Lucía sostuvo el arma con firmeza.

—Esa es la historia que se cuenta. David eligió. Ernesto eligió. Tomás eligió. Isabel eligió. Todos tuvieron opciones, excepto usted.

Mateo apretó la botella.

—No sabe lo que es perderlo todo.

—Usted no perdió todo. Se lo quitó a otras personas.

Desde el piso inferior se escuchó un ruido.

Rivas y otros agentes habían entrado.

Mateo miró hacia la escalera principal.

Lucía avanzó medio paso.

—Suelte el encendedor.

Él lo dejó caer.

La llama tocó la madera húmeda de combustible.

El fuego se extendió en una línea rápida.

Lucía retrocedió mientras Mateo empujaba el escritorio hacia ella. La agente perdió el equilibrio, pero consiguió sujetarse del marco.

Mateo corrió hacia la escalera.

El humo comenzó a llenar el ático.

Marta vio la primera luz naranja detrás de la ventana.

—¡Fuego!

Los agentes activaron la alarma y solicitaron a los bomberos que esperaban a dos calles de distancia.

Rivas ya estaba dentro.

Marta permaneció junto al vehículo durante unos segundos, cumpliendo su promesa.

Entonces escuchó dos disparos.

No sabía si provenían del ático o del pasillo.

Abrió la puerta.

Un agente intentó detenerla.

—Señora Morales, vuelva al vehículo.

—Conozco una entrada lateral.

—La casa no es segura.

—Lucía utilizó la escalera trasera. Si el fuego bloqueó el ático, puede quedar atrapada.

—El equipo está dentro.

Marta miró hacia la ventana.

El humo se acumulaba detrás del cristal.

No podía perder otra persona en aquella casa.

Corrió hacia la propiedad de Ernesto.

El agente la siguió, hablando por radio.

Marta atravesó la abertura de la cerca y llegó a la puerta trasera de Clara. Estaba abierta.

El olor a humo ya llenaba la cocina.

—¡Lucía! —gritó.

Un policía apareció desde el pasillo.

—¡Salga de la casa!

—Hay una escalera detrás del armario del segundo piso.

—Ya la encontramos.

—¿Está Lucía abajo?

El agente no respondió.

Marta subió.

El humo descendía desde el ático en nubes oscuras. En el segundo piso, Rivas luchaba con Mateo junto a la puerta de la habitación de Samuel.

Mateo tenía una barra metálica en la mano.

Rivas intentaba sujetarle el brazo herido.

Marta se quedó inmóvil.

Mateo la vio.

Su expresión cambió.

Durante un segundo dejó de luchar.

Rivas aprovechó la distracción y lo empujó contra la pared. La barra cayó al suelo.

Mateo golpeó al detective con el codo y corrió hacia Marta.

Ella retrocedió.

—¡No se mueva! —gritó Rivas.

Mateo se detuvo a pocos metros de ella.

Tenía sangre en la frente y los ojos enrojecidos por el humo.

—Dime dónde están —exigió.

—No lo sé.

—Clara te dejó la pista.

—Y tú no la entendiste.

—La casa se va a quemar.

—Entonces también perderás los documentos.

—No me importa destruirlos si no puedo tenerlos.

Marta miró detrás de él.

Rivas se estaba levantando.

—Eso es lo único que sabes hacer —dijo ella—. Cuando no puedes controlar algo, lo destruyes.

Mateo dio un paso.

—Dime dónde están.

—¿También le dijiste eso a Clara?

Su rostro se endureció.

—No la menciones.

—Esta era su casa.

—Yo la mantuve en pie.

—Era la casa de su familia mucho antes de que aparecieras.

—Sin mí, Clara habría perdido el negocio después de la muerte de Daniel.

—Sin ti, Daniel quizá seguiría vivo.

Mateo levantó la barra que había recuperado del suelo.

Rivas apuntó hacia él.

—Suéltela.

Mateo no apartó la mirada de Marta.

—Daniel iba a entregarnos a todos.

—Porque estabas robando.

—Porque no entendía lo que había costado mantener el negocio.

—Tú no querías mantenerlo. Querías poseerlo.

El techo crujió sobre ellos.

Una pequeña parte del yeso cayó al pasillo.

—Todos abajo —ordenó Rivas—. Ahora.

Mateo avanzó hacia Marta.

—La pista.

Marta pensó en Clara.

En el lago.

En la frase de su padre.

En la casa donde ambas habían crecido.

El lugar donde Clara dejó de tener miedo no era únicamente la cabaña.

Después del accidente, su padre había construido algo para ella.

Una barandilla nueva junto a la escalera del ático.

Clara temía subir después de caer al lago porque los escalones estrechos le recordaban la sensación de no tener dónde sujetarse. Su padre había colocado un pasamanos de madera y, en la parte inferior, había grabado una pequeña frase.

"Siempre tendrás una mano."

Marta no había pensado en aquello durante años.

Miró la escalera.

La barandilla.

La misma donde la policía encontró fibras.

—Está dentro del pasamanos —susurró.

Mateo siguió su mirada.

Rivas también.

Marta comprendió demasiado tarde que había pronunciado las palabras en voz alta.

Mateo corrió hacia la escalera.

—¡Deténgase! —gritó Rivas.

Mateo golpeó la barandilla con la barra.

La madera se agrietó.

Volvió a golpear.

Una parte del pasamanos se abrió, revelando un espacio hueco.

Dentro había un tubo metálico.

Mateo lo tomó.

Rivas intentó alcanzarlo, pero una ráfaga de humo descendió desde el ático. El fuego ya había llegado a la escalera principal.

Mateo corrió hacia la habitación de Clara.

Marta lo siguió antes de que Rivas pudiera detenerla.

—¡Marta, vuelva!

Mateo abrió la ventana del dormitorio.

Debajo había un pequeño tejado inclinado que conducía al porche lateral.

—No podrás salir con eso —dijo Marta.

Él se volvió.

Sostenía el tubo contra su pecho.

—No entiendes lo que hay aquí.

—Las pruebas de Clara.

—No solo eso.

—¿Qué más?

Mateo miró hacia la puerta. Rivas todavía no había llegado debido al humo.

—Documentos que demuestran que Daniel también utilizó Northpine.

—Ya sabemos que la creó.

—Firmó transferencias.

—Antes de descubrir que habías alterado las cuentas.

—La policía no verá la diferencia.

—Por eso quieres destruirlos. No porque Daniel fuera culpable, sino porque los documentos demuestran cuándo tomaste el control.

Mateo apretó el tubo.

—Clara siempre creyó que podía ordenar las cosas en buenas y malas decisiones.

—Clara sabía que las personas cometían errores. Lo que no aceptaba era que utilizaran esos errores para seguir haciendo daño.

—No sabes lo que me dijo aquella noche.

—Dijo que te entregaría a la policía.

—Dijo que me quitaría todo.

—No era tuyo.

Mateo miró hacia la ventana abierta.

—Dame las llaves del automóvil.

Marta casi se rio.

—No tengo.

—Tu bolso.

—Está fuera.

El humo entró en la habitación.

Mateo tosió.

—Entonces vienes conmigo.

Se acercó y le sujetó el brazo.

Marta intentó soltarse.

—Déjala.

La voz llegó desde la puerta.

Lucía estaba apoyada contra el marco. Tenía una herida en la frente y respiraba con dificultad, pero sostenía su arma.

Mateo colocó la barra junto al cuello de Marta.

—Baje el arma.

—No saldrá de esta casa.

—Entonces ella tampoco.

Marta sintió la presión del metal.

Lucía no bajó el arma.

—Marta —dijo con calma—, cuando se lo diga, agáchese.

Mateo apretó su brazo.

—No intente nada.

El techo volvió a crujir.

Una viga ardiente cayó en el pasillo, bloqueando parcialmente la puerta.

Mateo miró hacia el ruido.

Marta se agachó.

Lucía avanzó.

La barra golpeó la pared.

Mateo soltó a Marta y empujó a la agente. Lucía cayó sobre la cama.

Él saltó por la ventana.

Aterrizó sobre el tejado lateral y resbaló. Consiguió sujetarse al borde con una mano. El tubo metálico cayó sobre la nieve del jardín.

—¡Las pruebas! —gritó Marta.

Rivas apareció en la habitación.

Vio a Mateo colgando del tejado.

Durante un segundo, el detective pudo haber esperado.

Mateo había dejado morir a Daniel.

Había abandonado a Clara.

Ahora era él quien necesitaba una mano.

Rivas se acercó a la ventana y le sujetó la muñeca.

—No se mueva.

Mateo levantó la vista.

El humo salía detrás del detective. Las llamas comenzaban a extenderse por el techo.

—Va a caer —dijo Rivas.

Mateo intentó buscar apoyo con los pies.

—Sáqueme.

—Suba la otra mano.

—No puedo.

Rivas se inclinó más.

Lucía se acercó y lo sujetó por el cinturón.

Entre ambos consiguieron levantar a Mateo.

En cuanto entró en la habitación, Rivas lo esposó.

Mateo permaneció de rodillas, respirando con dificultad.

Miró al detective.

—Podía haberme dejado caer.

Rivas lo levantó.

—No todos toman las mismas decisiones que usted.

Los bomberos controlaron el incendio antes de que destruyera toda la casa.

El ático sufrió daños graves. Parte del tejado se derrumbó y varias cajas familiares se perdieron. La habitación de Samuel quedó cubierta de humo, pero la planta baja permaneció casi intacta.

Marta observó el trabajo desde la calle.

Una manta cubría sus hombros. Samuel había llegado acompañado por Laura después de que la policía confirmara que Mateo estaba bajo custodia.

El niño se acercó a Marta sin decir nada.

Ella lo abrazó.

Samuel miró la ventana rota de la habitación de su madre.

—¿Se quemó todo?

—No.

—¿La maqueta?

Marta recordó las pequeñas casas rotas bajo los zapatos de Mateo.

—Tendremos que reconstruir algunas partes.

Samuel bajó la mirada.

—Mamá iba a ayudarme.

—Lo sé.

—No será igual.

—No.

Marta no intentó prometerle lo contrario.

Algunas cosas podían repararse.

Otras solo podían recordarse.

Lucía salió de la ambulancia con una venda en la frente. Se acercó a ellos sosteniendo una bolsa transparente.

Dentro estaba el tubo metálico recuperado de la nieve.

—Todavía no lo abrimos —dijo—. Pensamos que usted debía estar presente.

Samuel observó el tubo.

—¿Mamá lo escondió?

—Sí —respondió Marta—. Dentro de la barandilla que construyó tu abuelo.

Rivas se acercó mientras un técnico abría el cilindro.

En su interior había una memoria USB protegida contra el agua, varios documentos enrollados y una carta pequeña.

El sobre decía:

"Para Marta y Samuel."

Marta abrió la carta.

La letra de Clara seguía siendo firme.

"Si encontraron esto, significa que comprendieron la pista.

Papá construyó aquella barandilla después del accidente del lago. Dijo que una mano firme no elimina el miedo, pero evita que tengamos que enfrentarlo solos.

Durante demasiado tiempo intenté enfrentar esto sin pedir ayuda.

Fue un error.

Los documentos del tubo contienen los registros originales de Northpine, las transferencias realizadas por Mateo y una copia de los mensajes que intercambió con Tomás, Isabel, David y Ernesto.

También encontrarán la prueba de que Mateo llamó a Daniel y lo citó en la carretera la noche del accidente.

No sé con certeza qué ocurrió allí. Pero sé que Mateo mintió.

Samuel, nada de esto fue culpa tuya. Todo lo que hice fue para protegerte, aunque ahora comprendo que proteger no significa ocultar la verdad.

Marta, perdóname por no haberte llamado antes. Confié en que podría resolverlo sola porque no quería llevar el peligro hasta ti.

Siempre fuiste la mano que encontré cuando tuve miedo.

Clara."

Marta dejó de leer.

Samuel se acercó y sostuvo el borde de la carta.

—¿Puedo verla?

Ella se la entregó.

El niño leyó en silencio. Cuando llegó a su nombre, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Sabía que la encontraríamos —dijo.

—Sí.

—Confiaba en ti.

Marta miró la casa dañada.

Durante días había creído que Clara la había excluido porque no confiaba lo suficiente. Ahora entendía que su hermana había cometido un error nacido del amor, no de la falta de confianza.

Había intentado protegerlos.

Y al final había dejado un camino para que encontraran la verdad.

El técnico conectó la memoria a un dispositivo protegido.

Los archivos aparecieron uno tras otro.

Había registros bancarios completos.

Mensajes enviados por Mateo.

Instrucciones para crear empresas falsas.

Pagos realizados a Ernesto.

Transferencias a David.

Conversaciones con Isabel.

Amenazas dirigidas a Tomás.

Y un archivo de audio grabado la noche del asesinato.

La hora indicada era las ocho y treinta y cuatro.

Rivas presionó el botón de reproducción.

Primero se escuchó la voz de Clara.

—No voy a darte el portátil.

Después, Mateo.

—No quiero hacerte daño.

—Ya lo hiciste.

—Puedo explicarlo.

—Explícaselo a la policía.

Hubo un movimiento brusco.

—Clara, espera.

—Suéltame.

—Dame la carpeta.

—No.

El sonido de una lucha.

Una respiración agitada.

Después, la voz de Mateo, más cerca del micrófono.

—No me obligues.

Clara respondió:

—Siempre dices que otros te obligan. Pero esta vez tendrás que aceptar que lo elegiste tú.

Se escuchó un golpe.

Un grito breve.

El ruido de un cuerpo cayendo por la escalera.

La grabación continuó.

Durante varios segundos solo se oyó la respiración de Mateo.

Después, sus pasos descendiendo.

La voz de Clara era débil, casi irreconocible.

—Ayúdame…

Mateo no respondió.

Se oyó el sonido de madera arrastrándose y una puerta pequeña abriéndose.

Había movido a Clara hacia el espacio bajo la escalera.

Después regresó al ático.

La grabación terminó.

Nadie habló.

Samuel escondió el rostro contra el pecho de Marta.

Ella lo abrazó y miró hacia el automóvil policial donde Mateo permanecía sentado, esposado, con la cabeza baja.

Había pasado días construyendo historias.

Había culpado al miedo, a Tomás, a Daniel y a las circunstancias.

Pero la voz de Clara había registrado la verdad.

Mateo tuvo una elección.

Pudo llamar a emergencias.

Pudo intentar salvarla.

Pudo quedarse.

En lugar de hacerlo, ocultó su cuerpo y regresó por las pruebas.

Rivas guardó la memoria.

—Esto bastará para acusarlo formalmente.

—¿De la muerte de Daniel también? —preguntó Marta.

—Los nuevos documentos permitirán reabrir el caso. Pero todavía necesitamos reconstruir lo ocurrido aquella noche.

Samuel levantó la cabeza.

—Mateo mató a los dos.

Rivas se agachó frente al niño.

—Sabemos lo que le hizo a tu madre. Sobre tu padre, encontraremos cada prueba que exista.

Samuel miró el vehículo policial.

—Él venía a nuestra casa después de que papá murió.

—Lo sé —dijo Marta.

—Se sentaba en su silla.

—Sí.

—Me decía que cuidaría de nosotros.

Marta sintió que el dolor del niño no cabía en ninguna respuesta.

—Te engañó —dijo—. Pero el cariño que tú le diste no fue un error. El error fue suyo por utilizarlo.

Samuel apretó la carta de Clara.

—No quiero volver a confiar en nadie.

Marta le sostuvo la mano.

—No tienes que hacerlo hoy.

—¿Y mañana?

—Mañana daremos un paso.

—¿Y después?

—Otro.

El niño miró la casa.

—Como mamá en el lago.

Marta asintió.

—Exactamente.

Mateo fue llevado a la comisaría poco antes de medianoche.

No pidió un abogado hasta que Rivas colocó frente a él una copia de la grabación.

Cuando escuchó la voz de Clara pidiendo ayuda, cerró los ojos.

—No sabía que estaba grabando.

—Ese parece ser el único detalle que lamenta —respondió Rivas.

Mateo no levantó la cabeza.

—Fue un accidente.

—El empujón puede discutirse ante un tribunal. Lo que hizo después no.

—Entré en pánico.

—La arrastró bajo la escalera.

—Escuché un automóvil.

—Era Marta.

—Pensé que podía encontrarla.

—Eso esperaba.

Mateo apretó las manos esposadas.

—No quería que muriera.

—Pero aceptó que podía morir mientras usted buscaba el portátil.

—No fue así.

Rivas reprodujo nuevamente el final de la grabación.

La voz de Clara llenó la sala.

"Ayúdame…"

Después llegaron los pasos de Mateo alejándose.

El detective detuvo el audio.

—Así fue exactamente.

Mateo mantuvo la mirada sobre la mesa.

—Quiero un abogado.

—Es su derecho.

Rivas recogió los documentos.

Antes de salir, Mateo habló.

—No encontrarán todo.

El detective se detuvo.

—¿Qué falta?

—Northpine no era solo mía.

—Los registros dicen lo contrario.

—Los registros que Clara encontró.

—¿Existe otro propietario?

Mateo levantó la cabeza.

Por primera vez desde que había sido detenido, una parte de su antigua seguridad regresó a su rostro.

—Existe una persona que recibió dinero antes de que Daniel muriera. Alguien a quien Clara nunca sospechó.

—Diga el nombre.

—Primero quiero un acuerdo.

Rivas observó al hombre sentado frente a él.

Incluso después de ser descubierto, Mateo intentaba negociar.

Continuaba buscando una forma de mover a los demás como piezas.

—Ya no controla esta conversación —dijo el detective.

Salió y cerró la puerta.

Al otro lado del cristal, Lucía había escuchado todo.

—¿Está mintiendo? —preguntó.

—Probablemente.

—¿Y si no?

Rivas miró los registros recuperados.

Había demasiadas cuentas, fechas y nombres codificados para analizarlos en una sola noche.

—Entonces descubriremos quién falta sin comprar su versión.

Lucía observó a Mateo a través del cristal.

—Elena dijo que la mayoría del dinero terminaba en una cuenta privada protegida por una empresa fiduciaria.

—Creíamos que pertenecía a Mateo.

—Tal vez no.

Rivas revisó una de las hojas.

Junto a varias transferencias aparecía un código repetido.

AC-17.

No era el nombre de una empresa ni una cuenta.

Era una referencia personal.

—Necesitamos saber qué significa esto —dijo.

Lucía tomó la página.

—Mateo dijo que era alguien cercano a la familia.

—Mateo ha dicho muchas cosas.

—Pero Daniel también mencionó a alguien que proporcionaba información desde dentro.

Rivas miró hacia el pasillo.

Marta y Samuel se habían marchado con Laura.

Después de todo lo ocurrido, la última cosa que necesitaban era descubrir otra traición.

Sin embargo, el caso aún no estaba cerrado.

Mateo había empujado a Clara.

Eso ya estaba demostrado.

Pero alguien podía haberlo ayudado durante años sin aparecer en ninguna de las listas conocidas.

Alguien que conocía las contraseñas de Daniel.

Los datos de Clara.

Los hábitos de la familia.

Y quizá incluso el escondite de la cabaña.

En la sala de interrogatorios, Mateo levantó la mirada hacia el cristal.

No podía verlos.

Aun así, sonrió.

Como si supiera que acababa de sembrar la última duda.

Capítulo 11: Alguien demasiado cercano

A la mañana siguiente, Oakhaven despertó bajo un cielo despejado.

La tormenta había terminado, pero la nieve seguía cubriendo las calles, los tejados y los árboles. Desde lejos, la ciudad parecía tranquila. Solo las marcas negras alrededor de la ventana del ático recordaban que la casa de Clara había estado a punto de desaparecer entre las llamas.

Marta observaba la vivienda desde el otro lado de la cinta policial.

La parte superior del tejado se encontraba cubierta por una lona. Varias ventanas habían quedado abiertas para expulsar el humo y una de las paredes mostraba manchas oscuras. Los bomberos habían conseguido salvar la estructura, pero el olor a madera quemada podía percibirse desde la calle.

Samuel estaba junto a ella.

Llevaba el abrigo cerrado hasta el cuello y sostenía en una mano la carta que Clara había dejado dentro del pasamanos. La había leído tantas veces que el papel comenzaba a doblarse por los bordes.

—¿Podremos volver a vivir aquí? —preguntó.

Marta no quiso mentirle.

—No lo sé.

—¿Y mis cosas?

—Algunas se salvaron.

—¿La maqueta?

Marta recordó las pequeñas casas de madera destrozadas sobre el suelo de su habitación.

—Tendremos que revisar qué partes pueden repararse.

Samuel miró la ventana del segundo piso.

—Mateo la rompió.

—Sí.

—No hablo de la maqueta.

Marta volvió la cabeza hacia él.

El niño observaba la casa con una seriedad que no correspondía a sus once años.

—Rompió todo —continuó—. La casa, el negocio, la familia…

—No pudo romperlo todo.

—Mamá no va a volver.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire frío.

Marta se inclinó para quedar a su altura.

—No. Tu mamá no va a volver.

Samuel bajó la mirada.

—Entonces sí ganó una parte.

Marta buscó una respuesta que no sonara vacía.

—Mateo nos quitó algo que nunca podrá devolver. Pero no consiguió borrar lo que tu madre hizo, lo que enseñó ni el amor que dejó en nosotros.

—Eso no parece suficiente.

—Hoy no.

—¿Algún día lo será?

Marta miró hacia la ventana quemada.

—No reemplazará a tu madre. Pero algún día los recuerdos no dolerán de la misma manera.

Samuel guardó la carta dentro de su abrigo.

—No quiero olvidar cómo hablaba.

—No la olvidarás.

—Ya no recuerdo la última cosa que me dijo antes de dejarme en casa de Daniel.

Marta le tomó una mano.

—Eso puede pasar cuando estamos sufriendo. Tu mente intenta guardar demasiadas cosas al mismo tiempo.

—¿Y si empiezo a olvidar más?

—Entonces recordaremos juntos.

Samuel asintió, aunque no parecía convencido.

Un vehículo se detuvo junto a la acera. Lucía Torres bajó con una carpeta bajo el brazo. La herida de su frente estaba cubierta por una pequeña venda.

—El detective Rivas las está esperando en la comisaría —dijo.

—¿Encontraron qué significa AC-17? —preguntó Marta.

Lucía miró a Samuel antes de responder.

—Creemos que sí.

El niño dio un paso hacia ella.

—¿Es otra persona?

—No exactamente.

—Mateo dijo que había alguien más.

—Mateo ha dicho muchas cosas para confundirnos.

Samuel apretó la mandíbula.

—Entonces volvió a mentir.

—Eso parece.

Lucía abrió la puerta trasera del vehículo.

—Pero necesitamos revisar toda la información antes de llegar a una conclusión definitiva.

Samuel soltó un suspiro.

—Los policías siempre dicen eso.

Por primera vez desde el incendio, Lucía sonrió ligeramente.

—Y los niños inteligentes siempre se cansan de escucharlo.

En la comisaría, el código AC-17 ocupaba el centro de una pantalla.

Elena Ruiz había pasado toda la noche revisando documentos junto al equipo financiero. Había círculos oscuros bajo sus ojos y una pila de vasos de café vacíos junto al ordenador.

Rivas esperaba al otro lado de la mesa.

—El código aparece en treinta y siete transferencias —explicó—. Todas terminaban en la cuenta fiduciaria que creíamos perteneciente a un segundo beneficiario.

—¿Y no pertenece a otra persona? —preguntó Marta.

—No.

Elena abrió un documento antiguo.

—AC no son las iniciales de un nombre. Significa "Acceso de Contingencia".

—¿Qué es eso?

—Un perfil de emergencia creado cuando Daniel y Mateo fundaron Northpine —respondió Rivas—. Permitía mover dinero si las cuentas principales quedaban bloqueadas.

—¿Y el diecisiete?

—Era el número del dispositivo de seguridad asignado al perfil.

Marta observó la pantalla.

—Entonces alguien utilizaba ese dispositivo.

Lucía colocó una pequeña fotografía sobre la mesa.

Mostraba un aparato rectangular parecido a una memoria USB, con una pantalla diminuta y varios números.

—Cada vez que alguien autorizaba una transferencia, el dispositivo generaba un código temporal —dijo—. Sin él, las operaciones no podían aprobarse.

—¿Quién lo tenía?

Rivas abrió otro archivo.

—Originalmente estaba registrado a nombre de Daniel.

Samuel, sentado junto a Marta, levantó la cabeza.

—Entonces pertenecía a mi papá.

—Al principio, sí.

—¿Y después?

El detective miró a Marta.

—Tres semanas antes de la muerte de Daniel, el dispositivo fue reasignado.

—¿A quién?

Rivas giró el documento.

Al final de la página aparecía una firma.

Mateo Álvarez.

Marta la observó en silencio.

—¿La firma es auténtica? —preguntó.

—Sí —respondió Lucía—. El laboratorio la comparó con documentos oficiales.

Elena señaló una fecha.

—Mateo tuvo control de AC-17 antes de que Daniel muriera. Continuó utilizándolo después, pero hizo que las transferencias parecieran autorizadas por otras personas.

—Por Clara —dijo Marta.

—Y por Daniel, incluso después de su muerte.

Samuel se levantó de la silla.

—Utilizó el nombre de mi papá cuando ya estaba muerto.

Nadie respondió inmediatamente.

—¿Por qué? —preguntó el niño.

Rivas mantuvo la voz tranquila.

—Porque las transferencias realizadas con el perfil de Daniel parecían antiguas o relacionadas con acuerdos anteriores. Eso hacía más difícil que alguien sospechara de Mateo.

—Pero mamá sospechó.

—Sí.

Samuel miró hacia la pantalla.

—Por eso la mató.

Marta le puso una mano sobre el hombro.

—La investigación todavía tiene que demostrar todo lo ocurrido.

El niño se volvió hacia ella.

—Escuchamos la grabación.

—Lo sé.

—La empujó y no la ayudó.

—Sí.

—Entonces ya está demostrado.

La voz de Samuel comenzó a temblar.

—¿Por qué todos hablan como si todavía pudiera no haberlo hecho?

Rivas se acercó lentamente.

—Porque demostrar que una persona causó una muerte no es lo mismo que demostrar exactamente qué delito cometió.

—No entiendo.

—El abogado de Mateo puede decir que la caída fue accidental. Puede asegurar que él solo intentaba quitarle la carpeta y que nunca quiso empujarla.

—Pero la dejó morir.

—Y eso también es un delito grave.

—¿Entonces puede decir que fue un accidente y recibir menos castigo?

El detective no quiso engañarlo.

—Su abogado puede intentarlo.

Samuel se apartó de la mesa.

—Eso no es justo.

—No —dijo Marta—. No lo es.

—Mamá dijo que la justicia siempre encontraba la verdad.

Marta sintió un dolor profundo al escuchar la frase.

—La justicia necesita que las personas luchen por esa verdad. Eso es lo que estamos haciendo.

Samuel miró a Rivas.

—Entonces no permitan que vuelva a mentir.

Salió de la sala antes de que Marta pudiera detenerlo.

Lucía fue tras él.

Marta permaneció de pie junto a la mesa, observando la puerta cerrada.

—Está perdiendo la confianza en todo —dijo.

—No es extraño —respondió Elena—. Las personas en quienes confiaba le ocultaron la verdad.

—Yo también.

—Intentaste protegerlo.

—Clara pensó lo mismo.

Rivas cerró el archivo de AC-17.

—Ocultar información para proteger a un niño no es lo mismo que utilizarlo para cometer un fraude.

—Para Samuel, ahora mismo todo silencio parece una mentira.

Marta se sentó.

—¿AC-17 demuestra que Mateo era el beneficiario principal?

—Demuestra que controlaba el acceso —respondió Rivas—. También encontramos la conexión con la cuenta final.

Elena abrió el registro de una empresa llamada Álvarez Capital Holdings.

—AC también formaba parte del nombre de esta compañía. Mateo la registró en Delaware utilizando un representante legal. Después colocó las acciones dentro de un fideicomiso.

—¿Quién figuraba como beneficiario?

—Durante cuatro años, nadie podía consultarlo públicamente. Pero los documentos de Clara contenían el acuerdo original.

Elena giró la pantalla.

El beneficiario único era Mateo Álvarez.

Marta dejó escapar el aire lentamente.

—Nunca hubo otra persona.

—Hubo cómplices —dijo Rivas—. Pero no otro propietario.

—Entonces, cuando Mateo dijo que faltaba alguien…

—Intentaba sembrar una duda.

—Quería que sospecháramos de otra persona cercana a Clara.

—Exacto.

Marta pensó en todos los nombres que habían aparecido durante la investigación.

David.

Ernesto.

Tomás.

Isabel.

Incluso Daniel.

Cada vez que las pruebas se acercaban a Mateo, él señalaba hacia otra persona. Siempre encontraba una culpa ajena que utilizar.

—¿Por qué mencionó a alguien cercano a la familia? —preguntó Marta.

Elena abrió una lista de accesos al sistema.

—Porque la mayoría de los datos utilizados para falsificar la identidad de Clara procedían de ordenadores de su casa.

—¿Alguien entraba sin que ella lo supiera?

—No era necesario.

—No entiendo.

—Mateo configuró el sistema informático de la familia después de la muerte de Daniel. Instaló programas, recuperó archivos y creó copias de seguridad.

Marta recordó haberlo visto trabajando durante horas en el despacho de Clara. Todos lo habían agradecido. Daniel acababa de morir y Clara no sabía cómo acceder a varias cuentas.

Mateo había aparecido con respuestas para cada problema.

—Tenía acceso desde el principio —dijo.

—Sí —respondió Elena—. No necesitaba una persona dentro de la familia. Él era la persona dentro de la familia.

Alguien demasiado cercano.

Marta cerró los ojos.

La explicación era sencilla.

Tan sencilla que resultaba dolorosa.

Durante años habían buscado señales de un intruso, cuando el intruso se sentaba a su mesa, conocía el código de la alarma y ayudaba a Samuel con sus tareas.

—Daniel intentó quitarle ese acceso —dijo Rivas—. Encontramos una solicitud enviada al banco la mañana del accidente.

Colocó una copia frente a Marta.

Daniel pedía cancelar el dispositivo AC-17 y retirar todos los permisos de Mateo sobre Northpine.

La solicitud nunca fue procesada.

—¿Por qué? —preguntó.

—Daniel murió antes de completar la verificación presencial.

—¿Mateo sabía que iba a perder el acceso?

—Recibió una notificación automática.

Elena señaló la hora.

Cinco horas antes del accidente.

Marta sintió que la garganta se le cerraba.

—Entonces tenía un motivo para detener a Daniel aquella misma noche.

—Sí.

—No solo quería impedir una denuncia.

—También quería conservar el control del dinero.

Marta miró el nombre de Daniel en el documento.

Había pasado cuatro años creyendo que su muerte fue causada por el hielo. Clara también lo había creído, aunque la duda se instaló en ella poco después.

Mateo había estado presente en cada etapa del dolor.

Había organizado el funeral.

Había revisado el seguro.

Había ayudado a Clara a reabrir el negocio.

Todo mientras utilizaba el acceso que Daniel quiso quitarle.

—¿Pueden acusarlo por la muerte de Daniel? —preguntó.

—Estamos más cerca —respondió Rivas—. Pero todavía necesitamos vincular su automóvil con el accidente.

—Isabel tenía la pieza de la luz trasera.

—El laboratorio está trabajando en ella.

—Tomás dijo que Mateo llegó a su casa con la luz rota.

—Su declaración ayuda, pero un abogado puede decir que está intentando reducir sus propios cargos.

—¿Qué más necesitan?

—Una prueba física o un registro independiente.

Elena levantó una carpeta.

—Podríamos tenerlo.

Todos la miraron.

—Mientras revisaba los archivos de Daniel, encontré una factura de mantenimiento del automóvil de Mateo.

—Sabíamos que lo reparó al día siguiente —dijo Lucía, que acababa de regresar.

—La factura oficial solo menciona una luz rota. Pero el taller conservaba fotografías de los vehículos antes de las reparaciones.

Rivas se acercó.

—¿Encontraste las fotografías?

—El propietario cerró el negocio hace dos años, pero guardó los archivos digitales.

Elena abrió una imagen.

Mostraba la parte trasera del automóvil de Mateo. La luz izquierda estaba destrozada. También había una abolladura larga sobre el parachoques.

En una esquina del metal se veía una mancha oscura.

—¿Sangre? —preguntó Marta.

—No lo sabemos. La fotografía no permite comprobarlo.

—El automóvil ya no existe —dijo Lucía—. Mateo lo vendió y fue destruido después de un accidente.

Elena pasó a la siguiente imagen.

El mecánico había fotografiado una pieza atascada dentro del parachoques.

Era un fragmento de pintura azul.

—El automóvil de Daniel era azul —dijo Marta.

—Sí.

Rivas observó la imagen.

—Necesitamos los archivos originales y una declaración del mecánico.

—Está camino de la comisaría.

Elena cerró la carpeta.

—También recuerda que Mateo le pagó en efectivo y pidió que no registrara la reparación del parachoques.

—¿Por qué conservó la fotografía?

—El seguro del taller exigía documentar todos los vehículos antes de trabajar en ellos.

Por primera vez desde que comenzó la reunión, Marta sintió que la verdad dejaba de depender únicamente de las palabras de personas culpables.

Había una imagen.

Un registro.

Una fecha.

Mateo ya no podía culpar a Tomás, Isabel o Daniel.

Samuel estaba sentado en las escaleras traseras de la comisaría.

Lucía permanecía a cierta distancia, sin obligarlo a hablar. La nieve comenzaba a derretirse bajo el sol y pequeñas gotas caían del tejado.

—No tienes que quedarte aquí —dijo el niño.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué no te vas?

—Porque no quiero que estés solo.

Samuel arrancó un pequeño trozo de hielo del escalón.

—Todos dicen que no estoy solo.

—¿Te molesta?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque mamá estaba sola.

Lucía tomó asiento dos escalones más abajo.

—Marta estaba intentando llegar hasta ella.

—Llegó tarde.

—Sí.

—La policía también.

—Sí.

Samuel miró la venda de la frente de Lucía.

—Tú casi moriste en la casa.

—No estuve tan cerca.

—Vi el humo.

Lucía no discutió.

—¿Tenías miedo?

—Mucho.

—Pero entraste.

—Era mi trabajo.

—Mamá hizo lo mismo sin ser policía.

—Tu madre pensó que debía detener el fraude antes de contarle a todos.

Samuel observó el hielo entre sus dedos.

—¿Eso fue valiente o fue un error?

Lucía pensó antes de contestar.

—Las dos cosas pueden ser ciertas.

—No entiendo.

—Tu madre fue valiente al enfrentarse a algo injusto. Pero cometió un error al hacerlo sola.

—Entonces una persona buena también puede equivocarse.

—Por supuesto.

—¿Y una persona mala puede hacer algo bueno?

Lucía miró hacia el estacionamiento.

—También.

—Mateo me enseñó a andar en bicicleta.

La agente no esperaba aquella confesión.

—Mamá tenía miedo de soltarme. Mateo corrió detrás de la bicicleta hasta que pude mantener el equilibrio.

Samuel apretó el hielo con la mano.

—Fue bueno ese día.

—Sí.

—Entonces ¿cómo pudo matar a mamá?

Lucía eligió las palabras con cuidado.

—Una buena acción no borra una mala. Y una mala decisión no siempre aparece de repente. Mateo tomó muchas decisiones equivocadas durante años. Cada vez que podía detenerse, eligió seguir.

—Pero cuando me enseñó a andar en bicicleta, ¿estaba fingiendo?

—No puedo saberlo.

—Marta dice que mi cariño por él no fue un error.

—Tiene razón.

—Me siento tonto.

—Confiar no te hace tonto.

—Pero me engañó.

—Engañar es responsabilidad de quien miente, no de quien creyó.

Samuel dejó caer el hielo.

—No sé cómo volver a confiar.

—No tienes que confiar en todo el mundo al mismo tiempo.

—¿Cómo se empieza?

Lucía señaló la puerta.

—Con una persona que te diga la verdad, incluso cuando sea difícil escucharla.

Samuel miró hacia la comisaría.

—Mi tía intenta hacerlo.

—Sí.

—Pero todavía oculta cosas.

—Porque también tiene miedo.

—Los adultos tienen demasiado miedo.

Lucía sonrió con tristeza.

—Eso es cierto.

—¿Tú me dirás la verdad?

—Siempre que pueda.

—¿Mateo irá a prisión?

—Las pruebas contra él son muy fuertes.

—Eso no es un sí.

—Todavía habrá un proceso legal. Pero no podrá acercarse a ti ni a tu familia.

Samuel permaneció en silencio.

—¿Y si sale algún día?

—Entonces seguiremos protegiéndote.

—No quiero pasar toda mi vida protegido.

Lucía entendió lo que quería decir.

Clara había intentado protegerlo ocultándole el peligro. Isabel había utilizado la palabra protección mientras lo secuestraba. Mateo aseguraba haber protegido el negocio mientras lo destruía.

—Protegerte no significa encerrarte —dijo—. Significa darte la verdad y permitirte decidir con seguridad.

Samuel levantó la mirada.

—Eso suena mejor.

El mecánico se llamaba Rafael Domínguez.

Tenía sesenta y tres años y llevaba las manos marcadas por décadas de trabajo. Cuando vio la fotografía del automóvil de Mateo, no necesitó mucho tiempo para recordarlo.

—Llegó antes de que abriéramos —dijo durante la entrevista—. Golpeó la puerta hasta que salí.

Rivas activó la grabadora.

—¿Qué día fue?

—El dieciocho de enero, hace cuatro años. Lo recuerdo porque era el cumpleaños de mi esposa.

La misma mañana en que Daniel murió.

—¿Cómo estaba Mateo?

—Nervioso. Llevaba la camisa mal abotonada y tenía un corte en la mano.

—¿Qué dijo que había ocurrido con su automóvil?

—Que golpeó un poste al retroceder.

—¿Le pareció creíble?

Rafael negó con la cabeza.

—La abolladura no era de un poste. El daño había entrado desde un ángulo lateral.

—¿Se lo dijo?

—Sí. Respondió que no me pagaba para hacer preguntas.

—¿Encontró algo dentro del parachoques?

—Pintura azul y un pequeño trozo de plástico.

Lucía mostró la pieza recuperada por Isabel.

—¿Se parece a esto?

El mecánico la examinó.

—Sí. Es parte de la luz de ese automóvil.

—¿Está seguro?

—Instalé la nueva. Ese modelo tenía una forma poco común.

—¿Conservó el fragmento azul?

—Lo entregué a Mateo.

—¿Por qué?

—Dijo que quería comprobar si pertenecía al poste.

—¿El automóvil de Daniel tenía daños compatibles?

Rafael miró las fotografías del accidente.

—Aquí.

Señaló el costado trasero.

—Este golpe pudo producirse cuando otro vehículo lo empujó cerca de la rueda. No fue un choque fuerte. Solo lo suficiente para hacerlo perder estabilidad en una curva.

—¿Informó a la policía en aquel momento?

El hombre bajó la mirada.

—No.

—¿Por qué?

—No sabía que podía estar relacionado. Escuché que Daniel murió por el hielo. Pensé que Mateo había golpeado otro automóvil o una barrera y que no quería involucrar al seguro.

—¿Por qué guardó las fotografías?

—Era una regla del taller.

—¿Mateo volvió a hablar con usted?

Rafael asintió.

—Dos días después.

—¿Qué quería?

—Saber si había copias de las imágenes.

—¿Qué le dijo?

—Que no.

—Pero existían.

—La computadora hacía copias automáticas. Yo no sabía dónde se guardaban.

Rivas apagó la grabadora.

La pieza de la luz, las fotografías y el testimonio no demostraban por sí solos que Mateo quisiera matar a Daniel. Pero demostraban que su vehículo había chocado con el suyo y que después intentó ocultarlo.

La muerte de Daniel ya no podía seguir considerándose un simple accidente.

Mateo permanecía en una celda de la comisaría mientras esperaba su traslado a la cárcel del condado.

Había pasado la mañana hablando con su abogado. La estrategia era clara.

La caída de Clara había sido accidental.

Mateo entró en pánico.

Movió el cuerpo porque creyó que ya estaba muerta.

Tomó el portátil por miedo a que el fraude destruyera a muchas familias.

Nada de eso lo hacía inocente, pero podía cambiar la gravedad de los cargos.

Sobre Daniel, negaría cualquier responsabilidad.

Diría que los automóviles chocaron por accidente y que Daniel continuó conduciendo. Mateo no pudo saber que se saldría de la carretera varios kilómetros después.

Cada mentira tenía una pequeña parte de verdad.

Eso era lo que las hacía peligrosas.

A las tres de la tarde, su abogado entró en la sala de entrevistas.

—Encontraron las fotografías del taller —dijo.

Mateo no cambió de expresión.

—¿Qué fotografías?

—No hagas eso conmigo.

El abogado colocó una carpeta sobre la mesa.

—También tienen la pieza de la luz trasera y una solicitud de Daniel para cancelar tu acceso a Northpine.

—No demuestra que lo matara.

—Demuestra motivo, contacto entre los vehículos y ocultamiento posterior.

—El choque fue accidental.

—Entonces ¿por qué pagaste en efectivo y pediste que borraran las imágenes?

Mateo miró hacia la pared.

—Estaba asustado.

El abogado se sentó.

—Esa explicación ya la estás utilizando para Clara, para el portátil, para el incendio y para tu fuga.

—Era verdad.

—Una persona puede entrar en pánico una vez. Tú pareces vivir permanentemente en estado de pánico.

Mateo apretó las manos.

—¿Qué recomienda?

—Aceptar un acuerdo.

—No.

—Podrías enfrentar dos procesos por homicidio, además de secuestro, fraude, incendio provocado, obstrucción y conspiración.

—Yo no secuestré a Samuel.

—Isabel dice que actuó bajo tus instrucciones.

—Está intentando salvarse.

—Tomás dice lo mismo.

—También intenta salvarse.

—Ernesto entregó un cuaderno con tus pagos. David tiene grabaciones. Clara dejó documentos y un audio. Todos señalan hacia ti.

Mateo se inclinó hacia delante.

—Porque Rivas les ofreció acuerdos.

—Todavía no existen acuerdos formales.

—Los habrá.

El abogado suspiró.

—¿Hay algo más que la policía pueda encontrar?

Mateo no respondió.

—Necesito saberlo antes que ellos.

—No.

—¿No hay nada o no vas a decírmelo?

Mateo miró hacia el cristal.

—Quiero hablar con Marta.

El abogado frunció el ceño.

—Eso no ocurrirá.

—Dígales que confesaré.

—¿Confesar qué?

—Todo.

—Entonces dímelo a mí.

—Solo hablaré con Marta.

—No puedes utilizar a la hermana de la víctima para negociar.

—No estoy negociando.

El abogado lo estudió durante varios segundos.

—¿Qué quieres de ella?

Mateo bajó la voz.

—Que escuche cómo ocurrió realmente.

Rivas rechazó la petición de inmediato.

—No hay ninguna razón para que usted se siente frente a él —dijo a Marta.

—Dice que confesará.

—Dice lo que necesita decir para acercarse.

—Puede grabar la conversación.

—No sabemos qué pretende hacer.

—Está esposado y rodeado de policías.

—No me preocupa únicamente que intente atacarla.

Marta comprendió.

—Quiere manipularme.

—Ha utilizado la culpa y el miedo durante años. Puede intentar hacerla responsable de su confesión, pedir perdón o convencerla de que Clara causó el enfrentamiento.

—No podrá convencerme.

—No subestime a una persona que mantuvo engañada a toda una familia durante años.

Marta observó el diario de Clara dentro de una bolsa de pruebas.

—Precisamente por eso quiero escucharlo.

—No necesita hacerlo.

—No se trata de lo que necesito.

—¿Entonces de qué?

—De Clara.

Rivas negó lentamente.

—Clara dejó suficientes pruebas. No necesita que usted termine su trabajo.

—No quiero terminarlo por ella. Quiero impedir que Mateo utilice su última oportunidad para construir otra mentira.

Elena permanecía junto a la puerta.

—Puede que Marta tenga razón —dijo.

Rivas la miró.

—No es una entrevista periodística.

—Lo sé. Pero Mateo piensa que todavía conoce a la familia mejor que ustedes. Si cree que puede controlar la conversación, quizá hable más de lo que debería.

—Eso también pone a Marta bajo una presión innecesaria.

—He estado bajo presión desde que encontré a mi hermana —respondió Marta—. Al menos esta vez podré mirarlo sabiendo la verdad.

Rivas guardó silencio.

Lucía se acercó.

—Podemos hacerlo con una separación física. Mateo esposado a la mesa, dos agentes en la sala y nosotros detrás del cristal.

—No —dijo Marta—. Si ve demasiados policías, hablará como si estuviera ante un tribunal.

—No estará sola.

—Un agente junto a la puerta. Nada más.

Rivas la observó con seriedad.

—En cuanto dé una señal, terminaremos la conversación.

—De acuerdo.

—No le entregue información sobre las pruebas que todavía no conoce.

—De acuerdo.

—Y no haga promesas sobre cargos, condenas o acuerdos.

—No quiero ofrecerle nada.

El detective respiró profundamente.

—La conversación será mañana por la mañana.

—No. Ahora.

—Marta…

—Mateo ha pasado toda su vida utilizando tiempo para cambiar las historias. No le dé otra noche.

Antes de entrar en la sala de entrevistas, Marta fue a buscar a Samuel.

El niño estaba en una oficina con Elena, dibujando la antigua casa. Había incluido la parte quemada del tejado, pero también había dibujado una luz encendida en el porche.

—Voy a hablar con Mateo —dijo Marta.

Samuel dejó el lápiz.

—¿Por qué?

—Dice que contará la verdad si habla conmigo.

—Está mintiendo.

—Puede ser.

—Entonces no vayas.

Marta se sentó a su lado.

—Hay preguntas que quizá solo responda cuando no pueda esconderse detrás de otras personas.

—Puede seguir escondiéndose detrás de palabras.

La frase la sorprendió.

—Tienes razón.

—¿Qué vas a preguntarle?

—Qué ocurrió con tu madre. Y con tu padre.

Samuel miró el dibujo.

—Pregúntale por qué siguió viniendo a casa.

Marta no había pensado en ello.

—¿Después de la muerte de tu padre?

—Sí.

—Creo que quería vigilar lo que Clara sabía.

—No solo venía por eso.

—¿Qué quieres decir?

—Hacía cosas normales.

—Lo sé.

—Comía con nosotros. Me llevaba a la escuela cuando mamá estaba enferma. Arregló el tejado.

Samuel apretó el lápiz.

—Pregúntale cómo podía hacer eso y después mirarnos sin decir la verdad.

Marta le tomó la mano.

—Se lo preguntaré.

—Y no le digas que lo perdono.

—No lo haré.

—Porque no lo perdono.

—Nadie va a obligarte.

—¿Tú lo perdonarás?

Marta miró hacia la puerta.

—No lo sé.

—No deberías.

—Perdonar no significa decir que lo que hizo estuvo bien.

—Pero puede hacer que él se sienta mejor.

—Mi decisión nunca tendrá como objetivo hacer sentir mejor a Mateo.

Samuel asintió.

—Vuelve pronto.

—Lo haré.

—No creas nada solo porque llore.

Marta le acarició el cabello.

—Tú tampoco tienes que ser fuerte todo el tiempo.

—No estoy siendo fuerte.

—Sí lo estás.

—Solo estoy enfadado.

—A veces la fuerza empieza así.

Mateo estaba sentado al otro lado de una mesa metálica.

Llevaba un uniforme de detenido y tenía una muñeca esposada a una barra fija. Los cortes de su rostro comenzaban a sanar. Sin su abrigo elegante, su teléfono y la seguridad que mostraba en reuniones familiares, parecía más pequeño.

Pero sus ojos seguían siendo los mismos.

Atentos.

Calculadores.

Buscando la primera debilidad que pudiera utilizar.

Marta entró y tomó asiento.

Un agente cerró la puerta y permaneció junto a ella.

Detrás del cristal, Rivas, Lucía y el abogado de Mateo observaban.

Durante unos segundos, ninguno habló.

Mateo fue el primero en romper el silencio.

—¿Cómo está Samuel?

—No tienes derecho a preguntar.

Él bajó la mirada.

—Me importa.

—Lo utilizaste para amenazar a Clara.

—Nunca habría permitido que le hicieran daño.

—Isabel lo secuestró por orden tuya.

—No le pedí que lo secuestrara.

—Le dijiste que recuperara las pruebas.

—Ella tomó esa decisión.

Marta sintió que la rabia comenzaba a crecer, pero recordó la advertencia de Samuel.

Mateo se escondía detrás de las palabras.

—Ya empezaste a culpar a otra persona —dijo.

Él levantó la vista.

—No vine a discutir.

—Tú pediste verme.

—Quería explicarte.

—No necesito una explicación del fraude. Tenemos los registros.

—No entiendes cómo empezó.

—Daniel creó Northpine para conseguir financiación.

Mateo pareció sorprendido.

—Encontramos el video.

—Entonces sabes que él también participó.

—Sé que intentó detenerte.

—Después de beneficiarse durante meses.

—Porque descubrió que utilizabas identidades y cuentas sin autorización.

Mateo se recostó en la silla.

—Daniel no era tan inocente como Clara creía.

—No estamos aquí para hablar de sus errores.

—Todo está relacionado.

—Habla de lo que hiciste tú.

Mateo apretó los labios.

—El negocio estaba a punto de cerrar. Daniel tenía miedo de perder la casa. Yo encontré una forma de conseguir dinero.

—Robando.

—Al principio eran préstamos internos.

—Utilizaste datos de otras personas.

—Sofía me los dio.

—Después de que la engañaras.

—Ella sabía lo que hacía.

Marta negó lentamente.

—Eso es lo único que tienes. Cada vez que cuentas la historia, alguien más eligió por ti.

—Todos tomaron decisiones.

—Tú también.

Mateo guardó silencio.

—¿Por qué querías hablar conmigo? —preguntó Marta.

—Porque Clara nunca te contó cómo era realmente el negocio.

—Clara me dejó su diario.

La expresión de Mateo cambió apenas.

—¿Lo leíste?

—Sí.

—Entonces también sabes que dudaba.

—Dudaba de ti.

—Dudaba de todos.

—Porque todos le mentían.

Mateo miró hacia el cristal.

—Clara creyó que podía entregar los documentos y conservar su vida igual que antes. No entendía lo que ocurriría.

—Irías a prisión.

—El negocio cerraría. Los empleados perderían sus trabajos. Samuel perdería su futuro.

—Otra vez Samuel.

—Era una realidad.

—No. Era la amenaza que utilizabas para que Clara guardara silencio.

—Intentaba hacerla pensar.

—Ella pensó. Y decidió denunciarte.

El rostro de Mateo se endureció.

—Siempre fue obstinada.

—Fue honesta.

—La honestidad no paga facturas.

—Tampoco justifica un asesinato.

Mateo apartó la vista.

—No fui a la casa para matarla.

—Fuiste por los documentos.

—Quería hablar.

—Llevabas años hablando.

—Aquella noche era diferente.

—Porque ya no te creía.

Mateo respiró lentamente.

—Cuando regresé, David acababa de salir.

—¿Lo viste?

—Su camioneta estaba al final de la calle.

—David dejó marcas en los brazos de Clara.

—Sí.

—Y tú pensaste que podrías culparlo.

—No sabía que la había sujetado.

—Pero viste las marcas.

—No las noté.

Marta lo observó.

—Dijiste que Clara ya estaba herida cuando llegaste.

Mateo no respondió.

—Después dijiste que cayó durante una discusión contigo.

—No recuerdo las palabras exactas.

—Yo sí.

Marta inclinó ligeramente la cabeza.

—"Clara intentó quitarme el teléfono. Perdió el equilibrio".

—Eso fue lo que pensé que había ocurrido.

—¿Pensaste?

—Todo pasó muy rápido.

—No tan rápido como para impedir que arrastraras su cuerpo.

Mateo cerró los ojos.

—Escuché un automóvil.

—Marta estaba llegando.

—No sabía quién era.

—Entonces la escondiste.

—Entré en pánico.

—Y volviste por el ordenador.

—Sí.

—Clara te pidió ayuda.

Mateo abrió los ojos.

—No la escuché.

—La grabación demuestra que sí.

Él miró la mesa.

—Había ruido.

—Pronunció tu nombre.

—No lo recuerdo.

—Dijo “ayúdame”.

Mateo apretó la mano libre.

—Pensé que llegaría una ambulancia.

—No habías llamado a nadie.

—La persona del automóvil encontraría la puerta abierta.

—Esperabas que la encontrara después de que tú escaparas.

—Sí.

La respuesta salió casi en un susurro.

Marta sintió que algo dentro de ella se detenía.

Mateo acababa de admitirlo.

Había dejado la puerta abierta para que alguien encontrara a Clara, pero no antes de esconderla y recuperar las pruebas.

—¿Por qué la moviste bajo la escalera? —preguntó.

—Necesitaba tiempo.

—¿Para qué?

—Para encontrar la carpeta azul.

—¿Aunque ella muriera mientras la buscabas?

—No pensé que moriría.

—Estaba cubierta de sangre.

—Respiraba.

—Y te pidió ayuda.

Mateo golpeó suavemente la mesa con la mano.

—¡Ya dije que no comprendí lo que decía!

El agente junto a la puerta dio un paso.

Marta no se movió.

Mateo respiró profundamente, intentando recuperar el control.

—Lo siento.

—No me pidas perdón a mí.

—No te lo estoy pidiendo.

—Entonces ¿qué quieres?

Él la miró.

Por primera vez, Marta no vio seguridad en su rostro.

Vio cansancio.

No arrepentimiento.

Cansancio de haber perdido el control.

—Quiero que comprendas que no planeé matarla.

—¿Eso debería cambiar lo que ocurrió?

—No soy un asesino.

—Empujaste a Clara.

—Intenté detenerla.

—Con una mano sobre su hombro.

Mateo se quedó inmóvil.

—La grabación no muestra eso.

—Tú lo dijiste en el ático antes de incendiar la casa.

Él miró hacia el cristal.

Había olvidado que Marta escuchó parte de su confesión.

—La alcancé cuando corría hacia la escalera —continuó ella—. La sujetaste. Cayó.

—No la lancé.

—¿Qué diferencia buscas?

—No quería que muriera.

—Pero cuando pudiste salvarla, elegiste los documentos.

Mateo bajó la mirada.

Marta recordó la pregunta de Samuel.

—¿Por qué seguiste viniendo a la casa después de la muerte de Daniel?

Mateo levantó lentamente la cabeza.

—¿Qué?

—Samuel quiere saberlo.

Él tragó saliva.

—Clara necesitaba ayuda.

—¿O querías vigilarla?

—Las dos cosas.

La sinceridad inesperada hizo que Marta permaneciera en silencio.

—Al principio iba para comprobar que Daniel no hubiera dejado pruebas —continuó Mateo—. Después…

Se detuvo.

—¿Después qué?

—Me acostumbré.

—¿A mentirnos?

—A estar allí.

—No eras parte de la familia.

—Ellos me trataban como si lo fuera.

—Porque confiaban en ti.

—Samuel era un niño. No tenía culpa de nada.

—Y aun así utilizaste su futuro para asustar a Clara.

—Quería que conservara la casa.

—Querías conservar tu libertad.

Mateo respiró profundamente.

—Cuidé de ellos durante cuatro años.

—Mientras robabas.

—También hice cosas buenas.

—Samuel lo recuerda.

Eso pareció afectarlo más que cualquier acusación.

—¿Qué dijo?

—Que le enseñaste a andar en bicicleta.

Mateo bajó la cabeza.

—Se cayó tres veces.

—Y tú corriste detrás de él.

—Clara tenía miedo de soltar la bicicleta.

—Samuel quiere saber si estabas fingiendo.

Mateo tardó en responder.

—No.

—Entonces ¿cómo podías volver al día siguiente y seguir ocultando lo que hiciste con Daniel?

—Porque no podía cambiarlo.

—Podías confesar.

—Habría perdido todo.

—Daniel perdió su vida.

—Fue un accidente.

—¿Lo golpeaste con tu automóvil?

Mateo guardó silencio.

—Tenemos las fotografías de la reparación —continuó Marta—. Encontraron pintura azul dentro de tu parachoques.

Su rostro perdió color.

—El taller no conservaba nada.

—Conservaba copias automáticas.

Mateo miró hacia el cristal.

—¿Lo golpeaste?

—Intenté obligarlo a detenerse.

—¿Por qué?

—Llevaba documentos de Northpine.

—¿Qué ocurrió después?

—No lo sé.

—Mientes.

—Su automóvil continuó avanzando.

—¿Lo seguiste?

Mateo apretó la mandíbula.

—Sí.

—¿Viste cuando salió de la carretera?

No respondió.

—¿Te detuviste?

—Sí.

Marta sintió que las lágrimas comenzaban a llenar sus ojos, pero no apartó la mirada.

—¿Daniel estaba vivo?

Mateo cerró los ojos.

—Sí.

Detrás del cristal, nadie se movió.

—¿Habló contigo?

—No podía salir del automóvil.

—¿Qué hiciste?

—Busqué los documentos.

Marta dejó escapar una respiración quebrada.

La historia se repetía.

Daniel herido.

Mateo buscando pruebas.

Clara herida.

Mateo buscando pruebas.

—¿Te pidió ayuda? —preguntó.

—No podía hablar bien.

—Pero estaba vivo.

—Sí.

—¿Llamaste a emergencias?

Mateo negó lentamente.

—¿Por qué?

—Mi automóvil estaba dañado. Los documentos estaban en el suelo. Si llegaba la policía…

—Descubrirían el fraude.

—Sí.

—Entonces lo dejaste.

Mateo abrió los ojos.

—Pensé que otro conductor pasaría.

—Igual que con Clara.

—No fue igual.

—Fue exactamente igual.

Marta se puso de pie.

—En ambos casos tuviste una elección. En ambos elegiste protegerte.

—Marta…

—No pronuncies mi nombre como si todavía me conocieras.

Mateo levantó la mirada.

—Dile a Samuel que lo siento.

—No.

—Por favor.

—No voy a convertir a un niño en el lugar donde escondas tu culpa.

Él permaneció inmóvil.

—¿Le dirás que no fingía? —preguntó—. Cuando estaba con él.

Marta pensó en Samuel, sentado en las escaleras, intentando comprender cómo una persona podía hacer algo bueno y después cometer algo terrible.

—Le diré la verdad —respondió—. Que pudiste sentir cariño y aun así elegiste traicionarlo. Una cosa no borra la otra.

Mateo cerró los ojos.

—Clara tenía razón —dijo.

Marta se detuvo junto a la puerta.

—¿Sobre qué?

—Siempre decía que llegaría un día en que ya no podría culpar a nadie más.

Marta sostuvo su mirada.

—Ese día llegó antes de que muriera. Tú solo tardaste más en aceptarlo.

Golpeó la puerta.

El agente la abrió.

Antes de salir, escuchó la voz de Mateo detrás de ella.

—No planeé matarla.

Marta se volvió una última vez.

—Pero elegiste dejarla morir.

La puerta se cerró entre ambos.

Rivas esperaba en el pasillo.

—Consiguió una confesión sobre Daniel —dijo.

Marta se apoyó contra la pared.

Las piernas le temblaban.

Durante la conversación había mantenido el dolor bajo control. Ahora regresaba con una fuerza insoportable.

Daniel había estado vivo después del accidente.

Mateo pudo ayudarlo.

Clara había estado viva después de la caída.

Mateo pudo ayudarla.

Dos veces encontró a una persona herida.

Dos veces eligió el silencio.

Lucía se acercó.

—¿Quiere sentarse?

Marta negó con la cabeza.

—Necesito ver a Samuel.

—Antes debe saber algo —dijo Rivas—. La confesión sobre Daniel puede cambiar los cargos. Mateo admitió haber provocado el contacto entre los vehículos, haberlo seguido y haberlo abandonado con vida.

—¿Eso basta?

—Junto con las pruebas físicas y el testimonio del mecánico, es suficiente para presentar el caso ante la fiscalía.

—¿Y Clara?

—Admitió que la sujetó antes de la caída, que la escondió y que retrasó deliberadamente la ayuda. Con el audio, los documentos y el incendio, la defensa tendrá muchas dificultades para sostener que solo fue un accidente.

Marta cerró los ojos.

—No quiero que Samuel tenga que declarar.

—Intentaremos evitarlo.

—Él escuchó a Isabel. Sabe cosas.

—Podemos utilizar las grabaciones, los registros y las declaraciones de otros adultos. Protegerlo será una prioridad.

Marta miró a través del cristal.

Mateo continuaba sentado frente a la mesa, con la cabeza baja.

—Durante años pensé que el peligro venía de alguien que odiaba a Clara —dijo—. Ernesto, un ladrón, una persona del negocio…

—Pero venía de alguien a quien ella quería.

—Eso es lo que hace que todo duela más.

Rivas asintió.

—Los extraños pueden hacernos daño. Pero una traición necesita cercanía.

Marta pensó en la última palabra de Clara.

No había sido una pista incompleta.

Había sido la descripción exacta del crimen.

Samuel seguía dibujando cuando Marta regresó.

Al verla, dejó el lápiz sobre la mesa.

—¿Confesó?

Marta se sentó junto a él.

—Sí.

—¿Mató a mamá?

Ella tomó sus manos.

—Mateo discutió con tu madre y la sujetó cuando intentó bajar las escaleras. Clara cayó.

—Entonces dirá que fue un accidente.

—Después de la caída, ella le pidió ayuda.

Samuel apretó los dedos de Marta.

—¿Y él se fue?

—Buscó el ordenador y los documentos. La escondió para ganar tiempo.

Los ojos del niño se llenaron de lágrimas.

—La escuchó.

—Sí.

Samuel bajó la cabeza.

Marta esperó sin obligarlo a hablar.

—¿Y papá? —preguntó finalmente.

—Mateo golpeó su automóvil para obligarlo a detenerse. Tu padre salió de la carretera.

—¿Estaba muerto?

Marta sintió que la voz le fallaba.

—No.

Samuel comprendió antes de que ella continuara.

—También lo dejó.

—Sí.

El niño retiró las manos y se levantó.

Caminó hasta la ventana.

Durante un largo rato permaneció de espaldas.

—Preguntaste por la bicicleta.

—Sí.

—¿Qué dijo?

—Que no estaba fingiendo aquel día.

Samuel se secó el rostro con la manga.

—No entiendo.

—Mateo pudo sentir cariño por ti y aun así hacer cosas terribles.

—Eso es peor.

Marta se acercó.

—Tal vez.

—Sería más fácil si nunca le hubiera importado.

—Lo sé.

—¿Dijo que lo perdonara?

—Quería enviarte un mensaje.

—¿Qué mensaje?

—No acepté llevarlo.

Samuel se volvió.

—Gracias.

—No tienes que cargar con su culpa.

—Nunca lo voy a perdonar.

—No tienes que decidirlo ahora.

—¿Tú lo perdonas?

Marta miró hacia la sala de entrevistas.

—No.

—¿Nunca?

—No sé qué sentiré dentro de muchos años. Pero perdonar, si alguna vez ocurre, no significa olvidar ni permitir que vuelva a hacernos daño.

Samuel apoyó la cabeza en su hombro.

—Quiero irme de Oakhaven.

La petición la sorprendió.

—¿Para siempre?

—Todos saben lo que pasó. Todos miran.

—Podemos quedarnos con Laura hasta que decidamos qué hacer.

—No quiero vivir en la casa de mamá.

Marta lo abrazó con más fuerza.

—No tenemos que volver.

—¿Te enfada?

—No.

—Era tu casa también.

—Una casa puede ser importante sin obligarnos a vivir dentro de ella.

Samuel levantó el dibujo.

Había representado el edificio con el tejado reparado. Frente a la puerta aparecían dos figuras pequeñas.

—¿Quiénes son? —preguntó Marta.

—Tú y mamá.

—¿Dónde estás tú?

El niño señaló una luz dibujada en una ventana.

—Dentro.

Marta tragó saliva.

—¿Por qué?

—Porque ellas vuelven para buscarme.

Marta tomó el dibujo con cuidado.

—Yo siempre volveré por ti.

Samuel miró hacia el papel.

—Mamá también habría vuelto.

—Sí.

—Pero no pudo.

—Por eso me dejó el camino.

El niño apoyó una mano sobre la carta guardada en su abrigo.

—La barandilla.

—La llave, el diario, la cabaña y la barandilla. Cada pista nos llevó hasta la verdad.

—Entonces ella sabía que Mateo podía hacerle daño.

—Sabía que existía peligro. No creo que imaginara exactamente lo que ocurriría.

—¿Tuvo miedo?

Marta recordó las últimas entradas del diario.

—Sí.

—Pero siguió.

—Sí.

Samuel respiró profundamente.

—Yo también tengo miedo.

—Yo también.

—¿Qué hacemos ahora?

Marta miró la luz del porche dibujada en la hoja.

—Damos un paso.

—¿Y después?

—Otro.

Esa tarde, la fiscalía presentó formalmente nuevas acusaciones contra Mateo Álvarez.

Homicidio por la muerte de Clara Morales.

Homicidio y abandono de una persona herida en el caso de Daniel Morales.

Fraude financiero.

Manipulación de pruebas.

Incendio provocado.

Obstrucción de la justicia.

Conspiración.

Los cargos contra David, Ernesto, Tomás e Isabel serían evaluados por separado. Ninguno era inocente. Todos habían tomado decisiones que permitieron que el fraude creciera.

Pero las pruebas mostraban con claridad quién había estado en el centro.

Mateo creó el sistema.

Mateo controló AC-17.

Mateo utilizó las debilidades de los demás.

Mateo persiguió a Daniel.

Mateo empujó a Clara.

Y en ambas ocasiones, cuando todavía podía salvar una vida, decidió proteger su secreto.

Al caer la noche, un vehículo trasladó a Mateo a la cárcel del condado.

Marta y Samuel no salieron a verlo.

Permanecieron dentro de la comisaría, terminando juntos el dibujo de la casa.

Samuel añadió una tercera figura junto al porche.

—Esta soy yo —dijo.

—Pensé que estabas dentro.

—Salí.

Marta sonrió por primera vez en varios días.

—¿Adónde van?

El niño dibujó un pequeño camino que se alejaba de la casa.

—No sé.

—Está bien.

—¿Puede ser un lugar nuevo?

—Sí.

—¿Mamá puede quedarse en el dibujo?

Marta puso una mano sobre su espalda.

—Siempre.

Fuera, las luces del vehículo policial desaparecieron al final de la calle.

Mateo había pasado años siendo alguien cercano.

Una presencia constante.

Un rostro conocido en la mesa.

Una voz amable durante los momentos difíciles.

Pero la cercanía nunca había sido prueba de bondad.

Solo había hecho más fácil esconder la verdad.

Ahora ya no quedaban códigos sin explicar ni personas desconocidas detrás de las cuentas.

El rostro de la traición tenía un nombre.

Y pronto tendría que responder ante la justicia.

Capítulo 12: El rostro de la traición

La primera audiencia de Mateo Álvarez comenzó seis semanas después de su arresto.

Para entonces, la nieve todavía cubría gran parte de Oakhaven, aunque los días comenzaban a alargarse. El sol aparecía durante unas horas por la tarde y el hielo se derretía lentamente en los bordes de las carreteras.

La ciudad había cambiado.

El nombre de Clara Morales aparecía en periódicos, transmisiones locales y conversaciones pronunciadas en voz baja dentro de cafeterías y tiendas. Personas que apenas la habían conocido hablaban de ella como si hubieran compartido toda una vida. Algunos la describían como una empresaria valiente. Otros, como una madre que había arriesgado todo para proteger a su hijo.

Marta evitaba leer la mayoría de los artículos.

Ninguna noticia podía explicar quién había sido realmente Clara.

No mencionaban cómo cantaba mientras cocinaba, aunque nunca recordaba bien las letras. No hablaban de su costumbre de dejar una lámpara encendida en el pasillo para Samuel. Tampoco sabían que guardaba botones sueltos en una taza vieja porque estaba convencida de que algún día encontraría la prenda a la que pertenecían.

Para el público, Clara se había convertido en una víctima.

Para Marta, seguía siendo su hermana.

Para Samuel, seguía siendo su madre.

La mañana de la audiencia, Marta encontró al niño sentado en la cocina de Laura, frente a un plato de pan tostado que no había tocado.

Llevaba una camisa blanca y un suéter oscuro. Había pedido escoger su propia ropa porque no quería que nadie lo vistiera "como si fuera un niño pequeño".

—No tienes que venir —dijo Marta.

Samuel mantuvo la vista en el plato.

—Ya lo hablamos.

—Puedes cambiar de opinión.

—No voy a hacerlo.

Marta se sentó frente a él.

—No veremos todo el juicio hoy. Solo presentarán los cargos y algunas pruebas.

—Quiero verlo.

—¿A Mateo?

Samuel asintió.

—Quiero que sepa que no nos escondemos.

La firmeza de la respuesta le recordó tanto a Clara que Marta tuvo que apartar la mirada por un instante.

—No tienes que demostrarle nada.

—No es por él.

—¿Entonces por quién?

Samuel tocó la cadena que llevaba alrededor del cuello. De ella colgaba la pequeña llave que Clara le había entregado.

—Por mamá.

Marta extendió la mano sobre la mesa.

El niño colocó la suya encima.

—En cuanto quieras salir, me lo dices —pidió ella.

—No quiero que me preguntes cada cinco minutos si estoy bien.

—Intentaré no hacerlo.

—Y no me aprietes la mano demasiado fuerte.

Marta sonrió débilmente.

—Eso no puedo prometerlo.

Samuel comió finalmente un pequeño trozo de pan.

No porque tuviera hambre.

Porque sabía que su madre habría insistido.

El tribunal del condado estaba rodeado de periodistas.

Varias cámaras esperaban junto a la entrada principal. Los reporteros hablaban frente a micrófonos mientras detrás de ellos aparecía una imagen ampliada de Mateo.

La fotografía había sido tomada antes de todo aquello.

Mateo llevaba un traje oscuro, una camisa clara y una expresión serena. Era la misma imagen que había utilizado en eventos del negocio y campañas comunitarias.

Parecía confiable.

Esa era la parte que Marta encontraba más perturbadora.

El rostro de una persona culpable no siempre anunciaba peligro.

A veces sonreía en fotografías familiares.

A veces llevaba comida cuando alguien estaba enfermo.

A veces enseñaba a un niño a andar en bicicleta.

Rivas había organizado una entrada lateral para Marta y Samuel. Lucía los esperaba dentro del edificio.

La herida de su frente ya había cicatrizado, aunque todavía podía verse una fina línea rosada.

—La sala está llena —les advirtió—. Podemos colocarlos cerca de una salida.

—¿Estará Mateo esposado? —preguntó Samuel.

—Las esposas se retiran dentro de la sala, pero habrá agentes junto a él.

—¿Puede acercarse?

—No.

—¿Puede hablarnos?

—El juez no se lo permitirá.

Samuel asintió.

Marta notó que estaba respirando demasiado rápido.

Recordó el método que Clara le había enseñado durante momentos de miedo.

—Cinco cosas que puedes ver —dijo suavemente.

Samuel la miró.

—Dijiste que no preguntarías cada cinco minutos si estaba bien.

—No te lo estoy preguntando.

El niño comprendió.

Miró alrededor.

—Una puerta azul. El reloj. La ventana. Tu bolso. La placa de Lucía.

—Cuatro cosas que puedes tocar.

—La llave. El banco. Mi suéter. Tu mano.

Marta apretó sus dedos con cuidado.

—Tres cosas que puedes escuchar.

Samuel prestó atención.

—Personas hablando. Zapatos en el suelo. Una puerta cerrándose.

Su respiración comenzó a disminuir.

Lucía los observó en silencio.

—Estoy listo —dijo Samuel.

Entraron.

Mateo ya estaba sentado junto a su abogado.

Había perdido peso desde la última vez que Marta lo vio. Su cabello estaba más corto y llevaba un traje prestado que no se ajustaba bien a sus hombros.

Cuando Marta y Samuel aparecieron, levantó la cabeza.

Su mirada encontró primero a Marta.

Después se detuvo en Samuel.

El niño no apartó los ojos.

Mateo pareció querer decir algo.

Su abogado colocó una mano sobre la mesa y habló en voz baja. Mateo volvió a mirar al frente.

Marta y Samuel ocuparon sus asientos.

Entre ellos y Mateo había varias filas, dos agentes y un espacio que parecía mucho mayor que la distancia real.

Durante años, Mateo había estado demasiado cerca.

Ahora cada metro importaba.

El juez entró y la sala se puso de pie.

Comenzó la lectura de los cargos.

Homicidio por la muerte de Clara Morales.

Homicidio relacionado con la muerte de Daniel Morales.

Fraude financiero.

Conspiración.

Manipulación de pruebas.

Obstrucción de la justicia.

Incendio provocado.

Robo de identidad.

El secretario leyó cada acusación con una voz firme y sin emoción.

Samuel permaneció inmóvil.

Marta sintió que sus dedos se cerraban alrededor de los de ella, aunque le había pedido que no lo apretara demasiado.

Cuando el juez preguntó cómo se declaraba, Mateo se levantó.

—No culpable —respondió.

Un murmullo recorrió la sala.

Samuel se volvió hacia Marta.

—Confesó.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué dice eso?

—Su abogado puede discutir el significado legal de lo que admitió.

—Está mintiendo otra vez.

Marta bajó la voz.

—Ahora las pruebas hablarán por Clara.

Mateo volvió a sentarse.

No miró hacia ellos.

La fiscal presentó un resumen del caso.

No dramatizó.

No necesitaba hacerlo.

Explicó que Mateo había utilizado Northpine Consulting para desviar dinero del negocio familiar. Había falsificado documentos, copiado firmas y manipulado a personas con problemas económicos.

David Morales permitió que sus cuentas fueran utilizadas a cambio de pagos.

Ernesto Navarro aceptó dinero para mantener una disputa legal falsa contra Clara.

Tomás Vidal certificó informes fraudulentos.

Isabel Vega proporcionó identidades, datos y acceso a registros antiguos.

Todos enfrentarían cargos por sus propias decisiones.

Pero Mateo había dirigido el sistema.

El dispositivo AC-17 demostraba que tenía el control principal sobre las transferencias. Las cuentas fiduciarias conducían hacia una empresa que lo señalaba como beneficiario único. Los mensajes recuperados mostraban que daba instrucciones y amenazaba a sus colaboradores cuando intentaban abandonar el fraude.

Después, la fiscal habló de Daniel.

Mostró la solicitud que Daniel había enviado para cancelar el acceso de Mateo a Northpine. Presentó la grabación en la que Daniel expresaba sus sospechas. Explicó que Mateo lo había citado en la carretera aquella noche.

La fotografía del automóvil apareció en una pantalla.

La luz trasera destruida.

El parachoques hundido.

La pintura azul incrustada en el metal.

Después apareció una imagen del vehículo de Daniel, destrozado junto a la carretera.

Marta sintió que la mano de Samuel comenzaba a temblar.

—Podemos salir —susurró.

—No.

La fiscal continuó.

Mateo había admitido que golpeó el automóvil para obligar a Daniel a detenerse. Había reconocido que lo encontró vivo y que buscó documentos dentro del vehículo antes de marcharse.

No llamó a emergencias.

No pidió ayuda.

Protegió el fraude.

Cuatro años después, repitió la misma elección.

La pantalla mostró la escalera del ático.

No enseñaron el cuerpo de Clara. La fiscal había acordado con Marta evitar las imágenes más duras mientras Samuel estuviera presente.

Presentaron el audio.

La voz de Clara llenó la sala.

—No voy a darte el portátil.

Después se escuchó a Mateo.

—No quiero hacerte daño.

Algunas personas del público bajaron la cabeza.

Samuel cerró los ojos.

La grabación continuó.

La discusión.

La lucha.

El golpe.

La caída.

Después, la petición de Clara.

—Ayúdame…

Marta sintió que el aire desaparecía de la sala.

Había escuchado la grabación antes, pero cada vez parecía más dolorosa.

Quizá porque conocía el final.

Quizá porque una parte de ella seguía esperando que, al reproducirla otra vez, Mateo tomara una decisión diferente.

Que llamara a emergencias.

Que permaneciera junto a Clara.

Que eligiera salvarla.

Pero los pasos volvieron a alejarse.

Mateo había arrastrado a Clara bajo la escalera, había regresado por las pruebas y había huido.

La grabación terminó.

Nadie murmuró esta vez.

La fiscal miró al juez.

—El acusado puede afirmar que la caída no fue planeada. Sin embargo, los hechos posteriores no fueron un accidente. Esconder a Clara, negarle ayuda, robar el portátil y destruir pruebas fueron decisiones conscientes. Mateo Álvarez no actuó una sola vez por miedo. Construyó durante años un sistema basado en el engaño y eligió protegerlo por encima de dos vidas.

Marta miró hacia Mateo.

Su rostro permanecía inmóvil.

Pero tenía las manos cerradas bajo la mesa.

La defensa intentó presentar una historia diferente.

Mateo había cometido fraude.

Eso ya no podía negarse.

Pero, según su abogado, Northpine comenzó como una solución desesperada para salvar el negocio. Daniel había participado voluntariamente. Tomás expandió las operaciones sin autorización. David, Ernesto e Isabel tomaron sus propias decisiones.

Mateo no era un hombre que controlaba a todos.

Era uno de varios responsables.

En cuanto a Daniel, el contacto entre los vehículos había sido imprudente, pero no un intento de asesinato. Mateo creyó que el accidente no era mortal y abandonó el lugar por miedo.

Sobre Clara, la defensa sostuvo que el empujón no había sido intencional.

Habían discutido.

Clara retrocedió.

Perdió el equilibrio.

Mateo entró en pánico.

No comprendió la gravedad de sus heridas.

Samuel escuchaba con el ceño fruncido.

—¿Por qué dice que no comprendió? —susurró—. Había sangre.

—Porque intenta reducir su responsabilidad.

—Pero mamá pidió ayuda.

—Sí.

—Él la escuchó.

—Sí.

Samuel apretó la mandíbula.

El abogado continuó.

Aseguró que Mateo nunca quiso hacer daño a la familia. Durante años ayudó a Clara y a Samuel. Contribuyó al funcionamiento del negocio y participó en actividades comunitarias.

Aquello provocó un murmullo de incomodidad en la sala.

Marta sintió rabia.

No porque fuera falso.

Porque era verdad.

Mateo había hecho cosas buenas.

La defensa quería convertirlas en una prueba de que no podía ser un asesino.

Como si enseñar a un niño a andar en bicicleta borrara el abandono de su padre.

Como si reparar una casa compensara haber dejado morir a su dueña.

Como si la bondad funcionara como un saldo bancario donde unas acciones podían pagar otras.

Samuel levantó la mano de Marta y habló muy bajo.

—Mamá dijo que una cosa no borraba la otra.

—Sí.

—Entonces ellos también deberían entenderlo.

Después de la audiencia, el juez ordenó que Mateo permaneciera detenido sin posibilidad de fianza.

El juicio comenzaría meses después.

Para Marta, aquello significaba más espera.

Más declaraciones.

Más reuniones con abogados.

Más días en que Samuel despertaría pensando que todo había sido una pesadilla antes de recordar que era real.

Al salir del tribunal, los periodistas se acercaron.

—Señora Morales, ¿cree que se hará justicia?

—¿Qué opina de la declaración de inocencia?

—¿Samuel testificará?

Rivas y Lucía formaron una barrera alrededor de ellos.

Marta mantuvo la cabeza baja y siguió caminando.

Entonces Samuel se detuvo.

Las cámaras se volvieron hacia él.

Marta intentó llevarlo hacia el vehículo, pero el niño miró directamente a los reporteros.

—Mi mamá no era solo una víctima —dijo.

El ruido disminuyó.

—Era mi madre. Ayudaba a las personas. Trabajaba mucho y siempre volvía a casa, aunque estuviera cansada.

Marta colocó una mano sobre su espalda.

Samuel continuó.

—No quiero que la gente solo recuerde cómo murió. Quiero que recuerde que dijo la verdad cuando otros tenían miedo.

Nadie hizo otra pregunta.

Samuel entró en el vehículo.

Cuando la puerta se cerró, su cuerpo comenzó a temblar.

Marta lo abrazó.

—No tenías que hacer eso.

—Lo sé.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque todos hablaban de Mateo.

Apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Nadie hablaba de mamá.

Los meses siguientes avanzaron con lentitud.

La primavera llegó a Maine casi sin que Marta la notara.

La nieve se retiró de las calles y dejó al descubierto césped húmedo, ramas rotas y objetos que habían permanecido ocultos durante el invierno. El lago Merritt comenzó a descongelarse. Las primeras aves regresaron y el sonido del agua sustituyó al crujido del hielo.

La casa de Clara fue reparada parcialmente.

El seguro cubrió los daños provocados por el incendio, aunque el ático necesitaba una reconstrucción completa. Marta decidió conservar la antigua barandilla. La parte rota fue retirada con cuidado y guardada en un taller.

No sabía todavía qué haría con ella.

Samuel se negó a volver durante las primeras semanas.

Después pidió visitar el jardín.

Permaneció afuera, junto a Marta, sin entrar.

En la segunda visita llegó hasta el porche.

En la tercera abrió la puerta.

Cada paso era pequeño.

Nadie lo apresuraba.

La primera vez que subió a su habitación, encontró la maqueta sobre una mesa. Marta había recogido todas las piezas que pudo salvar. Algunas casas estaban rotas. La biblioteca había perdido el techo y la pequeña figura que representaba a Clara tenía una grieta en un costado.

—No tienes que arreglarla —dijo Marta.

Samuel tomó la figura.

—Quiero hacerlo.

—Podemos comprar madera nueva.

—No.

—Algunas partes están demasiado dañadas.

—Entonces se verán dañadas.

Marta se sentó junto a él.

Samuel colocó la figura de Clara frente a una pequeña casa.

—No quiero que parezca que no pasó nada.

—Está bien.

—Pero tampoco quiero dejarla rota.

Marta entendió que no hablaba únicamente de la maqueta.

Durante varias tardes repararon las piezas.

No intentaron ocultar todas las grietas. Utilizaron pequeñas tiras de madera para sostener los edificios y reconstruyeron la biblioteca con un tejado diferente.

Samuel añadió un camino que salía de la ciudad.

Al final construyó una nueva casa.

—¿Esta es la de nosotros? —preguntó Marta.

—Tal vez.

—¿Dónde está?

—No sé. No tiene que existir de verdad.

—Todavía.

Samuel asintió.

El juicio comenzó a finales del verano.

Para entonces, David, Ernesto, Tomás e Isabel habían llegado a acuerdos separados con la fiscalía.

David se declaró culpable de fraude, obstrucción y manipulación de pruebas. Su cooperación ayudó a reconstruir varias transferencias. Aun así, tendría que cumplir una condena.

Antes de ser trasladado, escribió una carta a Samuel.

Marta no se la entregó inmediatamente.

Primero le explicó quién la había enviado.

—No quiero leerla —dijo el niño.

—No tienes que hacerlo.

—¿Tú la leíste?

—No.

Samuel observó el sobre.

—¿Y si dice algo importante?

—Puede esperar.

Guardaron la carta en un cajón.

Permaneció cerrada.

Ernesto aceptó responsabilidad por conspiración y fraude. Perdió gran parte de sus ahorros y recibió una condena menor por haber entregado voluntariamente el cuaderno de pagos y testificado contra Mateo.

Vendió su casa antes de comenzar la condena.

Marta lo vio una vez desde la distancia, frente a la tumba de su esposa.

No se acercó.

Había cosas que todavía no estaba preparada para escuchar.

Tomás fue acusado de falsificación, fraude, conspiración y obstrucción. Su testimonio resultó fundamental para demostrar que Mateo controlaba Northpine, aunque eso no eliminó su propia responsabilidad.

Isabel enfrentó cargos adicionales por el secuestro de Samuel. Alegó que había actuado por miedo y por la manipulación de Mateo.

El tribunal reconoció ambas cosas.

También reconoció que había golpeado a Laura y llevado a un niño contra su voluntad.

El miedo podía explicar una decisión.

No podía borrarla.

Marta comprendió que esa idea era el centro de todo el caso.

Cada persona había tenido miedo.

David, a perder su casa.

Ernesto, a perder su reputación.

Tomás, a ir a prisión.

Isabel, a que la verdad destruyera el nombre de su madre.

Mateo, a perder el dinero, la libertad y el control.

Clara también había tenido miedo.

Pero no había utilizado ese miedo para destruir a otros.

Había reunido pruebas.

Había preparado un camino hacia la verdad.

Y, aunque cometió el error de enfrentarse sola al peligro, su última elección fue proteger a Samuel sin abandonar la justicia.

Mateo asistió al juicio con el mismo rostro sereno que había mostrado durante años.

Su defensa intentó desacreditar a todos los testigos.

David era un hombre endeudado que buscaba reducir su condena.

Ernesto había aceptado sobornos.

Tomás falsificó documentos.

Isabel secuestró a un niño.

Ninguno era confiable.

La fiscal estuvo de acuerdo.

No eran personas completamente confiables.

Por eso el caso no dependía únicamente de sus palabras.

Dependía de registros bancarios.

Correos electrónicos.

Firmas digitales.

Fotografías.

Llamadas.

El dispositivo AC-17.

La pieza de la luz trasera.

Los mensajes de Clara.

La solicitud de Daniel para quitarle el acceso a Mateo.

Y, sobre todo, las grabaciones.

Las voces de Daniel y Clara no podían ser presionadas por la fiscalía ni negociar acuerdos.

Habían hablado antes de morir.

La grabación de Daniel demostró que conocía el fraude y sospechaba de Mateo.

La de Clara registró la discusión, la caída y la negativa de Mateo a ayudarla.

Durante el juicio, un especialista explicó la trayectoria de las lesiones.

Clara no había tropezado sola.

Una fuerza aplicada desde atrás había alterado su equilibrio cerca de la parte superior de la escalera.

Las marcas de David estaban en sus brazos.

Pero la lesión del hombro y la caída coincidían con el momento registrado en el audio, después de que David se marchara.

Mateo estaba allí.

El médico forense explicó que Clara podría haber sobrevivido si alguien hubiera llamado inmediatamente a emergencias.

Marta cerró los ojos cuando escuchó aquello.

Lo había sabido desde el principio.

Pero oírlo bajo juramento convirtió el dolor en algo más preciso.

Clara no murió únicamente por la caída.

Murió durante los minutos que Mateo decidió utilizar para ocultarla y buscar las pruebas.

Cada minuto tuvo un peso.

Cada paso que dio hacia el ático fue una decisión de alejarse de ella.

Marta declaró durante el cuarto día.

Se sentó frente al tribunal y contó cómo llamó a Clara sin obtener respuesta. Describió la puerta entreabierta, la taza todavía tibia y las fotografías esparcidas cerca del ático.

Habló de la sangre sobre el escritorio.

De la mano visible entre las cajas.

De Clara respirando con dificultad bajo la escalera.

La fiscal le pidió que repitiera la última palabra de su hermana.

—Traicionada —dijo Marta.

La sala permaneció en silencio.

—¿Clara pronunció algún nombre?

—No.

—¿Qué entendió usted de esa palabra?

El abogado de Mateo se levantó.

—Objeción. Solicita una interpretación personal.

El juez permitió una respuesta limitada.

Marta miró hacia el jurado.

—Entendí que la persona que le hizo daño era alguien en quien había confiado.

El abogado de Mateo intentó demostrar que Marta había sospechado de varias personas.

Don Ernesto.

David.

Tomás.

Incluso Isabel.

—Entonces no creyó inmediatamente que Mateo fuera el responsable.

—No.

—¿Por qué?

Marta miró al hombre sentado junto a su abogado.

—Porque también confiaba en él.

—¿Podría su dolor haber influido en la forma en que interpretó las pruebas?

—Mi dolor no creó las grabaciones.

—No fue mi pregunta.

—Mi dolor me hizo desear que las pruebas estuvieran equivocadas.

El abogado guardó silencio.

Marta continuó sin que se lo pidieran.

—No quería creer que Mateo hubiera hecho aquello. Era más fácil sospechar de una persona desagradable o de alguien que ya había mentido. Pero él llevaba años dentro de nuestra familia. Había construido una imagen de sí mismo que todos aceptamos.

—¿Está diciendo que fingió cada acto de amabilidad?

—No lo sé.

—Entonces acepta que pudo sentir verdadero afecto por Clara y Samuel.

—Sí.

El abogado pareció satisfecho.

—Eso contradice la imagen de un hombre completamente indiferente a sus vidas.

Marta sostuvo su mirada.

—No. Demuestra que una persona puede sentir afecto y aun así elegir la codicia cuando ese afecto exige un sacrificio.

La sala quedó quieta.

—Mateo pudo querer a Samuel —continuó—. Pudo preocuparse por Clara en algunos momentos. Pero cuando tuvo que escoger entre ellos y su secreto, se escogió a sí mismo.

El abogado regresó a su mesa.

No hizo más preguntas.

Samuel no declaró ante el jurado.

La fiscal utilizó las grabaciones de su entrevista y la evidencia recuperada durante el secuestro. Marta sintió un enorme alivio al saber que no tendría que sentarse frente a Mateo.

Aun así, el niño pidió asistir al último día.

La fiscal presentó la grabación de la conversación entre Marta y Mateo.

La confesión sobre Daniel.

Mateo había golpeado su automóvil.

Lo había seguido.

Lo había encontrado vivo.

Había buscado los documentos.

Después se había marchado.

El patrón era imposible de ignorar.

Cuando Daniel descubrió la verdad, Mateo provocó una situación peligrosa y lo abandonó.

Cuando Clara descubrió la verdad, Mateo la sujetó, provocó su caída y volvió a abandonarla.

El mismo motivo.

El mismo miedo.

La misma decisión.

La fiscal se colocó frente al jurado durante su argumento final.

—Este caso no trata de un solo instante de pánico. Trata de años de decisiones. Cada vez que Mateo Álvarez tuvo la oportunidad de detenerse, eligió avanzar. Cada vez que una persona amenazó con revelar la verdad, eligió protegerse. El acusado no perdió el control durante unos segundos. Construyó su vida alrededor del control.

Después señaló la mesa de la defensa.

—Quiso controlar el dinero, las cuentas y a sus cómplices. Controló la información que Clara recibía y la historia que la familia conocía sobre Daniel. Cuando ya no pudo controlar a Clara, intentó controlar lo que ocurriría después de su caída.

Marta miró a Mateo.

Él no mostraba ninguna emoción.

—Pero Clara dejó algo que no pudo controlar —continuó la fiscal—. Su voz.

El jurado tardó dos días en llegar a un veredicto.

Marta y Samuel esperaron en casa de Laura.

No fueron al tribunal hasta recibir la llamada.

Durante el trayecto, Samuel permaneció callado.

—Pase lo que pase —dijo Marta—, las pruebas no cambian.

—Pero el castigo sí.

—Sí.

—¿Y si dicen que fue un accidente?

Marta sostuvo el volante con más fuerza.

—Entonces seguiremos sabiendo la verdad.

—Eso no sería suficiente.

—No.

Samuel miró por la ventana.

—Estoy cansado de que no sea suficiente.

Marta no intentó corregirlo.

Algunas respuestas sinceras no ofrecían consuelo.

La sala estaba llena cuando el jurado regresó.

Mateo se puso de pie.

El secretario recibió el documento y se lo entregó al juez.

Marta sintió que Samuel buscaba su mano.

Esta vez no le pidió que no la apretara.

—Por el cargo relacionado con la muerte de Clara Morales —leyó el secretario—, culpable.

Samuel dejó escapar el aire.

—Por el cargo relacionado con la muerte de Daniel Morales, culpable de causar su muerte y abandonar deliberadamente a una persona herida.

Marta cerró los ojos.

Daniel.

Durante cuatro años, su muerte había sido archivada como un accidente.

Ahora, por fin, alguien había dicho la verdad en voz alta.

Los siguientes veredictos llegaron uno detrás de otro.

Culpable de fraude.

Culpable de conspiración.

Culpable de manipulación de pruebas.

Culpable de incendio provocado.

Culpable de obstrucción.

Mateo permaneció inmóvil.

Solo cuando el secretario terminó se volvió hacia Marta y Samuel.

No sonrió.

No pidió perdón.

Parecía estar intentando comprender cómo un hombre que había controlado tantas cosas ya no podía controlar nada.

Los agentes lo retiraron de la sala.

Samuel lo observó hasta que desapareció.

—Terminó —susurró.

Marta negó suavemente.

—El juicio terminó.

El niño entendió la diferencia.

El dolor no desaparecía con un veredicto.

La casa no recuperaba las risas de Clara.

La silla de Daniel seguiría vacía.

La justicia no podía devolver a nadie.

Pero podía impedir que la mentira continuara ocupando su lugar.

La audiencia de sentencia se celebró varias semanas después.

La familia tuvo derecho a presentar una declaración.

Marta escribió varias páginas, pero el día anterior las rompió.

No quería hablar únicamente de lo que Mateo les había quitado.

Quería hablar de lo que Clara había dejado.

Cuando se puso de pie frente al tribunal, sostuvo la carta encontrada dentro del pasamanos.

—Mi hermana creía que la verdad era una forma de proteger a las personas —comenzó—. Durante mucho tiempo pensó que debía encontrarla sola. Ese fue su error. Pero cuando comprendió el peligro, dejó un camino para que otros continuaran.

Mateo la observaba desde la mesa.

Marta no le habló directamente.

—Clara perdió la vida porque alguien cercano confundió la confianza con una oportunidad. Mateo conocía su casa, sus costumbres y sus preocupaciones. Sabía qué palabras utilizar para asustarla y qué personas podía manipular.

Hizo una pausa.

—La traición no fue solamente el empujón. Ocurrió durante años. Cada comida compartida mientras ocultaba el fraude. Cada vez que consoló a Samuel por la muerte de Daniel sin contar lo que había

hecho. Cada gesto de ayuda utilizado para permanecer cerca de las pruebas.

La voz de Marta tembló, pero continuó.

—No pedimos una sentencia por venganza. Ninguna condena puede devolvernos a Clara ni a Daniel. Pedimos una sentencia que reconozca todas las oportunidades que el acusado tuvo para detenerse.

Miró finalmente hacia Mateo.

—Pudo ayudar a Daniel.

No lo hizo.

—Pudo ayudar a Clara.

No lo hizo.

—Pudo confesar.

No lo hizo.

—En cada momento eligió protegerse. Ahora debe vivir con las consecuencias de esas elecciones.

Marta regresó a su asiento.

Samuel se levantó.

Ella intentó detenerlo.

—No estaba programado que hablara.

—Quiero hacerlo.

La fiscal consultó al juez. Después de una breve conversación, se permitió que Samuel leyera una declaración corta sin acercarse demasiado a Mateo.

El niño caminó hasta el frente.

Sacó una hoja doblada de su bolsillo.

Sus manos temblaban.

—Mateo —dijo.

El juez le recordó que debía dirigirse al tribunal, no al acusado.

Samuel miró hacia el juez.

—Lo siento.

Respiró profundamente.

—Durante mucho tiempo pensé que todo lo que Mateo hizo conmigo era mentira. Pensé que cuando jugaba, ayudaba o arreglaba algo en casa solo estaba fingiendo.

Levantó los ojos.

—Ahora creo que algunas cosas pudieron ser reales. Eso no hace que lo que hizo sea menos malo. Lo hace más difícil de entender.

Marta sintió que las lágrimas comenzaban a caer.

—Mi mamá confiaba en él. Mi papá también. Yo también. Él utilizó esa confianza para esconderse.

Samuel apretó la hoja.

—No quiero que nadie diga que nuestra confianza fue una debilidad. La debilidad fue saber que alguien te quería y utilizarlo para hacerle daño.

Mateo bajó la cabeza.

—No sé si algún día lo perdonaré. Pero no voy a pasar toda mi vida pensando en él. Quiero recordar a mi mamá y a mi papá más de lo que recuerdo lo que les hizo.

Samuel dobló la hoja.

—Eso es todo.

Regresó junto a Marta.

Ella lo abrazó.

—Clara estaría orgullosa.

—¿Porque hablé?

—Porque dijiste la verdad.

El juez impuso una condena que aseguraba que Mateo pasaría el resto de su vida en prisión.

Al explicar la sentencia, habló del patrón de engaño, de las dos vidas perdidas y del peligro que Mateo representó incluso después de su arresto.

Mencionó el incendio.

La fuga.

La manipulación de Isabel.

El intento de destruir las pruebas.

No había sido un hombre que cometió un solo error.

Había convertido cada error en una razón para cometer el siguiente.

Cuando los agentes lo levantaron, Mateo miró una vez más hacia Samuel.

El niño no bajó la mirada.

Tampoco mostró odio.

Solo una tristeza firme y cansada.

Mateo fue llevado fuera de la sala.

Esta vez, nadie esperaba que regresara.

Una semana después, Marta y Samuel visitaron la casa de Clara.

Las reparaciones estaban terminadas.

El ático había sido reconstruido, aunque no como antes. La escalera era más ancha y segura. Se había instalado una nueva barandilla.

La antigua permanecía sobre una mesa del salón.

El hueco donde Clara escondió las pruebas seguía visible.

Samuel pasó los dedos por la madera.

—¿Qué vamos a hacer con ella?

—Pensé que podríamos conservar una parte.

—¿Dónde?

Marta miró hacia el jardín.

Habían decidido no volver a vivir en la casa.

Samuel necesitaba un lugar que no estuviera ligado a la muerte de sus padres, a las investigaciones ni al incendio. Marta tampoco quería pasar cada noche escuchando los ecos del ático.

Venderían la vivienda.

Pero no a un desconocido.

El ayuntamiento, junto con varias organizaciones locales, había ofrecido convertirla en un pequeño centro comunitario para familias que atravesaban pérdidas o crisis económicas.

Tendría una biblioteca.

Salas de apoyo.

Un espacio de trabajo para madres y padres que intentaban comenzar de nuevo.

Samuel había aceptado con una condición.

El centro llevaría el nombre de Clara.

—Podemos utilizar la madera para hacer una placa —dijo Marta.

—¿Qué escribiremos?

Marta recordó la frase grabada por su padre.

Siempre tendrás una mano.

—Tal vez eso.

Samuel pensó.

—Quiero añadir algo.

—¿Qué?

El niño tomó una hoja y escribió lentamente.

"Pedir ayuda también es una forma de valentía."

Marta leyó la frase.

—A tu madre le habría gustado.

—Era algo que necesitaba aprender.

—Todos lo necesitamos.

Recorrieron la casa por última vez como hogar familiar.

En la cocina, Marta recordó las cenas.

En la sala, Samuel tocó el lugar donde Clara solía leer.

En el dormitorio principal, encontraron un pañuelo detrás de una cómoda. Conservaba un rastro débil del perfume de Clara.

Samuel lo sostuvo contra su rostro.

—¿Puedo quedármelo?

—Claro.

Después subieron al ático.

La luz entraba por una ventana nueva.

No había manchas de sangre, papeles quemados ni cajas rotas. Solo madera clara y una habitación vacía.

Samuel se situó en la parte superior de la escalera.

—Aquí cayó mamá.

Marta se acercó.

—Sí.

—No quiero que este sea el último recuerdo de ella en la casa.

—No tiene que serlo.

El niño miró alrededor.

—¿Cuál debería ser?

Marta pensó en todas las versiones de Clara que la casa había conocido.

La niña que tuvo miedo al lago.

La joven que se casó con Daniel.

La madre que llevó a Samuel por primera vez a su habitación.

La viuda que mantuvo unida a su familia.

La mujer que descubrió una traición y se negó a guardar silencio.

—La recuerdo sentada junto a esa ventana —dijo Marta—. Tenía dieciséis años y quería marcharse de Oakhaven para conocer el mundo. Nuestro padre le dijo que algún día echaría de menos esta casa.

—¿Qué respondió?

—Que una persona podía amar un lugar sin quedarse allí para siempre.

Samuel miró por la ventana.

—Entonces podemos irnos.

—Sí.

—Sin abandonarla.

Marta tomó su mano.

—Exactamente.

Antes de cerrar la puerta, Samuel colocó una fotografía sobre la repisa de la sala.

Mostraba a Clara, Daniel y a él junto al lago Merritt.

Samuel era pequeño y estaba sentado sobre los hombros de su padre. Clara reía mientras intentaba sujetarle un zapato que estaba a punto de caer.

No era una imagen perfecta.

Daniel tenía los ojos medio cerrados.

Clara miraba hacia un lado.

Samuel agitaba los brazos.

Pero estaban juntos.

—¿La dejamos aquí? —preguntó Marta.

—Sí.

—Podría perderse cuando empiecen las obras.

—Haré otra copia.

Marta observó la fotografía.

—Entonces esta puede quedarse.

Samuel caminó hacia la entrada.

Marta apagó las luces una por una.

La cocina.

El pasillo.

La sala.

La lámpara del porche fue la última.

Cuando estaban a punto de salir, Samuel se volvió.

—Déjala encendida.

—¿La luz?

—Solo esta noche.

Marta recordó cómo Daniel la encendía para Clara durante las tormentas.

La luz vuelve a casa.

—Está bien.

Cerraron la puerta.

Desde el camino, la casa parecía tranquila bajo el cielo de la tarde. La luz del porche iluminaba la nieve que aún permanecía junto a la cerca.

Samuel tomó la mano de Marta.

—¿Adónde vamos ahora?

—A casa.

—¿La de Laura?

—Por ahora.

—¿Y después?

Marta miró el camino frente a ellos.

—Encontraremos un lugar nuevo.

Samuel asintió.

Comenzaron a caminar hacia el automóvil.

Detrás de ellos, la casa de Clara permaneció iluminada.

No como una escena de crimen.

No como el lugar donde terminó su vida.

Sino como el lugar desde el que su verdad había encontrado la salida.

Mateo creyó que la cercanía le permitía controlar a la familia Morales. Pensó que podía utilizar su confianza, su dolor y sus secretos para permanecer oculto.

Pero la confianza que traicionó terminó uniéndolos.

Clara confió en que Marta comprendería sus pistas.

Confió en que Samuel guardaría la llave.

Confió en que alguien continuaría buscando cuando ella ya no pudiera hacerlo.

El rostro de la traición había sido descubierto.

Pero no sería el rostro que definiría su historia.

Ese lugar pertenecía a Clara.

A la mujer que tuvo miedo y siguió adelante.

A la madre que dejó un camino para su hijo.

Y a la hermana cuya última palabra se convirtió en una promesa de justicia.

Epílogo: Cuando la nieve comenzó a derretirse

La primavera llegó tarde a Oakhaven.

Durante varias semanas, el invierno pareció negarse a abandonar la ciudad. La nieve se mantenía en los rincones donde no llegaba el sol, el lago Merritt continuaba cubierto por una fina capa de hielo y las mañanas seguían siendo lo bastante frías como para convertir el aliento en pequeñas nubes blancas.

Después, casi sin aviso, comenzó el deshielo.

El agua corrió por los bordes de las carreteras. Los tejados dejaron caer sus últimas cargas de nieve y la tierra apareció de nuevo bajo los árboles. Era oscura, húmeda y estaba cubierta de ramas rotas, pero seguía allí.

Marta pensó que el dolor se parecía un poco a aquello.

Durante mucho tiempo, todo había permanecido enterrado bajo una superficie fría. Ella se levantaba, preparaba el desayuno, llevaba a Samuel a la escuela y respondía las preguntas de los abogados. Hacía lo necesario para continuar, pero sentía que una parte de su vida seguía atrapada en la noche en que encontró a Clara.

No había un momento exacto en que el dolor desapareciera.

Solo días en que comenzaba a cambiar de forma.

La casa de Clara dejó de ser una vivienda familiar a finales de abril.

Durante meses, trabajadores, voluntarios y vecinos repararon las habitaciones dañadas por el incendio. Reconstruyeron el ático, restauraron las ventanas y pintaron las paredes. La antigua cocina se convirtió en un espacio comunitario donde las familias podían reunirse. El despacho de Clara fue transformado en una pequeña sala de orientación.

La habitación de Samuel se convirtió en una biblioteca infantil.

Él había elegido personalmente algunos de los libros.

—Mamá decía que una casa sin libros parecía estar esperando que alguien hablara —explicó cuando le preguntaron por qué quería tantos estantes.

En la entrada colocaron una placa fabricada con una parte de la antigua barandilla del ático.

La madera conservaba algunas grietas y marcas de humo. Marta había considerado restaurarla por completo, pero Samuel se negó.

—No quiero que parezca nueva —dijo—. Quiero que se note que sobrevivió.

Sobre la placa aparecían dos frases.

La primera pertenecía al padre de Marta y Clara:

Siempre tendrás una mano.

La segunda había sido escrita por Samuel:

Pedir ayuda también es una forma de valentía.

Debajo se encontraba el nombre oficial del lugar:

Centro Familiar Clara Morales.

El día de la inauguración, casi toda la ciudad asistió.

Había familias, antiguos compañeros de trabajo, maestros y personas que Clara había ayudado alguna vez. Algunos llevaron flores. Otros dejaron libros, juguetes o pequeñas notas junto a la fotografía colocada en la entrada.

Marta observó a personas que no conocía acercarse para contar historias sobre su hermana.

Una mujer recordó que Clara había pagado sus compras cuando olvidó la cartera.

Un antiguo empleado explicó que ella evitó que perdiera el trabajo durante una enfermedad.

Una maestra dijo que Clara siempre llegaba temprano a las reuniones escolares, aunque saliera tarde del negocio.

No eran grandes actos heroicos.

Eran decisiones pequeñas.

Momentos en los que Clara había elegido ser paciente, justa o generosa.

Marta comprendió que aquella era la parte de su hermana que Mateo nunca había podido robar.

Había destruido documentos, manipulado cuentas y provocado dos muertes. Durante años había utilizado la cercanía como un escondite.

Pero no podía cambiar la forma en que Clara había vivido.

Samuel permanecía junto a la entrada, recibiendo a los visitantes con una expresión seria. Había crecido un poco desde el invierno. Su rostro todavía conservaba algo de niño, aunque sus ojos parecían más antiguos.

Una señora mayor se acercó y le entregó una maceta con pequeñas flores blancas.

—Tu madre me ayudó cuando murió mi esposo —le dijo—. No me conocía bien, pero vino a mi casa durante varias semanas.

Samuel sostuvo la maceta con cuidado.

—¿Qué hacía?

—A veces preparaba comida. Otras veces solo se sentaba conmigo.

—¿Hablaban?

La mujer sonrió.

—No siempre. Tu madre sabía que acompañar a una persona no significa obligarla a hablar.

Samuel miró las flores.

—Gracias por contármelo.

Después llevó la planta hasta una mesa junto a la fotografía de Clara.

Marta lo siguió.

—¿Estás bien? —preguntó.

Samuel levantó una ceja.

—Dijiste que intentarías no preguntar eso todo el tiempo.

—Lo intento.

—No parece.

Marta sonrió.

—Entonces haré otra pregunta. ¿Necesitas salir un momento?

Samuel observó a las personas reunidas en la sala.

—Todavía no.

—Está bien.

—Me gusta escuchar cosas sobre mamá.

—A mí también.

—Pero algunas personas hablan de ella como si nunca se hubiera enfadado.

—Tu madre se enfadaba.

Samuel sonrió ligeramente.

—Mucho.

—Sobre todo cuando alguien dejaba platos sucios en la sala.

—O cuando yo decía que había terminado una tarea y no era verdad.

—También odiaba que la gente llegara tarde.

—Ella llegaba tarde algunas veces.

—Sí, pero pensaba que sus retrasos eran diferentes.

Samuel soltó una risa breve.

No fue una risa completa.

Pero fue real.

Marta sintió que algo dentro de ella se aflojaba.

Durante meses, había temido que Samuel nunca volviera a reír sin sentirse culpable. Al principio, cada momento de alegría parecía sorprenderlo. Si sonreía durante una película o disfrutaba una comida, su expresión cambiaba de inmediato, como si recordar a Clara significara que no tenía derecho a sentirse bien.

La orientadora que ahora trabajaba con él le había explicado que aquello era común.

El dolor podía convencer a una persona de que sanar era una forma de abandono.

Marta intentaba enseñarle lo contrario.

Recordar a Clara no significaba permanecer para siempre en la peor noche de su vida.

También significaba recordar su voz, sus bromas, sus errores y las pequeñas cosas que la habían convertido en una persona real.

No solo en una víctima.

Marta y Samuel se habían mudado a una casa pequeña cerca de la escuela.

No estaba lejos de Oakhaven, pero se encontraba en una calle donde nadie se detenía a observarlos cuando salían. Tenía dos dormitorios, una cocina estrecha y un patio trasero con un árbol inclinado.

Samuel eligió la habitación que daba hacia el este.

—Quiero ver la luz por la mañana —dijo.

La primera noche, ninguno durmió bien.

La casa producía sonidos desconocidos. Las tuberías golpeaban cuando se utilizaba agua caliente y una rama rozaba la ventana con el viento.

Cerca de la medianoche, Samuel apareció en la puerta de la habitación de Marta.

—No puedo dormir.

Ella levantó la manta.

Él negó con la cabeza.

—No quiero dormir aquí.

—Podemos sentarnos en la cocina.

Prepararon leche caliente y se sentaron frente a la ventana. Afuera, el patio estaba oscuro.

—La casa no tiene luz en el porche —dijo Samuel.

—Podemos instalar una.

—Como la de mamá.

—Sí.

A la mañana siguiente, Marta compró una lámpara.

Samuel la ayudó a colocarla.

Desde entonces, la encendían cada noche.

No porque esperaran que Clara regresara.

Sino porque la luz se había convertido en una forma de decir que aquel también era un hogar.

Un lugar donde podían tener miedo sin quedarse solos.

El juicio y la sentencia de Mateo aparecieron durante semanas en las noticias.

Marta dejó de leer los artículos.

Samuel también evitaba buscarlos, aunque algunas veces otros niños mencionaban el caso en la escuela.

Al principio, él respondía con rabia.

Después aprendió a marcharse.

No porque sintiera vergüenza, sino porque comprendió que no debía explicar su dolor a todas las personas curiosas.

Un día regresó a casa con una nota del maestro.

Había golpeado a un compañero que llamó asesino a su tío David.

Marta dejó la nota sobre la mesa.

—¿Quieres contarme qué pasó?

—Ya lo sabes.

—Solo sé lo que escribió el maestro.

Samuel cruzó los brazos.

—Dijo que toda mi familia era criminal.

—David cometió delitos.

—Lo sé.

—Pero eso no significa que el otro niño tuviera derecho a hablarte así.

—Entonces hice bien.

—No dije eso.

Samuel bajó la mirada.

—No quiero que nadie piense que estoy defendiendo a David.

—Puedes decir que lo que hizo estuvo mal sin aceptar que alguien utilice su nombre para herirte.

—Él dejó marcas en mamá.

—Sí.

—Y ayudó a robar.

—Sí.

—Pero también era mi tío.

Marta tomó asiento frente a él.

—Las personas pueden pertenecer a nuestra familia y aun así hacer cosas que no podemos aceptar.

—Todo es siempre más complicado contigo.

—La verdad suele ser complicada.

Samuel suspiró.

—¿Tengo que disculparme?

—Por golpearlo, sí.

—¿Y él?

—También debe disculparse.

—¿Y si no lo hace?

—Tu disculpa no depende de la suya.

Samuel frunció el ceño.

—Eso no parece justo.

—No siempre hacemos lo correcto porque la otra persona lo merezca. Lo hacemos porque queremos decidir qué clase de persona seremos.

El niño guardó silencio.

—Eso también lo diría mamá —dijo finalmente.

—Probablemente.

—Es molesto cuando las dos tienen razón.

La carta de David permaneció cerrada durante casi un año.

Samuel sabía dónde estaba.

Algunas veces abría el cajón, observaba el sobre y volvía a cerrarlo.

Marta nunca lo presionó.

Una tarde, después de visitar el Centro Familiar, Samuel llevó la carta hasta la sala.

—Quiero leerla.

—¿Quieres que me quede?

—Sí.

Se sentaron juntos.

Samuel abrió el sobre.

La carta era larga. David había escrito sobre sus deudas, la vergüenza y la forma en que Mateo utilizó su desesperación. No intentaba declararse inocente.

Admitía que había elegido participar.

Reconocía que regresó a la casa para buscar la llave y que sujetó a Clara.

Decía que se marchó convencido de que todavía tenía tiempo para arreglarlo todo al día siguiente.

Después Clara murió.

David escribió que pensaba en aquella decisión cada noche.

Al final había una frase dirigida a Samuel:

"No te pido que me perdones. Solo quiero que sepas que tu madre intentó ayudarme incluso cuando yo no lo merecía. Fui yo quien convirtió su bondad en una excusa para seguir tomando malas decisiones."

Samuel dobló la carta.

—No sé qué sentir.

—No tienes que sentir una sola cosa.

—Estoy enfadado.

—Tiene sentido.

—También me da pena.

—Eso también tiene sentido.

—No quiero visitarlo.

—No tienes que hacerlo.

—Tal vez algún día.

—Puede ser.

Samuel volvió a guardar la carta en el sobre.

—Mamá habría querido que lo perdonara.

Marta negó suavemente.

—Tu madre habría querido que tomaras tu propia decisión. Perdonar no puede ser una obligación.

—¿Tú lo perdonaste?

Marta pensó en David entrando en la casa, sujetando a Clara y huyendo para protegerse.

—Todavía no.

—¿Y a Ernesto?

—No.

—¿A Isabel?

—Tampoco.

—¿A Mateo?

Marta miró hacia la luz encendida del porche.

—No.

Samuel esperó algo más.

—Tal vez nunca los perdone —continuó ella—. Pero ya no quiero que el odio decida cada día de mi vida.

—¿Cuál es la diferencia?

—No perdonar significa que todavía no puedo liberar lo que hicieron. Odiarlos significaría darles espacio dentro de cada cosa que hago.

—¿Y Mateo todavía tiene espacio?

Marta fue honesta.

—Algunos días.

—En mí también.

—Con el tiempo será menos.

—¿Estás segura?

—No completamente.

Samuel apoyó la cabeza en su hombro.

—Me gusta más cuando no finges saberlo todo.

Elena continuó trabajando como periodista.

Su investigación sobre Northpine recibió reconocimiento fuera de Maine, aunque ella siempre insistía en que los documentos pertenecían a Clara.

Publicó una serie de artículos sobre el fraude, pero evitó convertir la vida de Clara en entretenimiento. Escribió sobre las empresas falsas, las fallas de supervisión bancaria y la facilidad con la que Mateo había explotado a personas endeudadas.

También escribió sobre algo menos visible.

La forma en que una comunidad podía ignorar señales de peligro cuando el sospechoso era respetado.

Mateo asistía a eventos.

Donaba a campañas locales.

Ayudaba a vecinos.

Nadie quería imaginar que también podía manipular cuentas, amenazar a personas y abandonar a dos víctimas.

Elena visitaba el Centro Familiar algunas tardes.

Había reservado una pequeña estantería para documentos sobre seguridad financiera y prevención de fraudes.

—Clara se habría reído de esto —dijo un día.

—¿Por qué? —preguntó Marta.

—Porque odiaba leer instrucciones bancarias.

—Es verdad.

—Una vez me dijo que los contratos estaban escritos para castigar a las personas honestas.

Marta sonrió.

—Después los leía tres veces.

—Y encontraba errores.

Permanecieron juntas frente a la fotografía de Clara.

—Sigo pensando que pude detenerla —dijo Elena.

Marta la miró.

—¿De ir a la casa?

—Le dije que no confrontara a Mateo sola.

—No te escuchó.

—Debí insistir.

—Yo también.

Elena bajó la mirada.

—Supongo que todos buscamos el momento exacto en que podríamos haber cambiado lo ocurrido.

—Sí.

—¿Lo encontraste?

Marta pensó.

—He encontrado muchos.

Pudo haber preguntado más.

Pudo haber ido a casa de Clara antes.

Elena pudo llamar a la policía.

Ernesto pudo entrar cuando vio llegar a Tomás.

David pudo quedarse.

Tomás pudo hablar.

Isabel pudo rechazar las órdenes de Mateo.

Cada persona tenía un momento.

Pero solo una había empujado a Clara y decidido no ayudarla.

—Tener una oportunidad de intervenir no nos convierte en responsables de la decisión de Mateo —dijo Marta.

Elena asintió.

—Ojalá fuera más fácil creerlo.

—Algunos días lo es.

En el primer aniversario de la muerte de Clara, Oakhaven volvió a cubrirse de nieve.

Marta había temido aquella fecha durante meses.

Imaginaba que regresaría cada detalle.

La llamada sin respuesta.

La puerta abierta.

La sangre.

La palabra susurrada.

Todo regresó.

Pero no estaba sola cuando ocurrió.

Por la mañana, Samuel no fue a la escuela.

Desayunaron lentamente y después condujeron hasta el lago Merritt.

La cabaña seguía cerrada durante el invierno. Habían reparado la puerta y retirado los restos de la fogata donde Mateo destruyó parte de los documentos.

El lago estaba congelado.

Marta y Samuel permanecieron en la orilla.

—¿Aquí cayó mamá cuando era niña? —preguntó él.

—Un poco más adelante.

—¿Tuviste miedo de entrar?

—Mucho.

—Pero la sacaste.

—No pensé. Solo la vi en el agua.

Samuel observó la superficie blanca.

—Después volvió muchas veces.

—Nuestro padre la traía para que el miedo no se quedara con este lugar.

—¿Funcionó?

—No dejó de sentir miedo. Aprendió que podía acercarse a pesar de él.

Samuel metió las manos en los bolsillos.

—Quiero hacer algo.

Sacó dos pequeñas piezas de madera.

Pertenecían a la maqueta.

Una representaba a Clara.

La otra, a Daniel.

—No las tires al lago —dijo Marta.

—No iba a hacerlo.

El niño colocó ambas figuras sobre una piedra cerca de la orilla.

—Solo quiero dejarlas aquí un momento.

Se sentaron en un tronco caído.

Durante varios minutos no hablaron.

El silencio no resultaba incómodo.

Era una forma de compañía.

—A veces sueño con mamá —dijo Samuel.

—¿Son sueños malos?

—No siempre. En uno está en la cocina. Yo sé que murió, pero ella actúa como si nada hubiera pasado.

—¿Hablan?

—Le pregunto dónde estuvo.

—¿Qué responde?

—Que estaba buscando el camino a casa.

Marta miró hacia el lago.

—¿Lo encuentra?

—Siempre despierto antes.

Samuel apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Crees que estaría enfadada porque no vivimos en su casa?

—No.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tu madre amaba a las personas más que a los lugares.

—Pero quería esa casa.

—Sí. También quería que estuvieras seguro.

—¿Y feliz?

—Mucho.

—Todavía no soy feliz todo el tiempo.

—Nadie lo es.

—Pero algunas veces sí.

—Eso es bueno.

—No me siento tan culpable como antes.

Marta le besó la cabeza.

—Eso también es bueno.

Samuel miró las figuras.

—¿Podemos llevarlas de vuelta?

—Claro.

—No quiero dejarlas en el frío.

Guardó a Clara y Daniel dentro de su bolsillo.

Después se levantó.

—Quiero caminar un poco.

Avanzaron por la orilla, donde la nieve era firme.

No caminaron sobre el hielo.

No necesitaban demostrar nada.

Al regresar a Oakhaven, visitaron el Centro Familiar.

Estaba cerrado por la fecha, pero Marta tenía una llave.

Dentro, el edificio permanecía cálido.

Las plantas crecían junto a las ventanas. Había dibujos infantiles en las paredes y una mesa llena de cartas de personas que habían recibido ayuda durante el año.

Samuel entró en la biblioteca.

Sobre una estantería se encontraba la maqueta reparada.

La pequeña ciudad conservaba sus grietas. Algunas casas tenían maderas nuevas junto a piezas quemadas. El camino construido por Samuel continuaba hasta otra vivienda situada lejos del centro.

Había añadido una luz diminuta sobre el porche.

—¿Funciona? —preguntó Marta.

Samuel presionó un interruptor.

La lámpara se encendió.

—La arreglé con Elena.

—No sabía que trabajaban en esto.

—Era una sorpresa.

Marta observó la pequeña luz.

—Es hermosa.

Samuel colocó las figuras de Clara y Daniel junto al camino.

No dentro de la antigua casa.

Tampoco dentro de la nueva.

Entre ambas.

—¿Por qué están allí? —preguntó Marta.

—Porque no viven en ninguna de las casas.

—¿Entonces dónde están?

Samuel se encogió de hombros.

—Con nosotros mientras avanzamos.

Marta sintió que las lágrimas le llenaban los ojos.

No intentó ocultarlas.

—Estás llorando —dijo Samuel.

—Sí.

—¿Es malo?

—No.

El niño la abrazó.

Permanecieron frente a la maqueta hasta que la luz del exterior comenzó a desaparecer.

Antes de marcharse, Marta recorrió el edificio sola.

En la sala principal se detuvo frente a la placa de madera.

Pasó los dedos sobre las grietas.

Siempre tendrás una mano.

Durante el último año había comprendido que la frase no prometía una vida sin pérdidas. Tampoco significaba que alguien siempre llegaría a tiempo.

Marta había llegado demasiado tarde para salvar a Clara.

La policía llegó demasiado tarde para ayudar a Daniel.

Pero una mano también podía aparecer después.

Para levantar a un niño que no quería confiar.

Para acompañar a una hermana que no sabía cómo seguir.

Para reconstruir una casa, una maqueta o una vida sin fingir que las grietas nunca habían existido.

La puerta principal se abrió.

Samuel apareció con el abrigo puesto.

—¿Vienes?

—Sí.

Marta apagó las luces.

La lámpara del porche permaneció encendida.

Afuera había comenzado a nevar.

Los copos caían lentamente sobre Oakhaven, cubriendo las calles con una capa nueva. La ciudad parecía casi igual que la noche en que Clara murió.

Pero Marta ya no era la misma mujer que había conducido a través de la tormenta, esperando encontrar una explicación sencilla.

Sabía ahora que las personas podían ocultar codicia detrás de la bondad.

Que la cercanía no garantizaba lealtad.

Que el miedo podía llevar a alguien hacia el silencio o hacia la verdad.

También sabía que sanar no significaba olvidar.

Significaba aprender a vivir sin permitir que el peor momento de una historia se convirtiera en su único final.

Samuel tomó su mano.

—Está nevando otra vez.

—Sí.

—¿Te da miedo?

Marta miró el camino blanco frente a ellos.

Recordó la puerta entreabierta.

Las sirenas.

La voz de Clara.

Después miró la luz cálida del Centro Familiar.

—Un poco.

—A mí también.

—Podemos tener miedo juntos.

Samuel asintió.

Caminaron hacia el automóvil.

Detrás de ellos, sobre la entrada del edificio, el nombre de Clara permanecía iluminado.

Mateo había creído que la verdad podía enterrarse bajo dinero, documentos falsos y años de confianza.

Pero la nieve siempre terminaba derritiéndose.

Y cuando lo hacía, todo lo que había permanecido oculto volvía a aparecer.

Las huellas.

Las grietas.

Las pruebas.

Y también los caminos que conducían de regreso a casa.

FIN